

ALFAGUARA



Luis Nieto Degregori

El guachimán y otras historias





© José Rebaza

Luis Nieto Degregori

Nació en Cusco, en 1955. Estudió Literatura y Lingüística en Moscú. Es investigador del Centro de Educación y Comunicación Guaman Poma de Cusco. Ha publicado libros de cuentos como: *Harta cerveza y harta bala* (1987), *La joven que subió al cielo* (1988), *Como cuando estábamos vivos* (1989) y *Señores Destos Reynos* (1994). Sus novelas son: *Cuzco después del amor* (2003) y *Asesinato en la gran ciudad del Cuzco* (2007).

“María Nieves”, relato de Luis Nieto, ganó la VII Bienal de Cuento Copé/ Petroperú. El autor también recibió el premio César Vallejo otorgado por el Suplemento Dominical del diario *El Comercio*.



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

El guachimán y otras historias

ALFAGUARA



El guachimán y otras historias

Luis Nieto Degregori

ALFAGUARA



EL GUACHIMÁN Y OTRAS HISTORIAS

© 2008, Luis Nieto Degregori

© De esta edición:

2008, Santillana S. A.

Av. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú

Teléfono 313 4000

Telefax 313 4001

ISBN: 978-603-4016-65-1

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2008-07245

Registro de Proyecto Editorial N° 31501400800427

Primera edición: junio 2008

Tiraje: 1500 ejemplares.

Diseño: Proyecto de Enric Satué

Diseño de cubierta y diagramación: Vladimir León

Corrección: Jorge Coaguila

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Metrocolor S. A.

Los Gorrones 350, Lima 9 - Perú

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida,

ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por

un sistema de recuperación de información, en ninguna forma

ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico,

magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro,

sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

La mala conciencia.....	9
Ninotchka	53
El guachimán	159

LA MALA CONCIENCIA

Cinco años sin saber nada de Ester y de repente esa noticia que parecía sacada de las páginas de un periódico amarillo. ¿Qué se hace en esos casos? ¿Se olvidan los rencores y se acude en ayuda? Hubiese sido lo cristiano, pero con Ester comportarse cristianamente podía acarrear serios problemas.

Difícil definir cuál era la primera impresión que causaba. Era hosca, es verdad, pero eso, después de los años que yo llevaba viviendo en el sur andino, no me llamaba la atención. Era también un tanto esquiva, aunque quizá este sea un juicio a posteriori. Más justo sería decir que era retraída, con unos destellos de ironía que eran señal clara de inteligencia o, por lo menos, de agudeza. Y en cuanto a lo físico la impresión era igual de ambigua. Ni linda ni fea, ni chata ni alta, ni gorda ni flaca. A ratos, sobre todo cuando sonreía, su rostro parecía simpático, pero al instante siguiente podía lucir más bien desagradable.

¿Qué me atrajo de ella? ¿Por qué de todo ese grupo de jóvenes con los que en adelante me tocaría trabajar me fijé precisamente en el patito feo?

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—De Ayaviri.

—¿De Ayaviri? No mientas. Yo he trabajado en Ayaviri y conozco a todo el mundo. No recuerdo a ninguna familia Saldívar.

—Es que somos de otro sitio... —se justificó.

—¿De dónde?

—Pero he crecido en Ayaviri...

—¿Nunca respondes de frente?

—¿Cómo que no? Si justamente te estoy explicando...

—¡Más evasivas! ¿Dónde has nacido?

—¡Ni que eso fuera importante! He vivido en Ayaviri hasta terminar el colegio y después me vine a hacer la carrera en Puno.

—¿De qué te avergüenzas? Ayaviri, la punta del cerro, Lima, París, ¿qué más da dónde has nacido?

—Eso es lo que te estoy diciendo...

Conozco su pueblo natal. Es un puñado de casas a orillas de una hermosa laguna cordillerana. Unas son de indios, otras de mistis, pero para saber quién es quién en el pueblo hay que ser de allí. Todos, indios y mistis, tienen el mismo rostro cetrino, la misma mirada torva, los mismos rasgos angulosos. En Ester su procedencia se notaba en la nariz, en apariencia bonita, respingada, pero bien mirada más bien un tanto ñata, de fosas demasiado abiertas, adaptadas para atrapar el poco oxígeno que se respira sobre los cuatro mil metros de altura.

En algún momento, cuando decidí que con ella podía ir más allá de una simple amistad, introduje en nuestra conversación el tema de las tentaciones y el pecado. Con mucho cuidado al comienzo, a modo de ir tanteando el terreno.

—¿Cómo se nota que no sabes nada de la vida! —la hacía rabiar.

—¡Y tú menos! ¡Serás mi mayor, pero tampoco eres experimentado!

—¡No te engañes! ¡Acuérdate de los lobos con piel de cordero! —trataba de intrigarla.

—¡Tú de lobo solo tienes la barba! —se reía Ester.

—Eso crees. Aquí donde me ves soy peor que un lobo, soy el demonio. ¿No tienes miedo a las tentaciones?

—... —silencio.

—¿Tanto confías en tu entereza?

—... —más silencio.

Unos escarceos bastante torpes, hasta ridículos la verdad, pero inevitables. Las mujeres jóvenes llegan a extremos increíbles de incoherencia: les encanta jugar con fuego, pero si se les chamusca apenas la yema de un dedo, ponen el grito en el cielo. ¿De qué otra manera podía asegurarme de que Ester no se escandalizaría al darse cuenta de mis intenciones? Tenía que seguir jugando al tonto jueguito del diablo que pone a prueba la virtud de la muchacha inocente.

—¿Un partidito de pinki? —le propuse una noche que pasábamos delante de uno.

—¡Ya! —se le iluminaron los ojitos.

El pinki es de lejos el juego favorito de los jóvenes católicos, pero los curas, después de tantos años en el seminario, lo jugamos mejor.

—¿Qué te apuestas? —le pregunté mientras estábamos calentando.

—Lo que quieras —me dejó como siempre la iniciativa.

—¿Un cine?

—Ya —asintió sin despegar los ojos de la bola.

—El que queda aquí al lado —puntualicé.

Ester se olvidó del juego y me miró sorprendida.

—¿Qué? ¿No te atreves?

—¿Tú te atreves? —devolvió la pregunta a mi cancha.

En el cine del que estábamos hablando solo pasaban películas pornográficas. Yo planeaba hacer durar el partido hasta que la función estuviese empezada, ver un poco y salirnos con las mismas.

—Tú no terminas de creer que soy un demonio, ¿no? Todavía estás a tiempo de rechazar la apuesta.

—¡Te voy a ganar! —dijo resuelta.

—¡Eso veremos! —me alegré.

Se defendió con uñas y dientes, recurrió a tácticas vedadas como los molinetes o sacudir la mesa, pero igual cayó derrotada.

—¿Tienes para pagar la apuesta o te presto? —le pregunté con sorna.

—Tengo —sacó a relucir su orgullo.

La película, como calculé, llevaba rato empezada. Los escasos espectadores, todos hombres, estaban hipnotizados por la escena que se veía en la pantalla.

—Tápate los ojos. ¡No mires! —le susurre al oído a Ester, pero ni siquiera volteó la cabeza.

Me concentré yo también un rato en las imágenes, pero casi de inmediato empecé a sentirme incómodo. No solo por la presencia de Ester. Creo que incluso estando solo me hubiera turbado ese coito tan explícito que se prolongaba eternamente y que encima parecía una demostración de las habilidades gimnásticas de la protagonista.

—¿Tú crees que una mujer normal pueda hacer eso? —le comenté a Ester, pero volvió a ignorarme—. ¡Vamos ya! —aproveché que por fin hubo un cambio de escena.

Nos alejamos del cine en silencio, pero era un silencio que, pasado el primer momento, poco tenía que ver con lo que acabábamos de presenciar. Nos estábamos midiendo más bien: Ester esperaba cuál sería mi siguiente paso y yo calculaba mi jugada.

—¿Y ahora? ¿El domingo a confesarte? —moví cuidadosamente una ficha.

—¿A confesarme? ¡Estás loco! Yo no les cuento mi vida a los curas.

—¿Cómo es eso? ¿No te confiesas? —me asombré.

—Claro que sí, pero sola ante Dios.

—Ah, bueno, le contarás entonces este pecadito.

—¿Eso te parece pecado? A mí solo me parece una mala película —se dio el lujo de ironizar.

Era la señal que yo estaba esperando. La siguiente vez que llegó a visitarme le advertí, ni bien tomó asiento, que se cuidase, que otra vez el demonio se había posesionado de mí, que no era dueño de mis actos.

—¡Fuchi!, ¡fuchi! —formó una cruz con los índices de las manos para exorcizarme y eso nos hizo reír.

Aprovechando el instante de complicidad, me acerqué y le besé apenas en los labios. Me aparté de inmediato para ver su reacción, pero imposible saber qué pensaba: ¡estaba inmutable cual esfinge andina! Transcurrieron unos segundos que me parecieron eternos, con los dos jugando a quién pestañea primero, hasta que por fin Ester decidió lanzarse a la piscina: se me acercó sin dejar de mirarme fijamente y me devolvió el beso.

Al rato ya estábamos en mi habitación, en la cama, yo encima de Ester y ella recibíendome con las piernas abiertas, como si fuésemos a hacer el amor. Mejor dicho, *estábamos* haciendo el amor, sin desvestirnos, es verdad, pero quizá por eso mismo alocadamente, con furor, con tanto furor que no nos preocupábamos por acompasar los impetuosos movimientos de nuestros cuerpos.

Cuando terminamos, yo estaba doblemente asombrado: por lo que había ocurrido y por como Ester se había movido. Sobre todo por esto último. No pude contenerme y se lo dije, al oído para no azorarla:

—Nunca había estado con una mujer tan fogosa. ¡Eres increíble! ¡Eres... como un volcán!

Ester no hizo ningún comentario. No dejó traslucir tampoco si mis palabras le agradaron o le molestaron.

—La próxima vez tenemos que hacerlo sin ropa —insistí—. ¿Me lo prometes? ¡Prométemelo!

—¡Es tarde! Me tengo que ir —no quiso comprometerse a nada.

¡Calentadoras! Así les dicen a las chicas que tienen la pésima costumbre de echarse para atrás en el momento decisivo. ¿Sería Ester una de ellas? Solo había una forma de averiguarlo: la invité de nuevo y, al rato de estar restregándonos, intenté desabotonarle el pantalón. Fue como romper el conjuro que la tenía convertida en una odalisca.

—¿No quieres que hagamos el amor? —pregunté retirándome a un lado.

—No es eso —dejó Ester una rendijita abierta.

—¡¿Tienes miedo?! —me alegré, pues creí entender lo que pasaba—. ¡No seas tontita! ¡Voy a cuidarme!

—...

—¿No me crees? Yo soy el principal interesado en que no nos llevemos un susto.

—...

—¡Ester! —le rogué buscando su mirada.

—No tengo miedo de quedar embarazada —habló por fin.

—¿De qué tienes miedo entonces? ¿De estar con un cura?

—No. Eso sería más bien una ventaja. Pecado y absolución vienen juntos, como en oferta —salió con sus ironías de siempre.

—Te estoy hablando en serio. ¿Por qué no quieres estar conmigo?

—...

—¡Ester! —comencé a desesperarme.

—Está bien, te voy a contar. Tengo miedo porque... me han violado.

—¡¿Qué?! —no podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Cómo que te han violado? ¿Cuándo? ¿Quién?

—¡Qué importa eso! ¡He sido violada! —repitió poniendo esa cara que no me gustaba.

Durante buen rato no supe reaccionar, como si estuviera ante algo sucio, ante un tipo de suciedad que nunca había visto y que no sabía cómo limpiar.

—¡Ves! ¡Ahora no vas a querer saber nada conmigo! —me sacó Ester de mi pasmo.

—¡Cómo se te ocurre decir eso! ¡Estás loca! —le escondí mis verdaderos sentimientos. Necesitaba ganar tiempo para encontrar en mí al cura que debe brindar consuelo hasta en las peores circunstancias.

La terrible historia que me contó Ester había ocurrido unos años antes, en sus tiempos de militante de izquierda. El tipo que la forzó era el famoso Negro Chávez, uno de esos matones que los partidos tenían en sus fuerzas de choque. Fue una noche que salían los dos de una reunión de cédula en la universidad. El Negro, contando una mentira, se hizo acompañar a un sitio apartado y allí abusó de ella. Según parece, Ester perdió en algún momento el conocimiento y cuando se descubrió a sí misma tirada en el suelo, con la entrepierna adolorida y ensangrentada, no podía entender lo que le había pasado, no podía creerlo. Era tal su estado de *shock* que al salir finalmente de la universidad estuvo horas deambulando sin saber qué hacer: ¿volver a su casa?, ¿ir a la Policía?, ¿quejarse con alguno de los dirigentes del partido?, ¿llamar a su novio por teléfono? Optó por esto último, pero el silencio que se hizo al otro lado de la línea le hizo entender que la pesadilla recién empezaba.

¿Quién se portó peor? ¿El Negro Chávez? ¿El novio? ¿El partido? El Negro podía ser de izquierda, pero en el fondo era solo un delincuente de la peor calaña. ¡No solo abusó de una muchacha que le imploraba que no hiciese eso, que juraba —y era cierto— que nunca había estado con un hombre! ¡Encima la dejó tirada, en un estado en el que le pudo pasar cualquier cosa! Los dirigentes del partido, esas basuras, se mostraron

más preocupados por tapar el escándalo que por Ester. No expulsaron al Negro. Lo castigaron sacándolo de Puno. Y a Ester le arrancaron la promesa de que no denunciaría el hecho a la Policía. ¡Para no manchar el nombre del partido! ¡Inaudito!

Al último personaje de este drama lo conozco de cerca: Ezequiel, uno de nuestros dirigentes jóvenes más apreciados. Ahora está en Lima. Casado. Con dos hijos preciosos. No sé si Ester dice la verdad cuando afirma que eran novios. De repente solo estaban enamorados. Intimidación, por lo menos, no habían tenido. Ni llegaron a tenerla. Ezequiel estuvo al lado de Ester unos días más, pero después rompió con ella. Fue sincero. Le dijo que no podía soportar lo que había ocurrido, que no podía superarlo.

Juzgar al prójimo es muy fácil. Yo tan solo intento comprender. ¿Qué edad tendría el muchacho en ese entonces? Veintidós, veintitrés, no más. Demasiado joven. Demasiado inexperto. Esta circunstancia atenúa un poco su culpa, pero ¿lo exime de ella? ¿Por qué no encontró fuerzas en sí mismo, en su fe, para apoyar a Ester? Nadie está diciendo que debió casarse con ella, pero, así solo fuera por caridad, ¿no debió permanecer a su lado para ayudarla a superar ese doloroso trance?

El golpe fue demasiado fuerte para Ester. O mejor dicho los golpes. Seguía haciendo su vida, pero como sonámbula. Hasta que una tarde, cuando cruzaba una calle para ir a clases en la universidad, sintió un fuerte sacudón y de nuevo estaba tirada en el suelo sin comprender qué había pasado. No le importó. Veía a unas personas que se afanaban a su alrededor, pero a ella le daba lo mismo... Los dolores de cabeza de los que se quejaba de cuando en cuando eran secuela de ese accidente. No había ninguna otra huella, ninguna cicatriz, ningún otro tipo de dolor. ¡Solo un tremendo y comprensible resentimiento! ¡Una amargura que en adelante tiñó el concepto que tenía de las personas!

¿Por qué no olí el peligro?, ¿por qué no recapacité sobre lo difícil que sería mantener bajo control una relación con una muchacha que había pasado por un incidente tan feo? Era el momento de echarme para atrás, de salir, extremando las precauciones, del terreno minado en que me había metido, pero no se me ocurrió mejor idea que dárme las de psiquiatra.

—Lo que te ha pasado es horrible, pero tienes que superarlo —le dije a Ester cuando logré arrancarle toda su historia—. ¡No puedes vivir con eso!

—¿Sí? ¿Y cómo? —se mostró escéptica.

—Para empezar, haciendo lo que estás haciendo ahora: hablando. Hablando sobre lo ocurrido, hablando sobre lo que sentiste esa noche, sobre lo que sentiste cuando todo el mundo te dio la espalda.

—¿Y con quién voy a hablar?

—¿Cómo con quién? ¡Conmigo!

—¿Qué te crees? ¿Que porque tienes barba eres Freud?
—sacó las uñas.

—No solo por eso. Porque algo conozco el corazón humano —seguí pecando de presuntuoso.

A falta de diván, la conversación transcurría en mi cama, echados uno al lado del otro. No habíamos vuelto a hacer el amor vestidos, pero sí nos dábamos de cuando en cuando unos besos castos, apropiados para tratar un tema tan penoso como el que ocupaba nuestros últimos encuentros.

—Se me ocurre además otra forma de ayudarte...
—decidí soltar un globo de ensayo.

—¿Cuál?

—Me ofrezco en calidad de conejillo de Indias...

—¿Cómo es eso?

—Tienes que vencer el miedo a hacer el amor. ¿Qué mejor que una persona de tu entera confianza para ayudarte?

—¿Para ayudarme cómo? ¿Como Ezequiel? —no perdió la oportunidad de zaherirme.

—Que yo sepa, no te he dado ningún motivo para que me pongas en el mismo saco con él —me mostré más ofendido de lo que en realidad estaba.

—¡Discúlpame! ¡Discúlpame! —cogió mi rostro entre sus manos y me besó en los labios.

—Podemos tratar de hacer el amor —me sentí con derecho de ir al grano—. Mejor dicho, puedes emplearme con fines terapéuticos...

—No te entiendo.

—Conmigo puedes ir descubriendo poco a poco que el sexo no es una agresión, que es placentero. ¿Me comprendes? Yo no haré absolutamente nada. Toda la iniciativa te la dejo a ti.

—...

—¿Qué piensas? ¿Estás de acuerdo? —insistí. La sola idea de que una mujer me usara para complacerse sexualmente me estaba volviendo loco de excitación.

—Está bien, podemos probar —me dio Ester luz verde.

Yo me imaginaba que su curación sería larga, que sería una verdadera prueba para mi paciencia y fuerza de voluntad. Pensaba que si no hacía gala en todo momento de la mayor delicadeza, podía echar todo a perder: la palomita se asustaría y volaría a posarse a otra rama. Fantaseaba también, por supuesto, con el intenso placer que recibiría con cada pequeño avance: la visión de unos senos desnudos, el permiso para acariciarlos y besarlos, los simulacros de coito, al comienzo con la ropa puesta y después en ropa interior, las primeras auscultaciones, con un solo dedo o guiando suavemente un dedo de ella, para ver si se estaba lubricando o si todavía era pronto para que reaccionara... Las cosas, sin embargo, se presentaron de manera muy distinta, pero —¡tonto yo!— en

lugar de preocuparme me froté las manos pensando que me había sacado la lotería.

Estábamos en la cama, besándonos cada vez más apasionadamente. Yo, fiel a la palabra empeñada, mantenía las manos quietas y tampoco quise echarme encima de Ester.

—Mejor ponte tú encima de mí —le sugerí al oído y seguí besándola al tiempo que acariciaba su espalda.

Para una primera vez me pareció más que suficiente, pero decidí compartir la decisión con ella:

—¿Hasta aquí no más? —le consulté.

—Un poquito más —me pidió sonrojándose.

—¿Quieres que hagamos otra cosa? —seguí mostrándome comprensivo.

—¡Acaríciame aquí! —me pidió poniendo una mano mía sobre sus nalgas.

Eso hice. Con suavidad, como un invidente que reconoce al tacto las formas, pero sin poder evitar el sentirme más y más excitado. Ester, por su parte, empezó a moverse encima de mí como si estuviésemos haciendo el amor, pero torpemente, quizá porque mis piernas le estorbaban.

—Espera —le dije—, mejor así... —y separé las piernas.

Ella aprovechó esa pequeña pausa para, como me pareció, acomodarse el pantalón. Sin embargo, cuando volví a acariciar sus nalgas, noté que el fundillo estaba flojo. Ester, sin dejar de moverse y sin decir una palabra, cogió nuevamente una de mis manos y la colocó debajo del pantalón, sobre su piel desnuda...

A partir de ese instante todo sucedió muy rápido, tan rápido que a punto estuve de eyacular dentro de ella, que seguía cabalgándome.

—¡Espera, me voy a venir! —me asusté—. Tenemos que usar un preservativo.

La pausa nos sirvió también para, riendo de nuestras fachas, terminar de quitarnos los pantalones: a Ester le colgaban de una pierna, yo solo me los había bajado hasta los muslos.

—Tú encima... —me pidió cuando estuvimos de nuevo echados, acariciándonos y besándonos.

—¿Te gusta? —le pregunté cuando la penetraba de nuevo, cuidando todavía de ser delicado.

—¡Sí, sí me gusta! —admitió volviendo el rostro hacia la pared...

Era obvio que Ester no necesitaba ninguna terapia, que ya alguien se había encargado de dársela antes que yo. ¿Debí tocarle el tema? ¿Debí molestarme por la comedia que había representado? Me sentía con derecho a hacerlo, pero tenía miedo de salir perdiendo, de quedarme sin soga y sin cabra. Por lo demás, ¿no habían hecho lo mismo, de un modo u otro, todas las mujeres con las que yo había estado? Todas sin excepción, tal vez por su educación católica o quizá por mi condición de cura, se fingían al comienzo más santas de lo que en realidad eran. Me pareció mejor, pues, dejar ese asunto para más adelante, para cuando entre Ester y yo hubiera algo más estable. Total, aunque suene muy crudo, no era una novia lo que yo buscaba, sino una amante. Y creí haberla encontrado, una amante ideal en muchos sentidos.

Un cura, para todos los fines prácticos, es exactamente igual que cualquier varón, con los mismos apetitos y las mismas necesidades. Hay buen número de padrecitos, es cierto, que se toman a pecho sus votos y luchan contra su naturaleza, pero hay un número también considerable que sabe que es inútil resistirse a los llamados de la carne y que, por lo mismo, no pretende alcanzar el cielo con imposibles. A estos últimos pertenezco yo.

Mentiría si digo que siempre he pensado así. Hubo momentos en que mi incapacidad para reprimir mis instintos

—*mi debilidad*, decía yo, para aludir a esa enorme energía capaz de arrasar con los diques más macizos y resistentes— me conflictuaba muchísimo y en que estos conflictos pusieron en riesgo mi vocación. Superada la peor de las crisis, comprendí que, en tanto humano, estaba condenado a ser un pecador y que tendría que resignarme a convivir con mi virilidad.

En Ester desde un comienzo creí ver a la muchacha que podía conservar a mi lado durante varios años. Para empezar el que no fuera amiguera, el que mirara a los otros muchachos y muchachas del grupo con el mismo desdén con que ellos la trataban a ella, era para mí mejor garantía de discreción que un juramento, que la más firme promesa de guardar lo nuestro en secreto. En los años que llevaba sirviendo en el sur andino había aprendido a distinguir a las jóvenes de este tipo. No era en lo físico en lo que se diferenciaban del resto, ni en la manera de hablar, ni en la de vestir, aunque también en la apariencia, el dejo y la ropa había sutiles marcas. El grosor del cabello, por ejemplo, o la piel por lo general ligeramente manchada; frasecitas como “en ahí” o “te estoy diciéndote”; cierto, por llamarlo de alguna manera, abigarramiento en la ropa: adornitos, brillos, encajes, pliegues, flecos, como si entre las prendas de diario se colaran algunas de los disfraces de diablada, tuntuna o la bendita saya que por ese entonces empezaba a causar furor. El problema de estos chicos y chicas era que no sabían darse su lugar, era un complejo que tenían por su apariencia, su origen humilde, el sitio donde habían nacido o los colegios o escuelas en los que habían estudiado.

Ester era así. Destacaba sobre el resto por su inteligencia, pero igual, creo que sin ser muy consciente de ello, se sentía menos, sabe Dios por qué, incluso que muchachos y muchachas que tenían los mismos rasgos físicos e historias bastante parecidas. A mí me encantaba bromearle, fastidiarla, como

bromeaba con otros jóvenes que tenían el mismo problema para tratar de hacerles comprender que no existía ninguna razón para que se sintieran mal o menos que el resto. La huallatita del lago, le decía a Ester en alusión a un huaino y a esas orgullosas aves que nadan en las lagunas de las alturas. El mensaje era que no tenía por qué avergonzarse de haber nacido en un pequeño pueblo de la cordillera, que no tenía para qué mentir diciendo que era de Ayaviri.

Allí estábamos, pues, el cura y la huallata, feliz cada uno con lo que había encontrado o con lo que creía haber encontrado. Los primeros meses de intimidad fueron una verdadera luna de miel. Nos olvidamos muy pronto de jugar a Freud curando el trauma de una violación y nos dedicamos simple y llanamente a disfrutar con el sexo, asunto en el que Ester me sacaba ventaja.

—¡Otra vez! —me pedía después de una primera o incluso de una segunda cópula.

—¡Espera! —tenía que calmar yo sus ímpetus—. ¡Deja que me recupere! Yo no soy tan joven como tú.

—¿Ya? —volvía a insistir al poco rato.

—¡Qué pesada! —jugaba yo a trastocar roles como en las dinámicas de grupo que aplicábamos entre los jóvenes de los barrios—. ¡Eres igual que todas las mujeres! ¡Solo sexo tienes en la cabeza! ¿Por qué no te nace ser cariñosa conmigo o por qué nunca conversamos de algo?

Me imagino que era natural que yo estuviera fuera de forma. Tal vez de verdad algo tenía que ver mi edad o tal vez era la consecuencia de cómo había vivido mi sexualidad, siempre con sobresaltos, siempre a salto de mata. Ester, en cambio, en eso era asombrosa: en todo momento estaba dispuesta a tener relaciones.

—¿Te gusta mucho el sexo, no? —le preguntaba.

—Sí... —me respondía sin el menor empacho.

—¿No temes condenarte por lujuriosa? —la fastidiaba.

—Más miedo me daría ir al Cielo —me cerraba la boca—. ¡Está lleno de curas hipócritas!

Creo que el placer era la forma como se cobraba por lo que le había pasado y la ironía, el sarcasmo, el modo de defenderse para que no le volvieran a hacer daño. Su manera de ser a mí no me molestaba. Mi única preocupación era que no olvidara en ningún momento que yo era un cura y que nuestra relación no tenía futuro. Siempre le estaba metiendo eso en la cabeza, no me cansaba de machacarle que mi vocación era firme, que sería una persona muy desgraciada si por alguna razón me veía obligado a dejar los hábitos.

—Si estuviese en mí renunciar a mi vida sexual, hace tiempo que lo hubiese hecho. No te imaginas cuánto he tratado, pero me ha resultado imposible. Es más fuerte que yo. No puedo resistirme. ¿Me entiendes? —le explicaba.

—¡Claro que te entiendo! —me tranquilizaba—. ¿Por qué crees que estoy contigo? ¿Por tu linda cara? Me das algo que yo también necesito mucho, que es también más fuerte que yo.

¿Debía alegrarme? ¿A qué se refería? ¿Solo al sexo? Sentía una ligera inquietud, como cuando la regla se le retrasaba un poco, pero después me olvidaba. Creía que manejaba todos los hilos de esa relación, que las amenazas solo podían venir de fuera. Por eso trataba de que nuestros encuentros fueran bastante espaciados y, sobre todo, de que nuestro comportamiento en público fuera lo más natural.

—Estoy seguro de que ante los ojos de Dios no estamos haciendo nada malo —la adoctrinaba—. Somos solo un hombre y una mujer que se gustan y que no le causan ningún daño a nadie teniendo relaciones íntimas. ¡No tienes por qué incomodarte lo más mínimo cuando estamos con otras personas!

Ester, como de costumbre, se mostraba de acuerdo conmigo y eso me tranquilizaba. Mi única preocupación era su falta de templanza, lo que a la vez era una dura prueba para la mía, pero incluso esto lo tomaba yo con buen humor, como el pequeño peligro que en realidad me ayudaba a mantenerme alerta, vigilante, o como la manera que tenía el Señor de probar hasta dónde era capaz de llegar yo en mi libre albedrío.

¿Quién era el hombre que había iniciado a Ester en los secretos del sexo? ¿Era él quien la había conducido por las sendas oscuras de la lascivia o esa era una puerta que ella misma había abierto cuando se le cerró la del amor puro, luminoso? Me daba, no sé por qué, un poco de temor tocarle el tema de frente, pero tampoco era capaz de hacer a un lado el asunto, de pasar la página y dejar que las cosas siguieran su curso.

—Bueno, ahora sí no te libras. Me tienes que confesar tus pecados —bromeaba con Ester cuando estábamos en la cama—. ¿Desde cuándo cometes el de la carne?

—Uy, no me acuerdo. Hace varios años —me seguía ella la corriente.

—¿Y quién es el varón que te ha inducido a pecar?

—¿El varón? *Los* varones dirás —se burlaba de mí.

—Bueno, los varones...

—A ver, mejor en orden alfabético para no olvidar a ninguno: Alberto... Alejandro... Antonio... Anacleto... —disfrutaba aguijoneando aún más mi curiosidad.

El turno de vengarme llegaba cuando ella, como siempre insaciable, me pedía que hiciéramos el amor una y otra vez más.

—¿Todavía tienes ganitas? —la hacía sufrir un poco.

—¡Sí...!

—¿Quieres sentirme de nuevo?, ¿quieres que nos volvamos loquitos de placer? —le preguntaba al oído.

—¡Sí, sí...!

—Me parece muy bien, pero antes tienes que confesarte...

Estos torpes intentos de sonsacarle su secreto nos hacían reír de buena gana, pero nunca condujeron a nada. Ester no solo no soltaba prenda sino que casi siempre conseguía que yo le diera gusto. Era después de ocasiones así, cuando pasaba con ella más tiempo del que aconsejaba la prudencia, que me entraban crisis de arrepentimiento y hacía lo posible por no verla a solas siquiera durante dos o tres semanas. En esos periodos de abstinencia, ¿sentía ella, al igual que yo, los tormentos del deseo? ¿Tenía la suficiente fuerza de voluntad para vencer a la carne?

Mis dudas terminaron, siempre lo recuerdo, en vísperas de Navidad. Habíamos tenido una reunión en uno de los barrios y, después de las canciones y los ponches, ni ella ni yo nos resignábamos a volver a nuestra soledad cotidiana en medio del ambiente festivo. Ester propuso ir a un café, pero a mí, por la hora, me pareció más prudente que fuéramos a casa. Serví panetón y vino y nos pusimos a hacer el amor de manera desenfadada, cuando de pronto a Ester, entre gemidos, se le escapó un nombre que no era el mío.

—¿Qué?! ¿Qué me has dicho?! —me detuve en seco. Curiosamente, no me sentía dolido, ni traicionado, ni furioso. Estaba contento con el provecho que podía sacarle a ese lapsus línguae.

—¿Yo? ¡Nada! —trató de hacerse la tonta.

—¿Quién es Roberto? ¡Confiesa! —atenacé su cuello con ambas manos.

—¿Qué Roberto?! ¿Qué tienes?! —intentó salir del apuro en que se había metido, pero yo apreté con un poquito más de fuerza para darle a entender que no tenía escapatoria.

—Ves, ¡por tomar tanto vino! —me burlé de ella—. El alcohol te ha soltado la lengua.

Esa noche Ester me confió su secreto aunque sin aclarar todavía de qué Roberto se trataba. “Tú no lo conoces”, me dijo incluso para despijarme, pero no cedí hasta jalarle la lengua en uno de nuestros siguientes encuentros.

¡Roberto Cárdenas! ¿Quién se iba a imaginar? Casado, miembro de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos primero y miembro del Movimiento de Profesionales Católicos después. ¡Famoso en todo Puno por su chalequito de Taquile y porque siempre andaba con gringas! Simpático, bonachón, comedido, de esas personas que siempre están dispuestas a ayudar. ¿Qué más? Franco, abierto... sí, por lo menos en comparación con sus paisanos, por lo general tan reservados. Así veía yo a Roberto Cárdenas antes de que Ester me lo presentara en la plenitud de sus atributos, con esos encantos adicionales que no lucía por modestia.

—¿En la cama se entendían? —me resultó difícil contener la curiosidad.

—Sí, muy bien.

—Mejor que conmigo seguro.

—Sí... —admitió Ester entre compungida y azorada.

¿Qué necesidad tuve de indagar en los asuntos más íntimos de esa relación? Sigo sin comprenderlo. Lo cierto, sin embargo, es que yo no me cansaba de preguntar y Ester, contra lo habitual, de explayarse hasta en detalles, como si ese fuese el capítulo de su vida del que más orgullosa se sentía.

El romance databa de una época en que trabajaban en la misma institución y, encima, estaban en la misma comunidad. Roberto no perdió el tiempo cortejándola. Le insinuaba cosas, le

decía que ella era muy sensual, que podrían pasarlo bien juntos y una noche, en una fiesta un tanto aburrida, le propuso de frente que se fuesen a otro lugar. Ester accedió y, después de bailar en una discoteca, terminaron haciendo el amor en el Volkswagen de él.

—¿En un *seicito*?! —no lo podía creer yo—. ¿Y no te moriste de frío?

—¡No! —mi preocupación le causó asombro a Ester—. Montón de veces hemos hecho el amor en su carro y nunca he sentido frío.

—¿Pero esa fue tu primera experiencia? Después de... —algo me impulsaba a seguir hurgando.

—Sí, la primera.

—¿Y no me contaste que había un chico en ese trabajo que te enamoraba? Uno soltero, no me acuerdo cómo se llama. ¿Y a él por qué no lo aceptaste? ¿No te convenía más?

—Ese era un coqueto. Siempre enamoraba a varias chicas al mismo tiempo. Esa noche de la fiesta igual. Estaba saca y saca a bailar a una chica que fue conmigo.

—¿Y Roberto? Peor, es casado.

—Pero no coqueto —seguía en sus trece Ester.

En general, era increíble todo lo que Ester le había permitido a ese hombre, pero el colmo fue lo del cuarto. Era un asunto más bien sórdido, pero Ester lo contaba como si fuese la máxima prueba de amor que él le había dado.

—¿Alquiló un cuarto para que se encuentren? —abrí los ojos como platos cuando me lo contó.

—Sí, con su bañito. Teníamos también una de esas jarras para calentar agua, un par de tazas, sobrecitos para mate, azúcar...

—¿Vuestro nidito de amor, en resumen?

—Sí, nuestro nido...

—¿Y estás segura de que Roberto no llevaba a otras chicas a ese cuarto? —quise meterle el gusanito de la duda.

—¿Cómo iba a hacer eso? Yo también tenía llave.

—¿Tú a veces ibas sola entonces?

—No, no me gustaba ir sola. Me sentía triste, extrañaba a Roberto.

¿Cuál era el encanto secreto de ese galán? Secreto porque en su apariencia no había nada extraordinario. Esmirriado, más bien alto para los estándares puneños, con la piel no blanca, pero tampoco tan oscura como la de la mayoría de los collas del Altiplano, y con una sonrisa vivaz que ponía al descubierto dos hileras de dientes blanquísimos. ¿Qué vio Ester en él? ¿Por qué se le entregó al primer requerimiento que le hizo? Lo único que se me ocurre —ahora que sé más sobre Roberto y sus andanzas porque en ese entonces no entendía nada— es que Ester algo escuchó sobre sus habilidades y, como no tenía nada que perder después de lo que le había ocurrido, se dejó llevar por la curiosidad.

¿Cómo decirlo suavemente? Con esa pinta inofensiva, con esa su sonrisa de chico sano, Roberto era un verdadero semental. De creerle a Ester, podía tener sexo toda la noche y nunca se cansaba. Siete, ocho veces seguidas o hasta más. ¿Será posible? Debe ser. De otro modo no andaría rodeado de gringas. No creo que lo busquen solo porque es un experto en Taquile y porque les vende el cuento de que esa isla es la prueba viviente de que el Imperio incaico era comunista.

Si de por sí nunca me sentí muy orgulloso de mi desempeño en la cama, peor fue después de escuchar todo lo que Roberto podía darle a una mujer, el placer que a manos llenas le regalaba.

—¿Eyaculaba todas las veces que hacían el amor?
—dudaba yo.

—¡Todas! —era tajante Ester.

—¿Y no iba perdiendo fuerza en la erección?

—¡No! —me dejaba sin el más mínimo consuelo.

—Y tú, ¿también llegabas al orgasmo todas las veces?

—No, no todas —parecía que Ester se iba a apiadar de mí, pero en seguida me soltaba el mazazo—, pero sí varias veces en una noche.

Eso era algo que en el tiempo que llevábamos juntos no estaba seguro de haber conocido: un orgasmo de Ester. ¿Qué de Ester? En general, a mis casi cuarenta años, no estaba seguro de haber provocado un orgasmo femenino. Las mujeres con las que había estado y la propia Ester me decían que disfrutaban conmigo, pero yo no había advertido esos que se suponen son los signos del clímax. El asunto nunca antes me había importado porque consideraba que esa explosión de placer que supuestamente sienten las mujeres no pasaba de ser un mito más de los tantísimos que hay en torno al sexo. Pero allí estaba Ester afirmando lo contrario, contándome, como si fuese lo más natural del mundo, que con Roberto tenía varios orgasmos en una noche, que uno de los secretos de él, aparte de que duraba bastante, era que cuando se acercaba el momento la levantaba un poco con el brazo derecho por el trasero para penetrarla más a fondo...

¿Tengo que confesar también que alguna vez Ester y yo lo intentamos? El resultado no fue nada espectacular, pero nos reímos mucho cuando nos dimos cuenta de lo ridículos que nos veíamos intentando esas acrobacias circenses.

No soy de los curas retrógrados que piensan que la mujer es la encarnación del demonio, pero en el caso de Ester hubo ocasiones en que llegué a creer que de verdad llevaba al enemigo

adentro, como cuando me soltó de sopetón que se había vuelto a ver con Roberto.

—¿Y eso qué tiene de malo? —hice un esfuerzo por mostrarme liberal, aunque sospechaba ya a qué se estaba refiriendo exactamente.

—Es que... —titubeó antes de descerrajarme el tiro de gracia— hemos hecho el amor.

Estábamos en la cama. Hacía apenas unos momentos habíamos tenido intimidad y me había mostrado a ella tal cual soy, en toda mi desnudez.

—¡Vístete! —le ordené mientras hacía apresuradamente lo mismo—. ¡Sal de mi casa!

¿Esos son los celos? ¿Esa sensación de que te están arrancando el corazón con un garfio? ¿Ese dolor insoportable? No, no eran celos, no solo eran celos. Era pena también de ver que ese edificio que con tanto cuidado habíamos estado construyendo se había derrumbado, pena por el esfuerzo gastado en vano, pena por las ilusiones que se desvanecían, pena incluso por lo que le esperaba a Ester ahora que había vuelto por la senda de la degradación.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté cuando, a ruego de ella, nos citamos en un café para conversar.

—Se sentía muy mal. El chico que ha muerto en el accidente del otro día era su mejor amigo...

—Ah, comprendo... El pobre estaba deprimido... ¡y borracho, seguro!

—...

—¿Qué? ¿Me equivoco?

No me había equivocado. Estaba bebido y Ester, pese a que mil veces me había jurado que nunca más permitiría que un hombre mareado se presentase en su casa a buscarla, aceptó salir con él.

—Estaba en el suelo. Con Ramón eran amigos desde niños —trató Ester de justificarse.

—¿Y por qué no le dijiste que te busque al día siguiente? ¿En qué habíamos quedado? ¿No habíamos quedado en que tenías que hacerte respetar?

—...

Roberto se presentaba en casa de Ester a las horas más inauditas, casi siempre al filo de la medianoche o incluso más tarde, y con el mayor desparpajo se ponía a tocar bocina. A Ester este comportamiento nunca le pareció irrespetuoso, no por lo menos hasta que yo se lo hice notar. Lo que le molestaba es que nunca hacían nada juntos aparte de acostarse. La explicación que daba, cuando Ester empezó a reprocharle su conducta, era que se preocupaba por ella, que estaba cuidando su reputación de joven soltera. Ester se creyó el cuento hasta que descubrió que con otras chicas sí se lucía en su carro a cualquier hora o se iba a la discoteca. ¡Como si no le importara lo que la gente dijera al verlas con un hombre casado cuando, en realidad, pertenecían a acomodadas familias puneñas!

—¿A qué hora te buscó? ¿Qué hicieron? —seguí interrogándola.

—Temprano. A eso de las diez y media...

—¿Y qué hicieron? —insistí. Creo que tenía la esperanza de que las cosas no hubiesen pasado de un encuentro fugaz, en el carro, casi casi contra la voluntad de Ester.

—Fuimos a un hostal...

—¿A un hostal?! —sentí de nuevo el garfio en el pecho—. ¿Hasta qué hora estuvieron?

—Hasta la madrugada...

El nudo que tenía en la garganta me salvó de preguntar cuántas veces hicieron el amor, cuántos orgasmos tuvo ella. ¿Cómo hubiera reaccionado si me decía que seis o siete o que

habían roto su propia marca? ¿Me hubiera largado de ese café y no me habría vuelto a encontrar nunca más con ella? Lo último que le pregunté esa mañana, en todo caso, fue con la intención de salvar mi responsabilidad y de asegurarme una retirada tranquila.

—¿Se cuidó? ¿Le pediste que se cuide?

—No...

—¡Cómo puedes ser tan loca! —tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar—. ¿Y si de nuevo sales embarazada? ¿Qué vas a hacer? ¿Achacarme ese niño? ¡Eres una loca! ¡Una irresponsable! ¡Una... una... puta! —no pude contener más la rabia acumulada.

—¿Cómo me puedes decir eso? —se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ni se te ocurra llorar! —me asusté—. ¡Cálmate! ¡No me hagas caso! Estoy demasiado exaltado. Otro día seguimos conversando...

Volvimos a lo ocurrido varias veces más. Me disculpé por haberla llamado puta, pero traté de que entendiera cómo me sentía, de que se pusiera en mi lugar. ¿Y si quedaba preñada? Ya una vez le había pasado. Roberto, el semental, odiaba los preservativos. Se quejaba de que aminoraban el placer, de que no se sentía igual de rico. La única precaución que tomaban con Ester era contar los días y, claro, les pasó lo que les pasó. Tuvieron que acudir a uno de esos matasanos que se ganan la vida, como vulgarmente dicen en Puno, “haciendo bajadas de motor”, pero cuán precarias serían las condiciones en que se hizo la intervención que después Ester estuvo con fiebres durante días. Un ginecólogo al que visitó pasado un tiempo le explicó incluso que existía el peligro de que en adelante ya no pudiera concebir.

—¿No me dijiste que el aborto fue una experiencia horrible? —le reprochaba yo a Ester.

—Sí...

—¿No fue muy malo para ti? ¿No me contaste que cogiste una infección?

—Sí...

—¿Y entonces? No te entiendo, ¡por Dios que no te entiendo!

—...

Ester no salió embarazada y yo, cediendo a sus ruegos, hice las paces con ella. La justificación que me di a mí mismo fue que era cristiano perdonar las ofensas, pero ahora, después de que he repasado tantas veces lo sucedido, creo que mis motivaciones fueron muy distintas: quería volver a tener relaciones íntimas con ella, me sentía con derecho a reclamar siquiera una parte del placer que ella le daba a Roberto. No podía sacarme de la cabeza a los dos haciendo el amor hasta la madrugada en ese hostalucho. No creía ya en Ester, en sus propósitos de enmienda, pero fingí que sí para tenerla de nuevo como amante, siquiera por un corto tiempo más, el suficiente para que ella misma apagara el fuego que había encendido y en el que yo me estaba consumiendo.

Una sola condición le puse para continuar lo nuestro: que cumpliera su compromiso en otra línea de pastoral, no la de jóvenes.

—Ya estás como Roberto —captó en seguida lo que había detrás de ese pedido.

—En cierto modo... —me mostré inflexible con ella—. ¿Cómo puedo confiar en ti después de lo que me has hecho? Algunas precauciones tengo que tomar.

La explicación que dimos al resto del grupo fue que Ester nos dejaba porque estaba pasando por un periodo crítico en la ONG donde trabajaba y eso le demandaba todo su

tiempo. No fue idea mía que se apartase del todo de la Iglesia. Hubiese preferido que se dedicase a la pastoral con mujeres. Estaba convencido de que el estrecho contacto con señoras que enfrentaban problemas tan o más duros que los de ella podía resultarle beneficioso, podía hacer que relativizara la triste experiencia que había vivido, pero no quiso saber nada con las monjas que tenían a su cargo el área de mujer.

—¡Son unas hipócritas! ¡Las detesto! Prefiero quedarme en mi casa a tejer. Por lo menos mis sobrinos tendrán chompas nuevas.

—Todos somos un poco hipócritas —traté de hacerle recapacitar—. Yo en tu lugar lo pensaría antes de lanzar la primera piedra. ¿No soy también un hipócrita? ¿No predico una cosa y hago otra?

—Es distinto. Tú, ¿ves?, reconoces tus defectos. Esos dos se creen perfectas. ¡Poco más y se elevan al cielo!

Ester era igual de dura con todo el mundo, tan dura que cuando empezaba a despacharse no quedaba títere con cabeza. Al comienzo su misantropía (“¿qué es eso?”, me acuerdo de que preguntó la primera vez que utilicé esta palabra) me causaba gracia, pero para entonces ya había empezado a fastidiarme.

—¿Hay alguna persona para ti que no sea detestable, que no sea una basura, que no sea la encarnación de todos los defectos? —le reconvine.

—Por supuesto, ¡millones!

—Yo no te estoy preguntando en abstracto. Te hablo de las personas que conocemos. ¿Quién es bueno para ti? ¿Quién? —y empecé a soltar uno tras otro los nombres de quienes en ocasiones recientes habían caído fulminados por los rayos que arrojaba su boca...

—¡Tú siempre te pones en mi contra! —me reprochó Ester.

—¿Pero qué quieres? ¿Qué puedo pensar? Si nadie te gusta, si todos son unos tales por cuales, ¿quién está mal? ¿El resto de personas o tú?

—¿Entonces la conflictiva soy yo?

—¡Bingo! Eso es exactamente lo que te estoy diciendo —llegó mi turno de ser sarcástico.

Fue por esa época, si mal no recuerdo, que empecé a insistirle para que buscara la ayuda de un psicólogo.

—¡No puedes vivir con toda esa rabia dentro de ti! —trataba de hacerle entender cuando me sentía con ganas de ayudarlo—. ¡Te hace daño! ¡A ti, a nadie más! A las demás personas ni les va ni les viene que te sientas así. ¡Eres tú la que se está cocinando el estómago!

—¿Piensas que estoy loca?

—Yo nunca he dicho que estés loca. ¡Escúchame, por favor! ¡Abre tus orejitas! —se las jalaba en broma para que no siguiese a la defensiva—. Lo que te estoy diciéndote —otra broma que no le hacía ni sonreír— es que estás llena de resentimiento y que ese resentimiento dificulta tu relación con las personas. Anda a un psicólogo. Él te puede ayudar a ver el mundo con otros ojos, a que te quites esos lentes oscuros que siempre llevas puestos.

—¿Cómo? ¿No es que tú eras mi psicólogo? ¿No es que dejabas chiquito a Freud y me ibas a curar todos los traumas? —trataba de hacerme reír recordando las bromas de los primeros tiempos, cuando los nubarrones todavía no se habían presentado.

—Nunca mejor dicho: ¡yo *era* tu psicólogo! Ahora soy parte de tus problemas.

Eso era efectivamente lo que pensaba: Ester estaba enferma no solo de Roberto, sino también de mí. De manera distinta, claro. En mi caso, no era el sexo lo que me daba

poder sobre ella. ¡No soy tan tonto como para engañarme al respecto! Era otra cosa, algo que se me escapaba, quizá el que, tras su distanciamiento con Roberto, yo fuese la única persona con la que tenía confianza o quizá mi ministerio o incluso mi apariencia, sí, mi cabello castaño, mi tez blanca y mi barba. ¡Vaya uno a saber! Lo cierto es que la forma como se aferraba a mí, a una relación sin ningún futuro, no era normal en una chica tan joven. No, sobre todo, porque de por medio no había amor, ni siquiera enamoramiento.

—¿Por qué ibas a ser un problema para mí? —afirmaba ella más que preguntaba.

—¿De verdad no te das cuenta? —me molestaba que no viera lo que a mí me parecía evidente—. ¿Tampoco te das cuenta de que Roberto es otro problema, más serio todavía? Todas las chicas a tu edad lo que más desean es encontrar al amor de su vida para formar una pareja, una familia. Tú, en cambio, no quieres construir nada, como si lo que te ha pasado te hubiera descalificado para el matrimonio. Por eso estás con hombres con los que no vas a llegar a ningún sitio: un casado, un cura...

En ese entonces yo rabiaba, buscaba mil maneras distintas de explicar lo mismo, pero ahora ya no estoy tan seguro de qué es lo que me preocupaba más: el que Ester no se diera su lugar conmigo como antes no se lo había sabido dar con Roberto o mi tranquilidad, mi seguridad, el riesgo que corría de perder la consideración de mis superiores, en general el respeto de los demás.

¡Qué bueno hubiese sido para mí, en verdad, que ella no me hiciese caso en todo, que no tolerase mis exabruptos mirándome con esa cara de perrito asustado! Después de cada encuentro, por lo general insatisfactorio, cargado de mutuos recelos, enturbiado por las discusiones que habíamos tenido antes y por la que inevitablemente tendríamos después de hacer el amor,

yo me prometía a mí mismo que nunca más la volvería a llamar, que en todo caso era la última vez que teníamos intimidad. Al cabo de un tiempo, sin embargo, empezaba en mí el desasosiego, la lucha contra el deseo cada vez más imperioso de poseer a una mujer, una lucha en la que ponía toda mi fuerza de voluntad, en la que trataba de asustarme a mí mismo con todos los peligros cuando la determinación empezaba a flaquear, pero en vano. Saber que me bastaba con marcar un número telefónico para tener una nueva oportunidad de beber esa enervante mezcla de placer, lascivia, turbación y tormento con la que las mujeres nos van privando de a pocos del sano juicio, era demasiada tentación.

Esta es la parte de la historia que preferiría no recordar. Más aún, si con la oración, el arrepentimiento o el más firme propósito de enmienda se nos permitiera borrar el episodio más negro de nuestras vidas, este es el que borraría...

Mi primera reacción, cuando recibí la noticia, fue de incredulidad. Yo estaba feliz, me acuerdo, porque hacía lo menos seis semanas que no buscaba a Ester. Por eso, ese día que nos cruzamos de casualidad, empecé a bromear cuando ella me preguntó si tenía tiempo para que nos encontráramos.

—Déjame ver... Este año no puedo... El siguiente tampoco... ¿Qué te parece si nos vemos dentro de tres años exactamente? Nos llamamos para reconfirmar la cita.

—¿Qué tienes? Mejor dime de frente que no quieres verme —reaccionó mal Ester.

—¡Uy, qué susceptible! —intenté de nuevo hacerle sonreír—. ¡Y qué poco sentido del humor! ¿De cuándo acá tanta formalidad? Quisiera conversar contigo —empecé a remedarle—. Cuando tengas un momento libre.

Quedamos para tomar un café esa misma tarde. Mi intención era charlar un rato con ella y despedirme con un ambiguo “nos llamamos” que no me comprometiera a nada.

—¿Y esa cara? —sentí un poco de fastidio al toparme horas después con el habitual gesto de resentimiento que le deformaba las facciones—. ¿Te has vuelto a pelear con la humanidad entera?

—Estoy embarazada —me soltó sin mayores preámbulos dejándome mudo por unos instantes.

¿Qué era lo que exactamente estaba diciendo? ¿Que estaba embarazada de mí? ¿O me estaba contando simplemente la nueva desgracia que le había ocurrido? “¡Otra vez Roberto!”, comprendí en seguida el sentido de sus palabras y mi corazón volvió a latir.

—Te advertí, ¿sí o no? —le eché en cara su irresponsabilidad. Me sentía dolido, pero al mismo tiempo aliviado, aliviado porque ese embarazo significaba mi liberación definitiva—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Eso quiero que conversemos...

—¡A mí no me metas en tus historias! —le paré el carro—. ¡Habla con Roberto! ¡Tomen juntos una decisión! Y ojalá sea la mejor para los dos, para los tres, mejor dicho...

—¿Con Roberto?! ¿Por qué con Roberto?! ¿Qué tiene que ver Roberto?! ¡Estoy embarazada de ti...!

¡Era imposible! ¡Yo siempre había tomado precauciones! Empezaba sin preservativo, es cierto, pero al ratito ya me lo estaba poniendo. ¿Por qué Ester me quería hacer eso? Traté de hacerle entrar en razón, le rogué que fuera honesta conmigo, consigo misma, con el propio Roberto, pero fue inútil. Seguíó en sus trece, repitiendo obstinadamente que el hijo era mío, que ni siquiera se había vuelto a encontrar con Roberto, como me había prometido.

¿Qué podía hacer? Estaba —¡estoy!— convencido de que Ester me había puesto una trampa y no quería por nada del mundo que se saliese con la suya, pero no había forma de

impedírselo. Si simplemente me lavaba las manos, como podía haber hecho cualquier otro hombre en mi situación, ella, como represalia o en uno de sus ataques de misantropía, podía revelar a todo Puno nuestra relación. Le bastaba con ir adonde alguno de esos periodistas de las radios que se ganan la vida enlodando el buen nombre de la gente y mi vida estaba arruinada.

—¿Sabes? —le dije cuando me convencí de que no tenía escapatoria—. No creo ser el autor de ese embarazo, pero te voy a ayudar en todo, vamos a superar juntos esta prueba.

—Si no me crees, no quiero tu ayuda —se puso en plan de orgullosa.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a tener un hijo sin padre? —me entró el pánico de solo pensar en la posibilidad de vivir en adelante con una espada colgando sobre mí.

—Ya veré lo que hago. De repente aborto, de repente tengo al niño...

—¡Qué mala te has vuelto! —me traicionaron los nervios—. ¡Cuánto habrás sufrido para terminar así! Y ahora quieres que otros sufran igual, incluso los que no te han hecho ningún daño...

No sé si fueron estas palabras o mis ojos llenos de lágrimas los que ablandaron a Ester. No admitió su mentira, pero aceptó hacerse una intervención. Eso, que creíamos que en verdad era la única salida, fue el comienzo de nuestro vía crucis.

¿Tuvo que ver algo el Señor en lo que pasó? ¿Fue un castigo por faltar a uno de sus mandamientos? Solo al comprender que esto escapa a mi entendimiento y al de cualquier humano he dejado de torturarme. Me parece incluso que es pecar de soberbia el buscar una relación de causalidad entre nuestros actos y los designios de la divinidad. No hay que mirar tan alto para buscar el castigo por nuestras faltas. En mi caso, por ejemplo, ¿no es suficiente condena el hondo malestar

que hasta ahora me acompaña por haber ido en contra de mis convicciones?

Fiebres y hemorragias fueron, como la anterior vez, la señal de que algo marchaba mal. Ester volvió donde el médico que la había atendido, pero el salvaje, asustado, se la quitó de encima cargándole a ella la responsabilidad. “Seguro de que usted me ha mentado. Se habrá hecho más de una intervención. Recientemente se habrá hecho alguna y no me ha contado. Por eso su organismo está reaccionando así”, tuvo el descaro de argumentar el muy cínico.

—¡Está hablando estupideces! —traté de calmar a Ester por el teléfono—. ¡Tienes que ir a otro médico!

—¿A qué médico? ¿Cómo voy a volver a ir sola? —estaba desesperada.

—¡Pídele a una de tus hermanas que te acompañe! ¡Que ella busque el médico! —tuve que olvidarme de mi exigencia de que nadie se enterara de la operación. Confiaba, por lo demás, en que Ester mantendría mi nombre en reserva.

El segundo médico decidió aprovecharse al máximo de las circunstancias. Primero se negó de plano a atender a Ester y después pidió una millonada aduciendo que corría un riesgo enorme.

—¡La señorita está en muy mal estado! —le explicó a la hermana de Ester—. Si empeora me pueden echar la culpa de realizar prácticas ilegales. ¡Lo siento! ¡Llévela al hospital! ¡Denuncien al doctor que ha hecho esto!

¡Hospital! ¡Denuncias! ¿En qué iba a terminar todo? Le rogué a Ester que hablara ella misma con el doctor, que lo convenciera como sea, ofreciéndole dinero, un papel firmado en el que lo eximía de toda responsabilidad, cualquier cosa.

—Mire —accedió finalmente el médico bajo algunas condiciones—, yo le voy a hacer bien el legrado y le voy a dar unos antibióticos para evitar que la infección derive en una

septicemia, pero no le garantizo que vaya a quedar bien. En ese caso, no tendrá más remedio que recurrir al hospital. A mí, por favor, no me busque más.

Esos días en que estábamos pendientes de si se presentaban fiebres y hemorragias fueron angustiantes, pero lo que vino después, cuando Ester se puso mal de nuevo, fue aún peor. Yo era un zombi, ya no vivía, veía a la muerte tan cerca que decidí jugarme el todo por el todo.

—¡Vamos adonde otro ginecólogo! —le dije a Ester por teléfono—. ¡Adonde uno bueno de verdad! ¡Yo lo voy a buscar! ¡Yo te acompaño!

Esa decisión fue la que nos salvó. El doctor con el que di le hizo varias cauterizaciones y la trató con coagulantes además de reforzarle los antibióticos. Encima fue discreto, no preguntó quién era yo. Esto me tranquilizó, pero solo en parte. Las tres o cuatro veces que estuve en ese consultorio ginecológico, sentado en uno de los sillones de la salita de espera, temblaba de solo pensar que en cualquier momento podía entrar una persona que me conociera.

En general, los suplicios que conocí durante esos dos meses fueron peores que los del infierno. No niego que el dolor físico sea insoportable, que sea inaguantable el que te arranquen las uñas con una tenaza o te marquen con un hierro al rojo vivo, pero creo que hubiera preferido eso a la angustia permanente en que vivía, al miedo que no me dejaba dormir mientras Ester estuvo en peligro. En peligro por mi culpa. Porque, preocupado por mi tranquilidad, por no alterar el curso de mi vida, no me importó ponerla en manos de un asesino... Jamás hubiera hecho eso de saber a lo que la exponía. ¡Jamás volvería a hacerlo! Cargar en la conciencia con la muerte de alguien es un peso que puede quebrar a cualquiera. Recién entonces lo entendí.

Semanas estuvo Ester delicada y todo ese tiempo yo fui un juguete en sus manos. Me llamaba por teléfono varias veces al día e insistía para que nos encontrásemos casi a diario.

—No puedo, Ester. Tengo montón de trabajo...

—¡Siquiera un ratito! Me siento mal, comprende —empezaba a quejarse y yo terminaba cediendo.

Tuve que ponerme fuerte para hacerle entender que con tanta cita me estaba exponiendo a las habladurías de la gente. No solo eso. Que estaba confundiendo las cosas y que de esa manera solo iba a conseguir hacerse daño.

—Ya no estás tan mal, Ester —le repetía en esos forzados encuentros—. Cuando hacía falta, tú has visto, he estado a tu lado, en ningún momento he antepuesto mi seguridad a la tuya, pero ahora ya es tiempo de que reacciones.

—Eso es lo que quiero, pero necesito que me ayudes...

—¿En qué más puedo ayudarte? He hecho todo lo que he podido. Ahora tú tienes que ayudarte a ti misma. Tienes que volver a tu vida de antes. Vuelve ya al trabajo. Son dos meses que estás con licencia.

—¿Cómo voy a trabajar? Me siento mal todavía...

—¡No es verdad! Ya no estás tan mal. Si fuera cierto, no estarías saliendo todas las tardes de tu casa para encontrarte conmigo. Entiende, Ester, yo ya no puedo seguir en este plan. Yo no soy tu pareja ni tu enamorado. No puedo darte más de lo que ya te he dado...

—Solo un tiempo más... —rogó.

—¡No, Ester! —fui intransigente.

—¡Por favor! ¡Eres la única persona que tengo!

—¿Sí? Pues con mayor razón. Estás exigiendo demasiado de mí, ¿no te das cuenta? Lo único que vas a conseguir, a este paso, es malograr nuestra amistad...

—¡Por favor...!

—¡No! ¡Se acabó! ¡Vuelve al trabajo! ¡Yo también tengo mil cosas pendientes!

Era la pura verdad. Estaba deshecho, con los nervios destrozados y encima había descuidado a los chicos en los barrios, lo cual no hacía sino agravar mi malestar.

Todo este tiempo he buscado respuesta al porqué de la tirria que le cogí a Ester, he tratado de entender cuánto de culpa tuve yo en la forma como se fue deteriorando no ya la amistad, incluso el trato entre nosotros. ¿Por qué, por primera vez en la vida, perdí los papeles y caí en el extremo de gritar, insultar, humillar, herir en lo más vulnerable? ¿No le cabe también alguna culpa a ella? ¿No es incluso tan o más culpable que yo?

—Ester —le planteé cuando por fin nuestras vidas habían vuelto a su cauce de siempre—, dejemos de vernos un tiempo.

—¿Por qué? ¿Ya no quieres que seamos amigos?

—Sí quiero, pero necesito un tiempo para reponerme. ¡Estoy destrozado!

—Sé que te sientes mal, los dos nos sentimos mal, pero no entiendo por qué no quieres verme.

—¿No entiendes? Yo te advertí, te dije que me estabas exigiendo mucho, que estabas abusando. Es natural que ahora quiera olvidarme de todo esto.

—¿Para recuperarte necesitas olvidarte de mí?

—Yo no he dicho eso. Necesito mi soledad, por lo menos un par de meses... Necesito procesar todo lo que ha pasado, reencontrarme conmigo mismo.

—¿Dos meses?! ¡No!...

—¡Un mes entonces! —cedí con tal de conseguir la ansiada tregua.

Al momento de despedirnos, Ester me prometió firmemente que no me buscaría antes del plazo acordado, pero no pasó una semana y ya estaba telefoneando.

—Hola...

—Hola —le respondí con el tono más seco que era capaz de encontrar.

—...

—Sí, dime...

—¿Sabes que está dando en el cine?

—No sé, Ester. No soy la oficina de informes.

—Ya te enojaste. Yo te preguntaba por si querías ir...

—Ester, ¿en qué hemos quedado?

—...

—¿No hemos quedado en no vernos durante un mes?

—...

—¡Respóndeme!

—Sí, en eso hemos quedado, pero tú dijiste que si era necesario...

—No, Ester, yo dije que si era *muy* necesario podíamos encontrarnos antes. ¿Es urgente que vayamos al cine?

—...

—¡Respóndeme! ¿Es absolutamente indispensable?

—No...

—¿Entonces?

—...

—Por favor, Ester, ¡deja de llamarme! Si tú no cumples tu palabra, yo tampoco voy a cumplir la mía —la amenacé antes de colgar.

De nada servía el ponerme duro o el cortarle el teléfono. A los dos o tres días volvía a llamar y todo empezaba de nuevo. ¿Qué podía hacer para que ese bendito aparato de color naranja chillón dejara de sonar? ¿Largar a Ester a la *eme* con todas sus palabras? ¿Y cómo reaccionaría ella? Esa sensación de impotencia, de saberme en sus manos, era lo que más me fastidiaba. Tenía que contar hasta mil para recuperar un poco de

calma y de ecuanimidad. No me convenía poner a Ester en mi contra. Después del infierno por el que había pasado, ¿acaso era tan molesto ese asedio? No era para reaccionar como lo estaba haciendo...

¿No?

No pasaba una semana sin que me la encontrara en el lugar y el momento más inesperados, rondando por alguno de los barrios o a la salida de alguna de mis reuniones de la Vicaría de Solidaridad.

—¿Qué hay? —ya ni la saludaba—. Seguro de que pasabas por aquí de casualidad, ¿no?

—No, te estaba esperando...

—Ya me parecía. ¿Qué quieres?

—Quería conversar contigo.

—Está bien. Dime.

—¿Aquí?

—Sí, tiene que ser aquí. Y de preferencia rápido. No tengo mucho tiempo.

—Está bien. Yo solo quería preguntarte si estás enojado.

—...

—¿Ves?, sí estás enojado. Yo no me siento tranquila si sé que estás enojado...

—¿Qué conchuda eres, Ester! ¿Por qué crees que estoy enojado? ¿Porque sí? ¿Porque soy un loco? ¿Cómo quieres que esté si quedamos en que vamos a dejar de vernos un tiempo y te dedicas a perseguirme?

—A perseguirme... —a falta de razones repetía como un eco mis palabras.

—¿Qué? ¿No me estás persiguiendo? ¿De repente estoy paranoico además de loco? ¡Imagino cosas que no son!

—Paranoico...

—¿Qué quieres, Ester? ¿No te entiendo!

—Solo quiero que no te enojés...

—No, tú no quieres eso. Si quisieras eso, no estaríamos aquí peleando...

—Peleando...

—¡Claro que peleando! ¿Qué crees? ¿Que esto es una conversación de amigos?

—Por favor, ¡no te enojés...!

—¡Dale la mula al maíz! Si de verdad no quieres que me enoje, déjame tranquilo, ¡cumple tu palabra! No te pido mucho, solo que dejes de torturarme durante un mes...

—Torturarme...

Su manera de hacerme eco me sacaba de quicio. Todo en ella empezó a parecerme odioso, detestable, repulsivo. ¿Qué quería? ¿Por qué se le había dado por perseguirme? ¿Por qué aguantaba mi sarcasmo, mi mal humor, mi agresividad? La única explicación plausible es que deseaba comprometerme, ya sea para imponerme su amistad, para que volviésemos a lo de antes, para hacerme daño o para arruinar mi vida si seguía rechazando lo que ella me ofrecía.

¿Qué podía hacer? La prudencia aconsejaba no provocar demasiado a esa fiera herida, tener siquiera un poco de consideración con ella, y es lo que intenté después de mentalizarme durante días, pero la aversión que le había cogido fue más fuerte.

—¿Sabes qué? —le dije la siguiente vez que la encontré haciéndome guardia—. ¡Ya me harté! ¡Estás loca! ¡Te falta un tornillo! No voy a perder tiempo conversando contigo. El único que te puede ayudar es un loquero...

—Loquero...

—Sí, psiquiatra, psicólogo, loquero, ¿qué más da? Eso es lo que necesitas. Yo ya no puedo hacer nada por ti. ¿Te has visto en un espejo? ¿Has visto la mirada de loca que tienes? ¡Anda a un psicólogo! De repente todavía te puede ayudar...

—Todavía...

—Sí, todavía, pero, como no haces caso, te puede pasar sueño de perro. No me extrañaría que cualquier día de estos se te crucen del todo los chicotes. Tu comportamiento ya no es normal. No es normal la forma como me persigues...

—Me persigues...

—Sí, me persigues. Y eso no es normal. Eso solo lo hace una persona que está loca. ¡Pero yo ya me harté! ¡Para mí ya no existes! Como si fueras transparente. Eso, no pienso ni siquiera saludarte...

Continué mi camino sin volver la vista. Tenía miedo, como en la maldición bíblica, de convertirme en estatua de sal si lo hacía. De hecho, estaba temblando. Demoré un buen rato en recuperar la calma, pero finalmente sentí un enorme alivio. Estaba convencido de que el contragolpe de Ester sería demoledor, pero ya no me importaba. Cualquier cosa era mejor a tener que soportarla.

Los días siguientes fueron de una calma chicha: ni denuncias en las radios contra el cura que había obligado a abortar a una pobre joven ni la temida llamada del obispo pidiéndome cuentas. ¿Qué estaba esperando Ester? ¿Estaba jugando conmigo como el gato con un ratón? ¿O confiaba todavía en salirse con su gusto, en que yo la buscaría para pedirle disculpas?

Una mañana que salía de casa la encontré parada en la esquina. ¡Era el colmo! Aceleré la marcha y pasé por su lado sin siquiera mirarla. Caminé así, a trancos, unas dos cuadras y recién entonces me atreví a volver la cabeza. ¡No era posible! ¡Ester casi corría para alcanzarme! Decidí encararla, agarrarla a sopapos aunque sea con tal de hacerle entender que no podía seguir haciendo eso, cuando salvadoramente apareció un taxi.

Esa misma tarde, después de resolver algunos asuntos y de cerciorarme de que no había moros en la costa, saqué la camioneta

y viajé por unos días a Juli a esconderme en casa de unos amigos. Sí, a esconderme y a recuperar un poco de calma para no cometer una locura. Sin embargo, al día siguiente mismo de mi regreso a Puno, ya estaba Ester en su puesto de vigía. Decidí sacar otra vez el carro, creo que con ánimo de que no pudiera seguirme, pero al llegar a su altura frené en seco y bajé.

—¡Loca de mierda! —le dije con toda la rabia y el odio que había acumulado—. ¿Qué diablos quieres? ¿Arruinarme la vida? ¡No me importa! Yo mismo voy a ir adonde el obispo a confesarle todo lo que ha ocurrido. ¿Estás contenta? ¿Sí? ¿Sí? Me alegro, pero, eso sí, no vas a volver a verme nunca más. ¡Nunca más! ¿Entiendes?

Di media vuelta y volví a la camioneta. Ester, rogándome que la perdonara, me siguió y se aferró a la portezuela.

—¡Suelta! —le ordené—. ¡Suelta, carajo! —insistí, pero como ella no hacía caso arranqué forzando el motor...

No la arrollé. Estoy seguro. Quizá la hice caer al suelo, pero no la arrollé. Y tampoco fui ni en ese momento ni después adonde el obispo. Tomé la carretera a Juliaca y pisé el acelerador a fondo. Quería morir, quería perder el control del auto, pero no tuve suerte. ¿Qué más podía hacer? ¡Nada! ¡Esperar! Volví a casa, guardé la camioneta y retomé mis asuntos. Así pasó ese día y el siguiente y otro más y no ocurría nada... ¡Ninguna represalia de parte de Ester!

¡No lo podía creer! No pude creerlo durante meses. Siempre que timbraba el teléfono era presa de un sobresalto y lo mismo me pasaba cuando descubría a lo lejos una silueta femenina que avanzaba a mi encuentro... ¿Por qué se compadeció de mí? ¿Por qué no hizo nada para perjudicarme? ¿Nunca fue esa su intención? No puedo creerlo. Me cuesta aceptar, aun hoy, que solo buscara mi amistad, que solo pidiese un poco de protección, que todo su afán fuese mantener un lazo entre nosotros.

El día que me enteré de que Ester se iba a casar me alegré de veras por ella. Eso solo podía significar que había rehecho su vida. ¡Se lo merecía! ¡Nadie como ella se lo merecía! Recuerdo que en algún momento tuve el deseo de compartir mi alegría con ella haciéndole un regalo, pero después encontré que eso era inapropiado y decidí dejar las cosas como estaban. Habíamos dejado de hablarnos. Si nos cruzábamos en la calle, ambos fingíamos que no nos habíamos percatado de la presencia del otro. Si coincidíamos en alguna reunión, lo cual felizmente no sucedía muy a menudo, nos saludábamos apenas, con una venia o un forzado *hola*, y luego nos ubicábamos en lugares apartados o alguno de los dos inventaba un pretexto para retirarse.

Mentiría, sin embargo, si digo que la suerte de Ester me era totalmente indiferente, que lo que le pudiera pasar o dejar de pasar me traía sin cuidado. Aunque me negaba a admitirlo, aunque no quería pensar en eso, sabía que en algún lugar dentro de mí anidaban una profunda compasión por ella y un respeto grande ante esa muchacha que no se había quebrado a pesar de todo. Y del sentimiento de culpa ya ni hablar. Se había vuelto parte de mí, me acompañaba día y noche, era la medida de mi indignidad, el rasero con el que medía a otras personas cuando estaba cayendo en el pecado de creermme mejor que ellas, más noble, más recto, más íntegro.

Yo estaba en falta ante Ester, en grave falta, y nada de lo que pudiera hacer en adelante iba a borrar lo duro, lo inmisericordemente duro que fui con ella. Yo estaba convencido de eso. Esa fue otra de las razones para que ese matrimonio me alegrara tanto. La felicidad que ella iba a encontrar en esa unión me redimía en cierto modo, redimía a todos los que habíamos pisoteado la pureza, las ilusiones, los sentimientos, la dignidad, la fe en Dios y en el género humano de esa muchacha pura, creyente y noble que alguna vez fue Ester. Los Negros

Chávez, los Ezequieles, los Robertos y yo podíamos intentar reconciliarnos con nosotros mismos a partir de esa boda.

Eso es lo que por lo menos yo intenté. Liberado del peso que me agobiaba, me entregué con más pasión a mi trabajo con los jóvenes y disfruté también el ya no sentir los apremios del deseo, ya no por lo menos como antes, cuando creía que sin una mujer me iba a volver loco. Yo daba por sentado, entre tanto, que a Ester le iba bien en su nueva vida de casada, que no era ni más ni menos feliz que otras mujeres, que tenía simplemente la misma porción de felicidad que el resto. Y por fin pude dejar de pensar en ella, por fin empecé a olvidarla...

¡Horrible, con mayor razón, fue el encontronazo con la realidad! El marido la había mandado hasta el hospital de una paliza: fractura de clavícula y dos costillas rotas, además de un sinnúmero de lesiones menores y hematomas...

¿Por qué, Señor? ¿Por qué?

Sé que es inútil esperar una respuesta, que soy yo más bien quien debe responder ante Él, ante mí mismo y ante los otros hombres, pero, por más que pienso, no puedo entender por qué me ensañé con esa pobre mujer, por qué todos nos hemos ensañado con ella. Es como si esa terrible golpiza no se la hubiera propinado solo su marido. Es como si también yo le hubiera golpeado en el rostro, como si le hubiera pateado en el vientre y en las costillas, como si todos hubiésemos formado un círculo alrededor de ella para molerla a puntapiés, para lesionarla, para reventarle las entrañas y no dejar sano ni uno solo de sus huesos, ni un centímetro de su cuerpo.

¿Qué le reprochamos? ¿Qué le echamos en cara? ¿Cuál es su culpa? ¿Qué ofensa nos ha inferido para que reaccionemos como fieras? No lo sé. Por Dios que no comprendo...

El motivo de la golpiza sí está claro. Fue porque ha quedado estéril, porque no puede tener hijos. Primero ella y

su esposo esperaron llenos de ilusión, como todas las parejas. Después se empezaron a preocupar. Luego acudieron a los médicos y en el consultorio de uno de ellos, de un ginecólogo, Ester tuvo que admitir en presencia de su marido que se había hecho una intervención, una desafortunada intervención.

—Ahí está, pues —se jactó de su pericia el médico—. ¡Esa es la causa de la infertilidad!

El esposo de Ester no dijo nada. Ni ese día ni al siguiente. Pero al tercero llegó borracho y la molió a patadas gritándole de todo: ¡mentirosa!, ¡puta de mierda!, ¡tramposa!, ¡concha de tu madre...! Ester no se defendió. Es comprensible que no lo hiciera. ¿Para qué se iba a defender? ¿Para qué iba a gritar, a pedir ayuda a los vecinos? No eran los golpes los que le dolían, los que le estaban lacerando el corazón. Era algo que yo tampoco llego a entender.

NINOOKA

UNO

¡Huevón! ¡Leslie Stewart! ¡Pendejo! ¡Y tú de que te ríes, zonzonazo! El parecido es innegable, pero ¿por qué la gente piensa que es halagador parecerse a tamaña estúpida? ¿Porque sale en la televisión? ¡Eres igualita! Solo te faltan los ojos celestes y aclararte el pelo. ¡¿Solo eso?! No creo. También tendría que hacerme una lobotomía para parecerme del todo a ella, recibían su merecido los comedidos.

Para, para y un frenazo. ¡Mierda! ¡Qué manera de manejar! El que no pone la mano a tiempo, se va de cara. ¡Sube John Lennon! ¿Soltará cualquier nombre por hacerse el gracioso? ¡Qué va! El tipo que está subiendo de verdad se parece al Beatle: cabello largo con raya al medio, anteojitos con lunas redondas... Con razón todos se ríen. Festejan la chispa del muy cojudo. ¿Y John Lennon? Ni cuenta que se ha dado. Tranquilo a uno de los asientos vacíos que hay al fondo.

Un poco más de volumen al *walkman*, los ojos cerrados y ya está... ¡Pablo! ¡El único sobreviviente de la nueva trova tras la caída del Muro...! ¿Otra vez? Al cojudo este no le da la gana de frenar decentemente. Otra víctima. A ver qué le dice... ¡Sube Waldir Sáenz! Se le acabó la gracia. Negro y con camiseta del Alianza, pero no se parece en nada. ¡Qué blancos sus dientes! Le gusta que le digan Waldir. Se siente halagado. Sueña seguro con jugar alguna vez por los íntimos.

Tito no se perdería un detalle: el Perú en chiquito, la clase media venida a menos codeándose con el *populorum* y la pituquería ajena a todo, en sus autos último modelo, siempre separada del resto. Pásara *dixit*: “Tenemos unas élites con el síndrome del gheto: siempre buscan la manera de mantenerse al margen, de no mezclarse, de no ver lo que ocurre más allá de los exclusivos barrios en los que viven y de los pocos distritos en los que se mueven”.

¡Bajan, bajan! ¡Suben! ¡Sube Susy Díaz! ¡Esa si está como pintada! Rubia teñida, un escote que deja aparecer un par de sandías y una falda a punto de reventar. Y qué tal aire de dignidad. Agárrate rápido, cojuda, si no quieres aterrizar. ¿Ves?, te advertí. ¿Qué? ¿Te vas a quedar callada? ¿No te das cuenta de que maneja así a propósito? Ese es el problema: el peruano siempre baja la cabeza. Lo atropellan, hacen tabla rasa de sus derechos y chitón. ¡Incapaz de protestar! ¡Siéntate de una vez, hijita! ¿Qué esperas? ¡Carajo! Poco más y al suelo...

¡Oiga, más respeto!, oye su propia voz que apaga las risas que estaban por estallar. ¡Sí, qué es eso de estar burlándose de los pasajeros!, se suma alguien a la protesta. ¿Quién es? Ah, John Lennon. ¡Está bien, está bien, Johnn Lennon, no te acalores! ¡Qué tal concha la del cobrador! Claro, como todo el mundo le festeja sus gracias. ¿Te vas a dejar tú también, John? Dos trancazos y en la puerta. ¡Qué buen estilo! ¡Qué chistoso se ve ahora el muy pendejo, cogido del cuello y estampado contra la puerta! ¡A mí no me vas a venir con bromas! ¿Solo eso? ¡Dale un sopapo a ese imbécil!, oye de nuevo su propia voz, no sin sentir cierto asombro ante la carga de agresividad que lleva. ¡Sí, hay que enseñarle a respetar a la gente! ¿Quién? Ah, el señor que casi muere aplastado por Susy Díaz. Dicho y hecho. De pie y un patadón. ¡¿Qué?! ¡¿No se meta viejito si no quiere adelantar su entierro?! ¡¿Encima liso!? Un puñetazo. Y otro. Y

otro más. ¡Qué tal cara de idiota! ¿Por qué los hombres siempre se quedan lelos cuando una mujer les pega un puñete? No un sopapo. Un puñete. ¡Señores, qué pasa...! ¿Y ahora quién está metiendo cuchara? Ah, el conductor. ¡¿Cómo qué pasa?! ¡Casi me hace caer, so imbécil! ¡Lo voy a denunciar a la Policía! ¡Por fin, Susy! Todo este bolondrón es para defenderte y tú callada. ¡Eso, denúncialo! ¡Es lo menos que puedes hacer! ¡Suelte al chico, señor! Bueno, eso ya es otra cosa, otro tono, pero falta la palabra mágica. ¿Cuál? ¡Por favor, señor! Ahora sí. ¡Aprende a respetar a los pasajeros! Es Lennon con el índice en la nariz del cobrador. ¡Y usted maneje con cuidado! ¡Qué es eso de estar zarandeándonos! ¡Somos personas, no ovejas! Coro aprobatorio y sonrisa cómplice al pasar. En general, todos contentos. Hasta Susy Díaz ha recuperado su aire de dignidad...

¡Qué tal peleíta! Siempre ocurren a esta hora. Será que la gente ya está cansada y no aguanta pulgas. ¿Por qué Ricardo no le llama? Más de una semana que no se ven. ¿No se estará cansando ya? La única forma de saberlo es poniéndolo a dieta una temporada. Nada de sexo por más que insista. Cines, cafés, restaurantes, discotecas, chapecitos en el carro, pero de sexo nada. Si todo va a ser cama, se malacostumbra.

¿Por qué los hombres no pueden pensar en otra cosa? Sería bueno que uno de los programas de Laura Bozo fuese sobre este tema. Podría intervenir en calidad de experta. ¿Aunque de repente la China tiene razón y no es bueno darle tantas vueltas a las cosas? No, sí que es bueno. Con taparse los ojos no se gana nada. Esa tipa, por ejemplo, que no deja de mostrarle los dientes a su acompañante, seguro que es mujer de semana. Se nota a la legua. La con cara de *bulldog*, en cambio, es mujer de fin de semana. Es curioso. Cualquiera diría que la reilona no cabe en sí de felicidad y que la con-cara-de-perro no hace sino maldecir su suerte, pero las apariencias engañan. En el fondo, ser mujer

de semana es horrible. ¿Ves? ¡Cómo le ha cambiado la cara a la dientuda ni bien el ternudito se bajó! ¡Chau, sonrisas y brillo en los ojos! Hasta parece más vieja.

Debería dar consejos por la radio. Hay dos tipos de mujeres, las de semana y las de fin de semana: las de semana son las mujeres a las que los hombres buscan para divertirse y para hacer el amor. Claro que primero las enamoran, las invitan a salir, las llevan al cine o a la discoteca, pero después, cuando las conquistan, solo las buscan para hacer el amor porque eso es lo único que querían desde el comienzo. Las de fin de semana son las novias o las esposas, las mujeres con las que se tiene hijos y con las que los hombres pasan sus aburridos fines de semana en la casa.

Y si un oyente llama y le pregunta: ¿y usted que tipo de mujer es? ¿Qué le respondería? ¿La verdad? ¡Wiflas! ¡Es horrible ser mujer de semana! ¡Los sábados y domingos parecen interminables! Las semanas solo deberían ser de lunes a viernes. El sábado y el domingo, ¡borrados del calendario...!

La cara de *bulldog* estará pensando justo lo contrario. Todos los días deberían ser domingo. Así los esposos estarían siempre en casa y no tendrían pretexto para mandarse a mudar. ¿Cómo será estar pensando todo el día en qué está haciendo tu marido? ¿Estará de verdad en la oficina o se habrá ido con alguna fulana a un hostal? O de estar en la oficina está, pero coqueteando con sus compañeras de trabajo. Por eso, tantas señoras tendrán cara de bruja. ¡No tienen la culpa las pobres! De siete días, cinco los pasan pésimo. Las mujeres de semana al revés. Solo los sábados y domingos. El truco sería hacer de cuenta que es día de semana: despachar rápido las cosas de la casa y a la calle, al cine, a comer salchipapas, aunque sea a un parque...

No, es peor. Eso solo lo hacen las *natachas*, dar vueltas y vueltas en los parques de a dos o de a tres porque su sueldito de

empleadas domésticas no les alcanza ni para una entrada al cine. Mejor quedarse en la casa a lavar la ropa, a barrer, planchar, cocinar. ¡Practicando para ser mujer de fin de semana!

Estaba en la ducha, quitándose esa mezcla horrible de polvo y esmog que traía siempre del trabajo, cuando su hermano le avisó que Tito llamaba.

—¿Dónde está? ¿En su casa? —preguntó alzando la voz para hacerse escuchar.

—No me ha dicho. Creo que en la oficina.

—¡Pregúntale y dile que dentro de un rato lo llamo!

“¡Está huevón si cree que va a dejarme plantada!”, pensó pasándose la esponja por el cuello con más determinación. Esa noche se casaba Mayte, la secretaria de la oficina, y habían quedado en ir juntos. Seguro que había alguna chamba urgente y, claro, viernes por la noche, todos se habían hecho humo. Total allí estaba siempre el buenazo de Tito para sacar las castañas del fuego. Pero estaba cojudo si pensaba que esta vez le atracaría. ¡Ya vería cómo hacía, pero en una hora, o antes, debía estar allí para recogerla!

Se puso la bata de felpa, se cogió el pelo con una toalla y, olvidándose de las chinelas, se dirigió al teléfono.

—¡Está en la chamba! —le aclaró su hermano al verla con el auricular pegado a la oreja, pero ella se limitó a asentir con la cabeza, pues justo en ese momento le contestaron.

—Con Tito, por favor —pidió y, sin darse cuenta, empezó a marcar con la punta de un pie el compás de la musiquita que le pusieron.

—¿Sí? —contestó por fin Tito.

—¿Y? —se limitó a preguntarle ella.

—Hay un asunto de vida o muerte aquí en el trabajo...

—¡Ni me cuentes! —no lo dejó seguir—. ¡Me imagino que no serás el único que se ha quedado a resolverlo! ¡Que se arreglen sin ti! ¡Ya estamos sobre la hora!

—¿No podrías...? —hizo el amago Tito de librarse del compromiso, pero de inmediato dio marcha atrás—. ¡No, no, está bien...! En una hora estoy allí.

—¡En media! ¡No quiero llegar tarde! —no tuvo la menor contemplación. Un gesto obsceno con el puño en dirección al teléfono fue su manera de celebrar esa pequeña victoria. Luego, ya de buen humor, se encerró en su cuarto y empezó a vestirse con calma...

¡Tiempo que no estaba en un matrimonio religioso! ¡Hasta se había olvidado que eran una tortura! ¡La misa y la cola para abrazar a los novios todavía las pudo soportar, pero lo que casi la saca de sus casillas fue la pelea de las solteras por el buqué! Se cuidaba muy bien de esconder su aburrimiento, sin embargo, para no darle la razón a Tito. ¡Total, como ya habían cumplido, un rato más y le diría que podían fugar!

—Ahora vengo. Voy a saludar a un pata —lo dejó con las chicas de la oficina.

De pata nada, en realidad. Conocido apenas. Era un tipo con fama de mujeriego que se le había mandado una vez diciéndole que lo alocaban los pliegues debajo de los párpados como los que tenía ella. ¡Qué raro que estuviese solo y medio perdido!

—¿Ricardo? —se le acercó—. ¡Tiempo que no nos veíamos! Ya no vas a las reuniones en casa del gordo Valderrama.

—Es que he cambiado de trabajo —le devolvió él el beso.

—Creo que algo me habían comentado. ¿Dónde estás ahora?

—Ya no en la ONG. En el bando opuesto.

—¿Qué? ¿Estás realizando el nuevo sueño? —bromeó, pero en seguida, al ver que él se quedaba en Babia, tuvo que aclararle—: Antes todos soñábamos con la ONG propia. Ahora queremos el negocio propio.

—Pues en algo de eso estoy. Trabajo en una agencia de bolsa. No es mía, pero tengo participación en las utilidades.

—¿En la bolsa? ¡Qué paja! ¡Justo estoy buscando a alguien que me oriente un poco! —recordó ella el asunto de las acciones de Participación Ciudadana.

—¿Sí? Pues yo lo haría con todo gusto. Llámame cuando quieras —sacó una tarjeta de la billetera y se la dio.

—Pero seguro que tus consejos valen oro... —expresó sus dudas mientras guardaba la tarjeta en la cartera.

—Para los amigos son gratis...

—¿Y para las amigas? —decidió provocarlo un poco sin saber bien por qué.

—Con mayor razón... —le siguió él el juego, pero a ella le pareció que solo por cortesía.

“De repente no es tan mujeriego como me habían dicho”, pensó al tiempo que se abría paso entre los invitados.

—¿Quién es? —quiso saber Tito cuando se reunió con él.

—¿No lo conoces? Trabajaba en Pro Vida. Ahora se ha pasado a la empresa privada...

—Otro más... —perdió interés en él Tito.

—Otro más —prefirió no discutir y ni mencionó lo de la bolsa.

¡Se había cansado de insistirle a Tito para que averiguara lo de Participación Ciudadana! Él por supuesto que no iba a invertir en acciones de Telefónica, una transnacional,

qué escándalo, pero ella sí quería ganar algo más que los míseros intereses que pagaba el banco. ¡Ricardo era la voz...!

Esperó al jueves para llamarlo a su oficina. Era el único día que no iba a la zona.

—Con el señor Ricardo Sánchez, por favor —pidió con tono tan o más impersonal que el de la recepcionista que atendió su llamada—. De Ninochka Salazar. Ninochka Salazar —tuvo que repetir y, al hacerlo, cayó recién en la cuenta de que de repente Ricardo no la conocía por su nombre.

—Aló, ¿Ninochka? Disculpa que te haya hecho esperar. Justo estaba atendiendo a un cliente interesado en Participación Ciudadana —despejó sus dudas Ricardo y encima le facilitó las cosas—: ¿Cuándo quieres que conversemos? ¿Por qué no vienes a mi oficina?

—Preferiría que nos encontremos en un café, de ser posible hoy día... O el próximo jueves... Es que los otros días estoy en Cangallo, tú sabes...

—*Today?* —sonó contrariado Ricardo—. Hoy día no puedo... A menos que sea a eso de las cuatro. ¿Tú puedes?

—¿A las cuatro? Sí, me viene bien —se alegró Ninochka. En realidad, había quedado en trabajar con el equipo, pero ya inventaría una excusa.

Ricardo propuso el Bohemia del óvalo Gutiérrez, pero ella sugirió el D'Onofrio de Miguel Dasso. ¡Cada vampiresa que iba al Bohemia! ¡Detestaba cuando a un pata que estaba con ella se le iban los ojos detrás de otras mujeres! En el D'Onofrio no había a quién mirar. Hasta los mozos eran viejos y no esas mocosas llamativas que estaban de toda moda en los cafés de San Isidro y Miraflores.

El taxi la dejó en la puerta misma. Mientras esperaba su cambio, vio a Ricardo distraído con una revista. El último *Caretas* seguramente.

—¿Empiezas a leer por atrás o por delante? —le preguntó, después de los besos de rigor, señalándole la revista.

—Por atrás... —respondió Ricardo después de pensar unos instantes.

—¡Sospechaba! Casi no hay hombre que no abra el *Caretas* en la página de la calata.

—¿No me digas que eres de las mujeres que piensan que todos los hombres somos iguales?

—¿Y no lo son?

—¿Sabes cómo palabrea un amigo mío a las chicas? “Ustedes piensan que todos los hombres somos iguales —les dice—. ¡Ese es su problema! ¡Justo por eso se contentan con el primero que conocen! Nosotros, en cambio, pensamos que cada mujer es especial, única. Por eso es que siempre queremos conocer a más y más mujeres...”

—¿No serás tú el que dice eso? —no pudo Ninochka evitar sonreír.

—No, es un amigo. Yo no soy tan mandado... ¿Aunque a ti si me mandé, no? Y si no me equivoco una de las primeras veces que nos vimos...

—¿A mí? —se hizo la sueca.

—¿Ya no te acuerdas? ¡Qué bueno! No suelo hacer eso... Lo que pasa es que de verdad los ojos como los tuyos, con esas bolsitas debajo de los párpados, me gustan mucho. Claro que de haber sabido que tenías pareja no hubiera abierto mi bocota...

—¿Sí? ¿O sea que a las mujeres con pareja no se nos puede hacer un cumplido?

—De poder claro que se puede, pero ellas mismas lo toman a mal, créeme. Hasta el cumplido más inocente...

—¿Sí? ¡Qué tontas! —se asombró ella misma de mostrarse tan liberal y quizá por eso mismo de inmediato pasó al asunto de Participación Ciudadana...

Ese mismo sábado, siguiendo los consejos de Ricardo, metió tres mil soles en acciones de Telefónica. El lunes, aunque no había ninguna necesidad, le llamó para comentarle que ya era una maldita capitalista. Ricardo le devolvió la broma con otra y al final quedaron para verse de nuevo ese jueves. “¿Qué estás haciendo?”, se preguntó ni bien colgó el auricular, pero se tranquilizó pensando que en realidad él no le gustaba mucho.

—¡Nos vamos a ver de nuevo! —le contó esa noche a Sandra. Les seguía gustando conversar en el parque, como cuando eran adolescentes y en sus casas las amenazaban con llevarles hasta allí sus camas.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—Sí, no hay peligro. Resulta medio huachafo con sus poses de yuppie y sus palabritas en inglés —trató de restarle importancia al asunto.

—¿Entonces para qué sales con él?

—No sé. Creo que necesito cambiar de ambiente. Estoy harta del mundillo de las ONG...

—Lo que necesitas es un cambio radical. ¿Por qué no intentamos de nuevo lo de la beca? Tu novio se va a cansar de esperarte...

Era un viejo sueño de ambas, casi desde que entraron a la universidad. El “novio”, un chico que se encamotó de ella la primera vez que fueron a Huancayo, formaba parte de la misma historia. Era el más calladito de un grupo de cinco lugareños que se acercaron a invitarlas a una discoteca y que no podían dar crédito a sus oídos cuando les dijeron que no les gustaba. “¿No les gusta bailar?!” las miraron como a extraterrestres. “Bailar sí nos gusta. Las discotecas no nos gustan”, aclararon antes de proponerles hacer una fogata. Cargaron todo lo necesario en la camionetaza de uno de ellos y enrumbaron al campo. Hacía un frío de mierda, pero lo pasaron a lo grande: bailaron, saltaron

sobre la fogata, cantaron. Al final, cuando ya todos estaban uvas, se echaron sobre el pasto a mirar estrellas. ¡Ninotchka nunca había visto tantas!

—Cuenta trece y pide un deseo —le aconsejó el tímido, echado a su lado.

Escogió sus trece estrellas y les pidió el posgrado en Estados Unidos.

—¿Sabes cuál es mi deseo? —le preguntó el chico con un hilo de voz—. Que me des un beso.

Se volvió hacia él y, sin pensarlo dos veces, lo besó en los labios.

—¿Tú qué has pedido? —volvió a preguntar el muchacho cuando recuperó el habla.

—¿Tú qué piensas? —decidió jugar con él Ninotchka.

—¿También un beso? —preguntó esperanzado.

—¡Frío, frío! —le respondió Ninotchka y se puso de pie. Estaba entumecida. Buscó un poco de calor en la fogata, pero el que daban las agonizantes brasas resultaba insuficiente—. ¡Regresemos! ¡Nos va a dar neumonía! —dijo la orden de partir y los huancaínos, obedientes, se pusieron de pie y empezaron a recoger las cosas.

Años después, una de las tantas veces que estaba haciendo antesala en la Fullbright, se produjo su encuentro con el chico de las estrellas. Notó incómoda que un tipo la miraba insistentemente y se empezó a armar de paciencia para responder a las consabidas preguntas: ¿no eres de la Católica?, ¿de qué facultad?, ¿tú no andabas con fulanita, sutanita y menganita...?

—Disculpa —tomó valor el tipo—, ¿puedo preguntarte algo?

—No, no puedes —le respondió Ninotchka cortante, pero al instante, al ver su desconcierto, sintió lástima y terminó sonriéndole.

—Perdona, es que te pareces mucho a una chica que conocí hace años. ¿De casualidad no has estado alguna vez en Huancayo, en una fogata, contando estrellas para pedir un deseo?

—Sí, sí estuve —titubeó esta vez Ninochka al responder.

—Yo... —se puso rojo el tipo y demoró un momento en encontrar las palabras—... soy el chico que te pidió un beso.

—¿Sí? No te he reconocido... La verdad, después de tantos años se me había borrado tu rostro —fue dura Ninochka, aunque sin quererlo.

—A mí el tuyo no. Dime, ¿pediste algún deseo esa noche?

—Sí, una beca Fullbright.

—¿Y ya te la han dado? ¿No? Seguro de que la consigues. A mí me la dieron. Estoy estudiando en Madison, Wisconsin. ¿Tú a qué universidad estás postulando?

“Vaya partidazo que has dejado escapar de las manos”, le tomó el pelo Sandra al escuchar los pormenores del encuentro. Resultó que el chico era de los Carlessi, una de las familias más adineradas de Huancayo. Ninochka ni siquiera guardó la dirección que él le dio, pero si hablaban de la beca con Sandra, sin falta salía a colación el novio...

—El Carlessito ya tendrá hijos en edad universitaria... —dijo con la intención de seguirle el juego a Sandra, pero ella misma se dio cuenta de que sus palabras, más que a broma, sonaron a queja—. ¿No crees que ya estamos tías para pensar en becas? —trató de arreglarla.

—Como dice mi primo Edgardo, que a los cuarenta y tantos años sigue en Derecho mientras su mujer trabaja como negra para mantener la casa, “nunca es tarde para estudiar” —soltó la carcajada Sandra y Ninochka terminó contagiándose del

buen humor de su amiga. Esa noche, sin embargo, no volvieron a hablar de la beca.

A la cita con Ricardo llegó sin mucho entusiasmo y con retraso.

—Disculpa la demora —le dijo en lugar de saludo—. Tuve que ir a la zona. Los jueves no me toca, pero surgió un imprevisto...

—¡No te preocupes! —la tranquilizó Ricardo y esperó que ella se sentara y acomodara sus cosas en una silla antes de continuar—: ¿Ustedes dónde están? ¿En San Juan de Lurigancho, no es cierto?

—Sí, yo estoy donde el diablo perdió el poncho. En Cangallo. ¿Conoces?

—No... —meneó la cabeza Ricardo—. Y no tienen movilidad por supuesto. Déjame adivinar: como son una ONG chiquita, las financieras no les aprueban la compra de una camioneta...

—¡Peor todavía! Mima, nuestra jefa, se opone porque dice que es un despilfarro...

—Pero cada miembro del equipo debe perder entre seis y ocho horas a la semana en movilizarse.

—¡Más! ¡Diez horas! ¡Yo siempre le digo a Mima que nos pagan para viajar en combi, pero soy la única que reclama! —se alegró Ninotchka de encontrar por fin una persona que la comprendiera.

—Eso es lo que, como a economista, no me gusta en las ONG: la irracionalidad del gasto, pero justificada, eso sí, con la entrega, la mística, la vocación de servicio...

—¡Así me calla Mima! —lo interrumpió Ninotchka y se puso a imitar a su jefa—: ¡Nosotras trabajamos por mística, no por el sueldo! ¡Servimos a la población! ¡No nos servimos de ella! ¿Qué van a decir las señoras si nos ven llegar en una cuatro por cuatro?

¡Una catarsis! ¡Una verdadera catarsis! Eso fue lo que ocurrió esa tarde. Con Tito no podía hacer eso. Terminaban peleando. Él era de los pocos cojudos que se creía el rollo y no sacaba provecho de estar entre los mandamases de una ONG. “¿Qué quieres? ¿Que robe? ¿Que me dé la gran vida?”, se defendía él. Claro que no quería eso, pero por lo menos que no fuese tan ingenuo, que no dejase que se lo almorzaran.

—¿Quieres seguir haciendo terapia? —le preguntó por teléfono Ricardo al día siguiente.

No esperaba que él la llamase y menos a la oficina, pero tuvo que reconocer que se sintió halagada.

—¿Qué tal puntería la tuya! ¡Telefoneabas cinco minutos más tarde y ya no me encontrabas! —seguía impresionada cuando se encontraron esa noche.

—En algún momento mencionaste que sales a la zona a eso de las nueve y media o diez y yo tomé nota —no tuvo reparo Ricardo en explicar por qué llamó tan temprano.

—¿Tomas nota de todo lo que digo? —se asombró aún más Ninotchka.

—Solo de lo que me conviene... —bromeó él.

Estaban en otro de los sitios de moda, el Café Olé, a pocas cuadras de El Olivar de San Isidro. Los precios eran como para salir corriendo, pero como Ricardo era el que había invitado, lo dejaría pagar.

—¡Es agradable! Nunca había estado aquí —comentó.

—¿Qué sitios frecuentas? Ya sé... El Juanito, La Noche y de vez en cuando el Haití.

—Te faltó el Ekeko. Todos los de las ONG damos vueltas por los mismos sitios. Y algunos, por principio, jamás entran a un local pituco de San Isidro.

—¿Quién, por ejemplo?

—Montón de gente que conozco... —prefirió no hablar

de Tito. En eso él era tajante y ella compartía su manera de pensar. Le parecía de huachafos y arribistas eso de estar corriendo a local nuevo que abría sus puertas. Si finalmente había aceptado la sugerencia de Ricardo, era porque estaba segura de que allí jamás se encontraría con algún amigo.

—No creas, a mí también me gusta Barranco, pero no cuando quiero conversar tranquilamente con alguien —pareció leerle la mente Ricardo.

¿Por qué mostraba con tanta facilidad sus cartas? ¿Tan seguro estaba que ella caería? Ninochka decidió fastidiarlo un poco:

—¿Y con tu esposa qué sitios frecuentan? ¿O sales poco con ella?

—Vamos mucho al cine y después a tomar unos tragos. Es fanática del pisco sour. Solo toma uno o a lo mucho dos, pero tiene que estar muy bien preparado. El del Bohemia, por ejemplo, le encanta —sorteó el ataque con elegancia Ricardo.

—Nosotros también somos cinéfilos totales. Casi podría decir que nos hicimos pareja en la Filmoteca...

—¿Y tienes amigos con los que sales por tu cuenta o siempre andas en pareja? —la cogió él desprevenida.

—Tengo..., tengo mis propios amigos —respondió vagamente y de pronto, para sorpresa de sí misma, decidió dejarse de jueguitos—: ¿Tú lo que quieres es acostarte conmigo, no?

—La verdad, sí.

—¿Y si no atraco?

—¡Caballero! ¡A emprender una honrosa retirada!

—Pues puedes ir empezando... —se dispuso a cuadrarlo, pero fue interrumpida.

—*Wait, wait...!* ¡No te apresures! ¡Tampoco es así! ¡Mal no lo estamos pasando, verdad? ¡Pues al comienzo solo de eso se trata! ¡Ya veremos más adelante si algo nace, una atracción

mutua, una química! ¡Si eso no se da, tendría que estar loco o ser francés para pedirte que te acuestes conmigo!

—¿Por qué francés? —le preguntó finalmente Ninochka después de mirarlo un buen rato a los ojos.

—A una amiga le pasó una cosa curiosa en París, en el metro. Se le acercó un tipo y le dijo algo. Ella le pidió, en su francés masticado, que le hablase más despacio y el tipo empezó a preguntarle palabra por palabra: “*Vous...*”. “*Vous*”, repitió mi amiga. “*Voulez...*”. “*Voulez*”. “*Coucher...*”. “*Coucher*”. “*Avec moi?*”.

—¡Qué conchudo! —soltó Ninochka la carcajada—. ¿Qué hizo tu amiga?

—¡Estaba tan pasmada que se disculpó y hasta aclaró que estaba apurada, que por eso no podía! —se rió también Ricardo.

Las dos horas que siguieron las pasaron muy bien. Camino a casa, repantigada en el cómodo asiento de ese auto del año y escuchando un casete de Alberto Plaza que ella misma escogió, se puso a pensar de pronto en su abuela. ¡Pobrecita! Hubiese vivido de lo más bien en Chile, rodeada de todas las comodidades, si no se enamoraba de ese peruano al que conoció en un baile. El abuelo era un hombre apuesto y encantador, pero no tenía donde caerse muerto. Trajo a la abuela, embarazada del tío Felipe, en la segunda clase de un barco y la llevó a vivir a una quinta por la plaza Manco Cápac. ¡Qué tal cambio! ¡De una mansión en Santiago a un barrio de clase media baja tirando a popular en Lima!

—¿No te hacía infeliz el abismo entre tu vida de soltera y la de casada? —torturaba a la viejita planteándole sus inquietudes de estudiante de los primeros años de Sociología.

—No, hijita. En esa época yo quería mucho a tu abuelo.

—¿Y lo seguiste queriendo después de que te abandonó

con dos hijos pequeños? —le propinaba un golpe bajo en el intento de hacerla reaccionar contra su suerte.

—Al comienzo sí. No se deja de querer de un día para otro. Además, yo confiaba en que regresaría, en que comprendería que eran más importantes sus hijos que una pasión pasajera...

¡Era increíble la abuela! Se dedicó a coser para las damas de sociedad y sacó adelante a sus dos hijos. Solo dejó las agujas y dedales cuando se recibieron de médico el uno y de abogado el otro.

—¿No se te ocurrió nunca volver a Chile, adonde tu familia? —trataba Ninochka de entender la razón de tanto sacrificio.

—No.

—¿Por qué? ¿Te habían botado de casa? ¿Te habían dicho que no vuelvas cuando te casaste en secreto con el peruano?

—No, nunca me dijeron no vuelvas, pero en esos tiempos todo era diferente. No había teléfono para avisar: mi esposo me ha abandonado, mándenme dinero para comprar pasajes de regreso, para mí y para mis dos hijos. Yo me escribía de allá en cuando con mi madre y después, justo cuando se marchó tu abuelo, ella falleció y las cartas de Chile fueron cada vez más espaciadas.

—Si tu papá hubiese estado vivo, seguro de que venía personalmente a recogerte —buscaba una manera de consolar a la abuela, pero era algo que ella no necesitaba. Quizá cuando se es vieja ya ni se recuerda a los padres. Quizá la abuela hasta había olvidado que alguna vez vivió en Chile. Quizá solo recordaba esa casita de La Victoria en la que pasó años pedaleando en su vieja Singer de la que nunca se quiso separar.

Cuando Ninochka estaba en el último año de facultad, la abuela se empezó a consumir como una vela. Hacía meses

que casi no reconocía ni hablaba. Se mantenía viva a punta de caldos y papillas que Ninochka y su mamá le daban de comer en la boca, como si fuera una bebida. Con su escaso cabello blanco que Ninochka peinaba casi a diario y con un rostro que era hueso y pellejo, parecía una momia, pero una momia con una expresión placentera, como si la muerte fuese igual o más agradable que la vida.

—Hi-ji-ta... —habló de repente una tarde para asombro de Ninochka, que hizo esfuerzos por no perderse una sílaba de ese entrecortado discurso—. No regresé a Chile porque seguía queriendo a tu abuelo. Tenía la esperanza de que algún día volviera a casa... Yo lo he perdonado. Perdónalo tú también y recuérdalo en tus oraciones.

¿Oraciones?! Ninochka nunca rezaba. La abuela estaba desvariando. Igual, para tranquilizarla, le acarició el cabello y le dijo: “¡Está bien, abuela!”, pero la viejita ya no podía oírla...

Ricardo, siguiendo sus instrucciones, había tomado ya la avenida Universitaria. Diez minutos más y estaría en su casa, pero ¿era eso lo que realmente quería?

—¿Adónde podríamos ir? —le preguntó sin atreverse a mirarlo—. ¿A un hostal?

—¿Si te digo una cosa no te vas a hacer después el creído? —dejó de jugar un rato con el abundante bello que tenía Ricardo en el pecho para mirarlo a los ojos.

—¿Qué cosa?

—Eres bueno en la cama.

—¡No te creo! Seguro que a todos los chicos les dices lo mismo.

¿Lo dijo en broma o en serio? Por la expresión de su rostro parecía que en broma, pero por si acaso se dio por ofendida:

—¡Suave, suave! ¿Con cuántos hombres crees que me he acostado? —le jaló de los bellos para resultar más convincente.

—¡Au! ¿Con cuántos...? —pareció desconcertado—. ¿Qué tiene que ver? Yo solo estaba bromeando...

—¡A mí ese tipo de bromas no me gusta! ¡En serio! —le salió esta vez sí el orgullo, como siempre con un poco de atraso.

Hasta ese momento todo había marchado bien: el hostel era bonito, sin necesidad de que ella se lo insinuase él había ordenado un par de tragos y, lo que era más importante, se había tomado su tiempo para no hacerla sentir mal. ¡Estaba huevón, sin embargo, si pensaba que la próxima vez que se vieran sería para ir de frente a otro hostel!

—¿Cuándo vamos a vernos? ¿El miércoles? ¿Por qué no vamos al cine?

—¿Al cine...? —empezó a dudar Ricardo—. Creo que todas las buenas ya las he visto.

—¡No importa! ¡Aunque sea vemos una mala! ¿Puedes pedir otro traguito? —cambió de tema para hacerle entender que no pensaba ceder.

¿Quizá estaba agresiva por lo que estaba haciendo? ¿No había jurado y rejurado que nunca haría eso? ¿No consideraba que eran unas tontas las que pisaban el palito? Esperó a que Ricardo colgara el teléfono y decidió seguir probándolo:

—¿A ti cómo te va con tu esposa? ¿Por qué sales con otras mujeres?

—En cierto modo, ya te lo he dicho... Hay veces en que uno o una —empezó a escoger cuidadosamente las palabras Ricardo— se siente fuertemente atraído por otra persona. Y si

surge cierta química, cierta magia, entonces esas dos personas empiezan a salir...

—¿Uno o una? ¿O sea que tu esposa puede salir con otros? ¿A ti no te importa? —aprovechó que se estaba saliendo por la tangente para arrinconarlo.

—Claro que me importa... En todo caso, creo que preferiría no saberlo.

—Pero y tú. ¿Tú por qué sales con otras mujeres? ¿Tu esposa no te hace gozar en la cama?

—¿Quieres que te diga la verdad? ¿No te vas a enojar? —cambió súbitamente de actitud Ricardo.

—Dime la verdad. ¡No me gusta que me mientan!

—Yo solo salgo con otras mujeres cuando las cosas con María están bien. Si estamos pasando por una mala época, ni miro a otras. ¡No tengo cabeza para eso!

—¿Cómo? —se quedó Ninochka boquiabierta.

—Sí, ya sé que me estoy saliendo del libreto, que lo típico sería pintar un matrimonio desastroso y quejarme de María, decir que nos llevamos a las patadas, pero tú me dijiste que querías escuchar la verdad... ¡Y que no te ibas a enojar!

—¡Eres distinto a otros hombres! —fue la manera que tuvo de confesarle que de nuevo se había equivocado con él—. Todos los casados hacen eso que tú dices: se quejan de sus esposas, rajan de ellas, dicen que ya se están divorciando, pero mentira. ¡Nunca se divorcian!

—Es cierto, pero las mujeres también tienen su parte de culpa. ¿Por qué se tragan el cuento? ¿Cuántas veces habré escuchado lo mismo!: “¡Ese maldito! ¡Me ha engañado! ¡Me dijo que se iba a divorciar y nada!”. Yo creo que los hombres casados solo dicen, decimos —se corrigió—, lo que las mujeres quieren escuchar...

Ninochka se acordó de la China. Cuatro años había estado la muy tonta de segunda esposa de su Víctor, un dentista

que tenía su consultorio en Surquillo, casi en el límite con Miraflores. ¡Qué no contaba el pobre! Que la esposa no le quería dar el divorcio. Que si cogía sus cosas para irse, ella amenazaba con suicidarse. Que una vez, como para demostrar que no hablaba por gusto, se había tomado un frasco de pastillas para dormir. Que era tan celosa que hasta le escogía enfermera para el consultorio, de preferencia con viruela y ya entrada en años...

—Déjalo —le aconsejaba ella a su amiga—. Nunca va a conseguir el divorcio.

—No, pobrecito, ¡cómo lo voy a dejar solo con la bruja esa!

—¡Tienes razón! —se compadecía también Ninochka recordando al indefenso hombrecito: flaco, paliducho, siempre quejándose de su asma y su gastritis—. Si lo dejas, seguro que el pobre se nos muere.

Precisamente, por miedo a la bruja, la China se veía poco con su Víctor, con las justas una vez a la semana o incluso menos. El resto del tiempo paraba en su casa, enclaustrada como una monja, esperando las llamadas presurosas del dentista, que aprovechaba el momento en que sacaba a pasear al perro para telefonar desde una tienda.

—Siquiera sal de vez en cuando —le insistía Ninochka.

—No, ¿qué va a decir Víctor?

—¿Cómo que va a decir? Le explicas que hemos salido juntas, que nos fuimos al cine.

—No, no le gusta que salga. Y además me da pena cuando me llama y no me encuentra.

¿Cuánto tiempo más se hubiera prolongado esa situación si no ocurría ese encuentro providencial? Fue un viernes por la noche en el Salonazo, que no llevaba ni dos semanas funcionando pero estaba de bote a bote. Ninochka, al ver que un tipo igualito a Víctor se lucía bailando “El meneíto”, se asombró del parecido. Era idéntico, solo que alegre, desenvuelto y mucho

más imponente que su insignificante gemelo. Siguió mirándolo un rato más y luego se olvidó de él.

Esa noche, sin embargo, volvieron a tocar “El meneíto” y el mellizo de Víctor volvió a ser el centro de la atención: se sabía todos los pasos y jalaba tras de sí al resto. Ninochka, asombrada nuevamente con el parecido, hizo una maniobra para verlo más de cerca y se quedó pasmada: el tipo no se parecía a Víctor, ¡era Víctor! ¡No se podía estar equivocando! Aunque no, no podía ser. Víctor jamás iba a las discotecas. Ni siquiera sabía bailar. Desconcertada, decidió despejar la duda. Tras decirle a su acompañante que quería saludar a un amigo, se dirigió a esa apartada mesa donde la pareja que daba clases de meneíto estaba disfrutando todavía de su éxito.

—¡Hola, Víctor! —lo saludó pensando todavía que iba a pasar una vergüenza, pero el hombrecillo casi tumba la silla al ponerse de pie para responderle el saludo...

—Una moneda por tus pensamientos... —reclamó Ricardo su atención.

—Me estaba acordando de una amiga que salía con un hombre casado —le dijo y, tras dudarlo unos segundos, le contó toda la historia.

—¿Y qué hizo tu amiga? —quiso saber él el desenlace.

—¿Sabes qué hicimos? Decidimos vigilarlo. Nos ayudó un primo de la China que es taxista. El Eusebio. El viernes nos estacionamos casi al frente de la casa de Víctor y nos pusimos a esperar. Vive en un chalecito en una perpendicular a la República de Panamá. Serían las ocho. Media hora, una hora, hora y media..., no pasaba nada. A eso de las nueve y media ya estábamos cansadas y nos queríamos ir. En eso Víctor salió de su casa, pero no se subió a su carro, se fue caminando a la tienda de la esquina. “Anda, síguelo”, le ordenamos a Eusebio. ¡En qué mala hora! ¡El Eusebio, pachochudo, no había llegado ni a la esquina y Víctor que sale de

la tienda y agarra su carro! "Apúrate, apúrate", le hicimos señas al tonto del Eusebio y el muy tarado que ni se movía. ¡Se estaba haciendo el detective bien apoyado en un poste!

—¿Qué? ¿Y Víctor se les escapó? —lo impacientaban a Ricardo los detalles.

—¡Felizmente lo alcanzamos! ¡Lo seguimos hasta un restaurante en Comandante Espinar! O es un café, creo. Esperamos un rato y lo enviamos a Eusebio para que espíe. "Te fijas bien —lo aleccioné—. Debe estar con una blanconcita de pelo corto". ¡Dicho y hecho! ¡Estaba con la misma del Salonazo! ¡Nada que ver! Más o menos de cara, pero bajita y puro hueso. "¿Qué hacemos?", me preguntó la China. ¡Estaba con ganas de matar a alguien!

—Ya sé —trató de adivinar Ricardo—. Fue y le armó escándalo a la bajita de pelo corto.

—Yo también pensaba que iba a hacer eso y empecé a calmarla. "¡Mejor no hagas roche! —le dije—. ¿Cuándo te vas a ver con Víctor? Ese día le cantas sus cuatro verdades". "¡No, no, no! —se puso terca la China—. ¡Acompáñame!". Entramos al restaurante, nos fijamos dónde estaban los tortolitos y la China se fue de frente adonde ellos. ¡Hubieras visto la cara de Víctor cuando la vio! ¡Se puso blanco! Yo creo que casi se hace pichi. Ahora se va a armar la de San Quintín, pensé, pero no pasó nada. La China algo le decía a Víctor y él se sentaba y se volvía a parar. Después salió del restaurante, pero todo asustado, mirando para atrás.

—¿Y la China?

—La China se sentó a la mesa y algo estuvo hablando con la chatita, que también estaba pálida. "¿Qué ha pasado? ¿Qué le has dicho a Víctor?", le pregunté cuando por fin vino donde yo estaba. "Le he dicho que su esposa ha intentado suicidarse de nuevo, que está grave en el Casimiro Ulloa. ¡Corre, corre!

¿Qué esperas para ir a verla?, le dije cuando volvió a sentarse”. “¿Y a la chica que le has dicho?”, le pregunté. “Le he contado que el esquelético es casado y que es un maldito mentiroso. La muy tonta me ha agradecido. ¿Te has dado cuenta? Estaba temblando. ¿Qué pensaría? ¿Que le iba a pegar?”, me explicó la China sobradaza. Claro que después se le acabó el valor y estuvo moqueando como una descosida. Nos habíamos comprado un ron para festejar su libertad, pero parecía que estábamos en un velorio. ¡Eso sí, la China quedó escaldada y nunca más ha vuelto a salir con casados!

—¿Y me imagino que tú tampoco sales con casados? —le hizo notar Ricardo que había hablado de más.

—¿Sabes cuál es la regla de oro? —decidió ser sincera. Total, ¿que podía perder?—. ¡No salir nunca con los que están amarrados!

—¿Y por qué conmigo has roto la regla?

—¡Porque eres un cuerazo! —quiso zafarse con una broma.

—¡Anda ya! ¡Te voy a creer! —se burló Ricardo, pero felizmente no insistió más en el asunto.

¿Por qué había roto la regla? Ninochka pensó bastante en eso en los días siguientes y a punto estuvo de no acudir a la cita que tenían para ir al cine. “¡Qué tontería! Mañana vendría a buscarme y volvería a salir con él. ¡Meses que no hago nada! Por lo menos me voy a distraer viendo una película”, decidió por fin a último minuto y se dirigió apurada al cine Julieta.

Se habían conocido en la tienda de ropa donde ella trabajaba. “Estoy buscando un conjunto para mi esposa”, le dijo Ricardo y ella le mostró algunos pero ninguno lo convenció. “¿No tiene algo más serio?”, insistió y, a pesar de que ella le explicó que vendían sobre todo ropa casual, él se quedó dando vueltas por allí. “Me está mirando. ¡Qué pena que sea casado!”, se

preparó por si acaso para cortarle las alas, pero no fue necesario porque en ese momento la llamó la dueña desde la trastienda.

Al rato, cuando volvió a salir, Ricardo le habló como si se conocieran de toda la vida:

—¿No me digas que tu mamá te ha puesto Ninotchka por esa película sobre una rusa que se enamora de un norteamericano?

—Así es. ¿Usted la ha visto?! —no pudo menos que asombrarse.

—No, pero tengo una amiga que también se llama Ninotchka y me la ha contado. Deben ser las dos únicas Ninotchkas que hay en Lima.

—De repente. Yo, por lo menos, no conozco a otra.

—¿Tendría que presentarlas a las dos! ¿Por qué no nos vemos a la salida de tu trabajo? De paso tomamos un lonche —aprovechó él el pánico.

—Lo siento. Estoy ocupada —trató de quitárselo de encima sin saber lo persistente que podía ser.

—Bueno, si no es ahora, mañana entonces. ¿No tienes curiosidad de conocer a tu tocaya?

Se encontraron a la noche siguiente en el Manolo's. Ella fue con la idea de comer rico y después despacharlo, pero no resultó fácil.

—Estoy en carro. Te llevo —se ofreció servicial cuando ella le anunció que debía irse.

—No se preocupe. Todavía tengo que hacer algunas gestiones antes de regresar a mi casa —le dijo la verdad.

—Con mayor razón. En carro las haremos más rápido —insistió él.

Prácticamente lo usó de taxista. Se hizo llevar al laboratorio de la avenida Arequipa, donde tenía que recoger los análisis de su mamá, y después a Santa Beatriz, a casa de unos tíos, donde debía dar un recado. En el trayecto, eso sí, decidió ser

más amable con el atento galán. ¡Quizá por eso él no se rindió e hizo un nuevo intento!

—¿No quieres un pollo bróster? —propuso.

Estaban en la Javier Prado, camino al óvalo Santa Anita, donde pensaba despedirse de él.

—Muchas gracias, pero la verdad el bróster no me gusta —trató de que su negativa no sonara mal.

—¿Y el chifa? Conozco un buen chifita por aquí cerca —volvió a insistir Ricardo.

¡El chifa la alocaba! ¿Fue por eso que aceptó su invitación? No, la verdad era que no. Lo que terminó de decidirla fue su manera de conducir: suave, segura, ni muy lenta, ni muy alocada. Se lo dijo esa misma noche sin que viniera a cuento, poco antes de despedirse, y lo dejó desconcertado: “Me gusta cómo maneja. Maneja como alguien que tiene bien claro lo que quiere. Usted no para hasta salirse con su gusto, ¿no?”.

—Me estaba acordando del día que nos conocimos —le comentó en la penumbra de la sala mientras esperaban el inicio de la película—. ¿Sabes por qué he roto la regla?

—¿Qué regla? ¿La de no salir con casados?

—Sí, esa... —le dijo y luego se le acercó y le susurró al oído—: ¡Por tu forma de manejar! ¡Los que manejan como tú son buenos en la cama!

—¿Cómo, cómo? —se le despertó la curiosidad a Ricardo.

—Shhh... —se llevó Ninochka el dedo índice a los labios—. Ya va a empezar la película.

Ni bien encendieron las luces de nuevo, Ricardo le preguntó cómo era eso de su forma de manejar.

—¿Has visto *Mi primo Vinny*? —le contestó Ninochka la pregunta con otra.

—¿*Mi primo Vinny*? *I don't remember*. ¿De qué trata?

—De una chica que sabía todo sobre autos. Por las huellas de las llantas podía decir el modelo del carro, el año de fabricación, cuántos carros de ese modelo se habían fabricado, todo, todo. La chica era novia de un abogado que estaba defendiendo a dos chicos. Uno de ellos era su primo, creo... El abogado ya estaba perdiendo el juicio, pero la chica —¡una trome!— le hace ganar. ¡Es un mate de risa esa parte! ¡Cualquier cosa que le preguntaban sabía y encima respondía mascando su chicle! Si no es por ella, a los dos chicos los hubieran condenado a muerte...

—¿Y qué tiene que ver todo eso con lo que te he preguntado?

—¿No adivinas? —creó un poco de suspenso Ninotchka antes de responder—. Yo soy como esa chica. Sé todo sobre carros. Bueno, eso de las huellas no, pero sí marcas, modelos, potencia del motor... ¡Pregúntame lo que quieras!

—¿Cómo sabes tanto? ¿Tú papá es mecánico? —no quiso Ricardo ponerla a prueba.

—¿Mi papá? ¡Nada que ver! Mi primer enamorado era mecánico. Como paraba hablando de carburador, bujías, encendido, distribuidor, yo también empecé a aprender...

—¿Y qué es de él, de ese tu enamorado? ¿Se siguen viendo?

—¡Qué será de su vida! —mintió Ninotchka.

El Gato, su primer amor, seguía piroleándola cada vez que se encontraban en el barrio. Antes se le caía la baba por él: cabello rizado, piel casi morena, ojos claros y una agilidad de felino que era su mejor arma en las peleas. Hasta los matones le tenían respeto. ¿Cómo no iba a perder la cabeza por un chico así? Ahora, con ese tajo que adornaba una de sus mejillas, tenía pinta de hampón, era verdad, pero ella todavía reconocía al Gato que se atrevía a robar carros para llevarla a pasear.

Fue justamente en un auto, un Toyota Corolla azul, donde la dejó embarazada. Era verano. Se apareció a eso de las ocho de la noche y le dijo sube. Solo a ella. No a toda la collera como otras veces. En un santiamén, con la radio a todo volumen y fumando cigarrillo tras cigarrillo, estuvieron en la Costa Verde, al lado de otros carros donde otras parejitas estaban ocupadas exactamente en lo mismo. Ella se hizo la interesante un rato solo para guardar las apariencias y después, entre excitada y curiosa, le dejó campo libre. Eso sí, antes le pidió que tuviera cuidado. Exactamente con esas palabras: “¡Prométeme que vas a tener cuidado!”. De verdad tenía miedo. No de que le doliera. De salir embarazada. Y eso fue lo que pasó...

—Bueno, pero sigo sin entender qué tiene que ver la mecánica automotriz con el sexo... —la apartó Ricardo de sus recuerdos.

—¿La mecánica con el sexo? ¡No tiene nada que ver — soltó la carcajada Ninochka—. ¡Yo no he dicho eso! ¡Yo he dicho que por tu forma de manejar me di cuenta de que eres bueno en la cama!

—¿Y por cómo manejan otros hombres también puedes saber cómo son en la cama?

—¡Claro! —se jactó Ninochka.

—¡Pucha, eres toda una experta en automovilistas entonces!

—¿Qué quieres decir? —se puso de inmediato en guardia Ninochka.

—¿Yo? ¡Nada, nada! —se arrepintió Ricardo de sus palabras, pero ya era tarde.

—¡Cuidadito, ah! ¡Ya te he dicho que no me gustan esas bromas! —lo amenazó igual Ninochka.

Mientras conversaban habían llegado hasta el carro de Ricardo, pero sin ponerse de acuerdo en qué harían.

—¿Vamos a un hostal? —le preguntó Ricardo después de que se acomodaron en los asientos y cerraron las puertas.

—Estoy con la regla —le mintió y se quedó tensa esperando su reacción. Si la despachaba, que se despidiera para siempre de ella.

—¡Piñas! ¿Vamos a comer algo entonces? —le propuso después de pensar un rato—. Conozco un sitio donde venden los postres más ricos de Lima. ¿Eres dulcera?

—No mucho... —no le causó gracia la invitación. Con ese mismo cuento, el mejor cebichito, los anticuchos más sabrosos, la habían llevado a cada hueco sin gracia... ¡Y siempre donde el diablo perdió el poncho!

—No te veo muy entusiasmada. ¡No te preocupes! En ese sitio también hay cosas saladas —creyó Ricardo que el asunto estaba solucionado.

Se dirigieron hacia Armendáriz y a Ninochka se le torció aún más el gesto pues pensó que Ricardo cogería la bajada a la playa. ¿Qué quería? ¿Invitarle algo en uno de esos quioscos de la Costa Verde y luego chapar en el carro como hacían cientos de parejas que no tenían ni para pagar un mísero hostal?

—¡A la playa no quiero ir, ah! —protestó.

—¿A la playa? No estamos yendo a la playa. Estamos yendo a Barranco —aclaró Ricardo.

—No soy de esas que les gusta chapar en el carro... —dejó sentado de todos modos.

“¿Por dónde habremos ido a la Costa Verde esa vez?”, se acordó de nuevo del Gato. ¡Era una chiquilla! ¿Qué tenía? ¿Dieciocho años? ¿Casi diecinueve? Hubiera podido casarse. Sus papás hasta se habrían alegrado: una boca menos que alimentar. Estaba asistiendo a una academia de secretariado en el centro de Lima, pero cada vez que pedía para la matrícula o para pasajes, su viejo le ponía mala cara.

—¿Por qué no trabajas? —le reclamaba—. Trabaja y con lo que ganes te pagas tus estudios. De paso nos ayudas con los gastos de la casa.

Claro que hubiera podido casarse, pero ahora estaría fregada. El Gato entraba y salía de Luriganchito como de su casa. La Teresa, su mujer, rubia al pomo desde que estaban juntas en el colegio, le echaba la culpa. “Tú, pues, que lo obligaste a robar para pagar tu aborto. Mi primo le iba a dar trabajo en su taller, pero se asustó cuando le contaron que lo habían visto vendiendo repuestos robados”. En parte era verdad.

—Prefiero abortar —le dijo—. Somos unas guaguas.

—¿Con qué plata?

—Vende, pues, algo de los carros que robas. La radio. Los faros. No creo que se necesite mucho.

El dinero fácil le quedó gustando y metió a otros chicos del barrio en la danza. Allá Teresa que de puro zonza se casó con él y se llenó de hijos. Tres tenían. Los tres igualitos a su papá, Gatitos.

Aunque quizá Teresa estaba mejor. Por lo menos tenía su familia y su puesto de jugos en el mercado con el que sacaba muy bien. Le daba hasta para mantener al Gato cuando estaba en la cárcel. A ella, en cambio, se le estaba pasando la edad, veintinueve dentro de poco, y no había conseguido nada, no por lo menos casarse y salir del barrio.

¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Un negocio de ropa, como sugería la China? Para eso se necesitaba un capital, pequeño pero capital. Con las miserias que ganaban no podían ahorrar. Todo se les iba en pasajes, en vestirse y en ayudar en algo en sus casas. ¿Empezar poco a poco? Ya lo hacían de vez en cuando con los saldos que les remataba la vieja, pero no se habían vuelto ricas.

A veces sentía ganas de no volver nunca más a Miraflores. Podía hablar con el Gato, hacerle prometer que trabajaría de

mecánico y que no volvería a las andadas. Por ella era capaz de todo, hasta de trabajar como negro. Se podían ayudar también con la venta de ropa y con suerte en unos años se conseguían su casita en Surquillo o en Lince. Los Gatitos podían esperar. Sí, quizá, ese era su destino y hacía mal en querer cambiarlo a la fuerza...

—Sabes, tengo cólico —mintió de nuevo—. ¿Me podrías acercar mejor a mi casa?

—Claro que puedo, pero si me prometes que otro día iremos al sitio este...

—¡Está bien, vamos ahora! —se ablandó finalmente Ninochka.

El restaurante ocupaba un ambiente alargado con un mostrador repleto de postres a pocos pasos de la entrada. No fue eso, sin embargo, lo que primero llamó su atención, sino el piano, la música de piano.

—¡Qué loco! ¡Un pianista! —se olvidó hasta de que estaba enojada.

—Solo toca a esta hora... —comentó Ricardo.

—¿Y estas mesas...? —pasó Ninochka la mano por la superficie fría y pulida.

—Son de mármol. Este sitio justo se llama Las Mesitas.

—Y las sillas también son antiguas, ¿no? No me acuerdo dónde he visto unas iguales...

—Sí, son sillas de Viena. Mi abuelita tenía unas así. Creo que las botaron cuando se murió. Si las hubieran hecho arreglar, ahora se podría sacar algo de plata.

Un mozo, más viejo aún que el pianista y bien a la camisa blanca y el pantalón negro, se acercó con la carta y Ninochka descubrió entusiasmada que una de las especialidades de la casa eran los tamales: del norte, limeños, serranos...

—¿Hay todos estos? —señaló la carta con el dedo—. ¡Los piuranos me alocan! ¡Mi abuela —no quiso decir que era

una negra de La Victoria que vivía precisamente de vender tamales— hacía los domingos! Son los verdes, los que llevan culantro, ¿no es cierto?

—No estoy seguro. Podemos preguntarle al mozo. Yo aquí vengo por los postres. ¿Por qué no comes primero un tamal y después un postre?

Siguió el consejo y después de un tamal norteco especial pidió un merengado de guanábana. Cuando Ricardo, que se despachó dos postres, le preguntó qué le había gustado más, no supo qué contestar. ¡Ambas cosas, el tamalote y el postre, habían estado para chuparse los dedos! ¡En general el sitio, con su ambiente de otra época y las paredes llenas de cuadros, le gustó mucho! “¡Qué pena que le haya dicho que estoy con la regla! Hubiéramos podido ir a un hostal... —pensó incluso cuando avanzaban a toda velocidad por la Vía Expresa, pero en seguida cambió de parecer—. Aunque mejor no. Este Ricardo está resultando peligroso...”.

Dos

¡Qué distinto es a media mañana! ¡Como un paseo! Ojalá la vieja avara se convenza de que no tiene sentido abrir a las nueve. Hasta las diez o las once no entra casi nadie. Si abrieran a una hora decente, el viajecito duraría menos y sería más cómodo, con gente más educada y mejor vestida.

Esa chica, por ejemplo, ¿dónde trabajará? Traje sastrero azul, blusa blanca con ribete rojo y tacos también rojos... Seguro que en un banco o en alguna empresa grande. Aunque no. Los bancos empiezan a trabajar más temprano y las

empresas también. Seguro que estudia en alguna academia de secretariado o turismo de la avenida Arequipa. Se creen lo máximo esas tipas, con su uniforme impecable y siempre bien maquilladas, una carterita colgada al hombro y un fólder con papeles en la mano.

¡Qué tal susto...! ¡Por un pelo no hubo choque! Esa chica no más, ¡pobre!, no tenía de dónde agarrarse. Se debe haber golpeado horrible. Uy, ¡que tal tajo que se ha hecho en la rodilla! ¡Y su uniforme! ¡Está un asco! ¡Vaya lengua que había tenido! Tan fina ella y *putamadreando* al chofer. ¡Quién se iba a imaginar! ¿Qué irá a hacer ahora? Así no se puede pasear por Miraflores. El monedero. Está viendo si le alcanza para un taxi. ¿Le alcanza? Sí le alcanza. Pobre. Tendrá que cambiarse y curarse esa rodilla. ¡Pero vaya lengua! De repente si no empezaba a insultar, el chofer le ofrecía para su taxi. Aunque no. Son unos conchudos los tipos estos. ¿Cuánto le va a costar la gracia? El taxi, las medias de nailon, el uniforme a la lavandería... ¿Qué hubiera hecho en su lugar? Cualquier cosa menos *conchamadrear*... ¡Qué feo se ve! En lugar de despertar compasión, la chica cae espesa...

¡Qué bacán será ir a trabajar en carro propio! Como la vieja. Sale de su casa poco antes de las ocho y todavía tiene tiempo de hacer un par de cosas antes de estar abriendo la tienda a las nueve. ¡Y fresca como una lechuga ella! Igual a media mañana. Hija, me voy a tal sitio, tal otro y tal otro. Y a la hora ya está de vuelta, quejándose, eso sí, del tráfico por culpa del transporte público. Claro, no contenta con tener carro propio, quiere ser dueña de las pistas. Ojalá un día no le quede más remedio que usar el "transporte público". ¡Seguro de que se muere si un tipo se le pega por atrás y la empieza a puntear! ¡O quién sabe: de repente le gusta sentir esa su cosa dura sobándose contra sus nalgas! ¡Puaj! La China una vez bajó

del autobús y notó en su falda una cosa pegajosa. Se limpió con papel higiénico y era sperma. ¡Qué asco! El cerdo que se le había estado pegando todo el trayecto se había sacado la cosa...

El Toto era el único original que pensaba que viajar en autobús tenía su lado excitante, para hombres y mujeres. ¿Cómo decía? ¡Sexo platónico! Estaba en secundaria todavía... ¿o en la universidad? ¡Que más daba! En el autobús se puso detrás de una chiquilla —¡con lo mañoso que era!—, pero sin hacer mucho roche. Solo la rozaba cuando el autobús daba la vuelta y todos los que viajaban de pie se inclinaban involuntariamente hacia un lado o hacia otro. Ya estaba por cambiarse de sitio para que no lo empiecen a mirar mal, cuando de pronto sintió que la chica se le pegó. Sin que el autobús se ladeara. Él, sin terminar de creer en su suerte, se acomodó de tal modo que su pene encajara en la rayita del poto de la chica, pensando que ella se apartaría al instante, pero no. En lugar de retirarse, la muchacha empezó a hacer todo tipo de movimiento para que ese contacto fuera más sabroso. ¡Como veinte cuerdas se pasó el Toto de su paradero! Claro, con lo que le gustaba el sexo era capaz de ir hasta el fin del mundo.

¿Cómo será? De repente si el tipo es guapo, un cuerazo, de verdad dan ganas de facilitarle las cosas. Como hizo esa chica con el Toto. Pero generalmente los mañosos tienen cara de huaco, como el tipo del asiento de al lado, que saca el codo cada vez que una mujer pasa a su lado. La China se ha vuelto una experta poniendo en su sitio a tipos así. Un carterazo a la disimulada y encima les pide disculpas. Eso está bien, pero lo mejor sería un carro propio o por lo menos trabajar cerca de casa...

Antes de aceptar un puesto habría que pensar en eso. Aunque a esta hora el viaje se hace rápido. Lo bravo es al regreso. Podría pedirle el carro a Tito, pero ¿y si se lo roban o se llevan una llanta? Demasiado riesgo. Solo Tito, tan altruista, es capaz de prestar su carro para ir a la zona.

Lo ideal sería que la oficina compre una o dos camionetas, pero quién convence a la idiota de la Mima... ¿Mirar el lado bueno del asunto? ¿Aprovechar para hacer sociología? ¡Tito y sus consejos! No debiera largarlo a cada rato, pero es que él se lo busca, se pasa de huevas.

¡Qué distinto era viajar en Enatru! Un autobús grande, bien ventilado, que se desplazaba a toda velocidad por las calles de Lima y que solo se detenía en paraderos especiales. ¿Cómo se llamaban los otros? ¿*Busing*? ¡Pobre Ricardo! Hasta ahora estará lamentando haberse acordado de los *busing*. ¿De qué época me estás hablando? ¿De antes de Velasco? Yo todavía no había nacido. ¿Y en tranvía? ¿Qué tal era viajar en tranvía? Parece mentira. Ricardo tan tan viejo no es y todavía conoció el tranvía. Debe haber sido toda una experiencia para que hasta ahora se acuerde: desde la plaza San Martín hasta el Callao. ¡Un viaje para conocer el puerto y ver las bolicheras descargando la anchoveta!

¡Cómo ha cambiado la ciudad en los últimos treinta años! ¡Sobre todo el centro! ¡Ese jirón de la Unión! Papá no se cansa de repetir que era la calle más elegante de Lima, con los restaurantes y cafeterías más caros y las tiendas más exclusivas. Ahora, pura salchipapería. ¡Da lástima ver hasta qué extremo se ha deteriorado! ¿Y cómo sería esa Botica Francesa de la que tanto hablan? ¿Será verdad que helados como los que vendían allí ya no hay? Seguro que los 3D son mejores. Lo que pasa es que la nostalgia siempre juega ese tipo de bromas.

Y para gente de su edad, ¿cuáles son los cambios más notorios? El Paseo Colón seguramente. Ha ido desfigurándose hasta perder el poco lustre que le quedaba de cuando era el lugar de residencia de las familias más adineradas de Lima. Ahora es un asco, una aglomeración de todo tipo de academias: de secretariado, de computación, preuniversitarias, de idiomas.

Hasta de corte y confección hay. Ni siquiera haciendo un esfuerzo se puede reconocer las otrora hermosas mansiones.

Aunque no. Seguramente el cambio más importante es la nueva Lima, esa que día a día está surgiendo en la periferia de la periferia. La zona, por ejemplo. Casi nadie sabe de su existencia. ¿Cangallo? ¿Dónde es eso? ¿En la sierra? ¿Cómo se ríen los chatos cuando escuchan esto! Algunos, los que llegaron a Lima de muy niños, ni siquiera recuerdan el dichoso Cangallo, pero igual arrastran los traumas de las barbaridades que han presenciado. ¡Pobres desplazados! Se mueven entre el miedo a la guerra y el afán de encontrar un nuevo hogar, entre la nostalgia por la sierra y el deseo de ya no parecer serranos. ¡Qué lejos están de ser como los pobladores de Comas, Independencia o incluso Villa El Salvador! Esos viven en casas de material noble y tienen hijos que ya nacieron en Lima. Los de la zona, en cambio, no solo son más pobres sino también más desesperados. Están marcados por la violencia. Es gente que ha visto cómo a su padre o a su madre o a sus hermanos o a sus hijos los masacraban y luego los enterraban a escondidas en fosas comunes.

¡Qué pocos son los limeños de pura cepa que conocen esa nueva Lima que ni siquiera figura en los planos! Los únicos que llegan hasta allí son los promotores de las ONG y los microbuseros. Sí, casi se puede hacer una broma: ¿en qué se parece un sociólogo a un microbusero? ¿No saben? En que son los primeros en llegar a un pueblo joven de desplazados surgido de la noche a la mañana.

En Cangallo, donde Ninochka trabajaba, los niños tenían apellidos muy sonoros, pero unos nombres lamentables, sobre

todo los más pequeñines, los que ya habían nacido en Lima. Un Cusihuamán, por ejemplo, podía llamarse cualquier cosa: como una empresa de transportes o como una marca de pinturas, como un personaje de telenovela o como un futbolista o un cantante de moda. Roggero Cusihuamán era el nombre de un renacuajo de unos cuatro añitos, con uno ojazos grandes como aceitunas, que al principio, cuando empezaron el trabajo con niños, no quería participar en ninguna actividad, hasta que descubrieron que lo que le gustaba era la música: le daba lo mismo qué tocar, un tambor, una flauta o un rondín, pero podía hacerlo horas, hasta volver locos a niños y adultos.

Giselas y Julys habían, por supuesto, varias, a cual más orgullosa de su nombre, como si parte de la fama de sus tocayas les cayera también a ellas.

—¿Te gusta tu nombre? ¿No lo quieres cambiar por otro? —le preguntaba Ninotchka a una petisa de unos seis o siete años por fastidiarla.

—¡Sí me gusta! —se ofendía la pequeña.

—Y de grande, ¿te gustaría trabajar en la televisión?

—¡Sí! —volvía a sonreír.

Los nombres estrambóticos, por si fuera poco, iban acompañados de una ortografía sui géneris. Un día que, junto con las promotoras, estaban empadronando a los chicos de la zona se encontraron con un Maicol Palomino Canchari, de tres años.

—¡¿Maicol?! —le preguntó Ninotchka al mayor de los hermanos, el que llenó el padrón—. ¿En quién se han inspirado para ponerle ese nombre a tu hermanito?

—En Maicol Jackson —respondió orgulloso el muchacho.

—¿Y así se escribe? ¿Estás seguro?

—Claro, señorita.

Maicol, Yuli, Paúl, Arnol, Yanela... El zafarrancho en los nombres y la ortografía era pasmoso. Según Tito, era un problema de identidad. "Son familias de migrantes recientes —peroraba—, que apenas mastican el castellano y que recurren a distintas estrategias para integrarse a la ciudad. Una de esas estrategias es la de los nombres. Les ponen a sus hijos esos nombres no por dárselas de originales. Todo lo contrario. Se los ponen porque piensan que, con nombres de gente famosa, sus hijos no van a ser diferentes al resto".

De repente Tito tenía razón, como casi siempre que se trataba de explicar ese burdel que es el Perú, pero sus hipótesis no satisfacían a Ninochka. Mejor dicho, no es que ella no estuviera de acuerdo con su lectura sociológica, no es que dudara de que en países de tradición milenaria y cuya población tenía raíces profundas las personas solo bautizaran a sus hijos con nombres usuales: "En Suecia —recurría Tito a su erudición para dar mayor peso a su teoría— hay páginas de páginas en las guías telefónicas de Johan Johanson". El asunto era que a Ninochka no le interesaba para nada entender el porqué de tanto nombre extravagante. De lo que ella quería hablar era de otra cosa, de lo que se sentía al llevar un nombre que no te decía absolutamente nada, que te sonaba raro y feo.

¡Ninochka! Desde que tuvo uso de razón tuvo problemas con su nombre. Para empezar, era difícil de pronunciar y nadie lo sabía escribir. Nika o Ninoka, decía ella de niña cuando le preguntaban su nombre. Después, como seguramente no le gustaba que la llamasen Nika o Ninoka o ni siquiera Ninochka, empezó a cambiarse de nombre, para risa en un comienzo y desesperación después de los adultos de la casa. "¿Ninochka?! ¿Acaso me llamo Ninochka?! —ponía cara de asombro—. Mi nombre es Rosa". Así se llamaba la cocinera de Sandra, una negra igualita a la de los anuncios de

Na Pancha que las engreía preparándoles unos postres para chuparse los dedos.

Luego, a medida que fue creciendo, se volvió mucho más sofisticada en la elección de sus nombres y también mucho más terca a la hora de insistir en que todos en casa y en el barrio la llamaran por el apelativo de turno. “¡Esta chica está loca! —perdía los papeles su papá—. ¡Si por lo menos no cambiara a cada rato de nombre!”. En realidad, es lo que finalmente hubiera ocurrido de no ser porque en el colegio jamás pudo imponer el nombre que más le gustaba: Luisa. Era por Luisa Lane, la reportera de *El Planeta*, que, como ella, era audaz y vivía enamorada de Superman.

—Salazar del Carpio Ninochka —pasaban lista en el colegio y Ninochka era como le decían todos, maestras y alumnas, y no le quedó más remedio que resignarse.

Contadas eran las personas que sabían de donde había salido el nombrecito. Ella ni siquiera había tenido la ocasión de ver la bendita película con Greta Garbo y eso que vivía y moría en la Filmoteca desde los quince años.

—Por lo menos me hubieses puesto Greta —le reclamaba a su mamá—. O Valentina —tenía una amiga que se llamaba así en honor a la rusa que fue la primera en volar al espacio—. ¡Pero ponerme Ninochka! ¡A quién se le ocurre!

Estaba harta, cuando conocía a alguien, de explicar de dónde había salido su nombre.

—Es por una película sobre una bolchevique que se enamora de un norteamericano —decía de paporreta y cambiaba de tema.

Un nombre bonito, musical, que evocara a personas conocidas, interesantes, era —jamás la convencerían de lo contrario— la mejor tarjeta de presentación. Más aún, los nombres podían tener efecto seductor o, por el contrario, resultar repulsivos. A Tito, por ejemplo, no le gustaba. Se imaginaba, por alguna razón,

que un hombre que se llamaba así tenía por fuerza que ser medio simplón o demasiado esquemático. Sí, eso era. Pronunciaba Tito con los ojos cerrados y en su mente aparecía un cuadrado. Ricardo igual, era un nombre que no le parecía ni fu ni fa. Sería por eso que demoró en enamorarse de Tito y que dudó tanto si echar o no una canita al aire con Ricardo. En cambio, si un tipo tenía nombre compuesto de entradita le causaba buena impresión, le resultaba atractivo, imponente: Carlos Enrique, José Alberto, Pedro Pablo, Luis Jaime, eran nombres para quitarse el sombrero.

—¡Nunca me imaginé que te disgustara tanto tu nombre! —le comentó Ricardo cuando ella le soltó todo el rollo. Estaban en el hostel de siempre, por la avenida La Marina, en uno de esos momentos de intimidad que siguen al sexo y predisponen a las confidencias—. Por lo menos tiene la ventaja de ser original. ¿Cuántas Ninotchkas conoces?

—A ninguna —respondió sin necesidad de pensarlo—. No creo que haya ninguna otra en el Perú. Hace rato hubiera hecho juicio para cambiarse de nombre.

—No creas. Yo sí conozco a otra.

—¿De verdad?! —se incorporó Ninotchka en la cama—. ¿Quién es? ¿Me la puedes presentar?

—Bueno, en realidad no es mi amiga. Es una vendedora en una tienda de ropa. Sé que se llama Ninotchka porque cuando me estaba atendiendo alguien la llamó.

—¿Y tú no le dijiste nada?

—Sí, le pregunté si le habían puesto su nombre por una película y me miró asombrada. “¿Cómo lo sabe? —me preguntó—. ¿Usted también es admirador de esa artista?”.

—¡Qué vacilón! —se puso de rodillas Ninotchka para no perderse detalle—. ¿Y tú qué le respondiste?

—La verdad no más: que no había visto la película, pero que tenía una amiga que también se llama Ninotchka.

—¿Cuándo fue eso? ¿Me podrías mostrar a esa chica?
¿Cómo era? ¿De qué edad más o menos?

—¿Cómo era? No me *remembereo*... ¡No tenía pliegues en los párpados!

—¡Piensa, piensa! ¡No seas vago!

—Era... —hasta cerró los ojos Ricardo— más o menos de tu edad, trigüeña, de cabello bien negro... ¡No recuerdo más!

—¿Y la tienda dónde era? ¡Eso sí te acordarás!

—¡Al contrario! Estaba buscando un regalo para María y entré a un montón de tiendas. Un día, me acuerdo, estuve mirando ropa en Camino Real y en otra oportunidad estuve en Miraflores, por Larco... ¡Sabe Dios dónde me habré topado con tu tocaya!

—¡No importa! ¡De todos modos quiero conocerla!
—no se desanimó Ninochka y le hizo prometer a Ricardo que emprenderían la búsqueda.

Empezaron por el Centro Camino Real, donde, medio venido a menos como estaba, no quedaban en realidad muchas *boutiques*.

—¿No será esa? —preguntaba Ninochka ni bien veían a la dependienta. La mayoría eran trigüeñas de pelo negro e incluso en las edades no había mucha variación: todas estarían entre los veintitantos y los treinta años—. Disculpa... —tomaba el toro por las astas—, ¿tú no te llamas Ninochka?

—¿Les vas a preguntar su nombre a todas las vendedoras de Camino Real? —se burló Ricardo al cabo de varios fracasos.

—¿Tú no te acuerdas nada más? ¿Qué cosa estabas buscando?

—En principio un conjunto, pero como darle gusto a María es difícil por si acaso miraba de todo...

—¿Y de ella no recuerdas nada más? ¿Gruesa o delgada?

—Ni gruesa ni delgada, creo...

—¿Alta o baja?

—De estatura mediana... Más alta que tú en todo caso.

—¿Me estás llamando enana? —se hizo la ofendida y le clavó un pellizco en el brazo—. ¿Ojos?

—Sin pliegues debajo de los párpados —respondió de inmediato Ricardo.

—Eso ya lo sé. ¿De qué color?

—...

—¿Labios...? ¿Nariz...? ¿Largo del pelo...?

—¿Orejas...? ¿Dientes...? ¿Cuello...? ¿Busto...? ¿Piernas...? —se burló de nuevo Ricardo y los dos terminaron riendo.

Ninotchka desistió recién al tercer o cuarto día de búsqueda y no tanto porque hubiera perdido las esperanzas de encontrar a su “doble” —así era como se refería a la otra Ninotchka— sino porque cada vez que se encontraba con Ricardo invariablemente terminaban en la cama.

—¡Me siento culpable! —tuvo que recurrir a Sandra para aclarar siquiera un poco el sancocado que tenía en la cabeza.

Estaban, como siempre, en el parque, tomado a esa hora por varias parejitas. Sandra se había comprado una gaseosa en la tienda de la esquina y era Ninotchka quien se la estaba bebiendo.

—¿Cuántos años llevan con Tito? ¿No te habrás cansado?

—¿Tú crees? No sé... En todo caso debe ser algo pasajero... ¡Yo a Tito lo quiero! —puso demasiado énfasis en esta última declaración.

—¡Tú sabrás! No es a mí a quien tienes que convencer...

—¡Sí, sí, ya sé...! —interrumpió Ninotchka a su mejor amiga—. Soy yo la que tengo que estar segura de lo que hago. Y creo que lo estoy. Lo de Ricardo es solo una aventurilla. Mi apuesta es por Tito...

—¿Estás segura? ¿Y por qué nunca terminan de definir nada? ¡No me vengas con eso de la falta de sintonía...!

Era la broma con la que salían del paso cuando les preguntaban qué estaban esperando para irse a vivir juntos: “Cuando yo me animo, Tito se desanima. Cuando Tito es el que se anima, yo me desanimó”. Eso en realidad pasó más de una vez, pero hacía tiempo. Últimamente había algo más, cosas difíciles de precisar...

—¿Les pasará lo mismo a todas las parejas...? —decidió finalmente confiarle sus dudas a Sandra—. Ricardo tiene un método infalible para reconocer a las parejas de casados: ¡siempre tienen cara de aburridos! Hasta en las fiestas: todas las parejas se divierten a lo grande y los casados se aburren. Con Tito me está pasando un poco eso. ¿Sabes qué siento? Como si no hubiera nada nuevo que experimentar, como si todo lo que pudiera descubrir ya estuviera descubierto. Paja, claro, tener los mismos gustos, escuchar la misma música, pensar igual sobre las mismas cosas, ser asiduos a la Filmoteca, pero ¿por qué el tiempo parece interminable?

—¡Esto está más grave de lo que me imaginaba! —puso cara de preocupación Sandra—. ¿Por qué no terminas? Tito es un pata excelente, eso no hay duda, pero si ya ahora te estás aburriendo, ¡imagínate cómo será cuando tengan que vivir juntos!

—No sé, a veces pienso que sí, que debería terminar, pero después tengo miedo de equivocarme. ¡Yo a Tito lo quiero, lo quiero mucho! —se le pasó de nuevo la mano en el énfasis con que dijo esto último.

—¡Piénsalo! De repente no es amor, sino miedo a estar sola... O costumbre, o comodidad, o sabe Dios qué...

Durante varios días, ella, que era de las que aconsejaba que a los perros hay que cortarles la cola de un solo tajo y no poco a poco creyendo que así les dolerá menos, estuvo pensando en lo mismo: ¿de verdad seguía queriendo a Tito? ¿Por lo menos lo suficiente como para mantener una relación de pareja? ¿O,

como decía Sandra, era solo miedo de romper? ¿Dónde había escuchado que con el tiempo la pareja se convierte en parte de una misma, quizá no muy útil, como el apéndice, pero parte al fin? ¿Era por eso que prefería tener a Tito ahí, a la mano, siempre solícito, siempre atento, siempre al día del último estreno, siempre solidario con los amigos en problemas, siempre el bueno de la película...? ¡Pobre Tito! ¡Era como su Volkswagen: discontinuado, de otra época, pero confiable! ¡Desde la universidad estaban juntos! ¿No se habría cansado de él? ¿No estarían ambos cansados?

En ese estado de ánimo hubiese preferido no ver a Ricardo, pero él se puso insistente y al final ella cedió. Dijo que sí también cuando, después de tomar un par de tragos, él propuso ir al hostal.

—¿Nunca te sientes mal? —le preguntó al notar que esta vez sus caricias no la enardecían.

—¿Mal? ¿A qué te refieres? —dejó un rato quietas las manos Ricardo.

—¿Con María? ¿No te sientes mal de engañarla?

—¿Quieres que hablemos de eso? ¿Ahora? —se puso serio.

—¡Yo me estoy sintiendo muy mal! ¡Últimamente no tengo cara ni para mirar a Tito! ¡Y lo peor es que me pongo agresiva con él!

—¡Debe ser cierto entonces lo que decían del gordo Fernández, un pata de Pro Vida! Según las malas lenguas, cuando le sacaba la vuelta a su esposa, encima le metía una paliza de padre y señor mío... —se rió.

—¿Dónde está la gracia? —no le gustó nada la anécdota a Ninochka.

—¡Uyuyuy...! —sacudió la mano Ricardo.

—Si no quieres hablar, dilo de frente... —endureció aún más el tono Ninochka.

—¡Claro que quiero! ¡Más bien ya me estaba pareciendo raro que no se produjera la crisis de los misiles...!

—¿Me estás hueveando? —preguntó por las dudas Ninochka.

—Siempre me has tomado por una persona muy ligera, ¿no? ¿Es la fama que tengo o es la impresión que te causé por mandado? —hizo una pausa Ricardo y, al no recibir respuesta, continuó—: Este tipo de relación rápidamente entra en crisis. Le llamo la crisis de los misiles porque un exceso de nerviosismo de cualquiera de las partes puede provocar una hecatombe, un conflicto grave, una ruptura. Para que eso no ocurra, lo mejor es conversar, por supuesto, pero sin perder la calma. *Easy* no más...

—Bueno, pero hasta ahora no has respondido a mi pregunta... —se sintió tocada Ninochka, pero no quiso reconocerlo abiertamente.

—La primera vez..., las primeras veces —se corrigió— me sentí pésimo. No tanto por el sentimiento de culpa, aunque claro que me sentía remal con María, sino porque no sabía por qué lo hacía.

—¿Y ahora ya lo sabes?

—Creo que sí, creo que así soy, es mi naturaleza. Claro que el aceptarme como soy no resuelve el problema. ¿Tengo derecho a hacer lo que hago? ¿No estoy convirtiendo a María en una más de esas esposas sufridas que le aguantan todo al marido?

—¿Cómo es ella? No sé por qué, pero no creo que sea la típica esposa sumisa...

—¡Claro que no! ¡Jamás me hubiera casado con una mujer así! María tiene mucho carácter. De hecho, creo que tiene carácter más fuerte que el mío. Es luchadora. Es organizada. Ella es la que decide todo en la casa...

—¿Y no se da cuenta de que tú le engañas?

—No sé... Creo que no... A veces creo que ha sospechado algo, pero de pura intuición femenina porque, eso sí, yo soy bastante cuidadoso en mis asuntos. Es justamente lo que quería decirte: como no he podido resolver el dilema de cómo compaginar un matrimonio feliz con una escapada de cuando en cuando, lo que he hecho es trazarme una manera de actuar. La norma que me he fijado es no poner nunca en riesgo mi matrimonio.

—¿Estás contento con tu matrimonio entonces?

—Claro que sí. María es lo más importante en mi vida. María y mis dos hijos: Nicolás y Jimena. ¡Tú no sabes cuánto me gustaría poder ser un esposo fiel como hay tantos! ¡Como debe de ser Tito, por ejemplo! Pero si bien no puedo serlo, trato de no arruinar mi casa. Y creo que lo estoy logrando...

—¿Estás seguro? —no pudo guardarse Ninochka su sarcasmo.

—Mira, nadie puede estar cien por ciento seguro de nada. Siempre hay riesgos, pero yo trato de correrlos de manera bastante calculada. De repente eso mismo podrías hacer tú...

—¡Yo no pienso engañar metódicamente a Tito! —saltó Ninochka como si le hubiesen tocado en la herida—. ¡Antes preferiría separarme!

—¿Tú y Tito están mal? —preguntó con cuidado Ricardo.

—¡No, no estamos mal! —fue tajante Ninochka.

—¿Sí? Pero algo debe haber que no termina de convencerte. ¿Por qué hasta ahora no se casan o no se van a vivir juntos?

—¡Carajo! ¿Por qué a todo el mundo se le ha dado por preguntarme lo mismo? —agarró su bolso Ninochka y dejó a Ricardo solo en la habitación del hostel.

“¡Espérame, espérame!”, le dijo a la China solo moviendo los labios cuando la vio aparecer en la puerta de la *boutique*. Hacía rato que debían haber cerrado, pero a la vieja no le daba la gana de moverse.

—¿Qué ha pasado? ¿Bronca de nuevo? —le preguntó la China poniéndole la mejilla. Estaba mirando las vitrinas del centro comercial.

—¡La combi! —se quejó Ninochka—. ¡Me tocó un lerdo! ¡Llegué como quince minutos tarde y la bruja empezó con la cantaleta de siempre: “¿Donde está tu sentido de responsabilidad? Hay cientos de chicas más puntuales que quieren este trabajo. Tú no te puedes dar el lujo, mi hijita, de llegar tarde” —se puso a imitar Ninochka la voz aflautada de la dueña de la tienda.

—¿Adónde vamos? ¿Habría menú todavía donde la alemana? —preguntó la China cuando ganaron la calle.

—Me estoy arrepintiendo de no haberme presentado a Maxi —empezó a caminar Ninochka hacia Larco sin responder a su amiga—. ¡Estoy harta de que la vieja me trate como a su chola!

Alemana le decían a una señora corpulenta, rubia con su plata, que en realidad era más peruana que el tacu tacu. Tenía una pensioncita en Esperanza a la que de pura costumbre iban por Larco aunque, del edificio Caracol donde estaba la *boutique*, más cómodo resultaba cortar por ese pasaje que une Ricardo Palma con Esperanza.

—¡Ni creas! ¡Eso de trabajar de cajera es horrible! ¡Terminas molida! ¡Y por la noche no cuentas ovejitas para dormir, sino que sigues contando dinero...! —se quejó a su vez la China.

—¡Pero el uniforme es bonito! ¡Con esa mini y estas piernas volvería locos a los compradores! —soltó la carcajada Ninochka.

—¿Y le recordaste a Ricardo lo del casino? —le preguntó la China mientras esperaban que les sirvieran el almuerzo.

—No me animo... Va a pensar que soy una interesada.

—¡Eres una tonta! Si él fue el que se ofreció...

—De repente se estaba mandando la parte. O de repente, como te han contado, solo toman a blanconcitas.

—¿Cuándo se van a ver? ¡Insístele! ¡No te hagas la orgullosa! —siguió erre con erre la China.

—No sé... Más bien estoy pensando en dejarlo...

—¿Qué? ¡No te pases! ¡Ni que te hubiera hecho qué!

—¡Es casado! ¡Estoy perdiendo el tiempo con él! Y últimamente está pura cama, cama... Tú sabes como soy. Cuando solo quieren cama, los mando a freír monos. Antes de que ellos se cansen y me dejen a mí.

—¡Eres una exagerada! ¡Así nunca vas a llegar a nada serio! ¿Por qué no tienes un poquito más de paciencia?

—¿Qué? ¿Como tú? ¿Quieres que lo aguante cuatro años? —le cayó mal a Ninochka la llamada de atención.

—¡Eres una bruja! —no se quedó callada la China—. ¡Tan recia eres que te vas a quedar soltera!

—¡Va! ¡Ni que me muriera por casarme! —fingió Ninochka que ese asunto la traía sin cuidado, aun sabiendo que a la China no la iba a engañar.

Desde que se dio cuenta de que había lugares mucho más agradables que el desangelado barrio en el que había crecido, se empeñó en hacer todo lo posible para que algún día se produjera el encuentro que cambiaría su vida. El tiempo seguía pasando, sin embargo, y parecía que se estaban cumpliendo esas amenazas de las que antes se reía. “¡Por hacerte la interesante te

vas a quedar a vestir santos", le advertían sus amigas del barrio, orgullosas de las enormes barrigotas que cargaban. "¡Qué más quiero! Así no me llenaré de hijos", se jactaba ella.

El arma con que contaba para hacer realidad sus sueños era su físico. De cara no estaba mal. Demasiado trigueña tal vez y con el pelo demasiado grueso, pero con el peinado que se hacía —cerquillo, raya al medio y el cabello largo cayéndole a ambos lados de la cara— lograba disimularlo. Sabía sacarles provecho también a los hermosos ojazos que tenía y a sus labios gruesos, herencia de su madre, una ayacuchana que se vino a vivir a Lima cuando era jovencita y que se casó con un moreno de La Victoria. De lo que estaba más orgullosa, sin embargo, era de su cuerpo: cintura fina, senos prominentes y un trasero redondito que obligaba a los hombres a voltear. No le venía de su mamá, de eso estaba segura. Debía de ser de las mujeres de la familia de su papá, a las que casi no conocía, salvo a su abuela, que estaba demasiado viejita y encogida como para saber qué cuerpo había tenido de joven.

Sí, en apariencia física no tenía nada que envidiar a las pitucas que entraban a la *boutique*. Por eso cuidaba mucho su manera de vestir. A veces se pasaba de atrevida, es cierto, pero no era una pacharaca. Ningún hombre tenía por qué avergonzarse, en todo caso, de invitarla a un buen restaurante o a una buena discoteca. Lo que sí resultaba un enredo, en cambio, era estar escondiendo que vivía en San Juan de Lurigancho. "Por la avenida Wiese", decía cuando le preguntaban y se las ingeniaba para no dar más explicaciones. Casi nadie conocía dónde quedaba la avenida Wiese, pero sonaba bien, igual que decir "vivo en Pezet o en Prescott o en Petit Thouars".

Con tantos trabajos que había cambiado, casi todos en Miraflores, había tenido la oportunidad de conocer a muchos hombres, pero los que estaban dispuestos no solo a casarse

sino hasta a caminar en cuatro patas si ella les ordenaba eran justamente los que menos la convencían: o por su pinta o porque eran de los que nunca iban a llegar a tener un carro, ni siquiera de segunda mano.

Que le fuesen a otra con ese cuento de que todos los hombres eran iguales. Hay hombres y hombres. Están los que viajan en carros de primera mano y el resto. Incluso entre los que tienen auto hay montón de diferencias. Los que se creen papitos ricos, por ejemplo, cogen el timón con el brazo extendido, como si lo quisieran empotrar dentro del motor. Los apocados lo agarran con las dos manos, como si se fuera a escapar a algún lado. Y se sientan también chistoso. No se apoyan en el respaldo. Echan el cuerpo para adelante y estiran el cuello hacia el parabrisas. ¡Como si así pudieran dominar mejor la situación! Los de familia muy adinerada, en cambio, esos que manejan desde antes de aprender a andar, ni siquiera necesitan cerrar la mano. Les basta con poner suavemente la palma sobre el timón para controlar el carro. En general, todos sus movimientos son suaves, seguros, y la máquina, como si se diera cuenta de que está en buenas manos, responde también con suavidad, con tranquilidad...

—¿Tú te casarías con cualquier hombre? —le preguntó a la China.

—Tú, por supuesto, no. Lo menos tendría que ser dueño de un banco o presidente del Perú. ¡Cásate pues con Fujimori! Dicen que le gustan las morochas.

—En serio te estoy preguntando, China —notó Ninochka que su amiga seguía ofendida, pero más fuerte que su orgullo fue su necesidad de hablar—. La verdad es que ya estamos medio tías, ¿sí o no? ¿Te casarías con cualquiera? ¿Con un patita igual de misio que nosotras, por ejemplo?

—Con cualquiera no, pero tampoco soy tan exigente como tú.

—¿Será mucho pedir un pata como ese? —señaló Ninotchka al conductor de un Datsun de modelo más bien antiguo que se había detenido justo delante de la pensión.

—¿Quién es? ¿De dónde lo conoces? —estiró el cuello la China.

—¡Quién será! ¡No lo conozco! ¡Pienso no más! ¿No será que soy muy ambiciosa? Podría casarme con uno que tenga su trabajito, que no sea mandón ni mano larga...

—¡Y que no sea un mujeriego como el Víctor! —recordó la China a su dentista.

—¿Acaso hay hombres que no son mujeriegos? —dudó Ninotchka, pero hizo la concesión para no parecer una contreras—: Está bien, que sea tranquilo como operado y que no sea mujeriego... ¿No habré hecho mal en dejar pasar oportunidades así? ¿Cuántas habré tenido? Siquiera dos, tres... —buscó en su memoria.

—¡Más! —se alegró la China de que le dieran la razón—. ¡Yo siempre te he dicho! ¡Te pasas de faramalla! ¿Ni que fueras quién? ¿La Gisela o la July Pinedo?

—No sé, no sé... Esta noche me voy a ver con Ricardo. De repente si le pido que me consiga otro trabajo, ya no en el casino...

—¿De repente qué? ¿Me vas a hacer caso?

—Sí, sí... —respondió para salir del paso Ninotchka. En realidad, ya no tenía ganas de seguir hablando.

A eso de las seis sonó el teléfono de la tienda. "Si es para mí, me van a plantar", pensó de inmediato y efectivamente así fue.

—¿Podríamos vernos mañana? Me ha salido una reunión de trabajo para esta noche... —empezó con sus disculpas Ricardo.

—¿Ahora eso se llama trabajo? —le pareció a Ninotchka que le estaban mintiendo.

—No, de verdad... Tú sabes que tu cosita me tiene loco. Hasta sería capaz de no ir a la reunión, pero es con un cliente importante...

—Lo que pasa es que mañana yo no puedo... —le provocaba a Ninotchka mandarlo a freír monos, pero se acordó del favor que quería pedirle—. A menos que vaya hoy día adonde mi tía, la de Santa Beatriz...

—¡Anda hoy día! ¡No seas mala! Y mañana empezamos por un chifita. ¿Qué te parece?

—¡Pero no me salgas con que tienes trabajo! ¡Ahí sí olvídate de que existo! —le advirtió Ninotchka por si acaso.

A la noche siguiente, la vieja se demoró en cerrar la tienda, pero a Ninotchka no le importó. “¡Que espere! ¡Que se gane su caramelito!”, pensó y hasta se detuvo un par de veces a mirar vitrinas camino a la playa de estacionamiento donde él siempre la esperaba. Un tipo que primero se la comió con los ojos y después se puso a seguirla hizo que mejorara aún más su humor y que acentuara el movimiento de sus caderas al caminar. Con ese mismo contoneo, sabiendo que Ricardo la estaba mirando por el retrovisor, se acercó a la puerta del copiloto, la abrió y se acomodó en el asiento. Solo después de levantar ambas manos para arreglarle el cabello y ofrecerle a Ricardo el espectáculo de sus atrevidos senos, le estampó un beso en la mejilla.

—¡Primero al chifa y después adonde ya sabes! —recordó Ricardo su promesa de la víspera, al tiempo que hacía girar la llave del encendedor.

—¡Mejor vamos de frente adonde ya sabes! ¡Te tengo una sorpresa! —le picó la curiosidad Ninotchka, pero, por más que Ricardo estuvo insistiendo, se negó a decirle de qué se trataba.

Ni bien Ricardo cerró la puerta de la habitación, ella tomó la iniciativa: empezó a desvestirlo prenda por prenda como había visto que hacían en las películas y recién cuando

él estuvo en ropa interior, sentado al borde de la cama, se desnudó lentamente y moviéndose casi como una stripteasera. Ella y la China, entre risa y risa para disimular la vergüenza, habían practicado ese showcito varias veces y después lo habían puesto en práctica con excelentes resultados. Sabía, sin embargo, que Ricardo no se iba a impresionar con tan poca cosa y por eso, cuando él preguntó si esa era la sorpresa, se limitó a mover la cabeza de un lado a otro y siguió contorsionándose y acariciándose las partes de su cuerpo que a él más le gustaban.

—¡Ven, ven! —le pidió Ricardo.

—¿Qué me vas a hacer? —le preguntó Ninochka como si tuviera miedo, pero sin dejar de moverse.

—¡Te voy a comer a besos!

—¿Nada más? —abrió sus ojos con coquetería.

—¡Te voy a acariciar los senos y te los voy a besar...!

—comprendió Ricardo de qué iba el juego.

—¿Qué más?

—¡Te voy a besar allí abajo y te voy a penetrar!

—¿Qué más?

—¡Te voy a hacer gritar! ¡Vas a decir ya no, ya no, pero yo voy a seguir moviéndome!

—¿Y en qué pose me vas a hacer el amor?

—En todas las poses. Como tú dices, el *Kamasutra* se va a quedar chiquito...

—¿Y me vas a pedir que me arrodille?

—¡Claro! ¡Tú sabes que me encanta mirarte el trasero!

—¿Y solo lo vas a mirar...? —le mostró a Ricardo sus suculentas nalgas al tiempo que se las acariciaba con ambas manos.

¡Fue mucho para el pobre! Se le abalanzó encima y, tras acostarla en la cama, empezó a hacer cada una de las cosas que había ofrecido, incluida la que desde hacía tiempo había estado mendigando, pero ella siempre se la había negado...

—¡Eres increíble! ¡Nunca había gozado tanto! —se mostró agradecido Ricardo.

—¡Anda mentiroso! —se hizo la modesta Ninochka, aunque podía jurar que de verdad había conseguido volverlo loco—. ¡A mí sí que me has hecho gozar! ¡Vas a tener que llamar una ambulancia para que me recoja!

—¡Es verdad! ¡Un poco más y hacemos noticia!: Hallan a pareja muerta en hostel de la avenida Aviación. ¿Suicidio o crimen pasional?

—¡Violación! ¡Violación por la colita! —añadió Ninochka fingiendo estar adolorida y los dos soltaron la carcajada.

—¿De verdad te duele? —se interesó Ricardo cuando pudo parar de reír—. ¡Te debo una! ¿Qué quieres? ¿Nos vestimos al toque y vamos al chifa?

—¡Mejor pide unos traguitos! ¡Los de siempre! —calmó Ninochka sus ímpetus y a continuación, tras tomar aire, decidió lanzarse a la piscina—. ¡Pero no me estás debiendo una sino dos!

—¿¡Dos!? —se asombró Ricardo.

—¿Qué? ¿Ya ni te acuerdas de lo que me ofreciste?

—¿Qué te ofrecí? —trató de recordar él.

—Conseguirme chamba... En un casino... —comprobó Ninochka que de verdad lo había olvidado.

—*It's true!* ¿No te conté? —se golpeó Ricardo la frente con la palma de la mano—. Yo hablé con el amigo que es gerente en un casino, pero no me aseguró nada. El problema parece que es tu edad. Me dijo que generalmente contratan a chicas entre veinte y veinticinco...

—¡Lo sospeché desde un comienzo! —intentó bromear Ninochka, pero no pudo esconder su desilusión.

—¿Y otro trabajo no te interesa? ¿Tiene que ser siempre en un casino? Como has estudiado secretariado, de repente

podría conseguirte el puesto de recepcionista en alguna empresa...

—¡Claro que me interesa! —le brillaron los ojos a Ninochka—. ¡Sería mejor todavía! Pero mi currículum no es muy bueno...

—¡Por eso no te preocupes! —la tranquilizó Ricardo—. Generalmente pesa más una buena recomendación que los papeles... Eso sí, vas a tener que armarte de paciencia. No está tan fácil conseguir trabajos. Dame un par de meses...

—¿Un par de meses? —no terminaba de creer Ninochka que pudiera entrar a trabajar a una empresa—. ¡No importa! Si la vieja me bota antes, ya me las arreglaré para sobrevivir...

—¿Qué ha pasado? ¿Has vuelto a tener problemas? —se interesó Ricardo.

—¡Sí, horribles! Con decirte que casi la mando a la eme —exageró un poco Ninochka—, pero no quiero hablar de eso ahora...

—¡Pobre! ¡Te prometo que me voy a poner las pilas!

¡Eso era lo que Ninochka quería escuchar! Alzó su vaso, chocó con el de Ricardo antes de tomar y después, tras retirar la ropa de cama, le rozó con el vidrio frío y húmedo sus partes más íntimas...

Camino al óvalo Santa Anita, donde Ricardo la dejaba siempre, Ninochka le hizo notar en un semáforo que un tipo estaba acelera que acelera.

—¿Lo ves? Va a salir como una bala cuando cambie la luz... ¿No te dije? ¡Un desesperado! Los desesperados como ese solo engañan a las quinceañeras. En la cama son gallitos...

—¿Gallitos? —no entendió Ricardo.

—¡Sí, gallitos! —insistió Ninochka—. Se suben encima de la chica sacando pecho y cacareando, pero se bajan al toque.

—*What!?* —preguntó Ricardo y soltó la carcajada.

—¡Te apuesto! ¡Son unos gallitos! ¡Acaban rápido!
—repitió Ninotchka y también se echó a reír...

TRES

¡La típica punto en contra! ¡Solo le falta babero! Papi, ¿cómo es eso del que llama paga? ¿Antes podías hablar gratis? Y el papi, feliz de hablar de eso, le explica a voz en cuello para que todo el mundo se entere que es el orgulloso propietario de un celular: al revés, eso nos favorece. Antes el celular nos salía muy caro porque pagábamos por cada llamada que recibíamos. Ahora no, ahora paga el que nos llama. ¿Y en los teléfonos normales cómo es, papi? ¡Cómo va a ser, pues, idiota! ¿Por qué no usas un poco los sesos? Se te van a atrofiar. Por culpa de tipas como tú piensan que todos las mujeres somos retardadas mentales...

¡Más volumen! Es la única forma de no seguir escuchando a la idiota esa. ¡Sabinita! ¡Qué no hubiera dado por estar en La Noche la vez que se apareció por allí! ¡Insistir justo esa vez que fueran al Juanito! ¡La Noche no! ¡Mucho posero! ¡Si le hubiera hecho caso a Tito! ¿Cómo hubiese reaccionado? Le hubiese pedido un autógrafo. Aunque autógrafo para qué. Simplemente lo hubiera mirado toda la noche. O se le hubiera acercado para decirle: me gustan todas tus canciones, pero sobre todo "Por el boulevard de los sueños rotos".

¡La tarada se pasa de tarada! ¿Qué está haciendo ahora? ¡Limpiándole el saco! ¡Pelusa por pelusa y motita por motita! Si te gusta hacer eso, carga de una vez con una escobilla en la cartera. Como la tonta de la Lily. Mi Pedro tiene que estar impecable. Escobilla para limpiarle el saco, una franelita para sacarle el

polvo a los zapatos. ¿Qué tienen las mujeres? Su Pedro tiene que estar impecable, claro, pero su Pedro ni bien ella se da la vuelta ya está coqueteando con otra. ¡Qué bonitos ojos tienes! ¡Igualitos a los de Leslie Stewart! ¡Igualitos a los de Leslie Stewart? Ahora vas a ver, huevón. Podríamos salir una de estas noches, ¿no crees? Para conocernos mejor. Tantas veces nos hemos visto aquí, en la oficina, pero todavía no te conozco ni me conoces. Tú no me conocerás, pero a los tipos como tú me los conozco al dedillo. ¡Oye, Lily! ¿Qué tiene *tu* Pedro? Me está invitando a salir. ¿Así es siempre? ¡Pobre imbécil! ¡Casi le da un infarto! ¡No sabía con quién se estaba metiendo!

De verdad, ¿qué les pasa a las mujeres? La Lily se desvive por su Pedro, le compra la ropa, ella misma le lava las camisas y se las plancha, le lustra los zapatos, poco más y le limpia el pote. Y su Pedro, henchido de agradecimiento, la trata como a una basura, le insulta de todo, la golpea finalmente si ella se atreve a plantarle cara. ¿Cómo lo aguanta? ¿Por qué no se separa? Eso de que hace de tripas corazón por su hijo no se lo traga nadie. ¿Qué gana el niño? El chiquito ya está traumatado. Se pone a llorar ni bien alguien alza la voz.

La zonza ahora le está limpiando la oreja a su peor es nada. ¿Qué sentirá? ¿Será el instinto maternal? ¿Los esposos serán para sus esposas como hijos? Y claro, hay hijos que salen torcidos, unos malditos, pero sus mamás igual los soportan. Le dan ganas de preguntarle: disculpa la impertinencia, ¿qué placer encuentras en sacarle brillo a tu tonto?

Definitivamente no es la única. La que acaba de subir igual. A ver: una raspadita con la uña. No, eso que se ha pegado no sale. Pañuelito entonces. Un poco de saliva y una buena sobada. ¡Ya está! ¿Será simplemente el afán de limpieza de la mujer peruana? ¿Tú con qué lavas, vecinita? Prueba mi Ariel. Mejor Ña Pancha. Mi esposo trabaja de mecánico y me trae la

ropa llena de grasa. Yo la lavo con Ace limón y me queda una blancura blanquísima...

No, no es solo pulcritud. ¡Bueno fuera! La enfermedad se manifiesta de mil maneras. Sonia, por ejemplo. ¡Cuando está su novio —¿cómo se llama?, ¿Fernando?, no, Ferdinand— es irreconocible! ¡Se vuelve muda! ¡Quién todavía! ¡El terror de los chicos de la oficina! La que los hace ponerse rojos con las bromas de doble sentido que se gasta. La campeona jugando charada porque nadie sabe los nombres de las películas porno que representa. Oye, Sonia, ¿qué te pasa? ¿A mí? (cara de mosquita muerta). ¡Nada! ¿Cómo que nada? ¿Por qué cambias tanto cuando está Ferdinand? (ojos como platos). Sí, no te hagas. Eres otra. ¡Una santa! Sí, sí, sí, Ninochka tiene razón. Todo es que esté Ferdinand para que te comportes de otra manera. ¿Sí? No me había dado cuenta.

¿Cómo no se va a dar cuenta? Es como si fuera otra persona: modosita, recatada, seria... ¡Una santa! Y su Ferdinand un pelmazo. Cada vez que abre la boca dice una taradez. Después-que-nos-ca-se-mos-So-ni-a-va-a-de-jar-de-tra-ba-jar. Las-mu-je-res-que-tra-ba-jan-po-nen-cuer-nos-a-sus-es-po-sos. ¡Y a sus novios también! ¡¿Queeé?!, no podía creer el muy idiota lo que estaba escuchando. ¡A sus novios también!

¡Se te pasó la mano, Ninochka!, le reclamaron después. ¿Ah? ¿A mí se me pasó la mano? ¡Qué culpa tengo yo de que sea tan bestia! Nos estaba ofendiendo. Decir eso en una oficina donde la mayoría somos mujeres. Bueno, sí, había sido muy dura, pero el tonto se lo merecía. Y Sonia también. ¿Por qué tiene que actuar delante de su Ferdinand? ¿Por qué no puede ser ella misma?

Uf, al fin se bajó la parejita. Ya iba a vomitar. Papi esto, papi el otro. ¡Una de esas eternas menores de edad dispuesta siempre a obedecer al hombre! Papi, ¿por qué me tratas como a una basura? Porque te lo mereces por idiota, hijita, porque te lo mereces.

Papi, ¿y por qué enamoras a otras mujeres en mi delante? Porque, como eres tan babosa, no te tengo ningún respeto. ¡Qué horrible! ¿Qué les pasa a las mujeres? Por lo menos en público deberían guardar compostura, si no por respeto a sí mismas, por respeto a otras mujeres. Como hacen los hombres, siempre tratando de parecer gallitos delante de otros hombres. El del carro de al lado, por ejemplo... ¡Vaya barriga! pero todo orgulloso él. La luce como si fuera una embarazada. ¡Y cómo agarra el timón! Solo con los pulgares. ¿A quién le recuerda? No su cara. Su barriga, la manera de sentarse. Ya. A Al Bundy cuando ve televisión, despatarrado, con el mando en una mano y la otra metida debajo de la correa. ¿Cómo maneja Al Bundy...? No recuerda. Seguro que como el gordo: hurgándose la nariz con el índice de la mano izquierda y sujetando el volante con el dedo gordo de la derecha. ¡Gordo horripilante! ¡Qué mal comienzo! ¡Todo va a salir mal hoy día!

¿Dónde están los tipos agradables, los que inspiran confianza? Deben tener otros horarios, otras rutas. ¿O viven en otros países? ¿Cómo le gustaría encontrarse con alguien como Hugh Grant! ¡Qué ojitos! ¡Qué cara de niño bueno! Claro que medio mañosote, pero qué hombre no hace sus travesuras de vez en cuando. Zonza su novia. ¡Enojarse con él porque lo descubrieron con la negrita! En su lugar, ¿qué hubiera hecho? Un buen jalón de orejas, sobre todo por dejarse pillar, y después un paseo en carro por el centro de la ciudad para hacerle lo mismo que le estaba haciendo la otra...

Ese no está mal. Muy jovencito tal vez, pero debe tener su encanto pervertir menores. Debería hacer la prueba. ¿Cómo en *El graduado*? No, nada de dramones. ¿Cómo en esa de la peluquera que seduce al amiguito de su hija? También acaba mal. ¿Cómo en cuál entonces? A ver, a ver, a ver... Nada, la mente en blanco. Lima, tanto del tantos... Señores de Hollywood: La presente es para hacerles notar que no se ha filmado ninguna película sobre una mujer más o menos madura, de unos treinta

años por decir, que seduce a un jovencito. Repito: jovencito —de unos veintidós, veintitrés—, no guagua. *El graduado* no cuenta, ni la de la peluquera, porque terminan en tragedia. Tiene que ser una película con final feliz, en la que todos salen ganando. Posdata: espero que sean honestos y me paguen derechos de autor. Suya, Ninochka River...

Esa tipa está loca, deben estar pensando. Se ríe sola. Lo que pasa es que no tienen imaginación. Y tampoco van al cine. ¿Saben quién es Hugh Grant? No saben. ¿Han visto *Sensatez y sentimientos*? No han visto. Entonces, ¿qué miran? ¡Mírense los zapatos o la punta de la nariz y no fastidien! Al cine se va para cambiar de mundo, para vivir las historias que no se pueden vivir en este país de porquería. Lo único malo es que solo se cambia de vida por una hora y media. ¿Se imaginan qué bonito sería que cada uno pueda encargar su película y que esa película durara toda la vida?

De veras, ¿no? ¡Qué buena idea! Cumples cierta edad y encargas tu película. Lima, tantos del tantos... Señores de Hollywood: Quiero que mi película sea sobre una chica de un barrio pobre que, después de muchos desengaños, por fin encuentra al hombre de su vida, un agente de bolsa que al principio la quiere solo para eso, ya saben, pero que de pronto descubre que está perdidamente enamorado de ella... ¿Qué cosa, qué cosa? Esto está grave. Siempre que entran en juego los sentimientos, empiezan los problemas... Ya va siendo hora de decirle chau, pero ¿y el trabajo? ¡No me falles, Ricardito, no me falles!

Era así de simple: lo que hacía cinco años la hubiese hecho saltar de alegría, ahora la ponía en un dilema y solo le causaba fastidio.

—¡Igual tenemos que celebrar, huevona! —insistía Sandra, mostrando su botella de whisky a falta de otros argumentos.

—No estoy de humor. Mejor vamos a ver *Casablanca*. La están dando en El Cinematógrafo.

—¿Otra vez? ¡Ya me la sé de memoria!

—Sí, pero una cosa es verla en video y otra en el cine. ¡Vamos! ¡No seas mala! ¡Ya sé! Encaletamos la botella y de paso celebramos.

La idea de que se prepararan los sábados para dar el TOEFL fue de Sandra. Tito se molestó pese a que no le habló para nada del examen. “¿Un curso intensivo de inglés? ¿Para qué? Con el que manejas ya tienes más que suficiente. Para tu trabajo, en realidad, más te serviría el quechua”. Razón no le faltaba. Y era un fastidio no disponer de una tarde de sábado durante cuatro meses. Ese era su día: almorzaban juntos, después se iban a la casa de él a escuchar música o a la Filмотeca si ponían una buena película y por la noche se reunían con los amigos.

—Cuatro meses pasan volando —la alentó Sandra cuando empezó a dudar—. Además, les va a venir bien romper un poco la rutina.

Rutina. Esa fue la palabra mágica que acabó de convencerla.

—¡Está bien! —dijo—. Vamos a tentar suerte por última vez. Hacemos el curso, damos el TOEFL y viajamos a Wisconsin a buscar al Carlessito, mi prometido. El pobre se estará cansando de esperarme.

Empeñada en celebrar, Sandra ni siquiera esperó a que se apagaran las luces para echar un buen chorro de whisky en los Pepsi-vasos repletos de hielo que habían metido al cine en una bolsa de supermercado.

—¡A Wisconsin! —levantó su vaso y Ninotchka hizo lo propio.

En la pequeña sala, aparte de ellas, que se sentaron en la última fila, solo estaban unos tortolitos unas butacas más adelante. La perspectiva de ver de nuevo a Humphrey Bogart había hecho que Ninotchka cambiara de humor. Además, le resultaba agradable tener el cine para ellas solas. Se acordaba de *Cinema Paradiso*, del último episodio, cuando el director, en su sala privada, ve todos los besos censurados por el cura, todos esos besos que no pudo ver en su momento, cuando era un precoz prisionero de la magia del cine.

Desde las primeras imágenes, cayó también ella cautiva de la historia. A ratos, sin perderse un detalle de lo que ocurría en la pantalla, pasaba revista a su relación con Tito y Ricardo y se imaginaba en una situación parecida a la de Ingrid Bergman.

—¡Tu vaso! —la devolvía a la realidad de cuando en cuando Sandra. Por el apuro con que escanciaba el whisky, era evidente que también ella estaba en trance.

En el momento en que Sam, a pedido de Ingrid Bergman, empezó a tocar la pieza hasta ese instante proscrita en ese bar, Ninotchka sintió que se le hacía un nudo en la garganta y no pudo, por más que trató, contener las lágrimas. ¡Ella! ¡Ella que hacía escarnio de los sentimentales que salían con los ojos hinchados de las salas de cine!

“¿Qué me pasa? —se preguntó a sí misma cuando llegó un momento en que las lágrimas no le dejaban ver lo que ocurría en la pantalla—. ¿Por qué lloro?”. Lo primero que pensó fue que lloraba por Tito, porque se estaba portando mal con él, porque estaba engañando quizá al único hombre que no se merecía eso. Luego le pareció que no, que no era por Tito por quien lloraba, sino por Ricardo, porque eso no podía seguir. Se tenía que acabar y ¡ya! Finalmente, sin embargo, comprendió que

lloraba por ella misma, porque, al igual que Ingrid Bergman, tendría que sacrificar muchas cosas en aras de un compromiso firmemente asumido.

La escena en el aeródromo, que siempre la conmovía, desató un nuevo ataque de llanto, esta vez incontenible.

—¿Qué te pasa? —se preocupó Sandra al darse cuenta—. ¡Cálmate! ¡Cálmate!...

Fueron las luces, sin embargo, más que las palabras y las caricias de su amiga, las que la obligaron a sobreponerse.

—¡Qué idiota que soy! —se lamentaba un poco más tarde Sandra—. ¡Queriendo celebrar sin darme cuenta de que estabas en otra!

Tenían todavía media botella de whisky, pero prefirieron recalar en el Juanito para comer un sándwich, tomar una cerveza y, sobre todo, contagiarse de la animación del lugar.

—¿Qué te pasa? ¿Es por lo de Ricardo, no?

—¡No! Yo también pensé que era por eso, pero nada que ver.

—¿Entonces?

—Creo que es por lo del TOEFL. Me obliga otra vez a optar entre tramitar la beca o seguir con Tito.

—¿Pero por qué te obliga? Tú sigue haciendo tu vida como si nada hubiera pasado. El TOEFL lo tienes ahí por si acaso o de adorno finalmente, para que saques cachita: ¡Yo he aprobado el TOEFL! Si quisiera, me iría a Estados Unidos.

—Eso en teoría funciona, pero en la práctica no. Mi idea, cuando estaba dando el examen, era esa: seguir como si nada, pero cuando me avisaste que habíamos aprobado, me puse a pensar en si no estaré haciendo un sacrificio del cual después me voy a arrepentir.

—¿Y? ¿Ya has tomado una decisión?

—Necesito tiempo para pensarlo.

A Tito no pensaba decirle nada, pero le molestó que él se hiciera el desentendido. Los sábados habían vuelto a ser los de antes y eso parecía bastarle.

—¿No te interesa saber si he aprobado el TOEFL? —le preguntó. Estaban poniendo un poco de orden en el escritorio que Tito había construido en el jardín trasero de la casa de sus padres, el único lugar donde tenían un poco de privacidad.

—¿Ya les han dado los resultados? —la miró.

—¡Hace días...!

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—¿Y tú por qué no me preguntaste?

—Bueno, ¿has aprobado o no?

—Las dos hemos aprobado. No nos alcanza el puntaje para presentarnos a Harvard, pero sí para otras universidades...

—Ya tienes planes de viajar, por lo visto...

—¡Huevón! ¡Eres un huevón! —se enojó Ninochka. No era allí adonde quería llegar cuando tocó el tema, pero tampoco pensaba dar marcha atrás.

—¿Tú si puedes bromear? ¿Por qué reaccionas así? Solo estoy bromeando.

—Porque te conozco. Tú lo que quieres es joder con la cantaleta de siempre. ¡Mi sueño no es vivir en Estados Unidos! ¡No me confundas con mis hermanos ni con nadie! ¡Pero la idea del posgrado no la descarto del todo!

—¡Eso ya lo sé! Si no, no te hubieras preparado cuatro meses para ese bendito examen. ¿Y se puede saber cuándo piensas tomar tu decisión?

—¿Ves que eres un huevón? “Se puede saber cuándo piensas tomar tu decisión” —lo remedó mascando cada una de las palabras—. ¡Yo no voy a decidir nada! En todo caso, primero lo voy a discutir contigo.

—¿Discutir? ¿Para qué? Tú ya sabes como pienso...

—¿Y no puedes cambiar de manera de pensar? ¿Tan cuadrículado eres? —se exasperó más Ninochka.

—Hay cosas en las que he cambiado de manera de pensar, pero en esa no. No me interesa ir a estudiar a Estados Unidos. En todo caso, de hacer una maestría, preferiría hacerla aquí mismo o en Francia.

—¿Por qué eres tan cerrado? ¡Años que sigues repitiendo lo mismo como un loro! ¡Yo lo que creo es que en el fondo no te interesa seguir estudiando, ni aquí, ni en Francia, ni en ningún lado! ¡Jamás piensas moverte de esa tu maldita ONG!

—¿Y eso qué tendría de malo? ¡Es un buen trabajo! Mientras me siga pareciendo bueno, útil, ¿para qué voy a buscar otro?

—¡Pero es que no es solo el trabajo! —perdió del todo los papeles Ninochka—. ¡Con todo te conformas! ¡Si por ti fuera, podríamos pasarnos el resto de la vida yendo a la Filmoteca los sábados y viendo a la misma gente!

—¿O sea que no solo de mí te has aburrido? ¿También nuestros amigos te parecen poca cosa? La verdad, Ninosh, me empieza a costar trabajo reconocerte. Puede que tengas razón, que yo no cambie nada, que sea un cuadrículado y un conformista, pero tú estás cambiando demasiado. ¡Ya casi ni te reconozco! Si somos tan distintos, ¿valdrá la pena que sigamos juntos?

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no vale la pena que sigamos? Pues yo también pienso igual. Me parece que no estamos yendo a ningún lado. ¡Mejor nos separamos!

¿De dónde sacó fuerza para decir esas palabras? No lo sabía, pero sintió un súbito alivio: no más peleas, no más interminables fines de semana, no más sentirse culpable por querer viajar a Estados Unidos...

—¡Ya me voy! —le dijo a Tito tras recoger su bolso. Quiso añadir que otro día vendría por sus discos, sus libros y

tantas otras cosas que había ido guardando allí a lo largo de varios años, pero le pareció mejor dejar eso para más adelante.

—¡Ya me voy! —insistió con voz más fuerte pues Tito seguía dándole las espaldas como si no hubiera escuchado.

—¡Está bien! ¡Vete! ¿Qué puedo hacer? —volteó finalmente él.

¿Tenía la voz quebrada o solo le pareció? ¿Le preguntaba cómo se sentía o mejor se hacía la loca? Total, era un maldito orgulloso y así se estuviese muriendo jamás lo iba a admitir.

—¿Estás bien? —le preguntó finalmente.

—No, no me siento bien —se puso a llorar Tito—. Siento que me están haciendo a un lado de una patada en el trasero. ¡Y me parece injusto! ¿Qué está mal? ¿Por qué ya no valgo? ¿Porque sigo siendo fiel a unos ideales? Si me preocupara solo por mi pellejo, ¿eso sí estaría bien?, ¿allí sí que estaría en la dirección de los vientos que soplan ahora? ¡Yo te quiero, amor! ¡Te quiero tanto que ni siquiera quiero arrastrarte a mi lucha! ¿Crees que no me doy cuenta de que es una batalla perdida? ¿Crees que no me siento prácticamente un dinosaurio? ¡Pero es mi batalla y tengo que pelearla! ¡Yo! ¡No tú! ¡Tú puedes hacer lo que más te guste! Dime..., ¿tan importante es para ti ese viaje a Estados Unidos? ¿Más importante que lo nuestro?

—¡Dale con el viaje! —protestó Ninochka, pero ya no enfadada, sino a punto también de llorar—. ¡El viaje no me interesa! ¡Lo que me interesa es una maestría! Quiero hacer relaciones laborales. ¡La verdad es que estoy harta del trabajo de promoción, de tener que ir todos los días adonde el diablo perdió el poncho a que me coman las pulgas! ¡Quiero otra cosa! ¡Entrar a una empresa grande, ganar bien, comprarme un carro! ¡Sí, sí, comprarme un carro! —insistió Ninochka al ver que la sorpresa se dibujaba en el rostro de Tito—. ¡Ya no soporto las combis!

—¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Relaciones laborales? Me parece muy bien, es una especialidad muy actual, que te abre muchas posibilidades... ¿Por qué no me habías comentado que ya no te gusta el trabajo de promoción?

—¡Para no pelear! ¡Estoy harta de ser la mala de la película, la que no tiene mística ni entrega! En la oficina es igual. Basta que no esté de acuerdo con algo para que me echen en cara mi falta de compromiso con los sectores populares, mi poca capacidad de renuncia, bla-bla-blá, bla-bla-blá... ¡No tengo nada en contra de la gente que quiere trabajar en desarrollo, pero, aquí, entre nos, nadie me quita de la cabeza que esa es una forma como cualquier otra de ganarse los frejoles! ¡Todo eso del servicio a los pobres, de la identificación con los más necesitados, es de la boca para afuera, puro rollo! Salvo algunas excepciones, claro... —añadió para no herir a Tito.

—¿Y no te animarías a hacer una maestría en relaciones laborales aquí, en Lima? —preguntó él cuidadosamente—. Me imagino que la Pacífico ofrecerá esa posibilidad...

—La Pacífico no tiene. ¡La Católica ya está ofreciendo Relaciones Laborales!

—¡¿La Católica?! —se asombró Tito—. ¡Qué rápido han captado la demanda! ¿Qué has escuchado? ¿Es buena la maestría? ¿Hay buenos profesores?

—Dicen que no está mal, pero que resulta difícil compaginar los estudios con un trabajo a tiempo completo...

—¿Por qué no nos casamos? —se le acercó Tito y la tomó de las manos—. Con mi sueldo tendríamos de sobra para vivir y tú podrías dejar el trabajo para seguir la maestría. ¡La pagamos con lo que tenemos ahorrado! —se apresuró a añadir antes de que Ninotchka pusiera alguna objeción.

—¡Tú sabes perfectamente que yo no quiero casarme! ¡Yo también tengo mis principios! —hasta cambió de voz Ninotchka,

pero el semblante severo solo le duró unos segundos—: ¡Irnos a vivir juntos, sí! ¡Pero casarnos... jamás! —soltó la risa al tiempo que abrazaba a Tito y le llenaba el rostro de besos...

Hicieron el amor allí mismo, en una silla primero, sobre los cojines después, y Ninochka gozó tanto, sintió tanta ternura, que no le quedó ni un ápice de duda de haber tomado la decisión correcta. Más aún, después de mucho tiempo volvió a sentir que la sintonía entre ella y Tito era perfecta y, mientras hacían planes y más planes, ni cuenta se dio de cómo pasaron las horas...

—¡Me muero de hambre! —la interrumpió por fin Tito.

—¡Pide algo al chifa! —le sugirió Ninochka. ¡Se sentía tan a gusto echada en esos cojines y cubierta con la bolsa de dormir que ni con una pistola Tito la iba a obligar a vestirse y a salir!

—¡Qué poco romántica! ¡Yo también iba a sugerir un chifa, pero uno de categoría, donde podamos cenar a la luz de las velas! ¡Estamos celebrando nuestro compromiso!

—¡Otro día lo celebramos! ¿Sí? —apeló a la coquetería Ninochka para zanjar la discusión—. Ahora de aquí no me mueve nadie. ¡Ni con una grúa!

La ilusión con el trabajo en la empresa le duró poco. Ricardo, después de probar varias veces el fruto prohibido, empezó a acostumbrarse y a perder interés. Hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir: una semana sin llamar ni dar señales de vida, luego otra y casi otra más. “Si es él, lo mandas a la mierda”, se ordenaba a sí misma cada vez que sonaba el teléfono de la tienda, pero cuando finalmente le avisaron que era para ella, se puso a meterle lío como una esposa.

“¡Qué cojuda! ¡Qué he hecho? —se arrepintió ni bien colgó el teléfono—. ¡Milagro que no me ha largado!”. Ricardo había quedado finalmente en pasar por la tienda a las siete, pero Ninotchka estaba segura que no se aparecería. ¡Probablemente nunca más se aparecería! ¡La sarta de tonterías que le había dicho! Que dónde se había metido tanto tiempo. Que por qué no le había avisado que iba a viajar. Que si de verdad había viajado o le estaba contando cuentos. Que a ella nadie la iba a tratar así, que se merecía respeto, que no era una cualquiera, que si a él le gustaría que le hagan lo mismo y patatín patatán...

“¡De verdad, ni que fuera mi marido! ¡Qué mosca me habrá picado? ¿No me estaré enamorando?”, seguía Ninotchka tratando de encontrar una explicación a su comportamiento. En el fondo, muy en el fondo, guardaba la esperanza de que Ricardo pasara a buscarla y no quería meter la pata de nuevo. Ella sabía muy bien cómo era la relación que había entre los dos: ¡sin ninguna obligación de parte de él ni tampoco de parte de ella! ¡Los pleitos, las pataletas, los celos, todo eso era asunto de las esposas o de las novias! En su caso todo era más sencillo: a uno de los dos se le apagaba el fuego y chaucito, ¡si te vi no me acuerdo!

“¡Mejor si no viene! ¡Hace rico el amor! ¡No me vaya a enamorar y ahí sí la canela!”, decidió finalmente Ninotchka. Se le había metido en la cabeza que siempre que entraban en juego los sentimientos, empezaban los problemas. Así había sido con Toto y no quería que volviese a pasarle lo mismo.

¡Toto! ¡Tiempo que no se acordaba de él! Se parecía bastante al Gato, aunque en versión mejorada. El mismo color de ojos, pero piel blanca y cabello castaño, también rizado. El mismo cuerpo como cincelado en bronce y la misma elasticidad de movimientos, pero una elegancia al caminar o al hacer cualquier cosa que llamaba la atención. Y también robaba autos,

pero al papá o a la hermana porque él todavía no había ahorrado lo suficiente para comprarse uno. En fin, un cabeza hueca, pero Ninochka cayó rendida a sus pies ni bien lo vio.

En esa época —era verano— trabajaba en una tienda para tablistas que tenía propaganda en Zona de Impacto, un programa de pitucos de piel bronceada y bellos rubios requemados por el sol. Ninochka y la otra dependienta, que veían el programa en la misma tienda, soñaban con que un día apareciese Javier Meneses, el conductor. “¡Es!, ¡no es!”, discutían cada vez que un cliente de su tipo ingresaba al local. “¡Qué par de tontas! —se reía después Ninochka al recordar esa etapa de su vida—. El problema era del televisor. En blanco y negro todas las personas se ven parecidas”.

Toto también llamó la atención de las dos amigas y, a diferencia de otros hijitos de papá, sobradazos, les preguntó amistosamente de qué se reían.

—¿Tú eres Javier Meneses? —aprovecharon entonces para soltarle a dúo.

—No, pero es mi amigo. ¿Quieren que se los presente?

—Ya, pues —sospechó Ninochka que les estaba tomando el pelo—. Y nosotros te presentamos a Olenka Zimmerman. ¡Somos uña y mugre!

Toto la miró unos segundos en silencio y después ambos soltaron la carcajada.

—Me llamo Toto —le extendió la mano cuando pudo dejar de reír.

—Ninochka —estrechó ella esa mano.

—Olenka..., Ninochka... Con razón son amigas. ¿De dónde son? ¿Suecas?

—No, rusas —le siguió la broma Ninochka y hubo una nueva carcajada.

—¿De qué se ríen, ah? —les preguntó de pronto la otra

dependienta y ahí sí que no pararon hasta que se les saltaron las lágrimas.

Fue su primer romance con alguien que no era de San Juan de Lurigancho ni de otro lugar parecido a su barrio. ¿Qué tenía? ¿Veinte? ¿Veintidós añitos? ¡Era una tonta! Demasiado crédula, demasiado confiada...

Sacudió la cabeza para ahuyentar los recuerdos, pero igual se quedó tristona, como si ese verano se hubiese ido hacía muy poco. Así la encontró Ricardo cuando se apareció de sorpresa, como una hora antes del cierre, haciéndose el que quería comprar algo.

—¡Qué cara! ¿Sigues amarga? —le dijo mientras miraba unas blusas.

—¿Amarga? ¡Triste, que es otra cosa! —fue sincera Ninochka.

—¡Triste estoy yo de pensar que me vas a mandar de paseo...! ¿No me vas a perdonar? —puso cara de arrepentimiento.

—¡Nunca! ¡Yo nunca se lo perdono a los que se portan mal conmigo! —fingió Ninochka un enojo que ya no sentía.

—¿Y si te lo pido de rodillas? —hizo el ademán Ricardo de adoptar esa postura.

—¿Estás loco? —se apresuró Ninochka a impedirselo—. ¡Espérame en el carro a las siete!

—¿En el carro? ¡Ni zonzo! ¡Voy a hacerte guardia cerca de la puerta para que no te me escapes!

Así estuvo, asomando a la puerta de la tienda de rato en rato con una cara cada vez distinta, hasta que logró hacerla reír. Y luego, cuando después de comer algo en un café de lo más elegante fueron al hostel, él se esmeró tanto que la hizo gritar una vez tras otra. ¡Nunca, que recordase, había sentido tanto placer!

“¿No habrá sido su manera de decirme chau?”, se preguntó después Ninotchka. Estaba en la combi a la que subía después de que él la dejaba en el óvalo Santa Anita, pero, a pesar de los bocinazos y los zarandeos, seguía bajo la impresión de lo vivido esa noche. “¡Seguro que sí! ¡Esa debe ser su costumbre!”, decidió y descubrió, no sin cierto asombro, que no se sentía muy dolida. Solo le daba pena no tener siquiera el teléfono de su oficina para darle una llamadita muy de cuando en cuando, en ocasiones especiales...

—¡Lo de Ricardo se acabó! —le contó a la China cuando se encontraron para almorzar al día siguiente.

—¿Estás triste? Aunque tú qué vas a estar triste... Seguro de que lo has mandado a la eme con todas sus letras...

—No, no lo he mandado, aunque se lo merecía...

—¿Qué? ¿Él ha terminado? —se asombró la China.

—¡Los dos hemos terminado! ¡Como amigos!

—¿Y el trabajo? ¿Te va a conseguir todavía el trabajo?

—¡Uh, uh! —negó Ninotchka—. Voy a tener que seguir soportando a la vieja por un tiempo más...

—¿Y para qué prometió? ¡Tan seriecito que parecía! ¡Está difícil, pero en dos meses te consigo un trabajo...! ¡Bocón de mierda! —se desfogó la China como si la perjudicada hubiese sido ella.

—Yo, la verdad, siempre pensé que me estaba paleando... —se hizo la fuerte Ninotchka—. Tú sabes como son los hombres cuando quieren eso. ¡Prometen más que candidato a presidente, pero a la hora de la hora no cumplen nada! ¡Ricardo en otras cosas sí es buena gente, pero en eso de ofrecer ha resultado igualito que el resto!

En las semanas siguientes, Ninotchka tuvo que reconocer que se había equivocado. Ricardo no solo la siguió buscando sino que además la llevó a una empresa donde necesitaban una

asistente de secretaria. ¡Los nervios que pasó! ¡Casico se hace pichi en el calzón! La sentaron delante de una computadora y le pidieron que escriba una carta. A punto estuvo de confesar que desde que terminó secretariado no había vuelto a tener una pantalla delante, pero no quiso hacer quedar mal a Ricardo.

—¡Me hubieras advertido lo de la computadora para practicar un poco! ¡Sabe Dios qué habré hecho! ¡Tiempo que no la uso! ¡No creo que me den el trabajo! —le soltó de seguidilla a Ricardo, que la estaba esperando en el carro a media cuadra de esa elegante mansión de la avenida Salaverry donde funcionaba la empresa.

—¡Cuánto optimismo, Dios mío! —se tomó él las cosas con calma—. ¿Te has peleado con la compu? ¡No es tan grave! Si te dan el trabajo, en dos semanas serás una experta en computación...

—¿Cuándo vas a hablar con tu amigo? ¿Estaba allí? ¡Qué vergüenza!

—No, no te preocupes. Él es el gerente. La entrevista te la debe haber tomado alguien de personal. Mi amigo ha quedado en avisarme la próxima semana...

Cuando Ricardo la llamó para decirle que había malas noticias, ya no era el trabajo, sin embargo, lo que la tenía preocupada. ¡Hacía como ocho días que debía haberle venido la regla y todavía nada! ¡Dos, máximo tres días tenía a veces de atraso, pero más de una semana! Y si estaba embarazada, ¿de dónde iba a sacar plata para abortar?

La China, como siempre, fue su paño de lágrimas.

—¡Dile a Ricardo que te ayude! —le aconsejó esta.

—¿Con qué cara le voy a pedir? Ha sido descuido mío, estoy casi segura. Ricardo siempre es cuidadoso. Me pregunta si estoy o no en días de peligro. Y cuando le digo que sí, se pone el condón desde el comienzo...

—Bueno, ¿y qué importa de quien ha sido el descuido? Son sus cabezoncitos los que han hecho la travesura... ¡Que te dé la plata! ¿O vas a tenerlo?

—¡Estás loca?! —se escandalizó Ninochka—. ¡Ni modo! ¡Tendré que hablar con Ricardo! ¡Ojalá nomás no piense que quiero fastidiarlo o aprovecharme de él!

En los siguientes encuentros que tuvieron no le comentó nada. Se daba ánimos para hacerlo, pero a último momento se acordaba de todo lo que le hizo Toto y no abría la boca. ¿Cómo pudo aguantarle tantas cosas? A ella se le caía la baba por él y él se avergonzaba de ella. Para comer helados, se iban hasta Lince, cuando en Miraflores, donde estaba la tienda, sobraban las heladerías. Si decidían ir al cine, terminaban siempre en el Roma o hasta en cines del Centro, cuando el Pacífico, el Romeo y el Julieta o por último el Orrantía estaban a la mano. El amor era lo único que hacían donde las demás parejas, en la Costa Verde, en el carro del papá o de la hermana, o en algún discreto hostalito.

—¿Me quieres? —preguntaba Ninochka cuando estaban en ese trance.

—Sí, te quiero —le respondía Toto—. Eres la rusita más rica que conozco.

—¿Te gusto más que la Olenka esa?

—¡Claro! Prefiero a las trigueñas, no a las rubias.

A la playa tampoco la llevó nunca. Él se iba el sábado temprano a Naplo, a casa de unos amigos, y no volvía hasta el domingo por la noche. Ninochka, si alguna vez se preguntó por qué no la invitaba, encontró seguramente una respuesta muy lógica: los sábados ella trabajaba.

¡Qué bestia que fue! ¿Qué pensaba? ¿Cómo se le pudo meter en la cabeza que ese miraflorentino al que no le gustaba mostrarse con ella iba a querer casarse al saber que estaba

encinta? No fue a propósito, ella se equivocó en sus cuentas, pero Toto no quiso escuchar razones y la trató peor que a una puta.

—¿Por qué te pones así? ¿Por qué me insultas? Pensé que me querías... —le reprochaba Ninochka.

—Claro que te quiero, pero para la cama, no para que seas la madre de mis hijos —le soltó Toto sin misericordia.

Las heridas provocadas por esas palabras demoraron en cicatrizar muchísimo más que las dejadas por una intervención mal hecha. Pudo haberse librado de esto último si aceptaba el dinero que le ofreció Toto, pero prefirió darse el gusto de mandarlo a la mierda con todas sus palabras y de decirle que nunca había conocido a un cerdo como él. “Los choros de Tacora son más hombres que tú”, añadió. Estaba pensando en el Gato, claro.

Con lo poco que tenía ahorrado, solo pudo pagar los servicios de una obstetra de mala muerte. Casi pasa a mejor vida a causa de las continuas hemorragias y de la infección, pero en ese momento no le hubiese importado. Eso sí, cuando quedó claro que no se iría al otro mundo, decidió fijarse una norma, la primera de las muchas que poco a poco fue adoptando para lidiar con los hombres: ¡no enamorarse como una tonta! ¡No enamorarse hasta no estar segura de los sentimientos del otro! Casi siempre lo conseguía, pero a veces le ocurría muy a pesar suyo y entonces empezaban los problemas... ¿Cómo haría? ¿Cómo haría esta vez para evitar que le digan todas esas cosas horribles que sueltan los hombres cuando se enteran de que una mujer espera un niño?

La sorpresa con que le salió Ricardo hizo que por fin se decidiera. ¡Total, en ese momento ya no tenía nada que perder! Estaban en Las Mesitas, en un ambiente que ella no había visto antes. Ricardo la había esperado a la salida del trabajo y él mismo había propuesto que fuesen a tomar algo a un sitio tranquilo.

—Te noto medio raro. ¿Estás enojado? —le preguntó ella en el trayecto.

—¿Enojado? ¿De qué podría estar enojado? —respondió Ricardo—. Estoy un poco preocupado, eso sí. Tengo algunos problemas.

—¿Qué problemas?

—¡Ten un poquito de paciencia! ¡Ya te lo voy a explicar!

—¡Uy! ¡Qué ceremonioso! —se puso en guardia Ninochka—. ¡No me digas que me vas a sermonear de nuevo!

En uno de sus últimos encuentros, Ricardo le había hecho notar que la mini que llevaba era muy corta y muy ajustada. “¡Un poquito demasiado llamativa!”, se quejó.

—¿Sermonear? ¿Quién soy yo para sermonearte? —se hizo el que no mataba una mosca.

Ricardo empezó a contarle que estaba detrás de otro trabajo que podía convenirle, pero ella prefirió no hacerle mucho caso. ¿Sobre qué querría conversar? Mesas y sillas, en esa sala que parecía hecha a propósito para parejas que no querían ser vistas, eran a la antigua, pero en las paredes no había cuadros. Ni siquiera eran paredes propiamente sino ventanales que daban a un jardín.

—Yo solo quiero un té —anunció Ninochka cuando le alcanzaron la carta. “Me ha empezado a doler el estómago”, pensaba aclarar si Ricardo se ponía insistente, pero él se limitó a pedir lo mismo.

—¿No me has dicho qué piensas del trabajo? ¿Te interesa? —le preguntó Ricardo cuando el mozo se retiró.

—De interesarme me interesa, pero ¿y si de nuevo no paso la entrevista? ¡Por gusto te voy a hacer quedar mal! —decidió jugar a la víctima Ninochka.

—No, no habría entrevista. Esta vez sería sobre seguro. ¡Eso sí, me tienes que prometer que te matricularías en un curso de computación! Esa es la condición que me ha puesto mi amigo.

—No sé. Prefiero no hacerte quedar mal. La computación, tú sabes, es cuestión de práctica. ¿Dónde voy a conseguir una computadora para practicar?

—Mira, Ninosh, voy a ser sincero contigo... —hizo una pausa Ricardo buscando seguramente la mejor manera de soltar lo que quería—. ¿Quieres saber qué me tiene preocupado? Vamos a tener que dejar de vernos, siquiera por un tiempo. María está sospechando algo y tú sabes que mi matrimonio para mí es sagrado...

—¿Sabes qué? ¡No me vengas con cuentos! ¡Di no más de frente que ya te has cansado! —no pudo controlar su decepción Ninochka. ¡Cualquier cosa se imaginaba menos eso!

—¡Bueno fuera! ¡Así sería más fácil para mí, pero no me he cansado! Si quieres no me creas... —se apresuró a añadir para seguir hablando—. Finalmente, tú puedes pensar lo que quieras. No está en mis manos convencerte. En cambio, lo que sí puedo hacer todavía es ayudarte con lo del trabajo. Ninosh, ¡tú me has dado cosas que ninguna mujer me ha dado! ¡Déjame también darte algo! ¡No seas orgullosa!

¿Sería verdad lo del trabajo? ¿No sería un truco de Ricardo para quitársela de encima sin que le metiese pleitos? Como ahora ella sí tenía el teléfono de su oficina, seguro que se moría de miedo de que le causase problemas...

—¿De verdad quieres ayudarme? —le preguntó Ninochka mirándolo fijamente a los ojos—. ¡Préstame dinero para hacerme una intervención! ¡Estoy encinta!

—¡¿Encinta?! ¡Estás bromeando! —se quedó de una pieza Ricardo.

“¡Me va a decir de todo”!, pensó Ninochka y empezó a buscar las palabras con las que callarle la boca.

—¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Cuánto tiempo tienes? ¿Estás segura? —siguió bombardeándola a preguntas Ricardo.

—Ricardo, yo no quiero causarte problemas. Si tuviera plata para hacerme la intervención, ni te hubiera dicho nada —aprovechó Ninochka para aclararle bien las cosas.

—¿Si supieras que esa es otra de las razones por las que tengo que dejar de verte...! —hizo Ricardo una pausa como si estuviera sopesando si continuar o no—. ¡Últimamente he tenido problemas de dinero! ¡Las cosas en la bolsa ya no están marchando tan bien!

—¡Comprendo! ¡Ya veré como me las arreglo! —se puso Ninochka de pie dispuesta a salir corriendo de ese lugar.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas? —saltó también él de su silla y le cerró el paso—. ¡Tengo problemas de dinero, pero no he perdido mi crédito! Me puedo prestar algo por ahí. ¡Por supuesto que te voy a ayudar! ¡Cómo crees que te voy a dejar sola en una situación así!

Ricardo dijo todo eso en voz baja, pero en un tono decidido. Ninochka, temblorosa todavía, volvió a sentarse.

—¡No creo que sea mucho lo que se necesite, Ricardo! ¡Además es solo prestado! ¡Te puedo ir pagando poco a poco!

—¡Cómo se te ocurre que te voy a cobrar! ¡Yo conozco a un buen médico! ¡Todas las chicas que trabajan en ONG van adonde él! ¡Cuándo quieres que vayamos a verlo?

—No sé... Tú dime... —no terminaba de creer Ninochka que todo estuviese saliendo bien.

—Cuanto antes mejor, ¿no? Aunque no, espera... Primero tengo que conseguirte chamba en una ONG... —bromeó Ricardo, pero, al no encontrar eco, volvió a ponerse serio—. Mañana mismo voy a llamar a su consultorio a pedir cita...

—¿Mañana? No, tan rápido no puede ser. Primero tengo que hablar con la vieja para pedirle permiso. Que me dé siquiera un par de días libres, aunque es más dura...

—La primera cita no es para la intervención —aclaró Ricardo—. Es solo para que te vea, para que converses con él, para escoger una fecha...

—¿Ese médico tiene su consultorio como cualquier otro médico?

—*Of course!* —se asombró Ricardo de la pregunta—. Es un ginecólogo de mucho prestigio.

Ninotchka recordó las covachas por las que tuvo que pasar las veces del Gato y del Toto y empezó a tranquilizarse.

—¿No estás amargo conmigo? ¿No vas a tener muchos problemas para pagarle al médico? —volvió recién al tono cariñoso que usaba a veces para hablar con Ricardo.

—¡Claro que no! ¡Es más! ¿Por qué no nos olvidamos por ahora de los problemas y nos pedimos un merengado?

—¡Merengado no! ¿Puede ser un chifita? Debo estar con los antojos... —hasta se atrevió a bromear Ninotchka.

En quince minutos estuvieron en el mismo chifa al que fueron la primera vez que salieron juntos y al que habían vuelto en varias ocasiones. Artemio, el mozo que siempre los atendía, les recomendó pato y los dos se animaron a probarlo.

—¿Y ese trabajo? ¿Tú crees que me acepten? —se acordó Ninotchka del ofrecimiento de Ricardo y él le estaba por responder cuando de pronto le cambió el rostro.

“¡Su esposa!”, pensó lo primerito Ninotchka y casi pone pies en polvorosa, pero se dio cuenta de que Ricardo estaba pendiente de una pareja que se sentó en la mesa del costado.

—¡Hola! —se asombró la mujer al ver a Ricardo.

Tendría la misma edad que Ninotchka, de cara bonita, pero de cuerpo no tanto. Era más bien bajita, en todo caso, y casi no tenía busto.

—¡Hola! —respondió Ricardo y Ninotchka se dio cuenta de que hizo el ademán de ponerse de pie, pero cambió de opinión y se quedó en el sitio.

—¿Se conocen, no? —preguntó la mujer señalando a su acompañante, también de estatura baja y encima un tanto regordete—. Tito..., Ricardo... —hizo la chica las presentaciones y se quedó mirando a Ninochka.

—Una amiga... —reaccionó finalmente Ricardo.

—Ninochka Ríos, mucho gusto —estrechó la mano del tal Tito, que se había puesto de pie y había obligado a Ricardo a hacer lo mismo.

—¿Ninochka?! —se asombró descaradamente el chanchito—. ¡Mira, otra Ninochka! —se volvió hacia su pareja como si ella no hubiese escuchado.

—¡Ah, tú eras la otra Ninochka! Ricardo me habló de ti el día que nos conocimos —se mostró Ninochka amistosa con su tocaya, pero la tipa resultó una avinagrada...

CUATRO

¡Las pilas! ¡Justo ahora! ¿Quién contó eso? La gorda, creo. Dice que una de las pocas cosas que venden en el metro de Nueva York, en pleno tren, son pilas. ¡Con lo largo que es el trayecto mucha gente viaja escuchando su *walkman*! ¡Ni modo! ¡A sufrir con la música del chofer! ¡Por lo menos no es chichero! ¡Aunque los románticos son peores! Radio A, la radio del amooooooooor...

¡Eso también debería decirle! ¡La música que escuchas es un asco! ¡Sandro! ¡Leonardo Favio! ¡Los Iracundos! ¡¿Quieres un consejo?! ¡Bota todos esos casetes a la basura! ¡La primera vez que los vi en la guantería de tu carro pensé que eras retardado mental! ¡Alberto Plaza vaya y pase, y eso..., pero todas esas otras huevadas...! ¡Mejor no escuchar nada a escuchar esa porquería! ¡A menos que de

verdad seas medio taradito? Aunque no, perdona, ¡ya entiendo para qué tienes esa música! ¡Es para seducir vendedoras! ¡Seguro que les pones uno de esos casetes y al toque abren las piernas!

¡El muy hijo de puta! ¡Pero no sabe con quién se ha encontrado! ¡Y a la otra tonta también le diría unas cuantas verdades! ¿Te has visto en el espejo? ¡Mírate, mírate! ¿Con esa pinta de pacharaca crees que te va a tomar en serio? ¿Qué piensas? ¿Qué va a dejar a su esposa para casarse contigo? ¡No seas huevona pues, hijita! ¡Lo único que quiere es acostarse contigo y después te va a botar como un trapo sucio! ¿Tú crees que se atrevería a presentarte a su familia, a sus amigos? ¡Despierta, hijita, despierta...!

¡Pobres tipas! ¡A los hombres debe resultarles facilísimo engañarlas! ¡Unas cuantas invitaciones a sitios más o menos elegantosos y deben quedar deslumbradas! ¡Aprovecharse de eso el muy maldito! ¡Hay que ser un cerdo, un verdadero cerdo! ¡Aunque ella de víctima inocente debe tener muy poco! ¡Seguro que es de las que está a la caza de marido y utiliza como cebo las tetas y el trasero! ¡Cómo le apretaba la ropa! ¡Todas las costuras estaban a punto de reventar! ¡Pero te salió el tiro por la culata, hijita! ¡Más calculador y cerebral que Ricardo no debe haber nadie! ¿Tú juras que le has hecho perder la cabeza? ¡Eso es lo que te hace creer, pero pacharacas como tú debe tener un montón! ¿No te das cuenta? ¡Aunque qué te vas a dar cuenta! ¡A la legua se nota que la cabeza la tienes de adorno!

¡Qué cerdo! ¡Qué cerdo! ¡Cómo se habrá estado divirtiéndose! ¡Con una Ninotchka a un hostel ficho por La Marina! ¡Con la otra Ninotchka a uno de esos hostelitos de Lince frecuentados por prostitutas! ¡Con una Ninotchka al Bohemia y al Café Olé! ¡Con la otra Ninotchka al Kentucky y de vez en cuando a un chifita con pretensiones, pero no muy caro! ¡Con una Ninotchka a rajar de las ONG, de su doble discurso, de su

mística de entrega a los pobres, y con la otra actuando peor que una ONG, burlándose de una chica pobre! ¡Qué hijo de puta! ¡El sí que sabe de Sociología! ¡No como el pobre Tito, que se manda todo un rollo sobre los hostales para parejas sin haber pisado nunca uno! ¡Pero va a ver el hijo de puta! ¡Va a ver!

¿Cómo se pudo equivocar tanto? ¡Dejarse engañar como una quinceañera por sus buenas maneras, sus atenciones, su galantería...! ¡Lo único que no le atracó fue que le pusiera musiquita romántica! ¿Sandro? ¿Leonardo Favio? ¡Anda ya!, se le rió en la cara! ¡No me vengas con huachafadas! ¡Ni cuando era adolescente escuchaba esa música! ¿Cuál es Sandro? ¿Ese que canta como llorando? Justo ese que está cantando debe ser... ¡No la cambies, no la cambies! ¡Méchicas, la cambió! Salsa erótica. El que se luce bailando eso es el Gato. ¡Hasta un concurso podría ganar! Es en lo único en lo que se entiende con la Teresa. ¡Hacen buena pareja, para qué! ¿De qué dependerá? Los serranos son medio tiesos para bailar. A los morenos, en cambio, nadie les gana. Será por eso que la Teresa, que es medio zamba por más que se pinte de rubia, le sigue bien al Gato. ¿Se entenderán también en la cama? Por lo menos eso es lo que dicen: dime cómo bailas y te diré cómo eres en la cama...

Ricardo no es de ir a discotecas. No le gustará bailar. Con él todo es restaurantes y cines. Cines y restaurantes. ¡Y los hostales, claro! Esa es su verdadera especialidad. Dice que antes las parejas solo tenían el Cinco y Medio para ir. ¿De verdad serían tan estrechas las mujeres? Ahora que se han despercudido, en cambio, hay hostales en cada cuadra. ¡Será buen negocio! ¡Mejor que vender ropa o poner un restaurante! Aunque una disco también debe dar plata. O un salsódromo. A la mayoría le gusta la salsa...

¡Lo que faltaba! ¡Chicles, cigarrillos, caramееelos; compre, caserito, por favooooor...! ¡Pobres niños! ¿Cuánto sacarán? ¿Dos soles? ¿Tres? ¿Cinco? Por lo menos más que esas serranas

que venden Frunas en Miraflores. ¿De dónde vendrán? En verano, en invierno, siempre con la misma ropa y con su sombrero de paja. Y siempre tienen un montón de hijitos y una bebita en brazos. Estos chiquitos deben ser hijos de esas señoras. ¡Ve, y los caramelos también son tipo Fruna! ¡Frutados! ¿Dónde los conseguirán? En las carretillas no hay de estos. Le voy a preguntar a Ricardo. Él debe saber. De repente son todas de un mismo pueblo y de una misma zona y por eso se dedican a lo mismo. Como las gitanas, que todas leen la suerte.

¡Eso necesitaría ahora! ¡Una gitana! ¿Será verdad lo del trabajo? ¿No será cuento de nuevo? ¡Vieja de mierda! Si no sale lo de esa empresa, igual debería buscar chamba, en lo que sea... ¿Y la otra Ninotchka en qué trabajará? Seguro que en la Bolsa, igual que Ricardo. Aunque por su forma de vestir no parece. ¿O de repente en la oficina se viste de una manera y después se pone ropa más informal? ¿Cómo estaba? Con un bluyincito y una chompa. Y su esposo igual...

¡Qué nervioso se puso Ricardo! ¡Parecía que se iba a desmayar! ¿Será una amiga de su esposa? ¿O le habrá dado vergüenza que lo vean con una chica de pueblo joven? Pero Ricardo no es así, no parece en todo caso... Debe ser que se trae algo con la otra Ninotchka... Si no, no se hubiera comportado tan raro. ¡Se paró, volvió a sentarse, tuvo que pararse de nuevo! ¡Él que es tan desenvuelto! ¡Y ella cómo lo miraba! ¡Lo quería matar con los ojos! ¡Hasta su esposo empezó a darse cuenta! ¡Seguro que son amantes! ¡Vaya Ricardito! ¡Con dos a las vez! ¡Con las dos Ninotchkas! Pero la otra tiene cara de bruja. ¡Y es petisa! ¡Trabajaré en la Bolsa o en alguna empresa, pero es una petisa avinagrada...!

¡Uy, qué pinta la de este tipo! ¡Qué feas sus cicatrices! ¡El Gato a su lado parece un santo! ¡Señores pasajeros! Aquí donde ustedes me ven acabo de salir de la cárcel. He tocado todas las

puertas buscando un trabajo, pero me lo niegan por mi pasado. Podría ir de nuevo por el mal camino, pero prefiero ganarme la vida honradamente. Por eso estoy vendiendo estos ricos *toffees* a veinte céntimos la unidad o a tres por cincuenta centavos. ¡Les pido su colaboración! ¡Yo no me voy a hacer rico y ustedes no van a volverse pobres...!

Ninotchka llegó temprano a la oficina y fue de frente al teléfono. ¡Ricardo era de los cojudos que llegaban puntuales al trabajo!

—¡Hola! ¿Podríamos vernos más tarde? —le dijo cuando la recepcionista le pasó con él.

—¡Hola! Me has ganado por puesta de mano. Justo estaba haciendo tiempo para llamarte.

—¿Podemos? —insistió Ninotchka.

—¡Claro que sí! ¿A qué hora? ¿Dónde?

—A las cinco. En el D'Onofrio de Miguel Dasso —colgó. Estaba harta de los cafés pitucos que Ricardo frecuentaba de puro huachafo.

De la zona salió con tiempo de sobra, pero, para variar, el tráfico estaba insufrible. En algún momento pensó incluso en bajarse de la combi y tomar un taxi, pero se hizo a la idea de llegar tarde. “¡Igual me va a esperar! —decidió—. ¡No creo que se atreva a irse!”.

—¡Hola! —rozó apenas su mejilla y ni se tomó el trabajo de disculparse por la demora.

—Me imagino que quieres hablar sobre el encuentro de anoche... —fue al grano Ricardo después de tragar una bocanada de aire.

—¡Claro que sí! ¡Quiero saber por qué me mentiste! ¿Es tu amante, no?

—Sí, es mi amante. ¡Y justamente por eso te mentí! Si hubiera sido solo una amiga o una conocida cualquiera, no hubiera tenido ningún problema en presentártela.

—¿Sabes qué? ¡Eres una mierda! ¡Jamás había conocido a un pendejo como tú!

—Mira, yo comprendo tu enojo, pero me parece que se te está pasando la mano...

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no eres una mierda?

—No te voy a decir nada. Simplemente me voy a levantar y me voy a ir, a menos que de verdad quieras conversar. ¡Conversar, no insultarme! —dejó ver claro Ricardo que estaba hablando en serio.

—¡No sé cómo puedes estar tan tranquilo! —hizo un esfuerzo Ninochka para calmarse—. Y esa otra chica, ¿sabe que estás saliendo conmigo?

—No, no sabe.

—¡Pobre tontita! ¿Qué le has hecho creer? ¿Que te vas a separar de tu esposa y te vas a casar con ella? ¿No te da vergüenza jugar con una chica pobre?

—¿Jugar? Nunca lo haría, ni con una chica pobre ni con una rica. Ninochka no es ninguna tonta. Al contrario, es una mujer mucho más experimentada que tú, más vivida. Sabe perfectamente lo que hace y por qué lo hace.

—¿Qué quieres decir? ¿Que la única tonta en esta historia soy yo?

—¡En ningún momento he dicho eso! La que se ha puesto en plan de juez supremo eres tú. Eres tú la que estás repartiendo culpas y absoluciones...

—¿Sabes qué? ¡Ya me llegaste altamente...! —hizo el ademán Ninochka de levantarse.

—¡*Wait, wait*, no te escapes...! ¡Aprende a dar la cara a los problemas!

—¿Qué cosa? ¿Tú vas a venir a enseñarme lo que tengo que hacer? —casi le da un empujón a Ricardo—. ¡Y deja de meter esas tus palabritas en inglés que ya me han llegado al pincho!

—Está bien. Te lo voy a decir en perfecto castellano: ¡hace rato que te estoy enseñando! ¡Lo más fácil para mí hubiera sido simplemente dejarte plantada o ni siquiera contestar el teléfono por la mañana! ¡Bastaba con avisar en recepción que no me pasen ninguna llamada! ¡Pero he venido y estoy escuchando todo lo que me tienes que decir!

—¡Uy, muchísimas gracias! —se escudó Ninochka en la ironía, pero en el fondo sintió la pegada.

—¡Hay una cosa que no entiendo en todo esto! —continuó Ricardo sin hacerle caso—: ¿Por qué estás tan enojada? ¿Por qué te portas como una esposa a la que le han sacado la vuelta? ¿Te has puesto a pensar en eso? ¿No será que has confundido las cosas y que en el fondo estás enamorada de mí?

—¡¿De ti?! ¡¿De ti?! —casi se vuelve tartamuda de la indignación Ninochka—. ¡Tendría que ser una imbécil para enamorarme de una basura como tú! ¡Hazme el favor de irte a la mierda, quieres!

—¡Qué fácil lo solucionas todo! —no se inmutó Ricardo—. ¿Sabes qué pasó anoche entre tu tocaya y yo?

“¡Me interesa un comino!”, estuvo a punto de responder Ninochka antes de largarse de una vez por todas, pero pudo más su curiosidad.

—¡Terminamos, pero terminamos bien, como amigos! La decisión partió de mí. Por una razón que no vas a creer: últimamente he estado pasando por dificultades económicas

y esta doble relación estaba por llevarme a la ruina. Tenía que escoger...

—¿Y me escogiste a mí? ¡Qué conmovedor! ¿Cómo no me lo dijiste antes? —Ninotchka no podía creer que alguien fuese capaz de tamaño cinismo.

—Sí, te escogí a ti porque me parecía que entre nosotros hay más afinidad, pero ahora me arrepiento... ¿Sabes que ninguna mujer me ha hecho gozar tanto en la cama como la otra Ninotchka?

De un bofetón lo dejó mudo. Contenta consigo misma, soplándose la palma de la mano que todavía le ardía, Ninotchka se subió a un taxi sin siquiera negociar la tarifa.

—Aquí no más, al Santa Isabel de Pardo —le dijo al chofer.

—Cuatro cincuenta —respondió este antes de arrancar.

—Está bien —aceptó sin regatear aunque para esa distancia tres soles era más que suficiente.

Ya camino a la cita con Ricardo, sabiendo que no se iba a prolongar mucho, había decidido presentarse de sorpresa en el trabajo de Tito con dos cuartos de pollo. Si a él todavía le faltaba mucho para terminar, podían comer allí mismo, en su oficina. Si no, podían ir a su casa. A medida que el taxi avanzaba por Comandante Espinar, sin embargo, empezó a sentir que el agotamiento hacía presa de ella. Con ánimo de reponerse, de seguir paladeando el sabor de la victoria, se puso a recordar la cara de idiota que le quedó a Ricardo después de la bofetada, pero eso ayudó poco.

—¡Son cuatro cincuenta, señorita! —le hizo notar el taxista que habían llegado.

Recibió su vuelto, bajó del taxi y entró al supermercado de pura inercia. Ya no tenía ganas de comprar nada. Ya ni siquiera sabía qué quería hacer. ¿Llamar a Sandra? Ni siquiera

eran las siete. Sandra nunca llegaba a su casa antes de las nueve. ¿Tomarse un trago? ¿Meterse a un cine? ¿Alquilar un video? Salió del Santa Isabel y empezó a caminar hacia el óvalo sin haber tomado una decisión...

Sandra en eso lo tenía más fácil. Si tenía un contratiempo serio, del tipo que fuese, se compraba ropa. A veces con un trapo cualquiera tenía suficiente, pero en otras ocasiones, cuando se sentía muy afectada, de un pantalón o una falda no bajaba. Y tenía que ser algo que le gustase mucho.

—Tu terapia no es comprar —la fastidiaba Ninochka cuando la acompañaba en alguno de esos agotadores recorridos por decenas de tiendas—. Tu terapia es caminar.

¿Serviría eso de regalarse algo? Ninochka buscó sus bolsillos y, tras separar lo necesario para el taxi, contó poco más de treinta soles. Un polo. Máximo una blusa. Aceleró el paso y, tras cruzar el óvalo, decidió empezar por La Miraflorina. ¡Gran liquidación por fin de temporada! Estaba de suerte. Empezó por los polos, que de verdad estaban regalados, y al rato ya tenía una vendedora al lado, una morena bien despachada de unos treinta y cinco años.

—¿Qué está buscando? ¿Puedo ayudarla? —preguntó la mujer enfundada en un uniforme palo de rosa que le quedaba demasiado ajustado.

“Solo estoy mirando”, le iba a decir para sacársela de encima, pero de pronto recordó a la otra Ninochka. Era verdad que tenía buen cuerpo y se vestía así, una talla menos, para jamonearse de sus curvas.

—Estoy buscando a una vendedora que se llama Ninochka. Es así como tú, un poquito más alta tal vez, y usa la ropa más entallada todavía. Sabes, como si estuviera vendiendo melones —le señaló el busto Ninochka a la dependienta.

—¿Cómo dijo que se llama? —retrocedió un poco la mujer—. ¿Trabaja aquí, en La Miraflorina?

—No estoy segura, pero... ¿entre ustedes las pechugonas no se conocen?

—¿Qué tiene usted, señora? —alzó el tono de voz la vendedora.

—¡Nada! ¡Solo te estoy preguntando si no conoces a una pacharaca que se llama Ninotchka! —siguió Ninotchka mirando ropa.

—¡Usted me ha insultado! ¡Me ha dicho pechugona y pacharaca! —siguió chillando la vendedora—. ¡Esta señora me ha insultado! ¡Yo no la conozco de nada y me ha dicho que soy una pacharaca! —se quejó a una mujer que se acercó al oír las voces. Debía ser la administradora de la tienda.

—¡Es cierto! ¡Yo también he escuchado! —salió en defensa de su compañera de trabajo otra vendedora atraída por el pequeño escándalo.

La administradora miró a Ninotchka, después a las dos trabajadoras de la tienda y luego nuevamente a Ninotchka.

—Disculpe, señorita —le dijo en tono respetuoso pero firme—. ¡Le vamos a pedir que salga de la tienda!

—¡No me fastidie! —la paró en seco Ninotchka—. ¡Estoy mirando ropa!

—¡Señorita, le ruego! —insistió la administradora—. ¡No me obligue a llamar a seguridad!

—¿A seguridad? —aumentó el fastidio de Ninotchka—. ¡Váyase, váyase, no me moleste! —subrayó sus palabras con un movimiento de la mano.

—¡Llamen a seguridad! —ordenó la administradora a las vendedoras.

—¡Qué cosa! —se puso furiosa Ninotchka—. ¡Ni que fuera una ladrona!

—¡Entonces salga de la tienda, señorita! ¡Se lo estamos pidiendo de buena manera!

—¡Váyase usted a la mierda, si quiere! ¡Yo estoy viendo ropa!
—les dio la espalda Ninotchka a los dos vigilantes que se acercaron.

—¡Sáquenla! —ordenó la administradora a los guachimanes. Vestían el uniforme marrón que supuestamente les infundía autoridad, pero apenas alcanzaban el metro sesenta y uno era tan esmirriado que parecía tuberculoso.

—¡No me toquen, carajo! —volteó violentamente Ninotchka al sentir un brazo sobre su hombro.

—¡Tiene que salir, señorita! —la cogió esta vez del brazo el otro vigilante, pero Ninotchka se zafó de un jalón y le asestó un puñete en la cara.

—¡A mí nadie me pone un dedo encima! —se puso en guardia dispuesta a todo. Los compradores, numerosos a esa hora, se habían agolpado, pero, en lugar de ponerse del lado de ella, la tomaron por una loquita.

—¡Solo queremos acompañarla hasta la salida!
—empezó a acercarse por un costado el que parecía tuberculoso al tiempo que le hacía una seña a su colega para que avanzase por el otro costado.

—¡No me toquen! ¡No me toquen! ¡Yo voy a salir sola!
—se rindió Ninotchka calculando que tenía todas las de perder. Esperó unos instantes a que la gente que estaba bloqueando el camino a la salida se retirase y luego empezó a andar, despacio primero, cuidando que no se le acercasen los vigilantes, y de manera más decidida cuando comprendió que ya no existía ese peligro.

—¡¿Javier?! ¡¿Renato?! —llamó a sus hermanos al entrar a su casa, pero no recibió respuesta.

“Recién las ocho”, comprobó en el reloj de pared. ¿Por qué no pasaba el tiempo? Marcó el número de Sandra, pero le dijeron que todavía no había llegado. ¿Y si llamaba a Estados Unidos? “Gorda, ¿cuándo regresan?”, podría bromearle a su

mamá. “¡Ah, nos extrañan! ¡Ves, yo les dije!”, se alegraría ella. “¿Cuál extrañan? Lo que pasa es que la refrigeradora esta vacía”, la haría rabiar... “¿Has aprobado el TOEFL? ¡Vente!”, le dijo la última vez que hablaron. Hacía tiempo que estaba en campaña para que viajase a Estados Unidos, a estudiar, a trabajar, a lo que fuese. “Tú sabes que Tito no quiere saber nada con Gringolandia”, le respondió. “¡Tú vente! —insistió su mamá—. ¡Vas a ver cómo a los tres meses Tito te da el encuentro!”.

¡No, lo que menos quería en ese momento era retomar esa conversación! Colgó el auricular que todavía tenía en la mano y subió a su habitación. Se tiró en la cama con intención de aclarar de una vez por todas sus ideas, pero al poco rato se quedó dormida. Un timbre que primero escuchó en sueños acabó despertándola. Se levantó pensando que podía ser Sandra, pero solo llegó hasta la puerta. “Seguro es Tito”, pensó. Aprovechó para apagar la luz y se tiró de nuevo a la cama, así vestida como estaba...

Con un pretexto u otro estuvo rehuyendo a Tito toda la semana, pero el sábado ya no pudo decirle no.

—He renunciado al trabajo —le dijo de saque.

—¡Está bien! —hizo un esfuerzo Tito para disimular su asombro.

—Claro que tengo que seguir yendo hasta fin de mes, pero, eso sí, a la zona no me mandan ni cagando. ¡Máximo iré para despedirme de los chatos y de las señoras!

—¡Mejor todavía! ¡Con tal de que te sientas bien! —siguió contemporizando Tito.

—¿Bien? —hizo una mueca de fastidio Ninochka—. ¡Bien no me siento! ¡Me siento fatal! ¡Estamos en junio! Si hago la maestría, sería recién en marzo o abril del próximo año... ¿Qué voy a hacer todo este tiempo?

—¡Yo sé qué puedes hacer! —se le iluminó la cara a Tito—. ¡Ponte a buscar departamento!

—¡Para eso no se necesita estar desempleada! —siguió buscando camorra Ninochka. Así estaba desde que discutió con Ricardo y ya ni ella misma se soportaba.

—Sujeta tu genio, Ninosh... —le pidió Tito dolido.

—¡No me hagas caso! ¡No sé que tengo! —comprendió finalmente que se le había pasado la mano.

—Ya que has renunciado... —reanudó la conversación Tito tras una pausa—, ¿por qué no viajas a Estados Unidos? De repente lo que te está haciendo falta es cambiar de aire. ¡Aprovecha para visitar a tus hermanos y de paso al regreso te traes a tu papá y a la Gorda! Si no se van a seguir quedando y quedando. ¿Por cuánto tiempo se fueron? Dijeron unas semanas y ya van para el cuarto mes...

¡Cambiar de aire! Si algo no se esperaba Ninochka es que Tito le dijese eso.

—¿Tú crees? —preguntó todavía incrédula, pero dándose cuenta al mismo tiempo de que eso era precisamente lo que le apetecía hacer.

—¡Claro que sí! ¡Este país cansa a cualquiera! ¡Lo que necesitas es tomarte un descanso del Perú, de la pobreza, de esos dramas que has estado viendo tan de cerca los últimos años! ¡Tú te crees muy fuerte, pero seguro que los problemas de los niños de la zona te han afectado más de lo que piensas!

“¡Nunca va a cambiar! Él cree que todos somos como él, que vivimos todo el tiempo pensando en el país, que nuestra principal preocupación son los pobres, el pueblo”, pensó Ninochka mientras escuchaba a Tito, pero, en lugar de sentir rabia contra él como en otras oportunidades, le tuvo lástima.

—¿Te vas dentro de unas semanas? ¡Traidora! —no lo podía creer Sandra cuando se lo contó esa noche por teléfono—. ¿Y Tito qué dice? ¡Habrá sido un golpe para él!

—¡Qué va! ¡Si de él fue la idea! En la tarde, cuando nos encontramos, yo estaba de un humor de perros y él me

dijo que lo que me hacía falta era cambiar de ambiente por un tiempo...

—¿Y tú al toque le tomaste la palabra? —preguntó moscaza Sandra—. ¿Estás segura que vas a volver? ¿No te irás quedando poco a poco como hace tu mamá cada vez que viaja?

—No sé, amiga, no sé, pero no quiero pensar en eso ahora. Tiempo al tiempo, como tú siempre dices...

—¿Sabes que he conocido a mi tocaya? —le contó Ninochka a la China un día que, para variar, estaban almorzando donde la alemana.

—¿Otra Ninochka? ¡Ves que no eres la única!

—¡Yo ya sabía que había otra Ninochka! ¿No te he contado? ¡Claro que sí! ¡Te has olvidado! Cuando me conocí con Ricardo, él me dijo que conocía a otra Ninochka. ¿No te acuerdas?

—Creo que sí... No estoy segura —respondió sin mucho interés la China.

—Bueno, pues, la otra noche la conocí en el chifa. Toda petisa ella, pero la vieras: ¡sobradaza! Nos miró a Ricardo y a mí como si quisiera matarnos. ¡Sobre todo a mí! Me tinca que algo se traen mi Ricardito y mi tocaya.

—¿Tú crees? —se animó recién la China—. No me llamaría la atención. ¡Ese Ricardo siempre me ha parecido un mujeriego! ¡No sé como tú le crees!

—¿Cómo le creo qué? ¡Él no niega que es mujeriego! ¡Yo sé muy bien a que me he metido!

—¡Ay, perdona, doña perfecta! Me olvidaba que a ti no se te puede decir nada...

—¡No empieces, Chinita! ¡Ahora sí que no estoy de humor para peleas! —le rogó Ninotchka.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? —comprendió la China que su amiga hablaba en serio.

—¡Lo del aborto me tiene loca! —decidió Ninotchka conversar con su amiga sobre ese asunto que hacía días no se podía sacar de la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿El maldito de Ricardo no quiere ayudarte?

—¡No, sí me va a ayudar! ¡Me ha llevado a un médico el otro día y va a pagar todo! ¡El problema no es ese...!

—¡Ya sé! —adivinó la China por lo que estaba pasando su amiga—. ¡Tú quieres tenerlo!

—Es lo que estaba pensando, pero... ¿no sería una locura? ¡Madre soltera! ¡Tanto que rajo de las tontas que cargan solas con sus hijos!

—¿Si tienes el niño, Ricardo no te ayudaría?

—No creo... Está muerto de miedo de que tenga su hijo. ¿Por qué crees que me está ayudando? Pensará que si no aborto le voy a hacer lío, voy a presentarme donde su esposa. Se muere de miedo de que su esposa se entere de sus aventuras...

—¡Yo que tú lo tendrías! ¡Y lo amenazaría con hablar con su esposa para que me pague alimentos! ¿Por qué no haces eso?

—No sé... —siguió dudando Ninotchka—. Ricardo me ha dicho que está a punto de conseguirme trabajo. Dice que es en una empresa importante. ¡Y ni siquiera tendría que pasar entrevista! Si tengo el niño, ¡chau, chamba!

—¿No será cuento eso del trabajo? —desconfió la China—. ¿Cuánto tiempo te está ofreciendo lo mismo? Seguro que lo único que quiere es que abortes y después se va a hacer el loco.

—¿Tú crees? —no había pensado en esa posibilidad Ninotchka.

—¡Claro que creo! Tú siempre hablas maravillas de Ricardo, pero no te das cuenta de que es igualito a mi Víctor, mujeriego y mentiroso —siguió la China erre con erre.

Esa tarde, mientras le hacía guardia a la dueña para pedirle dos días de permiso, Ninochka estuvo escuchando lo que esta hablaba con una amiga en la trastienda.

—¡Imagínate qué puerca! —se quejaba la dueña de una de las compañeras de universidad de su hija—. La Bibi la quiere matar. ¡Todo por no hacerme caso! Yo le dije: ¡no le des confianza! ¡Esas son las peores!

Ninochka, que escuchaba la conversación a retazos, no entendía bien lo que había hecho la tal Denisse, la amiga de Bibi, pero algo serio debía ser porque la dueña de la tienda estaba que echaba chispas.

—¿Y el Juanca? ¿Cómo ha podido meterse con esa chola?

El Juanca era el enamorado de Bibi. A veces venía a la tienda, pero solo de pasadita. Era un cuerazo, pero de lejos se notaba que era un cabeza hueca, más que el Toto.

—No sé, hija, pero Bibi está destrozada. ¡Juan Carlos le ha dicho que no va a reconocer a ese hijo, que quiere casarse con ella, pero Bibi lo ha mandado a rodar!

“¡Ah, eso era!”, comprendió finalmente Ninochka la indignación de la vieja y festejó para sus adentros. La familia de Juan Carlos era de mucha plata. La vieja, en cambio, por más que aparentaba lo contrario, a veces no tenía ni para el alquiler de la tienda.

—¡Ya se le pasará! El Juanca es un buen chico...

—Sí, sí, es buen chico, pero me va a tener que escuchar... ¿Embarazar a esa chola? ¡Qué van a pensar las amigas de la Bibi!

—¡Eso es lo malo de la Católica! —comentó la amiga de la dueña—. ¡Cualquiera entra ahora a esa universidad! Por

eso yo a mi Jose le dije: ¡Estudia lo que quieras, yo en eso no me meto, pero eso sí, que sea en la de Lima!

—¡Es verdad, pero Derecho en la Católica definitivamente es mejor! ¡En eso sí tiene razón la Bibi! ¡Si quieres ser un buen abogado, tienes que hacer sacrificios! —metió un cuentazo la dueña de la tienda.

Ninotchka, que varias veces había sido testigo de como rabiaba la vieja cada vez que tenía que pagar la universidad, se rió para sus adentros. “Si quieres ser un buen abogado, tienes que hacer sacrificios”, la remedó, pero se le pasó el buen humor cuando escuchó que las amigas ya se estaban despidiendo.

—¡Ahora o nunca! —sentenció cuando vio salir a la visita. Tomó aire y entró a la trastienda.

—¿Qué pasa? ¿No irás a usar el teléfono? —se equivocó la vieja sobre el motivo de su irrupción.

—Señora, quería pedirle dos días de permiso. Mi papá está mal. Lo van a operar. Necesito faltar mañana viernes y el sábado —soltó de sopetón la excusa que había inventado. ¡Casi un día estuvo buscando una que no tuviese pierde!

—¿A quién van a operar? ¿A tu papá o a ti? ¿Por qué dos días? ¡Ni hablar, ni hablar! No puedo darte dos días, menos mañana y pasado, los días que hay más venta —hizo un gesto la vieja como dando por zanjado el asunto.

—¡Señora, no hay quién acompañe a mi papá! —insistió Ninotchka—. ¡Mi mamá se tiene que quedar con mis hermanitos!

—¿Y qué culpa tengo yo que tu mamá tenga tantos hijos? ¡Hace tiempo que se debiera haber hecho una ligadura de trompas! —se empecinó la vieja bruja.

Ninotchka contó hasta diez para no largarla y a continuación insistió en el tono más firme que pudo:

—Señora, yo le estoy avisando que mañana y el sábado no voy a poder venir...

—¡Entonces tómate también el lunes y el martes y el miércoles...! —paladeó la vieja sádica cada una de sus palabras—. ¡Ahora mismo pongo el aviso!

—¡Ponga lo que le dé la gana! —no aguantó más Ninochka. ¡Estaba harta de que la vieja la amenazase con ese aviso que tenía listo sobre el archivador: “Se necesita joven de buena presencia. Presentar referencias”.

—¡Cómo te atreves, insolente! —se puso lívida la vieja—. ¡Te largas ahora mismo de aquí! ¡Y ni creas que te voy a pagar tu quincena! ¡Ven con tu abogado si quieres!

—¡Métase mi quincena donde ya sabe, vieja ladrona! —le bastó un insulto a Ninochka para desfogar toda la rabia que tenía acumulada contra esa mujer—. O pague con eso la universidad de la Bibi... —añadió toda fresca y dio media vuelta dejando boquiabierta a la dueña.

La sensación de euforia, intensa y embriagante al comienzo, se fue desvaneciendo a medida que se daba cuenta de que ahora, en lugar de un problema, tenía dos. Era cierto que lo de la interrupción ya estaba casi resuelto, pero... ¿lo del trabajo? A la China se lo contó de inmediato, ni bien salió de la tienda:

—¡La he mandado a la mierda a la vieja! ¡Tienes que buscarme chamba! —le dijo en voz baja acercándose a la caja en que trabajaba.

—¿Me esperas? —le preguntó la China antes de seguir atendiendo a los clientes que hacían fila con sus carritos llenos de productos.

—No, me voy a ir a pasear. ¡Me tienes que visitar el sábado por la noche! Mañana voy a ir al médico —le recordó Ninochka a su amiga.

Casi hasta las nueve de la noche estuvo mirando vitrinas, pero no con ojos de compradora sino de vendedora. Estaba cada vez más convencida de que vendiendo ropa por su cuenta podía ganar igual o hasta más que trabajando en una *boutique*, pero necesitaba un pequeño capital para empezar. ¿Y si se lo pedía a Ricardo? Se acordó de lo que había dicho la China y por un momento sintió rabia contra él. ¿Le estaría metiendo cuento? No, él no era un mentiroso como Víctor. Y tampoco un cobarde. Si decía que le había conseguido un trabajo era porque le había conseguido un trabajo. El asunto era el sueldo. Con el mínimo estaba fregada, no le alcanzaría para nada. ¿Le pagarían un poco más?

“Podría ahorrar y empezar a vender ropa poco a poco y esa plata no la tocaría por nada del mundo —empezó a soñar Ninochka—. Es cuestión de conseguir buena mercadería. Cuando compras para ti solo te fijas en si algo te gusta. En cambio cuando compras mercadería, te tienes que fijar en todo: en la calidad de la tela, en si el color está de moda o no, en los acabados, en la etiqueta y, por supuesto, en el precio. Las mejores prendas son las llamativas, las que parecen caras pero en realidad cuestan poco. Salen rápido y encima puedes ganar bien”.

Su intención, cuando se subió a la combi con los pies adoloridos, era continuar mirando tiendas al día siguiente, pero despertó desganada y metió cuento que se sentía mal. Toda la mañana se la pasó en cama, soñando a ratos con los ojos abiertos y por ratos roncando a pierna suelta. Tanto tiempo que no faltaba al trabajo que hasta se había olvidado como era su casa en día de semana. Y tan mal no estaba. No era el loquerío, en cualquier caso, de los domingos, cuando ni por un momento podía estar sola y todo era bulla y gritos y más gritos y peleas.

Recién después de almorzar se vistió y anunció que, aunque todavía se sentía un poco mal, iría de todos modos a la tienda. “No sea que la vieja bruja me ponga de patitas en la

calle”, bromeó. Habían quedado con Ricardo a las cinco menos cuarto en un café que quedaba a dos cuadras del consultorio. Tenía tiempo de sobra para llegar, pero igual le hubiera gustado subirse a un taxi. “¡Vieja bruja, maldita!”, echó de menos por primera vez su quincena.

—¿Lista? —la recibió Ricardo con un beso en la mejilla—. A las cinco te espera el doctor. Estamos casi sobre la hora.

—¿Me invitas? —bebió Ninotchka un sorbo de la Inca Kola que estaba sobre la mesa—. Me he quedado sin chamba. La vieja no quería darme permiso por nada. Se puso estúpida y yo la mandé a la mierda.

—No te preocupes por eso ahora. El trabajo en la empresa de mi amigo ya es seguro. Justo ayer estuve hablando con él y me dijo que podías empezar desde el primero.

—¿Desde el primero? —le cambió la cara a Ninotchka—. ¡La vieja no me ha pagado mi quincena, pero ya veré cómo hago para sobrevivir! Si no gasto en pasajes no es tanto problema. A mi mamá le puedo decir que aumente agua al caldo...

—¿Vamos? —miró de nuevo el reloj Ricardo—. Iremos dos cuadras en carro.

Más demoraron, en efecto, en subir al carro, en dar la vuelta a la manzana y en estacionar delante del médico.

—¡Mira, aquí están los setecientos dólares! —le entregó Ricardo a Ninotchka un fajo de billetes—. ¡Yo pasaré a recogerte a las siete y media, ocho a más tardar, como hemos quedado!

—Si es que no me he ido a la otra... —se puso trágica Ninotchka.

—¡Estás en muy buenas manos! ¡Todo va a salir bien! ¡No te asustes! —le dio ánimos Ricardo cogiéndola de los hombros.

—Claro, no es a ti al que van a desangrar... A ratos me dan ganas de tener a mi hijo.

Ninotchka dijo esto sin ninguna convicción, pero se quedó asombrada al ver la cara que ponía Ricardo.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó él finalmente.

—¡Claro! —le respondió de inmediato por molestar—. ¿Crees que no he estado pensando en eso todos estos días? Si tuviera tu hijo, ¿me ayudarías a criarlo?

Ricardo respiró hondo, se acomodó en el asiento y estuvo mirando un buen rato al frente.

—No, Ninosh, no te ayudaría... Si decides tener ese hijo, tendrías que criarlo sola.

—¡También es tu hijo! —reaccionó de inmediato Ninotchka.

—No estoy tan seguro. Podría ser de otro automovilista —le soltó Ricardo sin pestañear.

—¡Imbécil! —se bajó Ninotchka del carro para esconder sus lágrimas.

—Paso a recogerte a las siete y media —escuchó que le decía Ricardo, pero no se volvió. Lo hizo recién al notar que el carro arrancaba y se alejaba en dirección a la avenida Arequipa.

Necesitó un rato para calmarse y después entró a esa casita de dos pisos que se estaba quedando sola en medio de varios edificios.

—Señorita, tengo cita a las cinco —le anunció a la recepcionista.

—Va a tener que esperar un poco —le explicó esta y le pidió que tomara asiento.

Ninotchka se acomodó en un mullido sillón de cuero y escogió una revista de la mesita de centro, pero ni la abrió. ¡Setecientos dólares! ¡Era una fortuna lo que cobraba el ginecólogo por la intervención! ¡Con razón el consultorio era tan elegante! ¿En cuantos meses ganaba ella ese dinero? ¿En ocho? ¿En nueve? ¿Y si tenía el hijo?

Asustada ante la sola idea del vuelco que eso podía significar en su vida, se puso a hojear la revista. Quería encontrar algo —unos peinados, unos vestidos, cualquier cosa— que le interesara y absorbiera toda su atención. Al rato siguiente, sin embargo, la revista yacía como muerta en sus rodillas y ella seguía pensando en lo mismo: “¡Estoy segura que la Betty y la Mary me ayudarían a cuidarlo! ¡Y con la plata yo podría empezar el negocio! ¡Setecientos dólares! ¡Hasta con la tercera parte de eso podría empezar! ¡Y me iría bien! ¡Claro que me iría bien! ¡Y ya no tendría que soportar a ninguna estúpida que me mire de arriba para abajo!”.

—Señorita, ¿me puede prestar una hojita de papel y un lapicero? —se acercó a la recepcionista. Una puerta que sonó a sus espaldas hizo que diera un brinco, pero no era la del consultorio sino la del baño. Suspiró aliviada y apremió a la mujer que se movía a cámara lenta—: ¡Por favor, señorita! ¡Es urgente!

Allí mismo, de pie delante de la recepcionista, le garabateó una nota a Ricardo y, tras doblarla en cuatro, se la entregó a la mujer.

—¡Désela a mi amigo, por favor! Se llama Ricardo Sánchez. ¡Él va a venir a eso de las siete y media! —le pidió.

—¿Y su consulta? —se alarmó la recepcionista.

—Ya no me voy a quedar. Lo siento —esbozó Ninotchka una sonrisa a manera de disculpa y ganó la puerta antes de que la tipa pudiera objetarle algo.

¿Cómo reaccionaría Ricardo? ¿La buscaría para pedirle la plata? Pero a ver, a ver..., ¿cómo podría averiguar su dirección? La vieja de la tienda ni se soñaba que vivía en San Juan de Lurigancho. Ella tenía anotada la dirección que aparecía en su libreta electoral, una dirección de Lince donde nadie la conocía. ¡La China! ¡La China era capaz de decirle

dónde vivía o hasta de llevarlo de pura comedida! Ninochka se bajó de la combi que la estaba llevando a casa y se subió a una que iba a Miraflores.

—¡China, Chinita! —se acercó a su amiga tan de improviso que la hizo saltar.

—¿Qué ha pasado? ¿Y el médico? —se asustó aún más esta al ver la cara de Ninochka.

—¡Me he escapado! ¡Voy a tener al niño! ¡Si viene Ricardo y te pregunta dónde vivo, no se lo digas, así te lleve a la comisaría! ¡Júrame, Chinita, que no se lo vas a decir! —le insistió a su amiga.

—¡Claro que no! ¡Ni que estuviera loca! —la tranquilizó la China de inmediato—. ¿Nos vemos más tarde? ¿Tienes que contarme que ha pasado!

—¡Te espero en la esquina de tu casa! ¡Ahí hablamos! —partió de nuevo Ninochka a la carrera. Aunque todavía no eran ni las siete, tenía miedo de ver aparecer a Ricardo de un momento a otro.

Recién en el largo trayecto de la combi se fue tranquilizando y empezó a hacer planes: “Mañana mismo me voy a Gamarra y compro mercadería. Si Ricardo me encuentra y me reclama el dinero, lo mando a la mierda. ¡Es lo que te estoy cobrando por haber sido tu puta durante tantos meses!, le digo. Y si se pone grosero, lo amenazo con contarle lo del embarazo a su esposa. ¡Qué aprenda!”.

A esa hora ya debía haber recibido su nota y seguro de que la estaba maldiciendo. “Ricardo: No me busques por lo que más quieras. No quiero hacerme el aborto. No me puedes obligar. Voy a tener a mi hijito. El dinero que me has dado lo necesito para salir adelante. Algún día te lo voy a devolver. No soy una ladrona. Perdóname, te lo suplico. Ninochka. Nunca te voy a molestar. Puedes vivir tranquilo. Olvídate de mí”.

CINCO

¡Qué tonta! ¡Con la cantidad de robos que hay! ¡Hubiera tomado un taxi! ¿O se bajaba y cogía uno? No valía la pena, faltaba poco hasta Aviación. Allí sí tomaba un taxi como había pensado. El Jockey Plaza. ¡Dicen que está lo máximo! Un día de estos iría a conocerlo. El placer sería doble: mirar tiendas y comparar precios con lo que ella iba a vender.

¡Setecientos dólares por un aborto! Claro que pone en riesgo su carrera, como dice Ricardo, pero ¡tanto! ¡Debe estar nadando en plata el doctorcito! ¿Por qué dio marcha atrás? ¿El miedo? Claro que siempre da miedo, pero ese médico inspiraba confianza. ¡No como la bruja esa que casi la mata! Fue un milagro que no se fuera a la otra. ¡Dos milagros, en realidad: que no la palmara y que no quedara estéril!

¿De repente era eso? ¿El miedo a no poder tener hijos? Sí, eso y la edad. ¿Quién se va a casar con una mujer de treinta años? No, por lo menos, un buen partido: con casa, carro y trabajo. Esos buscan esposas jovencitas y luego, cuando llegan los hijos, se consiguen su mujer de semana. ¿Y qué es preferible? ¿Ser mujer de semana con el riesgo de que crean que eres una puta o tener un hijo y trabajar duro para educarlo?

¿Le irá bien en el negocio? La Teresa se va a alegrar al verla vendiendo ropa, pero una cosa es ser juguera y otra muy distinta vender ropa. Empezará misma ambulante, ofreciendo en las casas, en el mercado, en todo sitio, pero tiene que poner pronto su *stand* en una feria. No necesita gran cosa. Con uno de dos metros por dos tendrá de sobra. Ya con el tiempo puede poner su *boutique*. ¿Quién sabe? Quizá el negocio vaya bien y después de la primera tienda venga otra y otra y luego toda una cadena.

Esa, por ejemplo, ¿se habrá comprado el carro ella misma o será de su esposo? Hyundai Accent. Unos quince mil dólares. No, dieciocho mil siquiera. ¡Bonito color! Lila pálido. Debe ser de ella. ¡Qué hombre va a querer manejar un carro lila! ¿En qué trabajará? Por la forma como agarra el timón, se la nota segura... Sí, sí, ya va siendo hora de cambiar. En adelante será experta en automovilistas mujeres. ¡Y ay del que se atreva a insultarla! ¡De repente es de otro automovilista! ¡El muy maldito! ¡Nunca debió decirle que era experta en cómo manejan los hombres! ¡Por último, se creen todos los reyes del volante y en realidad bien bestias que son...! ¡Mujer tenía que ser! ¡Reventaba oír a cada rato esa frascecita! ¡Era insultante! Era dar por sentado que las mujeres no servían para nada y, por consiguiente, tampoco para manejar un carro. La próxima vez el idiota que diga eso recibirá su merecido. Pero lo más probable es que no haya próxima vez. Felizmente. Una semanita más y chau, Lima, chau, caos vehicular, chau, choferes estúpidos que no admiten que, como está demostrado por las estadísticas, las mujeres manejan mejor y con más cuidado...

Una semanita... ¿No tendrá razón Sandra? ¡Estás huyendo! Te vas porque te mueres de miedo de asumir tu compromiso con Tito. Por eso tanto apuro. ¡Y por supuesto que no vas a volver, ni dentro de un par de meses ni nunca! ¿Y qué cosa debería hacer? ¡Habla con Tito! ¡Dile lo que de verdad sientes! Después te vas a sentir mal, vas a cargar toda tu vida con esa relación que nunca se resolvió!

¿Hablar con Tito? ¿Decirle toda la verdad? ¿Por más dolorosa que sea? ¡No, de ninguna manera! Él no tiene la culpa de nada, él no tiene por qué pagar pato. Preferible que siga pensando que tiene razón en todo lo que dice. ¡Pobre! Siempre tan racional, siempre tratando de poner todo en su lugar, con su etiqueta. No entiende nada de lo que ha pasado igual que

no comprende nada de lo que está pasando en el Perú. No y no. Prefiere seguir viviendo en el país de hace diez años, de antes de Sendero, el cólera y Fujimori, en ese país que sí comprendía...

¡¿Qué?! No, no es... Parecida... ¡¿Parecida?! ¡Sí es ella! ¡Claro que sí! ¡Me bajo de esta combi y la alcanzo en un taxi! ¡Debe estar yendo a su trabajo en Miraflores! ¡Bajo, bajo! ¡Abra, caramba! ¿Por qué no puedo bajar? ¡Se está yendo! ¡También me ha visto, creo! ¡Déjeme bajar, carajo!, logra por fin que el boletero le abra la puerta, pero ya ha perdido de vista a la combi en la que viaja su tocaya. ¡Cierre no más! ¡Ya no tiene sentido que me baje! ¡Debió abrir cuando se lo pedí...!

¡Vaya huevón el Ricardo! No, no la conozco, ¿cómo te la voy a presentar? Pero él sí recibió su merecido. ¡Hasta ahora debe estar frotándose la mejilla! ¿Por qué le pegó? ¿Por qué lo largó? ¿Todo ese enojo, toda esa rabia solo porque era un cínico y un mujeriego? ¿A quién quería engañar? ¡Fue de celos que le empezó a hervir la sangre! ¡Y más rabia todavía le dio que la tipa fuese la otra Ninochka, la única otra Ninochka que existe en Lima!

¡Un hijo de puta el Ricardo! ¡Un mujeriego de lo peor! Disculpa, pero no te entiendo. No somos esposos, no somos pareja, nunca nos hemos jurado fidelidad. Entiendo que estés molesta porque te mentí, entiendo que no haya sido muy agradable para ti verme con otra, pero que te enojas al extremo de tratarme como me estás tratando... Debo ser un poco bruto porque no te entiendo...

¿Un poco? Bruto del todo. Y encima mentiroso. Y cobarde. ¿Y la otra Ninochka? ¿De verdad será recorridaza? Seguro que en eso también mintió. Debe ser una tontita que cree que él se va a divorciar de su esposa para casarse con ella. ¡Que espere sentada! ¡Lo que es a mí no me vuelven a ver nunca!

¡No más combis malolientes! ¡No más Lima mugrienta y caótica!
¡No más Cangallo, no más miseria, no más pulgas ni piojos!
¿Despedirme de las señoras y de los chatos? ¿Para qué? ¿Qué
sentido tiene?

—¡Bajo, bajo en la esquina...!

EL GUACHIMÁN

UNO

La camioneta blindada se detiene una vez más, la quinta esa mañana. Alejandrino echa el cuerpo hacia adelante, aunque sabe que tendrán que esperar todavía. El que va en cabina tiene que verificar que no ocurre nada sospechoso antes de hacerles la señal para que salgan. Ese es el procedimiento obligatorio.

—¡Calor de mierda! —se queja el Venenoso Ramírez ajustándose a desgana el chaleco antibalas.

—¡Vamos! —abre la puerta Linares cuando el de cabina le muestra el pulgar.

El Venenoso le hace un ademán indicándole que salga. Él se incorpora, pero ve que se le ha desatado el pasador y vuelve a sentarse.

—¿Ya? —lo apremia el Venenoso.

—¡Voy, voy! —lo calma, pero no queda conforme con el nudo y empieza de nuevo.

—¡Muévete, pues, huevonazo! —le mete un empujón el Venenoso, pero se cansa de esperar y se baja.

“¡Cae fácil el muy cojudo!”, piensa Alejandrino y se queda en el blindado mirando por la ventanilla. Del casino que está justo al lado de la tienda de computadoras salen tres tipos con las manos en los bolsillos. Uno de ellos, un flaco con una cicatriz que se asoma por la camisa abierta, se separa, pasa por el costado de la camioneta blindada y se mete a la tienda. Los otros dos tontean un rato haciéndose los que miran a una chica

y luego siguen su camino. ¡Ni el Venenoso ni Linares se han dado cuenta de nada!

—¿Y? —le pregunta esa noche el Flaco, que sigue en camisa a pesar de que ha refrescado.

Están donde la Raquelita, pero en la peor de las sequías. Ninguno tiene plata y ella no les fía mientras no paguen lo que deben. En las otras mesas, en cambio, casi todas ocupadas, las botellas de ron o de cerveza se van acumulando poco a poco. Los parroquianos, cada vez más animados, opacan con sus voces y sus carcajadas la música tropical que transmite una radio.

—¡El plan está de la puta madre, pero hay un problema...! —le responde Alejandrino.

—¿Un problema? ¿Qué problema? —se pone de mal humor el Flaco.

—Lo han cambiado a Sotomayor y han puesto a otro en cabina. Me parece raro. No es de la empresa. Dicen que es un supervisor que han traído de otra empresa...

—¿Y eso qué importa? —se relaja un poco el Flaco.

—¿Como qué importa? Tengo que tasarlo bien antes de que demos el golpe —baja la voz Alejandrino al decir esto último—. ¡Nos puede cagar todo!

—¿Tasarlo? ¡Sal de ahí, huevón! ¡Lo hacemos el próximo viernes como habíamos quedado! ¡Tanto ensayo, tanta huevada! ¡Mucha televisión has visto! ¡Para dar un golpe solo se necesitan huevos y nada más!

—Cojones y cabeza —no se altera Alejandrino—. Si no usas la cabeza, vas derecho a la cana. ¡Se hace a mi manera o no se hace!

—¡Tú no lo harás! ¡Nosotros vamos a actuar por nuestra cuenta! ¡No te necesitamos! ¡Ah, y cuidado con que te vayas de lengua! ¡Sabemos dónde encontrarte! —se pasa el Flaco el dedo índice por el cuello antes de ponerse de pie y retirarse.

Alejandrino se queda preocupado. ¿Se atreverán? El Flaco los puede convencer. Ha estado en más de un asalto y varias veces en la cárcel. Las cicatrices que luce en el pecho son huella de eso. ¿Qué le pasaría si es que asaltan? Para empezar lo suspenderían mientras duren las investigaciones. Y si descubren que él dateó, chau, chamba, y puede incluso que pase un tiempo bajo la sombra. Pero difícil que le encuentren algo. El recorrido de los viernes por la mañana es el peor. Así se llevasen todas las bolsas, no llegarían ni a treinta mil dólares. ¡Cojudo el Flaco! ¡No te necesitamos! ¡Ni que se chupara el dedo para decirles qué día sí van cargados!

—Raquel, con la quincena arreglo esa cuentita... —le dice de pasada a la mujer de blusa escotada que está detrás del mostrador y ella se limita a sonreírle con desgano. Ese par de senos generosos son el gancho de su cantina.

Desde el mar, que se adivina a lo lejos, le llega un descarado olor a sexo de hembra. No sabe si llamar a Laurita esa misma noche o al día siguiente camino al trabajo. Decide hacerlo ya. A veces por las mañanas no quieren avisarle. Hay una tienda con teléfono no muy lejos de allí, pero le entran ganas de bajar hasta la avenida.

—Aló, necesito hablar con Laura. ¿Le puede avisar, por favor? —le dice a la señora que le contesta el teléfono.

—Voy a ver si está. Creo que ha salido. Vuelva a llamar dentro de un rato.

—Puedo esperar... —quiere evitar que le cuelguen, pero la señora se sale con su gusto.

“¡Vieja maldita! ¡Justo cuando estoy aguja!”, masculla mientras busca dónde cambiar los últimos cinco soles que le quedan.

—Señora —golpea con su moneda la reja de una tienda. Ha visto que tienen teléfono. De repente no hará falta que compre las galletas que había pensado.

—¿Sí? —asoma un gordo en camiseta.

—¿Me puede sencillar para el teléfono? —le muestra sus cinco soles.

El gordo coge la moneda, se mete detrás del mostrador y vuelve con el suelto. Alejandrino le agradece, pero como si con él no fuera. “¡Gordo de mierda!”, lo manda a rodar mentalmente, pero ni bien empieza a marcar el número de Laurita se olvida de él.

—Aló, ¿se encuentra Laura? —pregunta temeroso de que le digan que no.

—Sí, un ratito —le contesta el chico buena gente que nunca le hace llamar dos veces.

—¿Aló, sí? —pregunta Laurita.

—¡Laurita, adivina con quién hablas! —decide gastarle la broma cambiando la voz.

—¡Rafael! —se alegra Laurita.

—¿Rafael? ¿Quién es Rafael? Soy Alex.

—Ah, Alex. Hola...

—¿Quién es Rafael? —insiste otra vez Alejandrino molesto—. ¿Por qué le has dado tu teléfono? ¿Para qué te llama a tu casa?

—¡Oye, qué tienes! ¿Por qué me estás controlando?

—¿Cómo por qué? ¡Porque somos enamorados! ¡A mí nadie me pone cachos! —se enardece aún más Alejandrino.

—¿Enamorados? ¡Ya no somos enamorados! ¡Cuántas veces te lo voy a tener que decir!

—Laurita, ¿acaso hemos terminado? —se baja todo Alejandrino—. Hemos dicho que vamos a darnos un tiempo para pensar. Yo justo te estaba llamando para vernos mañana. Es quincena. Podríamos ir a comer unos anticuchitos...

—No, Alex. Yo ya lo he pensado. Ya no quiero ser tu enamorada —suenata tajante Laurita.

—No, no, Laurita, ¿por qué dices eso? ¡Ya sé, ya sé! ¡No te gusta que te cele! ¡De puro enojada estás hablando!

—No, Alex, no estoy enojada. Lo he pensado bien y ya no quiero seguir contigo. Ya no te quiero, Alex. Hace tiempo que ya no te quiero. ¿Me entiendes?

—¿Qué pasa, Laurita? ¡No me puedes decir esas cosas por teléfono! En todo caso conversaremos... ¡Nos encontraremos mañana por la noche!

—No puedo. Estoy ocupada.

—¡El domingo entonces! ¡Vámonos a Larcomar!

—Tampoco puedo, Alex. Ya he hecho mis planes.

—Entonces ahora mismo voy a tu casa. ¡Tenemos que conversar, Laurita!

—Si quieres ven, pero vas a perder tu tiempo. Te voy a decir lo mismo. Ya no te quiero. Ya no quiero ser tu enamorada. ¿Cuántas veces necesitas que te lo repita?

—¡No, no! ¡Tenemos que conversar! ¡Dentro de media hora nos vemos! De la avenida estoy llamando —explica Alejandrino antes de despedirse.

“¡Qué lindos son tus ojos, qué bellos son tus labios...!”, canturrea melancólico mientras llega la combi. Se acomoda junto a la ventana y, tras mirar su reloj, saca la cuenta de que a las nueve, nueve y cinco a más tardar, ya estará en casa de Laurita. ¿Quién será Rafael? ¡Seguro que por culpa de ese hijo de puta ella quiere terminar! Debió casarse con ella. Mucho tiempo ya están de enamorados. ¿Pero adónde se hubieran ido a vivir? Ese es el problema. ¿Qué va a querer vivir en el cerro! ¡Ni agua hay! ¿Alquilar un cuartito? De repente allí mismo, en Surquillo, por donde ella vive. Eso le puede decir, que alquilan un cuarto y se casan. ¡Sí va a aceptar! Ella de lo que tiene miedo es de que se le pase el tiempo...

Más tranquilo, Alejandrino recuerda cómo se conocieron. Él tenía veintidós años y ella era más jovencita

todavía, veinte recién iba a cumplir. Era la primera vez que él trabajaba de guachimán y ella de recepcionista. La empresa no era muy grande, pero movía bastante plata. El gerente, los ejecutivos y hasta la secretaria, todos, eran fichos. Los únicos misios eran Laurita, el conserje y él. Laurita al comienzo ni lo miraba. Con los de la empresa sí era atenta, pura sonrisa, pura zalamería. Hasta que un día hicieron un almuerzo por el cumpleaños del gerente y no la invitaron. La dejaron contestando el teléfono. Esa fue la primera vez que se pusieron a conversar.

Al principio, igual, ella no le daba mucha confianza, pero a él eso le gustaba, le parecía bien que se diera su lugar. Por donde vivía las chicas no eran así. No se hacían respetar. Se bromeaban con cualquiera y vaya bocota que se manejaban. ¡Qué iban a ser como Laurita! ¿Te acompaño a tu casa, Laurita? Acompáñame hasta el paradero nomás, por favor. ¿Qué vas a hacer el sábado? ¿Nos vemos? Disculpa, no puedo, los fines de semana casi no salgo de mi casa.

Tan santa no era, él se daba cuenta. De cuando en cuando alguna amiga llegaba a buscarla a la salida del trabajo y él se hacía el tonto y se quedaba por allí cerca escuchando. ¡Algunos viernes o sábados por la noche se iba con sus amigas hasta las discotecas de Los Olivos! ¡Siquiera sus quince soles le costará el taxi para regresar, pensaba él sin atreverse a invitarla, hasta que un día tasó que por lo general Laurita y sus amigas se iban de boleto para regresar a sus casas en combi a plena luz del día! “¡No te olvides de comprar el pan para el desayuno!”, bromeaban incluso cuando hacían planes para irse de juerga.

Mientras siguieron trabajando juntos, él no perdía la oportunidad de invitarla a salir, pero lo más que consiguió fue que después de la chamba le aceptara un pollo o unos anticuchos. Así, poco a poco, se fue haciendo a la idea de que Laurita era inalcanzable y ni se le ocurrió continuar insistiendo

cuando entró a la empresa de seguridad. Más de un año estuvieron sin verse. Él se acordaba todavía de ella, del aire de seriedad que tenía con esos pantalones ajustados de color oscuro que usaba en la oficina y, al mismo tiempo, de la manera sexy como se sentaba, bien erguida y sacando el pote. ¡Ese culo tan respingón! Seguía poniéndose arrecho de solo imaginar que lo tocaba, pero le bastaba con masturbarse y al rato la imagen de Laurita se desvanecía sin causarle los sufrimientos de antes. “Ya va siendo hora de que me busque mi peor es nada”, pensaba en esas ocasiones y de verdad estaba ojo con todas las chicas que se cruzaban en su camino, hasta que un sábado se encontró con Laurita cara a cara en el parque de Miraflores.

—¡Qué ingrato eres! ¡Nunca has ido a visitarnos! ¡Ni siquiera una llamadita por teléfono! —se quejó ella.

—¡Laurita, tú tan linda como siempre! —fue lo único que atinó a decir él antes de que ella se fuera tras sus amigas.

Un día de esos se atrevió a llamarla a la oficina y, tras dar un poco de vueltas preguntándole por una y otra persona, la invitó a comer un pollo en el Norky's. Para su asombro, ella aceptó a la primera, sin hacerse de rogar. Había cambiado. Ya no se andaba con tanto remilgo ni decía no a todo lo que él le proponía. Le preguntó, por ejemplo, qué iba a hacer el feriado y le contó que él pensaba ir al malecón de Chorrillos a ver la procesión de San Pedro.

—¿Por qué no te vienes? —le soltó arrepintiéndose de inmediato de darle la oportunidad para que lo chotee, pero ella por lo menos le dejó una pequeña esperanza.

—Podría ser —le dijo—. No me vas a creer. Limeña y nunca he estado en esa procesión. Llámame el día anterior. De repente vamos.

Varias veces estuvo a punto de dejar caer la moneda por la ranura, pero se sentía corto. ¿De qué iban a hablar toda una

mañana? ¿Adónde la podía invitar a la hora de almuerzo? A la una o dos de la tarde, cuando acababa la procesión, no podía decirle: "Bueno, chau, cada uno a su casa". Si por lo menos alguien le prestara un poco de plata hasta la quincena para invitarle un buen cebiche y llevarla en taxi a su casa, pero todos en el trabajo llegaban arañando a fin de mes. ¡Tanta plata que pasaba por sus manos y no podía invitar a salir a la chica que más le gustaba...! Al final, con lo poco que pensaba gastar el feriado, se pegó la borrachera y pasó todo el día tirado en la cama, con la cabeza que se le partía de dolor y puteando a Laurita: "¡Coqueta, carajo! ¡Te haces la santa, pero sacas el poto cuando te das cuenta de que los jefes te están mirando! Si tuviera plata seguro me harías caso. ¡Pero voy a tener! ¡Y cuando esté guitoso ni bola que te voy a dar! ¡Te voy a pagar con la misma moneda! ¡Así me ruegues no voy a salir contigo! ¡Huevona, carajo!".

Desde esa vez se le metió en la cabeza que la solución a todos sus problemas era asaltar una de las camionetas blindadas. La ventaja de trabajar en una empresa de seguridad era que conocía los puntos flacos. ¡Todo era cuestión de buscarse un par de cómplices y de planificar bien el atraco! El asunto, además, era no tocar el dinero por un buen tiempo. Seguiría trabajando como si nada hubiera pasado y recién después de un año o dos, cuando los policías tirasen la toalla, podría poner un buen negocio y empezar una nueva vida. Lo más seguro sería irse lejos de Lima, al extranjero de ser posible. Si Laurita quería acompañarlo, ¡lo máximo! Si no, ¡tampoco importaba! Con la plata que tendría, fácil se conseguía una mujer mejor que ella, mucho mejor que ella.

¡Juró que no la buscaría mientras sus planes no estuvieran caminando! Entre tanto se apartó de los amigos y fue ahorrando hasta el último centavo para quedar como un rey las primeras veces que saliesen. ¿Qué quieres, Laurita? ¿Unos anticuchos, un

pollito a la brasa? ¡Por favor! ¿Una hamburguesa en el Bembo? ¿Un bróster? ¡Por favor! ¿Tienes ganas de ir a bailar este fin de semana? ¿Vamos a Los Olivos! ¡Luego yo te acompaño en un taxi a tu casa! ¿Quieres otra cervecita? ¿Ya no cerveza? ¿Un ron con Coca-Cola? ¡Lo que gustes...!

Le parecía mentira ahora que lo recordaba, pero así fue. La esperó una noche a la salida del trabajo y le preguntó de frente qué se le antojaba.

—He empezado unos negocitos —le explicó—. Si las cosas siguen como hasta ahora, en un año o dos voy a salir de pobre.

En realidad, todo era cuestión de semanas. ¡Ya tenía un plan, ya tenía a la gente, solo faltaba hacer unas cuantas pruebas para afinar hasta el último detalle!

—¿Unos negocios? ¿En qué estás? —se interesó de inmediato Laurita.

—Con unos amigos estamos montando nuestra propia empresa de seguridad. Claro que por ahora tenemos que prestar vigilancia nosotros mismos, pero calculamos que dentro de poco ya podremos contratar personal.

—¿Tu propia empresa? ¡Qué paja! ¿Cuántos socios son?

—¡Somos cuatro, pero como yo soy el que está organizando todo, soy algo así como el jefe!

—¡Asssu, el Jefecito! ¿Cuándo me contratas para que sea tu Chelita? —se acordó Laurita de un viejo programa cómico de la tele.

—Dentro de poco, dentro de poco, cuando deje de ser el guachimán Pacheco, ese que no aguanta ni un queco... —le siguió la broma feliz por cómo estaban saliendo las cosas.

La empresa quedaba cerca del cruce de Santa Cruz con Arequipa y generalmente, para comer algo, se iban caminando a Petit Thouars. Esa noche, sin embargo, él insistió para que subieran a una combi y fueran hasta el óvalo de Miraflores. Su

intención era invitarle un sándwich en el parque, pero por el camino se animó a lucirse y terminaron comiendo un bróster en el Kentucky. Fue un gol de media cancha. Laurita estaba animosa, habladora, festejando con una risa alentadora cada ocurrencia que él tenía.

“Me mando, la próxima vez me mando”, decidió Alejandrino esa noche, mientras repasaba, tirado sobre su cama, los detalles de esa faena triunfal.

Pasaron un par de semanas antes de que finalmente tomara valor y se lanzara a la piscina. Fue en el cumpleaños de Fabiola, una de las flacas con las que Laurita frecuentaba las discotecas. Vivía en la parte antigua de Surco y resultó que tenía su guardadito, una mocosa de unos cuatro años que estuvo fregando toda la noche. Le decía tía a Laurita y era bien engreída con ella. Hasta cuando salían a bailar tenían que tenerla cargada y hacerle fiestas para que no se pusiera a llorar. Recién a eso de las dos de la mañana, cuando sirvieron la comida, la chibola se quedó dormida. “De acá a un rato seguro que Laurita va a querer irse”, se acuerda él que pensó, pero fue al revés, fue como si ella acabara de llegar a la fiesta y se muriera de ganas de divertirse.

Laurita no se pintaba, ninguna de las pitucas de su empresa lo hacía, pero esa noche el rímel, las sombras y el lápiz de labios la volvían irreconocible, más atractiva y provocadora. Se había puesto un pantalón negro ajustado y una chompa color vino de cuello alto, pero ni bien entró en calor de tanto baile se quitó la chompa y resultó que tenía una blusa cerrada con un escote bastante atrevido que dejaba ver el borde de su sostén. ¡Qué noche esa! ¡Parecía un sueño! Laurita, la chica más guapa de todas las que había conocido, estaba como fumada solo de bailar con él, de escuchar los piropos que él le decía, de sentirlo cerca.

—Laurita —no aguantó más y se lo dijo al terminar un merengue que los dejó sin aliento y con la adrenalina al cien—, ¡estoy enamorado de ti!

—Yo también, Alex —le respondió y lo besó allí mismo.

Fueron los últimos en salir de la fiesta, casi a las seis de la mañana. “No se olviden de comprar el pan”, soltó Fabiola de despedida y los dos se rieron. En el taxi, Laurita apoyó la cabeza en su hombro y estuvieron chapando todo el trayecto. Él intentó, incluso, acariciarle los senos, pero ella le cogió la mano y la retuvo en la suya, acariciándola suavemente de cuando en cuando.

—¿Nos vemos mañana? —le preguntó cuando el taxi los dejó en la puerta de su casa.

—¿Mañana? ¡Dirás hoy día! —se rió Laurita, pero en seguida añadió que no podía—. ¡Mi papá va a estar amargo! ¡Qué voy a poder salir! ¿Me buscas el lunes después del trabajo?

Caminó hasta República de Panamá para coger una combi, sin saber bien qué hacer todo el domingo que tenía por delante. No estaba cansado, no tenía sueño y lo que menos quería era ir a su casa en el cerro. Estaba como siempre un asco, con la ropa tirada encima de la cama, los platos, las tazas y los cubiertos en el balde de plástico y las ollas también sucias. Mejor era bajarse en Huaylas, salir al malecón y dirigirse al muelle. Tenía ganas de un cebichito, de estar con gente así no fueran sus amigos. Las cebicherías, sin embargo, estaban vacías todavía y luego de devorar su plato subió de nuevo al malecón, se sentó en una banca a mirar el mar, igual de gris que el cielo, y sin darse cuenta se quedó dormido. Despertó como a las dos horas con una sensación de placidez, pero, al darse cuenta de dónde estaba, se sobresaltó. Metió, lo primero, las manos en los bolsillos y al cerciorarse de que no le habían robado la plata recuperó la

calma. "Felizmente ya había gente caminando", pensó contento de nuevo. "Sino me hubieran dejado pelado".

Estuvieron saliendo seguido con Laurita hasta que se le acabó la plata. Fueron incluso a las discotecas de Los Olivos y se entusiasmaron al escuchar la canción sobre el guachimán. Hasta buscaron la cabina del *disc jockey* para preguntarle de quién era. Él no terminaba de animarse, pero Laurita era atrevida para eso.

—Hola, amigo. ¿Quién canta esa canción? —le preguntó al tipo que les abrió de mala gana la puerta, un pelucón con un arete en la oreja.

—La Sarita —les respondió.

—¿La Sarita? ¿Es una mujer? —se quedó desconcertada Laurita.

—No, es un grupo —les aclaró el marica pelucón sin dejar de repasar con los dedos sus rumas de discos.

—¿Puedes volver a ponerla? —le regaló Laurita su mejor sonrisa para convencerlo.

—Más tarde. Nunca repito la música —se creía lo máximo el marica.

Una de las siguientes veces que él fue a recogerla a su trabajo, Laurita le mostró un casete.

—¿Adivina qué es? —le preguntó, sonriente.

—Ya sé... —le respondió después de pensar un rato—. ¡Nuestra canción!

Se refería a una balada del dúo Romances que bailaron apretaditos en la disco. Fue Laurita la que le pidió, susurrándole al oído, que se acordara de ella cada vez que escuchara esa canción.

—No, no es nuestra canción. Es tu canción... —remarcó Laurita el *tú* y soltó la risa.

Esa fue la vez que Laurita conoció su casa. La idea nació de ella. "¿Podemos escucharlo?", le preguntó él señalando el

tocacasete que tenía en uno de los cajones del mostrador, detrás del cual atendía a los clientes. “No, aquí no. Mejor vamos a tu casa”, le respondió con toda la naturalidad del mundo. ¡Qué mala suerte la suya! Llevaba tiempo tomando valor para hacerle esa invitación y ella sugería lo mismo de un momento a otro, sin darle la oportunidad de limpiar el chiquero en el que vivía. ¡Qué pensaría ella que siempre estaba hecha un anís!

En el trayecto, varias veces, estuvo a punto de proponerle hacer otra cosa, pero al final decidió arriesgar. Era lo único que le faltaba para ser completamente feliz: tenerla desnuda en sus brazos, comerla a besos, acariciarle los senos, su cosita, hacerla suya. ¡Claro que al mismo tiempo le pediría que se casasen y hasta se le salían las lágrimas imaginando que ella le respondería que sí!

—Laurita, ¡no te vayas a asustar cuando veas mi desorden! —decidió preparar el terreno cuando bajaron de la combi y empezaron a subir por la calle principal—. Yo voy a ir limpiando mientras escuchamos el casete.

—¡Estos hombres...! —le restó importancia Laurita al asunto—. ¡Nada saben hacer solos! ¿Y por qué no vives con tu mamá? ¿Dónde vive ella?

—Por la avenida Argentina —le recordó—. ¡Es que mi mamá tiene otro compromiso! ¡Yo no me llevo bien con el esposo de ella! Cuando era chiquillo por cualquier cosa me pegaba, hasta que fui creciendo y me enfrenté a él. Entonces el muy maricón agarró y se fue de la casa...

—¡Mejor, pues! ¿No dices que a tu mamá también le pegaba? —se puso Laurita de su lado.

—Sí, yo también creí que mi mamá se iba a alegrar, pero a los pocos días que se fue su esposo, me mandó a vivir con su hermana. Mi tía justo estaba desesperada porque su único hijo estaba en la cana por narco y aceptó que yo me fuera a vivir con

ella. Creo que más quería que le cuide la casa mientras ella salía a hablar con los abogados o iba de visita a la cárcel.

—¿Y después tu tía murió de cáncer y ahora la casa es tuya? —volvió a preguntar Laurita lo que él ya le había contado.

—Bueno, mía mía no. En realidad es de mi primo, el que está preso. Ya le faltan pocos años para salir.

—¿Y tú nunca vas a visitarlo a la cárcel?

—Con mi tía iba seguido a Luri, pero desde que ella murió, solo voy de vez en cuando —le explicó contento de que ella se hubiera olvidado del desorden—. Mira, allí vivo —le señaló la casucha que estaba al final de esa calle de tierra. Al igual que las otras viviendas, tenía paredes de ladrillo, pero, en lugar de techo, unas latas con unas piedras encima que impedían que se movieran o volaran con el viento.

—¿Por qué no la has hecho techar? —le preguntó Laurita—. ¿No tienes miedo de que te roben?

—¡Quién se va a atrever! ¡Hasta los choros saben que trabajo de guachimán! —fanfarroneó—. Pero no creas, justo estoy ahorrando para techar la casa. Quiero hacer varias mejoras en general —mintió para causar buena impresión.

Laurita entró, tomó asiento en la silla que él desocupó y estuvo mirando con disimulo alrededor mientras él ponía el casete y ordenaba un poco. En realidad, el zafarrancho era tal que no sabía ni por dónde empezar y le hubiera gustado que Laurita lo ayudase. Ella, sin embargo, no se ofreció a hacerlo y a él le dio vergüenza pedírselo. Metió, pues, todas las cosas sucias de cocina en el balde y luego las sacó al patio, donde estaba el cilindro con agua. Después entró a su cuarto y, tras recoger la ropa que estaba tirada por todos lados, tendió lo más rápido posible la cama.

—Laurita —llamó cuando terminó—, pasa, aquí vamos a estar más cómodos.

Laurita asomó la cabeza, echó una rápida mirada a ese cuarto de paredes peladas de ladrillo, pero regresó al otro ambiente.

—Ven, ven, ya he encontrado tu canción —le dijo y cuando él estuvo a su lado pulsó el botón del tocadiscos.

“Centinela de las noches, me dicen el guachimán. Mi deber es ver los coches de un barrio residencial. Soy testigo de indecencias de manera muy casual, el guardián de confidencias, terapeuta nocturnal...”, arrancó la canción y Laurita, con movimientos de cadera, empezó a seguir ese ritmo contagioso con el que tanto habían disfrutado en la discoteca. Él se le acercó por atrás, la tomó con ambas manos de la cintura y se acompasó a sus movimientos pegándose poco a poco a ella hasta rozar sus nalgas.

—¡La voy a poner de nuevo! —empezó Laurita a retroceder la cinta ni bien la música terminó y esas palabras a él le sonaron como una promesa de más movimientos voluptuosos, preludeo del placer que vendría luego.

“Turururu-rururú...”, empezó él a tararear y a moverse ni bien Laurita apretó el *play*, pero ella, rompiendo todo el encanto, se dio media vuelta, lo tomó de las manos y empezó a bailar un tanto disforzada, con más entusiasmo del que cabía esperar en una situación como esa. ¡Siempre le hacía lo mismo, calentarle un rato y después, cuando él pensaba que iban a llegar a mayores, frenarlo en seco!

—¿Lo máximo, verdad? ¡Ya puedes hacerles escuchar el casete a los de tu empresa! —le soltó las manos cuando acabó la canción.

—Claro. Ya les he hablado de La Sarita —mintió de nuevo. A sus compañeros de trabajo ni siquiera les había contado que estaba saliendo con Laurita, pero sí pensaba llevar el casete para que lo escucharan durante los recorridos en la

camioneta de seguridad. ¡Estaba seguro de que ese tema sería un éxito!

—Bueno, ya escuchamos tu canción, ya conocí tu casa. ¿Vamos? —cogió Laurita su cartera del respaldo de la silla.

—¿Tan rápido? —sintió él que su mejor oportunidad se estaba arruinando y no se resignaba a que así fuese—. ¡Nos quedaremos un ratito más! ¡Hay que seguir escuchando el casete! ¡Debe tener buenas canciones!

—Sí, es buenazo. Yo ya lo he escuchado varias veces en el trabajo. Después de que me acompañes lo escuchas —sonó inapelable Laurita.

—¡No te vayas todavía! ¡Por lo menos te invitaré una Coca-Cola! Aquí cerca hay una tienda... —hizo él un último intento.

—¡Otro día venimos! ¡Pero prométeme que vas a tener todo limpiecito! ¿Me lo prometes?

—¡Claro que sí! —no le quedó más remedio que ceder—. Tan desordenado no soy. Lo que pasa es que últimamente ando metido en eso de la empresa y casi no tengo tiempo...

¡La bendita empresa que estaba formando! Ese era el cuento que utilizaba cuando Laurita le proponía que se encontrasen y a él le daba vergüenza porque estaba sin un cobre en el bolsillo. Él pensaba que lo ideal, en esas ocasiones, cuando no podía invitarle ni un chicle de vendedor ambulante, hubiese sido que fuesen a su casa aunque sea para estar un rato juntos, escuchando la radio o conversando mientras tomaban lonchecito con pan con soledad, pero si antes le daba vergüenza pedírselo, peor fue después de que ella vio cómo vivía, sin agua, en una pocilga con piso de tierra y techo de latas, en mitad de un cerro donde la mayoría de casas eran igual de miserables.

¿Qué le quedaba? ¿Esperar a que Laurita se cansase de él? ¿Dejar que otro se la quitase, como el tal Rafael que ahora la llamaba a su casa? Solo imaginar que Laurita lo choteaba le

causaba una pena que nunca había sentido, ni siquiera cuando su mamá prácticamente lo botó de la casa. Decidió dejarse de cuentos con la “empresa” y hacerla realidad. Le comentó sus planes a César, su primo, al que visitaba más a menudo de lo que reconoció delante de Laurita, y este lo contactó con unos choros que entraban y salían de Luriganchito como de su casa. Un tiempito estuvo planeando con ellos el atraco, pero al final se desanimó, en parte por miedo a César. ¿Quién le garantizaba que él se quedaría callado, que no lo vendería? Su primo seguía vendiendo droga en Luriganchito, pero siempre se quejaba de que estaba al hambre, de que ganaba muy poco y se estaba volviendo tuberculoso. ¿Qué lo iba a dejar tranquilo si el golpe daba resultado! ¡Todo el tiempo le estaría pidiendo plata, lo estaría chantajeando!

Con Laurita, como se lo temía, las cosas empezaron a marchar a mal. Al comienzo ella lo alentaba para que trabajara como negro para sacar adelante la empresa. “¡Es para ti!”, repetía siempre. “Cuando trabajas para ti, no importa quedarse sin fines de semana, no importa hacer horas extras”. A medida que pasaban las semanas, sin embargo, su entusiasmo se iba enfriando. Él le hablaba de nuevos contratos que estaban consiguiendo, le explicaba que por eso esa semana no podría recogerla a la salida del trabajo o ese sábado no podrían ir a la discoteca como habían quedado y ella aceptaba a desgana. “¿No tendrás por ahí a otra?”, le bromeaba a veces o lo miraba con desconfianza cuando era Fabiola la que metía su cuchara.

“¿Tu empresa no te deja tiempo? ¡Fuera de ahí! ¡Será la trampa la que te tiene tan ocupado!”, empezaba a joder la muy maldita y encima él se ponía rojo. “¿Ves, amiga?”, se dirigía a Laurita. “¡Se ha puesto colorado! ¡Definitivamente es la trampa! ¡Va siendo hora de contratar a un detective para que lo siga al guachimán!”.

Desesperado, empezó a buscar a otros cómplices y dio con el Flaco. Con él, a veces, estaba dispuesto a ir hasta el final,

pero en otras ocasiones dudaba. No sabía bien por qué. De repente le daba miedo que fuese un avezado que había estado varias veces en cana. ¿Y si le hacía el cuento chino? ¿Si al final no le daba su parte del botín? El paso que iba a dar era demasiado arriesgado. Le gustaría trabajar con alguien en quien pudiera confiar a ojos cerrados. ¿Pero quién podía ser? Él no conocía a nadie así. En general, era poco amigüero. Tenía algunos patas en el barrio con los que a veces jugaba fulbito y tomaba unos tragos donde Raquelita, pero ninguno le parecía fiable. Estaban en nada, pateando latas, cachueleando en una cosa u otra y contentos, si al viernes por la noche llegaban con un dinero para secar unas cervezas. Los del trabajo le parecían mejor, pero con ellos sí que no se atrevía a abrir la boca. ¿Y si lo delataban? ¡Estaba jodido incluso antes de intentar nada!

Un frenazo de la combi lo empuja hacia el asiento de adelante y lo saca de sus pensamientos. Estira el cuello y ve que otra combi les ha cerrado el paso para ganar pasajeros. Están en el cruce con Angamos. Cinco cuadras más y habrá llegado.

“¡Ay, Laurita!”, se le escapa un suspiro.

Definitivamente lo tiene loco, más loco aún desde que está tan esquiva. Primero empezó a hacerse rogar cada vez que él le pedía que se encontraran y después salió con eso de que tenían que darse un tiempo para pensar.

—¿Para pensar qué? —le preguntaba él, asombrado—. Yo no tengo nada que pensar. Yo te quiero.

—Para pensar si nos conviene seguir juntos —empezaba ella con la cantaleta—. A veces no basta con quererse. El enamorado o la enamorada a veces solo te traen problemas.

—¿Yo te traigo problemas, Laurita? ¿Qué problemas?

—De repente tú no, pero yo sí —se ponía en plan de víctima—. Te quito tiempo para que saques adelante tu empresa. Mejor sería que por un tiempo te dediques de lleno a levantarla...

—Ya me dedico de lleno. Además, ya estamos contratando personal para algunos trabajos. De ahora en adelante vamos a tener más tiempo para estar juntos. Y más platita también... —pensaba en lo que estaban planeando con el Flaco.

—No sé, Alex. Yo siento que las cosas entre nosotros no están yendo bien. Ya no estoy tan segura de mis sentimientos... —se entercaba Laurita y él no sabía cómo reaccionar.

Para él todo era muy fácil: o querías o no querías. Él la quería a Laurita, estaba loco por ella. Todo el día la tenía en su cabeza y por las noches, cuando se acostaba a dormir, se masturbaba imaginando que ella, feliz porque habían pasado un día lleno de emociones, se rendía y no le ponía freno a sus avances. ¡Si sus sábanas ya parecían almidonadas! Laurita, en cambio, todo lo complicaba. Se ponía a decir cosas raras, como en las telenovelas, y él no entendía adónde quería llegar. Y lo peor era que le daba miedo preguntarle de frente: “Laurita, ¿me quieres o ya no me quieres?”. ¿Y si ella le decía que ya no?

La punzada que siente en el pecho hace que aleje de su mente esa posibilidad. ¡Sí lo quiere! ¡Está seguro de que Laurita sí lo quiere! Lo que pasa es que se está aburriendo y es comprensible. Se ven poco y cuando se encuentran es para hacer siempre lo mismo: van a algún centro comercial o a pasear por Miraflores y entran a todas las tiendas a mirar, pero no pueden comprar nada, salvo algo para comer y eso en los sitios más baratos. ¡Con un poco de plata podrían hacer de todo y se le pasaría el aburrimiento! Tiene que hablar con el Flaco, inventar cualquier cosa y fijar día para el asalto.

—¡Bajo en la esquina! —avisa en voz alta y ni bien el vehículo se detiene salta a la vereda. Comprueba en su reloj que es temprano todavía, pero igual aprieta el paso para llegar cuanto antes adonde Laurita.

La quinta donde vive tiene una reja que a veces está cerrada y a veces, abierta. Por la hora, Alejandrino sospecha que debe estar cerrada y no se equivoca. Es un fastidio. Como no hay timbre, tendrá que esperar que alguna de las puertas que dan a ese ancho corredor se abra y alguien asome para pedirle que, por favor, le pase la voz a Laurita. Su puerta es la última de la derecha. Se empina para ver mejor y le parece que está abierta por una luz que ilumina el pasaje. Quizá lo esté esperando.

—¡Lauriita! —llama un par de veces y al final la que se apiada es una de las vecinas que vive más cerca de la reja.

—¿Quién es? ¿A quién busca? —le pregunta desde su puerta y, al reconocerlo, le pide que espere—. Ahora le paso la voz, pero no sé si estará...

—Sí, sí está. Hace un rato he hablado con ella por teléfono —le explica a la señora.

Ya más tranquilo, se aparta de la reja para no parecer un gorila del zoológico. Eso le dijo una vez Laurita cuando la estuvo esperando agarrado a las barras de metal y nunca más lo volvió a hacer. Tenía esas cosas. Estaba siempre pendiente de la impresión que causaba en las personas, sobre todo en la oficina, pero igual con sus vecinos o en la combi o en cualquier sitio al que entraba. Por eso andaba siempre bien arreglada y se molestaba cuando él, por ejemplo, tenía los zapatos sin lustrar o usaba el mismo pantalón varios días. "Pobre, pero limpia" era su lema.

—¡Laurita! —se alegra él cuando por fin la tiene delante. Lleva puestos un *blue jean* y una chompa que solo usa en casa, pero que le quedan muy bien, la hacen más chiquilla.

—Hola, Alex —no le ofrece ni siquiera la mejilla—. Acompáñame un rato a la tienda, por favor.

—Claro. Vamos... —la sigue él, dócil.

—Alex... —se detiene de pronto Laurita cuando

doblan la esquina y le suelta de sopetón—: Yo ya no quiero ser tu enamorada. Yo ya no te quiero y yo no puedo estar con una persona a la que no quiero...

—Pero, Laurita... —quiere él reclamar, pero ella lo interrumpe.

—Yo ya te dije por teléfono: por gusto vas a venir a mi casa. Yo ya lo he pensado. Lo he pensado mucho y estoy segura de mis sentimientos. No te quiero, Alex. Ya no te quiero.

—No puede ser, Laurita. Lo que pasa es que tú estás enojada. Yo tengo la culpa, lo reconozco. Todo el tiempo he estado dedicado a mi empresa, pero de ahora en adelante ya no será así. ¡Te lo juro! Nos vamos a ver todos los días. ¡Tú para mí eres más importante! —intenta bromear él para que Laurita empiece a ceder.

—Tú no me estás escuchando, Alex. Yo te digo que no te quiero y tú me sales con que estoy enojada. Yo no estoy enojada —de verdad dice las cosas con frialdad, con indiferencia—. El problema es que ya no te quiero. ¿Entiendes que no te quiero? No te lo pienso repetir ni una vez más, Alex. ¡Allá tú si no entiendes!

—¡No, Laurita, no me puedes hacer esto...! —empieza a rogarle Alex—. Yo te quiero. Yo no puedo vivir sin ti. ¡Y no creas que siempre voy a estar igual de arrancado! ¡Dentro de unos días voy a tener plata, mucha plata! ¡Te voy a dar gusto en todo, Laurita! ¡Tiendas, restaurantes, discotecas, todo vamos a tener, Laurita! ¡Ni te imaginas cómo va a ser nuestra vida!

—¿Por quién me tomas, Alex? ¿Por una interesada? ¡Que yo sepa, nunca te he pedido nada! —se ofende ella, pero en seguida cambia de actitud—. ¿Sabes qué? Creo que eres un mentiroso. O un loco. ¿De dónde vas a tener plata? ¿Estás seguro de sacarte la Tinka? ¿O de tu empresa? ¡Eres un palero! Eso de tu empresa es puro cuento, ¿sí o no?

Alejandrino, como un niño cogido en falta, no atina a reaccionar. Es lo que aprovecha Laurita para darle el puntillazo final.

—¿Sabes qué? ¡Ya me llegaste! ¡He estado perdiendo mi tiempo contigo! Yo pensé que eras un chico empeñoso, trabajador, con ambiciones, pero eres un palero, un mentiroso. ¡Y encima tienes tu casa como un chiquero! ¡Desde esa vez que hemos ido, no sé qué me da besarte! ¡No me busques nunca más, por favor! ¡Ni te me acerques!

Cada palabra de Laurita es como un mazazo para Alejandrino. Tan aturdido está que pasan minutos antes de que pueda reaccionar y moverse. Da unos pasos hasta la esquina y mira en dirección a la casa de Laurita. Ya no está. Hace rato que debe de haber entrado. “Tengo que hablar con ella”, decide, pero no recorre ni diez metros y cambia de opinión. ¡Tiene miedo! ¡Miedo de que le siga diciendo cosas hirientes! Aunque ese es el camino más corto al paradero de la combi, vuelve sobre sus pasos para rodear toda la manzana.

Dos

—¿Qué tiene este huevón? Toda la mañana ha estado con cara de velorio. ¡Oye, oye! ¿Alguien se te ha muerto? Debe de ser que la pichula ya no se le para —suelta la carcajada el Venenoso Ramírez y recién en ese instante Alejandrino se da cuenta de que se están riendo de él.

—¿Ah? ¿Qué pasa? —pregunta y provoca una nueva salva de carcajadas del Venenoso y de Linares.

—¿Qué te pasa, Huárac? ¿Tu jerma te ha adornado la cabeza? —interviene Linares.

—¿Mi jerma? Mi jerma me tiene ley. Justo anoche se ha quedado conmigo y no hemos dormido nada. Por eso ahora estoy que me cago de sueño —miente Alejandrino sin convicción.

—¿Y por qué no han dormido? ¿Tu cama está llena de pulgas? —se ríe de nuevo Ramírez—. Porque no me vas a decir que te has estado tirando a tu flaca toda la noche. Tú en eso debes de ser como los evangelistas: un polvo una vez al mes previo permiso del pastor...

—¿Así hacen los evangelistas? —pregunta Linares crédulo y esta vez los que ríen son el Venenoso y Alejandrino.

—Yo sí que anoche he estado con una hembrita superfogosa. Y solo sesenta soles me ha cobrado...

—¿Sesenta soles? —silba Linares asombrado—. ¿Adónde has ido? ¿A las Suites de Barranco?

—Anda, huevón. Una jerma en las Suites de Barranco debe de costar sus cien o ciento cincuenta dólares. Esas son anfitrionas, iguales que esas chicas que vemos en los supermercados, esas con unos enterizos que parecen traje de buceo, pegaditos al cuerpo. Yo he ido a un departamento por Aviación. Aunque, para qué, el edificio estaba ficho. Y la hembrita, una chata nomás, tenía su cuarto bien arreglado, hasta con sus peluches. ¡Qué loca la tipa!

Alejandrino, que al comienzo estaba siguiendo el relato con interés, se pierde de nuevo en sus pensamientos. De tener plata, eso hubiera podido hacer: invitar a Laurita a un buen hotel, con cable, jacuzzi y un espejo en la cabecera de la cama. ¡Qué cojudo fue al llevarla a su casa! ¡Cualquier pretexto debió inventar! Unos familiares han llegado, no vamos a poder estar tranquilos. ¡Cualquier cosa! Laurita no hubiera insistido...

—¡Despierta, Huárac! —le mete un empujón Linares—. Ya estamos en Saga.

Ese es el último recojo que hacen esa mañana, el más jugoso. Los sábados la tienda es un hervidero de gente y las camionetas blindadas pasan varias veces durante el día.

—Mejor tú quédate —le dice el Venenoso Ramírez—. Estás durmiendo.

Alejandrino obedece y cierra la puerta cuando sus dos compañeros bajan de la camioneta blindada. Se le está haciendo demasiado larga la mañana. Lo único que quiere es regresar a la oficina, cobrar la quincena e ir a emborracharse hasta perder el conocimiento. “Tomo para no enamorarme, me enamoro para no tomar...”, empieza a cantar una y otra vez el estribillo de su canción favorita hasta que la vista se le empieza a nublar. Temeroso de que lo sorprendan moqueando, se frota los ojos con las manos y mira por la ventanilla. ¡Justo a tiempo! Ahí regresa Ramírez con el costalillo de dinero. Linares y Sotomayor, con las pistolas en la mano, cuidan que nadie lo intercepte.

—Toma, te regalo. Lo menos hay unos cuarenta mil dólares —le entrega el Venenoso la bolsa—. Están preparando más. Ya regreso.

Alejandrino asegura de nuevo la puerta ni bien su compañero sale y luego pega la cara a la ventanilla. Ramírez se acerca a Linares, conversan un rato y se meten los dos a la tienda. ¿Y dónde está Sotomayor? ¡El imbécil debe de haber ido al baño como siempre! ¡Todo el día para meando! “Debes de tener cáncer de próstata o gonorrea”, lo fastidia siempre el Venenoso. ¿Y Linares? ¿Por qué no sale? ¡Cómo se les ocurre dejarlo solo en la camioneta sin apoyo! ¡Van a ver los muy huevones! La inquietud y el enojo, sin embargo, duran solo unos segundos y dan paso a una idea descabellada: ¿y si se hace humo con los cuarenta mil dólares? Alejandrino coge el costalillo, se cerciora una última vez de que no hay moros en la costa, baja del vehículo, cierra la puerta y da una pequeña carrera hasta quedar fuera del ángulo

de visión de sus compañeros. La esquina está a unos treinta metros. Allí puede subirse a un taxi. Aprieta el paso sintiendo que el corazón le bombea y el sudor le chorrea por la frente. Cinco metros. Corre de nuevo y da vuelta a la calle. Estira la mano, detiene un taxi y, sin negociar la tarifa, lo aborda.

—¿Adónde, jefe? —le pregunta el taxista.

—Adonde quieras, choche —empieza a tranquilizarse un poco a medida que el auto avanza—. ¿Por cuánto me llevas a la cincuenta y tres de República de Panamá? —pregunta en seguida al ver que al tipo no le ha gustado la broma. En la cincuenta y tres hay que bajar de la combi para ir a casa de Laurita.

—Seis soles —quiere aprovecharse el taxista.

—¿Seis soles? ¡Si está aquí al lado! ¡Por cuatro llévame! —reclama y se acuerda de paso que no tiene nada de plata. Un sol o un sol cincuenta debe de ser todo lo que le queda en el bolsillo.

—Por cuatro ni hablar. Cinco en todo caso —regatea el chofer.

—Ya, pues, cinco —acepta Alejandrino viendo que se acercan a un semáforo que está en rojo—. ¡Putá, y mi billetera! —se palpa los bolsillos cuando el vehículo se detiene—. ¡Perdona, chocherita, me he olvidado el billete en la oficina! Voy a tener que regresar —se baja del taxi.

—¡Pendejo de mierda! —se enoja el chofer—. ¡Págame lo que te has paseado!

—¿Cómo te voy a pagar por tres cuadras? ¿No te estoy diciendo que me he olvidado la plata? La próxima te pago el doble —trata de arreglar las cosas con una broma.

—¡Vete a la mierda, concha de tu madre! —sigue con ganas de pelear el chofer, pero al oír los bocinazos no le queda más remedio que arrancar.

Alejandrino busca en sus bolsillos y comprueba que efectivamente tiene un sol cincuenta. ¿Qué estarán haciendo Linares, el Venenoso y Sotomayor? ¿Lo estarán buscando? Se sube por si acaso a la primera combi que se acerca para pensar con calma. Las manos, las piernas, todo le tiembla como si tuviera chucaque. Y le cuesta concentrarse. El costalillo está lleno de billetes. ¿Dónde podría abrirlo? ¿Y después? ¿Estará Laurita en su casa? ¿Qué dirá cuando vea toda esa plata? Seguro de que acepta casarse. ¡Tiene que hablar con ella cuanto antes! Un sol para el pasaje y el resto para la llamada. ¿Dónde están? Ya van a llegar al Ejército. Allí debe de haber alguna tienda con teléfono. La llama y quedan para encontrarse.

La combi va rápido, pero a Alejandrino le parece que demora una eternidad. Ya en el Ejército, se baja ni bien descubre un teléfono.

—¿Aló? ¿Me puede comunicar con Laurita si es tan amable? —le pregunta al señor que le contesta.

—Creo que no está. Mejor llámele más tarde —responde el señor.

—¡Necesito hablar urgente con ella! ¿Podría fijarse si está, por favor? —insiste Alejandrino.

—Le estoy diciendo que no está. Llame más tarde —cuelga el señor el teléfono.

—¡Mierda! ¡Por la gran puta! —grita Alejandrino en el micrófono y se queda un rato contemplando el auricular sin saber qué hacer.

“Me voy en un taxi a buscarla”, decide finalmente y se pone a caminar en busca de un lugar donde abrir el costalillo. ¡Cuarenta mil dólares! Alejandrino toma conciencia de pronto de la enorme cantidad de dinero que tiene en las manos y pega un grito de alegría. Una señora que está caminando a su encuentro se asusta y se hace a un lado, dejándole libre toda la acera. Alejandrino se ríe y vuelve a

gritar. Asustado, sin embargo, de la euforia que se ha apoderado de él, hace un esfuerzo para controlarse, aunque sin evitar del todo el actuar como si llevara varias cervezas adentro: le silba a una chica que pasa, les quita la pelota a dos niños que están jugando en la calle y les hace fintas hasta que por fin, entre ambos, logran recuperarla, se enfrenta a un perro pequeño que le ladra y, haciendo el ademán de patearlo, lo hace correr...

Elige un pequeño parque infantil como el lugar más adecuado para abrir la bolsa. Tiene en medio unas llantas pintadas de colores vivos que siempre llamaban su atención cuando pasaba en carro por allí. Ahora que las ve de cerca, colocadas en forma de pirámide, comprende que sirven para que los niños pequeños trepen. Unos pasos más allá hay un columpio. Se sienta en él y, con ayuda de la navaja que siempre lleva en el bolsillo, rompe el alambre lacrado que asegura el costalillo. Se cerciora de que nadie lo esté observando y escudriña el contenido de la bolsa: fajos y fajos de dólares. Mete la mano y pesca un billete: ¡cien verdes! ¡Un taxi y adonde Laurita!

Después de cambiar los dólares en Arenales con Risso, le pide al chofer que lo lleve a Surquillo. Su ánimo es inmejorable. De esa opresión que por la mañana sentía en el pecho no queda ni huella.

—Maestro, ¿cuánto está un auto como este? Es un Polo, ¿no? —le pregunta al taxista, un señor de unos treinta y algo años que seguro cachuelea para pagar la gasolina de la semana.

—Este es del 2002. Está en once mil —responde el taxista.

—¿Qué gasolina le pone? ¿De noventa? —sigue curioseando Alejandrino.

—De noventa.

—Consume un montón, seguro. Pero con gasolina de ochenta y tres se malograría. Lindo carro. ¿No le da pena hacerlo taxear?

—¿Y qué hago? Este carrito me saca de buenos apuros. Así nomás no salgo a hacer taxi.

Aleandrino, contento de haber sintonizado con ese economista que compró su carro en un Pandero y tiene dos hijas en un colegio particular, le paga con veinte soles y le dice que se quede con los siete de vuelto.

—Me llamo Richard —le extiende la mano antes de bajarse—. De repente volvemos a encontrarnos, pero, eso sí, ya no me va a ver con uniforme de guachimán. Estoy poniendo un negocito independiente.

“Nos tenemos que comprar un carro”, piensa siguiendo con la vista al Polo color vino. “En carro propio nos podemos ir a otra ciudad y no hay el peligro de que nos pidan papeles”.

La reja de la quinta está abierta, pero igual él no entra de inmediato. Al ver, al fondo del pasaje, la puerta de casa de Laurita, ha sentido durante unos segundos que no tiene ganas de verla. Un tanto desconcertado, se pone a pensar en qué es lo que realmente desea. No necesita mucho tiempo, sin embargo, para comprender que no se imagina qué hacer con los cuarenta mil dólares si no tiene a Laurita a su lado. “De una vez”, se dice y avanza resuelto.

—¡Alex! —se incomoda la mamá de Laurita al verlo y, en lugar de hacerlo pasar como otras veces, lo atiende en la puerta.

—¿Cómo está, señora? ¿Está Laurita? —se da cuenta Aleandrino de que la señora está al tanto de la pelea que han tenido.

—No, no está. Ha salido.

—¿Hace rato? ¿A qué hora va a volver? —no puede esconder su desilusión Aleandrino.

—No sé. No me ha dicho —se muestra contra su costumbre reservada la señora.

Alejandrino nunca sintió simpatía por esa mujer bajita, regordeta y desaliñada que no parecía mamá de Laurita. En ese momento, sin embargo, le gustaría tenerla de aliada.

—¿Puedo pasar a esperarla? De repente ya está por volver, para almorzar...

—No, no creo que venga. Me hubiera avisado para que la esperemos. Nosotros ya estamos terminando de almorzar...

—¿Por qué no me ha dicho? Su comida se estará enfriando. Mejor más tarde voy a volver, a eso de las cuatro. Dígale a Laurita que necesito hablar urgente con ella, que tengo una sorpresa que le va a gustar mucho. Así dígale: ¡que tengo una supersorpresa! —se despide Alejandrino.

Con la esperanza de verla aparecer, se queda un buen rato parado en la esquina. La impaciencia por mostrarle el dinero y convencerla para que escapen juntos no le deja pensar con claridad, pero igual le preocupa no tener un buen plan para desaparecer un tiempo. “Nos vamos a alguna ciudad donde nadie nos conozca”, era lo único que se le ocurría cuando pensaba asaltar la camioneta blindada, pero ahora eso no le parece tan sencillo. Su mamá es de la sierra de Huancavelica, pero él nunca ha estado allí. La única ciudad de la sierra que conoce es Huancayo, pero le parece demasiado cerca de Lima. Mejor sería que se vayan a Piura o a Arequipa. El Venenoso Ramírez es piurano y siempre está hablando maravillas de su tierra.

¡Piura! A medida que pasan los minutos, Piura se le antoja un excelente lugar. Y el viaje lo pueden hacer en el carro que se compran para evitar los controles policiales. Entusiasmado de nuevo, Alejandrino decide poner manos a la obra. Lo primerito, a su casa, a quitarse el uniforme, meter su ropa en un maletín y recoger su tocacasete, lo único de valor que tiene. El documento de identidad y el carné de conducir siempre los lleva

en el bolsillo, por ahí no hay problema. Después a comprar un carro de segunda mano, pero que esté pito para que no vaya a malograrse en plena carretera. Mira su reloj. Van a ser las dos de la tarde. A eso de las cuatro o cinco ya puede estar de regreso. “Vamos, Laurita. Tengo el carro en la puerta”, sonríe con solo imaginar la escena. “Quiero regalarte algo en Ripley”. Esa es su idea: que se compre todo lo que quiera en Saga y en Ripley y después a la carretera.

Son poco más de las seis de la tarde cuando por fin estaciona la cuatro por cuatro de color acero en la calle de Laurita. Lo que más le demoró fue encontrar un lugar donde esconder la mitad del dinero. ¡Veinte mil dólares! Le pareció muy arriesgado ir de un lado a otro con toda la plata. Ocho mil se fueron en la camioneta y tiene un poco más de diez mil en el bolsillo. ¡De sobra para que vivan como reyes durante un año! Y con los veinte mil que están escondidos podrán poner un negocito, pero sin apuros, ya irán viendo con calma.

Aleandrino baja de la camioneta, se asegura de que la puerta esté bien cerrada y se dirige a la parte de atrás, no sin antes lanzar una mirada de aprobación al vehículo, lo primero de gran valor que tiene en la vida. En el portaequipajes están su tocacasete y un televisor que ha comprado para darles la sorpresa a Laurita y a su mamá. Abre la puerta, se queda calibrando un rato esa aparatosa caja y decide que mejor la descarga con ayuda de las dos mujeres. “Se van a caer de espaldas cuando la vean”, piensa satisfecho.

Se dispone a cruzar la calle cuando un bocinazo lo hace retroceder de un brinco. Un carro pasa por su lado y se detiene unos metros más allá, justo delante de la reja de la quinta. Debe de ser un taxi porque al rato descende una pareja de la parte de atrás... ¡¿Laurita?! Aleandrino mira bien, avanza unos pasos sin despegar los ojos de esa muchacha que está de la mano con su acompañante y se queda paralizado en mitad de la pista. ¡Es

Laurita! ¡Laurita deshaciéndose en sonrisas y besándose con el tipo ese que ahora la tiene cogida de la cintura!

—¡Laurita! ¡Laurita! —grita Alejandrino y al instante siguiente ya está encarando a la muchacha, que en un comienzo lo mira desconcertada—: ¿Qué tienes, Laurita? ¿Cómo puedes portarte así? ¡Putá, carajo!

—¿Qué tienes tú, imbécil? ¡Cómo te atreves! —se planta delante de Alejandrino el tipo con el que Laurita se estaba besando.

Alejandrino lo mira durante unos segundos como si no comprendiera quién es y qué quiere, pero en seguida reacciona y arremete a golpes contra él.

—¡Te voy a sacar la mierda, concha de tu madre! —hace trastabillar al tipo con la furia de su ataque.

Laurita, que parecía pasmada, recupera el habla justo cuando su nuevo pretendiente pierde finalmente el equilibrio y cae aparatosamente al suelo.

—¡Rafael! —acude de primera intención en auxilio de él, pero en seguida cambia de parecer y se enfrenta a Alejandrino con más furia que una gata en celo, clavándole las uñas en la cara—. ¡Cómo te atreves, cholo asqueroso! ¿Quién te ha dado derecho a meterte en mi vida?

La reacción de Laurita le produce a Alejandrino el efecto de un baldazo de agua fría. Todo el despecho y la rabia que lo habían ofuscado remiten como por ensalmo y se queda mirándola como si fuera una extraña.

—¡Cholo estúpido! ¡Apestoso! ¡Lárgate, asqueroso! ¡Lárgate! —se envalentona aún más ella al ver que ahora es él quien recula y casi no hace nada para defenderse.

No son los arañazos los que le han dolido a Alejandrino, sino las palabras, esas palabras que lo hacen sentir inferior, indigno de esa muchacha a la que hasta hacía poco podía tratar de igual a igual.

—Si yo soy cholo apestoso, tú eres puta de callejón... ¡Y encima muerta de hambre! ¡Yo pensaba sacarte de misia, pero ahora te jodiste! —contraataca Alejandrino tratando también él de herir.

—¡Déjale que diga lo que quiera, Laurita! ¡No te rebajes a su nivel! —interviene de nuevo el tal Rafael, pero manteniéndose precavidamente detrás de la muchacha.

Alejandrino le clava la mirada, quiere decirle algo también a él, pero, al no encontrar las palabras, se dirige nuevamente a Laurita:

—¡Te vas a arrepentir! ¿Conque soy un cholo apestoso? ¡Eso es lo que crees! ¡Ahora tengo plata para hacer lo que me dé la gana!

—¡Ja! ¡No me hagas reír! Y así tuvieras plata, ¿qué? Igual sigues siendo un cholo apestoso que vive en un chiquero —se ensaña Laurita, pero en vano porque Alejandrino le ha vuelto la espalda y la ha dejado discutiendo sola.

A un calculado paso lento, buscando las llaves en el bolsillo, se acerca a la cuatro por cuatro, abre la puerta, sube, se toma tiempo para acomodarse y arreglar el retrovisor y recién después mete la llave en el contacto. No ha mirado ni una sola vez en dirección de Laurita, pero está seguro de que ella está pendiente de cada uno de sus movimientos. Arranca, sobrepara al pasar delante de la muchacha y comprueba con satisfacción que está alelada. Ha obtenido una pequeña victoria, pero eso no hace que se sienta mejor.

TRES

Cuarta cabina de Internet a la que entra y nada. ¿O mejor se larga de una vez de Lima y deja lo de las hembritas para

otra vez? ¿Y qué se hace con la arrechura que tiene encima? El Venenoso Ramírez es el que ha jurado que hay muchachitas que se anuncian en Internet que son igualitas o mejores que las que aparecen en Petardas. Se hace el experto en todo el Venenoso. Por eso en una época le decían Beethoven y le cantaban: “No solo toco pito, yo soy mucho más. Yo voy a Internet, navego en la web. Me gusta la poesía, Beethoven también...”. ¿O estaría mintiendo el muy pendejo? Mejor se hubiera comprado un periódico y habría buscado en la sección de avisos.

Diez de la noche. En otros lugares de Lima a esa hora ya está todo muerto, pero en Aviación el tráfico no disminuye y los avisos luminosos de los casinos y tragamonedas son un llamado a un mundo de tentaciones. Antes ese mundo no lo inquietaba. ¡Con los bolsillos vacíos no se le ocurría ni asomar a él! Ahora que tiene la plata, le da rabia no saber el santo y seña, el ábrete, Sésamo. ¿La carretera a Piura u otro Internet? Piura es la tranquilidad, la seguridad de que no lo van a coger. Una chica bonita, cariñosa, dócil, es lo que necesita para calmar ese dolor en el pecho. Mira de nuevo el reloj. Todavía deben de haber cabinas abiertas. Se acuerda de una especie de centro comercial que hay un par de cuadras más allá de donde se encuentra y se dirige hacia allí.

—Hola, amigo —se acerca al muchacho que atiende y, antes de pedirle una cabina, decide preguntarle sin ambages si puede ayudarlo—: ¿De casualidad no conoces una página donde se anuncian chicas de acá, de Lima?

El muchacho, que no debe de tener ni veinte años, mira un rato a Alejandrino con cara de no estar entendiendo nada.

—Tú sabes. Chicas que tienen sus departamentos por acá cerca y prestan servicio. Un amigo me ha dicho que ponen avisos en Internet... —no sabe cómo ser más explícito Alejandrino.

—Ve doble, ve doble, ve doble, punto, placeres del Perú, punto, com... —recita de pronto el muchacho la fórmula mágica sin siquiera pestañear.

—¿Cómo? ¿Me lo puedes buscar? —señala Alejandrino una computadora sintiéndose tan emocionado como si le faltara un solo número para gritar bingo.

El jovencito, sin decir palabra, se dirige a una cabina vacía, abre el explorador, teclea una dirección en el buscador, hace *click* y deja el sitio libre. He hecho todo esto tan rápido que Alejandrino siente envidia.

Tras unos instantes, en la pantalla del monitor se empieza a dibujar a pocos una página web en tonos metálicos: “Placeres del Perú”. Una muchacha enfundada en un traje que parece fabricado de papel platina es todo lo que finalmente aparece. Alejandrino está a punto de desesperarse cuando se da cuenta de que hay un letrero con la palabra *entrar*. Lleva hasta allí el cursor y, presa de una ansiedad cada vez mayor, hace *click*. Unos segundos de suspenso y empieza a dibujarse una galería parecida efectivamente a las de Petardas: fotos pequeñas, casi tamaño carné, de chicas semidesnudas con su nombre debajo. Alejandrino recorre rápidamente con la vista esas imágenes y se queda deslumbrado. ¡Todas son unos cuerazos!

Danielita es el nombre de la muchacha que abre la galería. Un *short* de color amarillo que con las justas le cubre el vello púbico es todo lo que lleva puesto. Alejandrino hace *click* en la foto y al rato aparecen las señas de la muchacha: edad, estatura, medidas, un número de celular y la indicación de que tiene departamento propio. Cuatro fotos de esa muñeca en todas las poses llenan de entusiasmo a Alejandrino.

—¡Amigo! —llama al dependiente—. ¿Me puedes prestar un lapicero y un pedazo de papel?

El joven, encarnación de la diligencia, no demora nada en alcanzar lo que le ha pedido.

—¡Gracias! —separa por unos segundos Alejandrino la vista de la pantalla y procede a anotar el teléfono de Danielita.

Más de un centenar de chicas, repartidas en varias galerías, se anuncian en “Placeres del Perú”. A Alejandrino se le van los ojos a la hora de escoger, pero cuando ve que tiene poco más de diez números telefónicos se da por satisfecho. Su gusto ha resultado muy definido: chicas de no más de veintidós años y, a juzgar por las fotos, blanconas y con el cabello castaño o rubio. Antes de cerrar la página, Alejandrino anota bien, con letras de molde, esa dirección electrónica.

—¿Cuánto te debo, amigo? —se acerca de nuevo al muchachito.

—Un sol —responde este, luego de echar una mirada a una hoja que tiene delante.

—¿Tarjetas uno cuatro siete no vendes? —le pregunta Alejandrino al tiempo que le extiende veinte soles.

—En la botillería que está tres puertas más allá. ¿Sencillo no tiene? No tengo cambio —rechaza el muchacho el billete.

—Y yo no tengo sencillo —alega Alejandrino—. ¿Qué hacemos? ¡Cóbrate con el vuelto el dato que me has dado! ¡Te pasaste!

El muchacho se pone en guardia pensando que le quieren jugar una pasada y levanta el billete para mirarlo a contraluz. Recién en ese momento Alejandrino descubre que su rostro, de rasgos vivaces, está marcado por el acné y siente por él aún más simpatía.

—No tengo cambio... —empieza a alegar de nuevo, pero Alejandrino no lo deja continuar.

—¡No es falso! ¡Cómo te voy a engañar después de que me has ayudado! ¡Acuérdate de mí! ¡Me llamo Richard! —le

sonríe al muchacho lo más amistosamente que puede y sale del local.

Con una tarjeta de veinte soles empieza a llamar del teléfono público de la misma botillería. El primer número que marca es el de Danielita. Tres veces insiste y las tres le sale la grabación pidiendo que deje un mensaje. Ese primer fracaso es suficiente para que la emoción ceda paso al escepticismo, pero igual decide probar con algunos números más.

—¡Aló! ¿Sí? —le responde una voz de muchacha cuando marca el segundo número.

—Hola. Te estoy llamando porque he visto tu foto en Internet.

—¿De dónde me llamas?

—De una tienda en Aviación.

—¡Qué bueno! Yo estoy cerca. Tienes que venir a la cuadra treinta y uno, donde está la pollería Don Tito. De allí me vuelves a llamar y te indico cómo llegar a mi departamento. Son cien soles la hora y setenta, media hora.

La cuadra treinta y uno de verdad está a un paso. Alejandrino se dirige hacia allí y descubre que la pollería Don Tito está justo frente al Norky's, donde hace un rato se comió una parrillada. La camioneta también la ha dejado cerca, en una playa de estacionamiento que trabaja toda la noche. Busca un teléfono y descubre una cabina frente a Don Tito, en la otra acera de San Borja Sur. Está cada vez más entusiasmado, pero le preocupa el dinero. Lleva los dólares en un canguro, debajo de la cintura del pantalón. Esconderlos en la camioneta le parece muy arriesgado. ¿Qué otra salida tiene? Decide, cuando le faltan pocos metros para llegar el teléfono, que lo mejor es no separarse ni un momento de ellos. Se puede quitar el canguro junto con el pantalón y doblar esta prenda de tal modo que la putita no sospeche nada.

—Aló. Te estoy llamando de nuevo. Ahora estoy en la esquina de San Borja Sur, frente a la pollería Don Tito —le explica a la muchacha que esta vez ha contestado el teléfono al primer timbrazo.

—Ya. Frente a la pollería, al otro lado de Aviación, está el Norky's. Avanzas una cuadra por San Borja Sur y luego doblas a la derecha. Mi departamento está en esa calle. Se llama Marchand. Mi edificio es el número 484. Mi departamento, el 401.

—484 y 401, ¿no? —repite Alejandrino para memorizar.

—Sí, 484 y 401. Tienes que llamar al intercomunicador. ¿Cómo te llamas?

—Richard.

—Bien, Richard, te espero.

Alejandrino cuelga el auricular y luego se para al borde de la acera para esperar el momento oportuno de cruzar la avenida y volver al Norky's. Llega a la calle que le ha indicado la muchacha y descubre que la zona parece residencial. Definitivamente no es un lugar para putas. Avanza un poco y ve, al otro lado de la calle, el edificio con el número 484. Luce aún más elegante que los edificios vecinos, quizá porque parece de construcción reciente. Alejandrino está admirado. Va a resultar siendo cierto lo del vigilante de la canción: "Soy testigo de indecencias de manera muy casual, el guardián de confidencias, terapeuta nocturnal...".

—¿Quién es? —pregunta una voz en el auricular.

—Soy Richard.

—Sube, Richard. Al cuarto piso —le indica la voz al tiempo que se oye un chirrido—. ¿Ya está?

—Sí, sí, ya está —responde Alejandrino después de abrir la puerta de vidrio y aluminio.

Entra a un pequeño *hall* y, en lugar de escalera, sus ojos descubren un ascensor. Presiona el botón con la flecha que apunta hacia arriba y al instante la puerta se abre. Es una cabina pequeña, con un espejo en el que se ve reflejado de medio cuerpo. Está francamente asombrado con esos pequeños lujos y eso es lo que puede leer en su rostro. Se examina con un poco más de detalle y no queda nada satisfecho: hubiera preferido no llevar el cabello tan corto para que no parezca que tiene una escobilla en la cabeza y lamenta además no haberse comprado buena ropa. Una campanita le avisa que ha llegado. Sale al corredor y comprueba que solo hay cuatro puertas. En la que tiene más cerca lee 401. Respira hondo y toca el timbre.

—¿Richard? —lo hace pasar la chica que abre casi al instante.

¡De verdad es bonita y no debe de tener más de veintitrés, veinticuatro años! Su carita es redonda; su piel, casi rosada y el pelo lacio, teñido de rubio, le cae hasta los hombros. Con el *blue jean* y la chompa que lleva puestos parece una universitaria de esas que viajan en combi pero sin mirar a nadie, sobradazas ellas.

—Pasa, por favor —lo guía a Alejandrino hasta una habitación—. ¿Me pagas?

Alejandrino se busca los bolsillos del pantalón y saca los cien soles que tiene preparados.

—Gracias. Ahora vuelvo. Anda poniéndote cómodo —se retira la muchacha cerrando la puerta tras de sí.

La habitación solo tiene una cama con dos veladores, un tocador con un espejo grande y un par de sillas, pero a Alejandrino le parece de una elegancia inusitada, quizá porque esos pocos muebles, pintados al estuco en blanco y rosado, parecen recién traídos de la tienda. “¿Así será el cuarto de Laurita?”, piensa mirando el tocador y recordando que ella

siempre le comentaba que con sus dos hermanas siempre estaban peleando por sentarse delante del espejo.

—¿Todavía no te has desvestido? —aparece de nuevo la muchacha y, parándose delante de él y cogiéndolo de los hombros, le ofrece los senos.

Alejandrino solo necesita acariciar un rato el cuerpo de esa jovencita para ponerse duro, tan duro que casi le duele.

—¿Nos quitamos la ropa? —abre por fin la boca.

—Claro —acepta la muchacha y no demora nada en quedar en calzón y sostén.

Tras doblar su pantalón en cuatro con el canguro adentro y dejarlo en la silla, Alejandrino se acerca de nuevo a la muchacha para acariciarle la espalda desnuda y las nalgas. Recién en ese momento se da cuenta de que, sin tacos, ella es más bien menudita, aunque proporcionada.

—Espera, me lo quito —lo detiene la muchacha cuando él empieza a acariciarle los senos de nuevo.

En un santiamén se despoja no solo del sostén sino también del calzón y se sienta en mitad de la cama.

—Ponte esto —le alcanza a Alejandrino un preservativo.

Él, por el apuro, falla en el primer intento de rasgar el sobre y se dispone a usar los dientes, pero ella no lo deja.

—Dame —le pide el condón y diestramente lo libera de su envoltura y se lo alcanza de nuevo.

Alejandrino se lo pone y se echa encima de la muchacha, que lo recibe con las piernas abiertas.

—Espera —le dice ella cuando él está por penetrarla. Se moja un dedo con la lengua y luego se lo pasa por el sexo—. Ahora sí —se acomoda mejor y coge con una mano el pene de Alejandrino para hacerle más fácil el ingreso.

Una especie de choque eléctrico siente Alejandrino en todo el cuerpo al penetrar a la muchacha. Ella, entre tanto, empieza a gemir ni bien él empieza a moverse.

—¡Qué linda eres! ¡Pareces una muñequita! —alcanza a confesar Alejandrino su asombro antes de que la erupción que siente en su sexo lo deje nuevamente mudo.

—¿A qué te dedicas, Richard? —le pregunta la muchacha al cabo de un rato. Los dos están ahora echados uno al lado del otro, protegidos del frío con una colcha.

—Tengo mi propia empresa de seguridad —le cuenta la misma historia que a Laurita.

—¿Y te va bien?

—No me puedo quejar. Me puedo dar un gustito de cuando en cuando...

—¿Y no es peligroso? ¿Qué pasa cuando hay un robo? ¿Tu empresa tiene que pagar? Justo acaban de decir en la tele que un guachimán ha asaltado una de esas camionetas que transportan dinero. Creo que él estaba viajando en la misma camioneta...

—¿En la tele? ¿En qué canal? —pregunta Alejandrino lo primero que se le ocurre. Se ha puesto tenso, muy tenso, cual una cuerda a punto de romperse, y no quiere que la muchacha lo note.

—En el noticiero. En *24 Horas*.

—¿Y tú tienes televisor aquí? —sigue tratando de ganar tiempo Alejandrino. Lo que quisiera es levantarse e irse, pero está seguro de que eso sí podría hacer que la muchacha sospeche algo.

—Claro. ¿No lo has visto? Está en la sala...

—No, no lo he visto —confiesa—. Creo que solo te estaba mirando a ti...

—Sí, me he dado cuenta —se ríe la muchacha—. Me estabas mirando como si yo fuera de otro planeta. Hasta he ido al espejo pensando que tenía algo en la cara.

Un poco más tranquilo con el giro que está tomando la conversación, Alejandrino decide preguntar algo que le vino a la cabeza ni bien ella le abrió la puerta.

—¿Por qué trabajas en esto? Siendo tan bonita, podrías conseguir chamba en alguna empresa...

—¿Me quieres dar chamba? ¿Quieres regenerarme? —se burla de nuevo la muchacha.

—No, no es eso. Claro que podría... —no sabe qué decir Alejandrino.

—No creas que hago esto porque me gusta. Lo hago por necesidad. Y no lo voy a hacer siempre. Estoy estudiando en una academia que cuesta caro y además tengo que ayudar a mi familia...

—¿Qué cosa estudias? —se interesa Alejandrino.

—Aviación Comercial.

—¿Dónde? ¿En esa academia que queda en la avenida Arequipa? —recuerda de inmediato Alejandrino a esas muchachas con saco rojo que siempre le parecieron inalcanzables.

—No te voy a decir dónde. ¡Preguntón me estás resultando! —se ríe de nuevo la muchacha.

—Disculpa, disculpa... —se queda callado un rato Alejandrino. Está pensando en la noticia que han dado en la tele. ¿Será muy peligroso que se quede todavía en Lima? ¿No será mejor que parta de una vez a Piura? Con Laurita no hubiera dudado en hacer el viaje, pero ahora no está tan seguro...

—Uy, ¿te has ofendido creo? —se equivoca la muchacha acerca de la razón de su silencio.

—Camila... Te llamas Camila, ¿no? —le viene de pronto una idea a la cabeza—. Sabes, tengo que salir de viaje esta noche. Por asuntos de mi empresa. Aquí cerca, en una playa

de estacionamiento, he dejado mi camioneta. ¿No quisieras venir conmigo?

—¿Estás loco? ¿Cómo me voy a ir contigo? —lo mira asombrada la muchacha.

—¿Cuánto ganas en un fin de semana? ¿Mil soles? ¿Dos mil soles? Te doy dos mil soles si te vienes conmigo. Aparte yo pago todos tus gastos, claro.

—¿Dos mil soles? Suena tentador... —parece que Camila está a punto de aceptar, pero se echa para atrás de nuevo—. No, nada de propuestas indecentes. ¿Quién me asegura que no me vas a hacer nada? ¿Tendría que estar loca para viajar contigo! Si de verdad tendrás una empresa de seguridad... La verdad, la verdad, ¡dudo mucho! No te ofendas, pero yo sé que a todos los hombres les gusta fanfarronear cuando están con una chica...

—¿Fanfarrón? ¿Crees que soy un fanfarrón? —esta vez sí que se ofende Alejandrino—. ¿Y tú? ¿Quién te crees que eres? ¡Ni que fueras la única chica que se anuncia en Internet! He anotado como diez números de teléfono. ¡Fácil consigo otra chica que se quiera ganar los dos mil soles! —se levanta de la cama y coge su ropa.

—¿Te vas a ir? —pregunta Camila al ver que se está vistiendo—. Yo no te voy a devolver treinta soles. No es mi culpa si no quieres completar tu hora.

—¡Quédate con los treinta soles! No, no. Toma cincuenta más —busca un billete en el bolsillo de su pantalón Alejandrino—. ¡Rico polvo hemos tirado!

—Sí, rico... —recibe Camila el dinero entre perpleja y asustada.

Ella también ha empezado a vestirse y, para ganar tiempo, obvia el sostén.

—Te espero en la sala... —dice cuando termina y sale al pasillo.

Recién en ese momento Alejandrino se arrepiente de lo que ha hecho. ¿Y si ha ido a llamar a su chulo que está en otra habitación? ¡Por dos mil soles son capaces de matarlo! Sin abrocharse el pantalón y con los zapatos desatados, sale detrás de la muchacha y alcanza la puerta del departamento antes de que ella pueda reaccionar. Presiona el botón del ascensor y espera tenso, decidido a patear las puertas de los vecinos si la puta y su chulo aparecen, pero suena la campanita y se pone a salvo.

CUATRO

Lo despiertan unas voces. Salta de la cama asustado, pero solo para descubrir que está solo en esa habitación de hotel. Las voces son del televisor, que se ha quedado encendido. Va al baño, que lo asombra de nuevo con el brillo de las mayólicas y la grifería, orina y regresa a la cama. ¡Nunca en su vida había dormido en un colchón tan mullido, con sábanas tan suaves! Encima la cama era tan ancha que todo un lado estaba perfectamente arreglado, como si nadie hubiera pasado la noche allí. Se acuerda que en ese lado, debajo del colchón, está el canguro con los dólares. Se levanta de nuevo, destendiendo ahora sí toda la cama, tantea con la mano y se tranquiliza al comprobar que el dinero está en su sitio.

Mira el reloj y se asombra al descubrir que ya son las nueve y media. Él juraba que era mucho más temprano, las siete, no más de las ocho en todo caso. Debería ir a comprar un periódico. Se ha acostado pensando que de repente su foto aparece en la primera página y eso, ahora que se da cuenta, ha hecho que tenga sueños confusos. Sí, estaba caminando

de la mano con Laurita y era ella la que veía su cara en todos los diarios y en todas las pantallas de televisor de una tienda de electrodomésticos. Ella se enojaba, le decía de todo, y él le reclamaba que entonces le devolviese el televisor que le había regalado. “¡Qué sueño más cojudo!”, decide para sus adentros, pero no deja de preocuparlo el asunto de los periódicos. Si su foto está por todas partes, es algo que ya ha decidido, se queda todo el día encerrado en el hotel y ni bien anochezca parte a Piura.

Se ducha, se pone la ropa más decente que encuentra en su maletín y, tras dejar la llave en recepción, sale a la avenida Aviación. Un domingo a esa hora todo está medio muerto. Los carros son escasos y los comercios están cerrados. Piensa unos segundos en qué dirección tomar y decide caminar hacia la Javier Prado. No ha recorrido ni tres cuadras cuando descubre, al otro lado de la avenida, un quiosco pintado de amarillo. El corazón le empieza a latir más fuerte, pero igual sigue avanzando hasta la esquina y cruza hasta la berma central. Desde allí trata de leer algo en los periódicos que cuelgan con unos ganchos de ropa, pero le resulta imposible. Toma ánimos y, tras cruzar los dedos de ambas manos, vence la corta distancia que lo separa de esas noticias amenazantes.

“Guachimán escapa con 30 mil dólares”, dice en enormes letras negras en el primer periódico en el que se clavan sus ojos. Retrocede instintivamente un par de pasos, pero se tranquiliza, tras recorrer rápidamente con la vista todas esas primeras planas, al comprobar que su foto no está por ningún lado. Compra el *Ajá* y *El Comercio* y regresa a paso rápido al hotel. Recién en la seguridad de su habitación se atreve a abrir los diarios y buscar la noticia sobre el robo. La primera vez que lee, por los nervios, no se entera de casi nada. Empieza a hacerlo de nuevo con más calma, retrocediendo un poco cada vez que se

pierde, y comprende finalmente que no hay de qué preocuparse a pesar de que los dos periódicos dicen que la Policía está detrás de la pista del delincuente.

La ventaja que tiene es que nadie sabe realmente casi nada sobre él. En la empresa ni siquiera tienen su verdadera dirección. Tienen la de su documento de identidad y allí figura la dirección de unos tíos que viven en Comas. Esos tíos le hicieron el favor de decir que sí vivía allí cuando los de la empresa fueron a verificar su domicilio antes de darle trabajo. El Venenoso Ramírez, Linares y algunos otros colegas saben que Laurita es su enamorada, pero no la conocen y nunca les dijo el nombre de la firma en la que trabaja. De puro celoso se había mostrado tan reservado, pero ahora se alegraba de haber actuado así. La Policía, preguntando a los tíos de Comas, ya habrá dado con la casa de su mamá y ella les habrá dicho dónde vive. Seguro de que han entrado a la casa, han visto sobre la cama su uniforme de vigilante, han revuelto todo en busca del dinero o de alguna pista, pero no han encontrado nada. En este momento no deben saber ni por dónde empezar a buscarlo.

Confando en que todo le saldrá bien, Alejandrino sale del hotel con ganas de comer algo. Como también quiere comprarse ropa, decide finalmente matar dos pájaros de un tiro: en el Saga de San Isidro puede desayunar y hacer sus compras y mejor todavía si va hasta allí en la camioneta. Más seguro. Lo de la ropa ahora le parece clave. Está convencido de que si hubiera estado bien vestido, las anfitrionas del casino donde pasó varias horas antes de irse a dormir no lo hubieran ninguneado. Lo hicieron sentir como un gusano. Él trató de impresionarlas con las propinas, pero igual se hacían las suecas cada vez que las llamaba para que le sirvan un trago. ¡Pendejitas, carajo! ¡No sabían lo que se habían perdido! Si alguna de ellas se hubiera mostrado amistosa, él le hubiera propuesto pasar un rato juntos

en el hotel por unos cien o doscientos dólares. ¡Seguro que por una cantidad así atracaban y se les acababa la sobradura!

Mientras va de un lado para otro de la enorme tienda buscando lo que más le gusta, no puede evitar acordarse de Laurita. A ella le enloquecía mirar ropa, pero rara vez podía comprarse algo. Cuando recién empezaron a salir, miraban incluso ropa para él y ella le explicaba qué tela era mejor, qué pantalón combinaba con qué chompa y en general qué colores le iban bien. “Nunca te compres tonos marrones. El marrón no les sienta a los trigueños”, le insistía. “¿Entonces con el uniforme no me veo bien?”, bromeaba él. “Mi uniforme es marrón”. “El uniforme es otra cosa”, se iba ella por la tangente. “Yo te estoy hablando de ropa de calle”.

De Saga sale con varias bolsas, pero, no contento todavía, se mete a Ripley, se llena de nuevo de paquetes y compra además una maleta de esas que llevan los viajeros en los aeropuertos. “Si Laurita me viera”, piensa mientras acomoda todo en el asiento trasero de la camioneta. En el camino de regreso, se desvía un poco de la ruta y, en una calle tranquila, acomoda la ropa, bolsas y todo, en la maleta. Cuando finalmente hace su ingreso al hotel, jalando su equipaje que se desliza suavemente sobre un par de ruedas, se siente ya todo un ejecutivo en viaje de negocios aunque todavía lleva puesta ropa ordinaria.

El Alejandrino que sale a la calle un par de horas después es otra persona. Lleva puesto un pantalón azul marino y una chompa gris con cuello V, que deja ver una camisa de color vino tirando a rojo oscuro. Lo único que desentona ahora son esos zapatos con arrugas que el betún ya no puede esconder, pero se piensa comprar dos o tres pares nuevos ni bien almuerce algo. Ha decidido volver al Norky's para dar cuenta de otra parrillada personal y, mientras le sirven, se pone a revisar la sección de avisos en *El Comercio*.

Son tantos los anuncios que ofrecen toda clase de placeres con jovencitas de dieciocho, diecinueve, a lo sumo veinte años, que al comienzo se siente perdido. Poco a poco, sin embargo, va descubriendo algunos avisos, casi todos con la palabrita *vip*, que prometen el encuentro con verdaderas modelos y que además tienen dirección en Internet. “De haberlo sabido. No habría estado yendo de cabina en cabina como un tonto”, recuerda su despistada búsqueda de la noche anterior mientras anota varias de esas direcciones.

Ansioso por sentarse delante de una computadora, los zapatos los compra en la primera zapatería que encuentra en el centro comercial de Aviación con Javier Prado. Allí mismo entra a un Internet y, tras colocar sus paquetes en el piso, escribe la primera dirección: bellasvip.net. Sus expectativas, a medida que la página va apareciendo en la pantalla, se trastocan rápidamente en desilusión pues la oferta de chicas es mucho más limitada que la de placeresdelperu.com. De hecho ni siquiera llegan a diez. Cuando empieza a ver las fotos, sin embargo, y a leer el texto que las acompaña, no puede creer que esos cueros se vendan por dinero. No son tan chibolas, es cierto, pero tienen unos cuerpos espectaculares y no bajan del metro setenta de estatura. Sin pensarlo dos veces, Alejandrino decide anotar el teléfono de contacto, un solo número para todas, y recién en ese momento lee una advertencia en la que antes no se había fijado: las chicas solo atienden en hoteles exclusivos.

¿Exclusivos? ¿Qué significará eso? En sus recorridos por San Isidro y Miraflores, Alejandrino y los otros vigilantes que viajaban con él en la camioneta blindada siempre comentaban sobre esos hoteles de cinco estrellas en los que, según decían, la noche no bajaba de doscientos dólares. No solo por el precio, sin embargo, esos hoteles les parecían de otro mundo, sino también por la gente que entraba y salía de ellos. Para empezar todos eran

gringos o tenían pinta de gringos y llegaban en unos carrazos de los que no bajaban hasta que un portero uniformado les abría la puerta. Alejandrino se queda pensando un rato si se atrevería a alojarse en el Marriott o en Los Delfines y decide que no. ¡No por la plata! ¡Total, doscientos dólares una vez en la vida para acostarse con una modelo! Porque simplemente no sabría cómo actuar o porque se sentiría más incómodo y perdido que Adán en el Día de la Madre.

Ya en su hotel, más por curiosidad que por otra cosa, marca el nueve para recibir tono y después el número que ha anotado junto a los de las chicas de Placeres del Perú.

—Aló —le contesta una voz de señora.

—Buenas tardes —trata Alejandrino de sonar lo más formal posible—. Estoy llamando por el aviso del periódico.

—Sí, ¿cómo te llamas?

—Richard.

—Dime, Richard, ¿has visto también nuestro aviso de Internet? —pregunta la señora.

—Sí, sí lo he visto. Justo por eso estaba llamando...

—Como habrás visto, nuestras chicas son muy bonitas —subraya la señora la palabra *muy*—. Todas trabajan como modelos en campañas de publicidad. ¡Lo vas a pasar muy bien! Hay chicas de ciento cincuenta dólares por hora y media y también tenemos de ciento veinte dólares. ¿Cuál preferirías?

—De de... ciento cincuenta dólares... —no puede evitar tartamudear Alejandrino.

—Muy bien. En este instante tengo dos chicas preciosas. Una tiene veinte años y es canela. La otra tiene veintiuno y es rubia. ¿A cuál prefieres, Richard?

—A la rubia —responde Alejandrino maravillado de lo bien que están saliendo las cosas.

—Dime, Richard, ¿ya estás hospedado?

—Sí, sí, estoy en el hotel Blue Sky de la avenida Aviación.

—¿Blue Sky? ¿A qué altura queda? —suena por primera vez dubitativa la voz de la mujer.

—Más o menos a la altura del Norky's. Por donde hay varios casinos... —explica Alejandrino.

—Ah, ya sé... —se queda durante unos segundos en silencio la señora—. Vas a disculpar, Richard, pero nuestras chicas no van a esa zona. Tú comprendes, son muchachas de otro nivel... Si quieres estar con ellas, tendrías que hospedarte en otro hotel.

—¿En qué hotel? —pregunta Alejandrino sin hacerse muchas ilusiones.

—Tendrías que alojarte por aquí, por Miraflores. Por ejemplo, en el Nexus. ¿Sabes dónde queda?

¿Nexus? ¿En Miraflores? Seguramente un hotel pituco que no conoce. Decide averiguar dónde está ubicado más por curiosidad que por otra cosa.

—Está en la cuadra ocho de Angamos Oeste —le explica la mujer—. ¿Te ubicas?

—No, no mucho. ¿Por dónde es eso?

—Es más o menos a mitad de camino entre la Arequipa y Comandante Espinar, por donde queda la heladería Cuatro D.

—Ya, ya, ya me ubico. ¿Y cuánto más o menos cuesta la habitación? —se anima a preguntar Alejandrino.

—Creo que te cuesta unos noventa soles...

¿Noventa soles? Un hotel de cinco estrellas jamás va a costar eso.

—Nexus se llama el hotel, ¿no? —está nuevamente ilusionado Alejandrino.

—Sí. Anímate, Richard. Como te digo, tengo a una chica rubiecita que te va a parecer un sueño...

—Muy bien. Voy a llamar dentro de un rato, entonces
—no termina de creer Alejandrino en su suerte.

Conduciendo más rápido de lo que aconsejaría la prudencia, en un santiamén está en el coliseo Dibós. Esa es la Angamos Este, pero la Arequipa todavía queda lejos. Se tranquiliza y empieza a manejar con calma, disfrutando de ser dueño de esa camioneta. Al cruzar la Arequipa, disminuye la velocidad para buscar el hotel o la heladería de la que le habló la mujer. Numerosos autos estacionados en una esquina, delante de un local con un toldo verde a rayas, le indican la presencia de los helados. Detiene el carro para ubicar el Nexus, pero en esa cuadra todo son chalés y ninguno tiene la apariencia de un hotel lujoso. ¿De repente no se trata de un hotel sino de un discreto hostalito? Alejandrino pone de nuevo el vehículo en marcha, pero, por más que avanza a diez por hora, no descubre nada. Se dispone a girar en U aprovechando que el tráfico es escaso cuando ve, en la acera opuesta de la esquina siguiente, un edificio de cuatro pisos con una fachada de vidrio verde aguamarina. ¡El Nexus!

Tras examinarlo desde la camioneta, Alejandrino decide que el hotel definitivamente es bastante elegante, no tanto como el Marriott seguramente, pero sí mucho más que el Blue Sky, donde está alojado. Tomando aire, baja del vehículo y se dirige a la entrada. Lo tranquiliza un poco comprobar que no tiene portero o que por lo menos en ese momento no está vigilando la entrada con ese uniforme rojo que de por sí resulta intimidante. Antes de empujar la puerta de vidrio con varias pegatinas de tarjetas de crédito, trata de atisbar cómo es el hotel por adentro, pero solo se ve a sí mismo con cara de asustado. No le queda más remedio que entrar y enfrentarse al joven de terno que está en la recepción.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarlo? —le pregunta el blanconcito que no debe de tener más de veintitrés años.

—Buenas tardes. Quisiera saber si tiene habitaciones libres... —decide tantear el terreno Alejandrino.

—¿Habitaciones? —se extraña el muchachito del plural.

—Una habitación —corrige Alejandrino empezando a sudar.

—Sí, sí tenemos... —responde el joven después de echar una mirada a la pantalla de la computadora que tiene delante—. ¿Es para usted o para una agencia?

—Para mí —responde Alejandrino dudoso.

—Quiere una simple, ¿no? La habitación está a noventa soles —le aclara el pituquito pensando que el precio lo va a disuadir.

—¿Noventa soles? Está muy bien —saca Alejandrino varios billetes de cien del bolsillo trasero del pantalón y extiende uno disfrutando al ver la cara de asombro que pone el recepcionista.

—¿Se va a alojar con nosotros, entonces? —pregunta el joven, desconcertado todavía.

—¡Claro! —responde Alejandrino de lo más fresco, sabiendo que ha ganado el primer *round*—. ¿Hasta qué hora puedo quedarme? ¿Noventa soles es por horas?

—No, no tenemos tarifa por horas. Usted puede quedarse hasta mañana a mediodía. Llene esta ficha, por favor —le extiende el muchacho un formulario y un lapicero.

“¿Y si me pide mi documento de identidad?”, se asusta Alejandrino, arrepintiéndose de haber cantado victoria tan pronto. Está por poner su verdadero nombre, pero descubre a tiempo que el joven tiene un periódico abierto al lado del teclado de la computadora. “¡Que se vaya al carajo!”, decide y llena rápidamente la ficha con puros datos falsos, tomando prestado el apellido del Venenoso. El joven se la recibe, escribe algo en

la computadora y, tras colocar el pedazo de papel en el casillero que tiene detrás, le entrega una llave:

—Su habitación es la 203, señor Ramírez. Al fondo del pasillo está el ascensor.

Alejandrino no da ni cinco pasos en la dirección que le señala el muchacho y vuelve de nuevo al mostrador.

—Una pregunta: ¿el hotel tiene estacionamiento?

—Claro que sí. A nuestros huéspedes no se les cobra nada por su uso.

—¡Qué bueno! ¡No sabía dónde guardar mi camioneta! —disfruta Alejandrino representando el papel de una persona que se ha quitado una preocupación de encima—. ¿Por dónde se entra a la cochera?

—Por el costado del edificio... —le señala el joven sin hacer un esfuerzo para ocultar su asombro—. Muéstrele al vigilante la llave de su habitación para que lo deje entrar.

A pesar de que le sobran ganas de llamar a Bellasvip, Alejandrino dedica unos minutos a descubrir los encantos de su habitación. ¡Qué no tiene! El piso totalmente alfombrado, un clóset lleno de ganchos para la ropa, televisor de pantalla grande con todos los canales de cable, secadora de pelo en el baño, una alfombrita para salir de la ducha y todo, absolutamente todo, parece recién comprado en la tienda. “¿Cómo serán los hoteles de cinco estrellas?”, piensa Alejandrino tratando de imaginar algo más lujoso que eso, pero le resulta imposible.

Feliz de estar en ese lugar, marca finalmente el número de teléfono y vuelve a conversar con la señora, pero esta vez solo el tiempo necesario para recordarle su nombre, decirle que ya está en el Nexus y darle el número de su habitación.

—Richard, tú quieres a la chica rubiecita, ¿no es verdad? —le pregunta la señora.

—Sí, sí, a la rubiecita —le confirma Alejandrino.

—Son ciento cincuenta dólares por su servicio —le recuerda la señora.

—Sí, está muy bien —la tranquiliza Alejandrino antes de colgar.

Su intención es esperar a la chica viendo el cable, pero antes decide echar un nuevo vistazo a la habitación. En lo único que se parece a la del otro hotel es en que no tiene vista a la calle. La ventana da a un pozo de luz al que también asoman otras. “¿Estarán ocupadas esas habitaciones? ¿Este hotel será solo para parejas?”, trata de adivinar Alejandrino lo que ocurre tras esos vidrios cerrados y esas cortinas corridas y de pronto escucha lo que parece ser la respuesta. Un gemido apenas perceptible llega a sus oídos y luego todo es silencio de nuevo. Igual permanece durante un rato atento y vuelve a oír ese gemido, esta vez un poco más prolongado y más fuerte. Sospechando de qué se trata, abre la ventana y ahora sí escucha nítidamente, aunque sin poder determinar de qué habitación provienen, los gemidos y gritos de una mujer que se está acercando al orgasmo.

Su primera reacción, como si estuviera haciendo algo prohibido, es cerrar de nuevo la ventana y esconderse detrás de la cortina. Al cabo de un rato, sin embargo, a medida que los signos de placer siguen aumentando de volumen, vuelve a atisbar sigilosamente primero y después sin tomar ninguna precaución. Le llama la atención no solo el que esa mujer grite como si la estuvieran descuartizando, sino, más que todo, que su placer se esté prolongando tanto tiempo. “¡Qué envidia!”, piensa al tiempo que saca medio cuerpo de la ventana tratando de descubrir de todos modos en qué habitación están gozando tanto, pero lo único que consigue determinar es que los gritos parecen venir de un poco más arriba.

Más excitado que con una película porno, Alejandrino se aparta finalmente de la ventana y se echa en

la cama. “Esa a la que están haciendo llegar al paraíso, ¿será una de las Bellasvip?”, se pregunta al tiempo que se acaricia el pene. Cierra los ojos tratando de imaginar a la muchacha que dentro de unos minutos llamará a su puerta y empiece a masturbarse. Al poco rato, sus gemidos se unen a los de la muchacha de la habitación vecina y se apagan también casi al mismo tiempo.

CINCO

Entretenido con el cable, Alejandrino no se da cuenta de que ha pasado casi una hora desde que habló con la agencia. “No va a venir”, se preocupa cuando acaba el partido de fútbol que estaba viendo y decide llamar de nuevo.

—Ya está en camino, Richard. No te preocupes —lo tranquiliza la señora.

Por si acaso marca otro de los números que tiene anotados y le dicen más o menos lo mismo: chicas A 1, las modelos a ciento veinte dólares y las universitarias a cien. El Nexus está perfecto. La señorita llegaría en una media hora. Es el tiempo que decide darle a la Bellavip. Si se demora más, que se joda.

Con el televisor sin volumen, Alejandrino presta atención durante un buen rato a los ruidos del hotel, pero ya no se escuchan gemidos por ningún lado. Poco a poco, casi sin darse cuenta, empieza a repasar lo que está viviendo desde el día anterior y la conclusión que saca es que se estaba perdiendo muchas cosas, demasiadas, prácticamente todo. Se acuerda también de Laurita, pero ahora al dolor y al despecho se une la lástima. “¡Eso le pasa por traicionera!”, sentencia y el haberla

dejado al margen de esa nueva vida le parece castigo más que suficiente por lo que ella le ha hecho.

Unos golpes en la puerta lo apartan de sus pensamientos. Salta de la cama y, sin ponerse los zapatos, se dirige a abrir.

—¿Richard? —le pregunta la muchacha que se recorta en el umbral.

—Sí —se hace a un lado Alejandrino para invitarla a pasar.

La muchacha entra, se para en el centro de la habitación y empieza a jugar con su celular como si no supiera qué está haciendo allí. Alejandrino, por su parte, se ha quedado pasmado al ver a esa joven que tiene todo el estilo de las que se pasean en el Jockey Plaza o en Larcomar sin fijarse ni por error en tipos como él. Es superlinda de cara y su cabello, enrulado y que le llega hasta el comienzo del cuello, parece mojado. No es del todo rubio, eso sí. Tira más bien a castaño, pero eso hace que la piel de su rostro parezca aún más blanca de lo que es.

—Mi tarifa son doscientos dólares —dice de pronto la muchacha.

—¿Doscientos dólares? —no entiende Alejandrino a qué se refiere la muchacha, pues está ocupado en admirar su manera de vestir: una casaca entallada de tela brillante que apenas le llega hasta la cintura y un *blue jean* ajustado de talle corto que deja ver las suaves curvas de sus caderas. Con esa ropa y ese cuerpo tan delgado que parece el de una colegiala de verdad tiene toda la pinta de una modelo.

—Son doscientos dólares. Si no quieres, dame veinte soles para el taxi y me voy —insiste la muchacha poniendo cara de malos amigos.

“¡Qué genio!”, piensa Alejandrino, pero sin pizca de asombro, sino corroborando más bien lo que ya sabe por experiencia. A esas pituquitas pareciera que todo les fastidiara

y por lo mismo tienen siempre cara de estreñidas, sobre todo cuando caminan solas.

—¿Doscientos dólares? —pregunta de nuevo Alejandrino—. Está bien. No hay problema, pero la señora me ha dicho que es por hora y media, ¿no es cierto? —se asegura, eso sí, de que la chibola no le juegue una nueva pasada.

—Sí, hora y media. ¿Me das de una vez la plata? —sigue de lo más arisca la muchacha.

Alejandrino va a la mesa de noche, abre el cajón y toma los cuatro billetes de cincuenta dólares que están allí. Había alistado uno de más para quedar bien con la Bellavip si esta le causaba buena impresión.

—Gracias —recibe el dinero la muchacha y, tras examinar uno a uno los billetes, los guarda en el bolsillo trasero de su pantalón—. Tengo que llamar a la agencia. ¿Me permites? —su voz suena amable por primera vez.

—Claro. ¿Cómo te llamas? —aprovecha Alejandrino para romper el hielo.

—Grétel —le responde la muchacha antes de levantar el auricular y marcar un número.

Alejandrino aprovecha para verificar si la puerta está cerrada con seguro y para correr las cortinas. Se acuerda en ese momento de los gemidos de hace un rato y sonríe satisfecho al pensar que por primera vez en su vida él también será parte de esa música, una música que antes ni siquiera había tenido la oportunidad de oír.

—Todo está permitido menos los besos en la boca —le advierte la muchacha al tiempo que baja el cierre de su casaca y se la quita—. La boca es para el enamorado.

Con ese *top* color naranja que deja al descubierto una cintura delicada y permite adivinar unos senos apenas prominentes, Grétel escapa ya a la imaginación de Alejandrino.

Nunca, si siquiera cuando se masturbaba en su cuarto del cerro, se atrevió a soñar con una chica así.

—¿Te vas a desvestir o no? —se burla Grétel al verlo convertido en estatua de piedra.

—Sí, sí, claro —responde Alejandrino, pero en lugar de quitarse la ropa se acerca a la muchacha y, mirándola a los ojos, le acaricia con delicadeza la cintura—. ¡Qué linda eres! —no puede contener más su admiración.

—Gracias —le responde Grétel y se acerca a la silla que está a un lado de la cama para dejar allí el *top* que ya se está quitando y el pantalón del que también se desprende con un leve bamboleo de las caderas.

No lleva sostén. Sus senos son pequeños, tiernos, y Alejandrino puede apreciarlos mejor cuando ella, levantando ambas manos, se recoge el cabello y lo amarra en una cola con una liga que tenía en la muñeca. Alejandrino se le acerca cuando termina, la empuja suavemente hasta la cama y hace que se eche a lo ancho. La devora un rato más con los ojos y después empieza a besarle los senos.

—¡No me vayas a hacer doler! Los tengo muy sensibles —le advierte de nuevo Grétel.

—No, no, solo los voy a besar —la tranquiliza Alejandrino y, para resultar más convincente, empieza a recorrer con los labios otras partes del cuerpo de la muchacha. Son muy raras las sensaciones que se están apoderando de él. Nunca antes, en todo caso, ha experimentado algo parecido, una mezcla de un placer muy grande con agradecimiento o hasta veneración. Sí, sí, eso mismo que sentía cuando de chico le rezaba a la Virgen creyendo que en manos de ella estaba el que su papá apareciese y los sacase de la miseria.

—Quítatelo —le pide a Grétel cuando llega a la única prenda que todavía la cubre.

—Ponte el preservativo —le señala la muchacha el sobrecito que está sobre el velador y se queda observando atentamente cómo él termina de desnudarse y cómo manipula el condón—. Desenrróllalo bien, hasta el fondo —sigue dando indicaciones y solo después se quita el calzón y lo arroja a la silla donde está el resto de su ropa.

Alejandrino le besa muy suavemente los muslos, roza apenas con sus labios su vello púbico, sube despacio hasta sus senos y después la cubre con todo su cuerpo.

—Despacito —le pide Grétel y eso es lo que él hace, entrar dentro de ella con toda la delicadeza de la que es capaz.

—No me mires tanto —reclama de pronto ella y voltea el rostro hasta dejarle ver solo su perfil.

—Está bien, está bien, no te voy a mirar. Voy a cerrar los ojos —concede Alejandrino y efectivamente cierra los ojos para concentrarse más en el placer que está sintiendo.

—Hmmm —se queja de pronto Grétel muy quedo.

—¿Te duele? —le pregunta Alejandrino abriendo los ojos y dejando de moverse.

—No, no me duele. No me mires —coge Grétel la almohada que tiene al lado y se tapa el rostro.

—¡No te tapes, pues! —le fastidia ese gesto a Alejandrino, pero la muchacha no le hace caso—. ¡Ponte de rodillas entonces! —insiste y esta vez sí obtiene respuesta.

En esa posición, el trasero de la muchacha parece más grande de lo que en realidad es y eso hace que Alejandrino se sienta aún más excitado. ¡Excitado y a la vez admirado al contemplar esa espalda que dibuja una curva tan delicada, un espectáculo que a ratos lo deja sin aliento!

—Hmmm —vuelve a quejarse Grétel, pero esta vez, en lugar de dejar de moverse, Alejandrino empuja con más fuerza y los gemidos, aunque siempre quedos, se suceden más seguidos.

Al rato, es Alejandrino el que gime y se queja sintiendo como si todo su cuerpo estallara.

—¡Ya, ya! —se rinde finalmente y se dobla sobre la espalda de la muchacha sin dejar de apretarle las nalgas.

Ella lo deja hacer unos instantes, pero después le pide que se retire.

—¡Con cuidado! ¡Agarrando el preservativo! —le recomienda.

Grétel, una vez que Alejandrino se aparta de ella, se pone de pie y se va al baño. Regresa al poco rato envuelta en una toalla y se mete debajo de la colcha. “Se debe de haber lavado su cosita”, decide Alejandrino, que ha escuchado correr el agua de un caño.

—¿Y tú en qué trabajas? —le pregunta la muchacha después de doblar en dos la almohada y apoyar la cabeza en ella.

—Tengo mi empresa de seguridad —cuenta Alejandrino la historia de siempre.

—Ah, con razón... —comenta la muchacha.

—¿Con razón qué? —no entiende Alejandrino.

—Con razón puedes pagar tanto para estar con una chica... ¿O serás narco? —pregunta Grétel un poco temerosa de la reacción de él.

—¿Narco? —se ríe Alejandrino—. ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Es que los narcos siempre andan cargosos. Una vez una amiga de la agencia fue a atender a un narco y vio que el pata, para pagarle, sacó un fajo de dólares del bolsillo. Y dice que usaba tremenda cadena de oro que no se quitaba para nada, ni para entrar a la ducha.

—¿Y a mí me has visto sacar un fajo de dólares? —pregunta Alejandrino divertido—. ¿Y mi cadena de oro dónde está? ¿No te la habrás guardado tú?

—Tienes razón, no debes de ser narco, aunque tienes el mismo tipo que el pata ese...

—¿Qué tipo? —se interesa Alejandrino.

—Así, tipo... peruano —responde Grétel después de buscar la palabra apropiada durante unos segundos—. Piel trigueña, cabello negro trinchudo, lampiño, así como nuestro presidente, pues. Choledo.

—No me compares con ese inútil mentiroso —se ofende mitad en broma, mitad en serio Alejandrino—. Además, Toledo es chato y con las piernas chuecas. ¿Acaso yo tengo las piernas chuecas? —se mira Alejandrino esa parte del cuerpo.

La observación de la muchacha le ha dolido, pero no tanto como hubiera ocurrido en otras circunstancias. En ese momento, después de haber hecho gemir por primera vez a una mujer —¡y a qué mujer!—, se siente poderoso, tan poderoso que ni una bala atravesaría el blindaje que lo protege.

—No, tú no eres chato ni tienes las piernas chuecas... ¿Y qué tal te va con tu empresa? —cambia Grétel de tema, quizá consciente de que ha llevado su frescura demasiado lejos.

—Bien, muy bien. Cada vez tengo más contratos...

—¿Quién te contrata? ¿Cualquier persona?

—No, sobre todo empresas...

—¿Sí? ¿Qué empresas? —se muestra por primera vez interesada Grétel.

—De todo, bancos, supermercados, tiendas grandes, casinos...

—¿Casinos también? ¿Con qué casinos trabajas? —se incorpora la muchacha en la cama con los ojos que le brillan—. ¿No tendrás contrato con el Majestic?

—¿El Majestic? —empieza a titubear Alejandrino pensando que le van a coger la mentira—. No, no conozco el Majestic. Mi empresa no es de acá, es de Piura...

—Ah, de Piura... —se decepciona la muchacha.

—¿Dónde es el Majestic, ah? De repente podría ir a probar suerte —se da cuenta Alejandrino de que se ha salvado por un pelo.

—En el Marriott. Es el casino del hotel Marriott. Hace tiempo que quiero entrar a trabajar allí...

—¿Y no trabajas como modelo? —le toca el turno de preguntar a él.

—Sí, sí, claro. Como impulsadora, pero no siempre hay trabajo y a veces no pagan bien —se queja Grétel—. Hace tiempo que quiero entrar a trabajar en el Majestic. Dicen que las propinas son excelentes y en una de esas me conozco con un gringo y me voy para siempre del Perú.

—¡Buena idea! —quiere halagar Alejandrino a la muchacha—. Aquí una chica tan guapa como tú no tiene futuro. Mira lo que tienes que hacer...

—Lo que hago no te importa —lo frena en seco Grétel—. Mejor pídemme una gaseosa. ¿Puedes? Me está empezando la migraña. Quiero tomar una pastilla...

Alejandrino mira la lista de teléfonos que está pegada en la mesa de noche, marca el número del bar y pide una Coca-Cola y un cubalibre.

—Eres muy malgeniada... —se queja finalmente—. ¿Qué cosa es migraña?

—Es un dolor muy fuerte de cabeza —le explica Grétel, de mala gana.

—¿Y qué cosa tomas para eso?

—Un calmante, pero tengo que tomarlo antes de que empiece la migraña. Una vez que la maldita empieza, ya nada la para.

Alejandrino ya había notado algo raro en los ojos de la muchacha, como si fueran vidriosos. Lo primero que pensó fue que seguramente ella había fumado algo, pero ahora decide que

esa mirada un poco perdida y esas pupilas dilatadas seguramente se deben a la tal migraña y a los calmantes.

—¿Seguido te da la migraña? —se compadece de Grétel.

—Por épocas todos los días... ¡Vístete de una vez! —cambia ella de tema de pronto.

—¿Vestirme? ¿Para qué? —no entiende Alejandrino por qué la muchacha le pide eso.

—¿Cómo para qué? Para que abras la puerta cuando traigan las bebidas. O piensas salir a abrir así, con esa cosa que te está colgando —señala Grétel el preservativo.

—Tienes razón. Me vestiré... —se levanta Alejandrino de la cama y va al baño para lavarse. La puerta, sin embargo, la deja abierta. El canguro con los dólares está de nuevo debajo del colchón y no quiere perderlo de vista ni un segundo.

—¿Qué vas a hacer más tarde? —le pregunta a Grétel cuando sale del baño con una toalla amarrada a la cintura—. ¿No te animas a ir conmigo a ese casino?

—¿Estás loco? ¿Y si alguien me ve contigo? —rechaza de plano la invitación la muchacha.

—¿Y qué va a pasar? —no se desalienta Alejandrino—. Máximo pensarán que soy tu amigo o tu primo...

—No tienes pinta de ser mi amigo. Menos todavía de mi primo —se pone aún más cortante.

“¡Esta putita qué se habrá creído!”, se dispone a ponerla en su sitio Alejandrino, pero justo llaman a la puerta y va a abrir.

—¡Espera! —lo detiene Grétel—. Me voy a meter al baño...

Alejandrino la ve levantarse de la cama envuelta en su toalla y desfilar al baño. Espera que cierre la puerta y recién entonces deja pasar al mozo con las bebidas.

—Ponlas ahí, choche —le señala una de las mesas de noche y mientras tanto recoge su pantalón del suelo para buscar unas monedas.

—Gracias, señor —le recibe el mozo la propina y se retira de la habitación.

En los ojos de ese muchacho, Alejandrino ha visto algo que le ha parecido admiración o envidia y eso le devuelve el buen humor. Allí está él, en la lujosa habitación de un hotel, dispuesto a tirarse de nuevo a una muchacha con la que la mayoría de hombres ni siquiera pueden soñar.

—Ya se fue —avisa alzando la voz—. Ya puedes salir...

Grétel se demora un rato todavía. Cuando sale, con el pelo suelto de nuevo, va de frente a su casaca a buscar algo en el bolsillo.

—El calmante —le muestra a Alejandrino una pastilla antes de metérsela a la boca y pasarla con un sorbo de gaseosa.

Alejandrino, cuando ella echa atrás la cabeza, se queda admirado al descubrir lo largo y fino que es su cuello. Nunca le había llamado la atención el cuello de una mujer. El de Grétel le parece hermoso.

—¿En qué piensas? —le pregunta la muchacha—. ¿Te has enojado por lo que te he dicho? No me hagas caso. Soy una bruja cuando estoy con la migraña. A mi Gordo también lo hago sufrir...

—¿Tu Gordo? ¿Quién es tu Gordo? —se interesa Alejandrino.

—Mi enamorado. Justo hemos quedado para ir al cine esta noche...

—¿Y después del cine qué vas a hacer? ¿Nos podemos ver de nuevo? —hace un último intento Alejandrino.

—¿Dónde? ¿Aquí? —está más mansa la muchacha.

—Aquí, en un casino, en una discoteca, donde quieras. Es mi última noche en Lima. Mañana me regreso a Piura.

—¿Mañana te regresas? ¿Tan rápido? ¿Y cuándo vas a venir de nuevo?

A Alejandrino le ha parecido notar un poco de interés y simpatía en esas preguntas, pero no quiere engañarse.

—¿Cuándo voy a volver? No sé. No creo que pronto. Por eso te decía para que nos veamos de nuevo más tarde...

—*Okay*, pero tiene que ser aquí. Puedo venir a eso de las diez de la noche. ¿Está bien?

—Está más que bien —se alegra Alejandrino—. Eso sí, para que no te extrañe mucho, quítate esa toalla. Tú sabes, en la repetición está el gusto...

SEIS

Ni bien se queda solo en la habitación, Alejandrino se asegura con llave y se mete a la ducha. Ya ha decidido lo que va a hacer en las próximas horas: primero ir al Blue Sky a recoger sus cosas, después buscar un regalito para Grétel, para que sujete su genio, y finalmente a comer. ¡Quiere darse un atracón en un buen chifa, en esos que hay por República de Panamá!

—Me ha gustado el hotel. Me voy a quedar hasta mañana —le explica al recepcionista al tiempo que le entrega la llave—. Voy a ir a traer mis cosas del alojamiento donde estaba.

—Muy bien, señor. Lo esperamos —se limita a decir el blanquiñoso.

En el Blue Sky, creyendo que él va a meter lío, le explican que pasadas las doce del día tiene que pagar por una noche más así no se quede, que debió avisar que se iba a retirar.

—Pago. No hay ningún problema. ¿Cuánto es?
—pregunta sacando más billetes de los necesarios del bolsillo.

“Gréte! juraría que soy un narco”, piensa en ese momento y no puede evitar que una sonrisa se dibuje en sus labios. Cae en la cuenta, al mismo tiempo, de que hace horas que no le preocupa que la Policía lo esté buscando, pero no trata de comprender por qué está actuando así. “Mañana parto a Piura”, se dice a sí mismo y eso basta para que se sienta tranquilo.

De vuelta en el Nexus, le causa disgusto encontrar la cama deshecha y la toalla tirada en la alfombra. Mete su maletín y la maleta en el clóset y, al pasar por recepción, pide que le arreglen el cuarto.

—Generalmente la limpieza se hace en las mañanas —le explica el joven.

—¿Y si yo necesito que lo arreglen ahora? Es que más tarde voy a recibir una visita. Si ve ese desorden, va a pensar que estoy acostumbrado a vivir como un chanco —le guiña el ojo Alejandrino al muchacho—. Solucióname eso, *brother*. Te voy a dar una buena propina cuando me vaya.

—Está bien, señor —sigue mostrándose igual de distante el recepcionista.

Tiene pensado comprar el regalo en Larcomar. Era uno de los sitios a los que con más frecuencia iban a pasear con Laurita. A ella le gustaba entrar sobre todo a la tienda de las cosas raras. La bautizaron así porque todo lo que vendían, relojes, lámparas, lapiceros, portafotos, parecía fabricado en otro planeta y siempre a base de vidrio y un metal plateado. Laurita estaba enamorada de una lámpara que parecía una bola de cristal con una especie de rayos adentro, como cuando en las películas muestran una tormenta eléctrica. Por esa lámpara se decide finalmente Alejandrino cuando la vendedora le muestra que si

uno pone el dedo sobre el cristal, todos los rayos se concentran allí donde está ese dedo apoyado.

Contento con su compra, decide echar una mirada al centro comercial, un loquerío como todos los domingos. Hay aglomeración, sobre todo, en las boleterías de los cines y en los sitios de comida. Acodado en la baranda del segundo nivel, Alejandrino mira a esos chicos y chicas que están haciendo cola para comprar sus entradas. Grétel no tiene nada que envidiar a ninguna de esas muchachas, es más bonita todavía. ¿Algunas de ellas trabajarán también en alguna agencia? Alejandrino las estudia ahora con ojos de conocedor. Sabe que tienen los senos pequeños y la piel muy suave, que su cuello es largo y fino y que igual de delicada es su cintura. Así serán las chicas que miden noventa, sesenta, noventa y que salen reinas en los concursos de belleza.

Ninguna de esas chicas repara en él, pero está seguro de que lo mirarían si supieran la cantidad de dólares que lleva en el canguro. Ahora puede invitarlas a cualquiera de esos locales a los que con Laurita nunca se atrevieron a entrar: al Café Café, al Mangos, al Tony Roma's, incluso a ese chifa del fondo que para siempre vació debido a lo caro que debe resultar. Y después puede ir a bailar con ellas en una discoteca o a jugar en un casino y ni siquiera en taxi, sino en su propia camioneta. Y ya de madrugada puede llevarlas a un hotel con cochera y ascensor y en el que las habitaciones son relucientes, no con piso de tierra sino alfombrado.

"No solo toco pito, yo soy mucho más. Yo voy a Internet, navego en la web. Me gusta la poesía, Beethoven también...", se pone a cantar en voz baja sintiéndose satisfecho, con el mundo a sus pies. Casi casi se anima a entrar al cine para compartir algo más con esos pituquitos, pero al final desiste porque sabe que se va a aburrir o que quizá incluso se duerma. Eso en todo caso es lo que le pasa cuando ve televisión en casa de su mamá y en ningún canal hay fútbol...

Del chifa sale a eso de las nueve de la noche, cada vez de mejor humor. Ha ordenado como dos personas, pero sabe que la comida china se digiere rápido. Además, mientras espera a Grétel, piensa pedir un cubalibre o un pisco sour. O de repente hasta se anima a probar un whisky. El Venenoso Ramírez dice que sabe a orines de gato, pero no le cree. ¡Nadie pagaría tanta plata por una bebida asquerosa! Al Venenoso no hay que creerle ni la mitad de lo que dice. ¡Es un fanfarrón!

Se sube a la camioneta y avanza unas cuadras por República de Panamá. Toma luego la Benavides para salir a Larco y empalmar con la Arequipa. A esa hora el tráfico ha disminuido y puede manejar despacio, redescubriendo esa ciudad que hasta hace tan poco veía desfilas ajena desde la ventanilla de la camioneta blindada. Hay poca animación en las calles y si no fuera por las luces de los casinos, el que está cerca del Zanjón y el de la esquina con Larco, se podría pensar que la ciudad se ha dormido temprano empujada por la humedad y la fina garúa, seguramente una de las últimas del año. Hay personas que se quejan de la garúa, pero a él siempre le ha gustado, le gusta que las veredas y las pistas brillen y reflejen la luz de los carros y del alumbrado, le gusta que las cosas se vean borrosas y que todas las personas parezcan envueltas en una especie de velo. Eso lo hace sentirse menos solo, sentir que forma parte de algo, así sea difuso.

En ese momento le entran ganas de bajar al circuito de playas y, al llegar al óvalo, da media vuelta y coge Diagonal. Ya en el primer semáforo, sin embargo, cambia de opinión preocupado por la hora y en Berlín dobla a la derecha para llegar cuanto antes al Nexus. Al acercarse al Bruce Hotel le llama la atención que no haya ni una sola ventana con luz en tremendo edificio y se acuerda de nuevo del Venenoso Ramírez. Él para diciendo que ese hotel es pantalla de la mafia coreana, que lo que verdaderamente

les da plata es el casino y la sauna, una sauna con las chicas más caras de Lima. "Dice que son unas chinas mamacitas que usan la vagina como si fuera una boca", les ha repetido como mil veces el Venenoso. Tratando de imaginar cómo puede ser eso, Alejandrino piensa que no estaría de más probar.

—Después de un tiempo en Piura —dice en voz alta y se olvida del asunto.

El whisky que ha pedido no le parece tan feo, pero de todos modos, cuando se acaba su vaso, llama de nuevo al bar y ordena un cubalibre. Ya son más de las diez y empieza a ponerse nervioso. A las diez y media telefonea a la agencia, pero nadie contesta. Insiste hasta que a la tercera vez escucha la voz de la señora.

—Aló, soy Richard. No sé si te acuerdas de mí. Soy el que estuvo por la tarde con Grétel... —explica Alejandrino.

—Ah, hola, Richard. Dime, ¿en qué te puedo servir?

—Quisiera atenderme de nuevo con Grétel —no menciona por si acaso que ella le había prometido visitarlo a las diez—. Sigo hospedado en el Nexus...

—Disculpa, Richard, pero nuestras chicas solo trabajan hasta las diez de la noche. Como comprenderás, son chicas de su casa.

—¿No le puedes preguntar a Grétel? —porfía Alejandrino—. De repente se anima...

—No, no puedo —le cambia la voz a la señora—. Mira, Richard, con todo gusto te podemos atender mañana. ¿Te estás quedando en el Nexus, me has dicho?

—Sí, sí —responde Alejandrino decepcionado, pero hace un esfuerzo para no ponerse grosero—. Mañana llamo entonces. ¿A partir de qué hora atienden?

—A partir de las diez, once. Espero tu llamada —cuelga sin más la señora.

Aleandrino no sabe qué hacer, si esperar un rato más, si llamar a alguno de los números de Placeres del Perú, si salir a dar una vuelta. Descarta lo de la chica porque sospecha que a esa hora de la noche esas lindas muchachas pueden servir de cebo para atraer a incautos, como las famosas peperas que coquetean con hombres solos en los bares, les ponen una pastilla en el trago y después los limpian.

A eso de las once, cuando ya está seguro de que Grétel lo ha dejado plantado, se sube a la cuatro por cuatro y coge de nuevo rumbo a Larcomar.

—Hasta qué hora puedo dejar el carro —le pregunta al vigilante del estacionamiento.

—Hay personal de turno toda la noche —le responde este.

Cuando sale a la zona de restaurantes y tiendas, Alejandrino descubre que de la agitación de hace algunas horas no queda casi nada. Son muy pocos los locales que todavía atienden y movimiento solo hay delante de la discoteca que queda al lado del Pardo's Chicken. "Podría entrar", piensa, pero antes decide ir al casino del Marriott. Quiere que Grétel sepa, cuando se vuelvan a encontrar, que no se quedó hecho un tonto esperándola, que estuvo probando suerte ni más ni menos que en el Majestic.

El Marriott, a diferencia del Bruce Hotel, tiene montón de luces encendidas y, junto con las chimeneas de Larcomar, se le antoja a Alejandrino parecido a esos cruceros que de muchachito iba a ver al Callao cuando todavía vivía en la avenida Argentina. Parecían edificios flotantes. Llegaban trayendo a centenares de gringos y se convertían en la atracción del puerto durante los dos o tres días que estaban en el muelle.

El casino, recién se da cuenta, queda a un costado del edificio y la entrada es pasando un pequeño centro comercial. Hacia allí se dirige, aunque no muy seguro del todo. El ancho corredor por

el que camina conduce de frente a una puerta abierta de par en par. Asombrado por el tamaño de la sala y por la cantidad de máquinas que emiten luces y toda clase de sonidos, Alejandrino no nota que hay dos vigilantes al terno en un costado. Los mira justo antes de cruzar el umbral y ellos se le paran delante.

—Perdona, amigo —empieza a explicarle el más alto, un trigüño de rostro inexpresivo con un auricular en la oreja—. En el hotel hay una reunión internacional de ejecutivos y esta noche estamos recibiendo solo con invitación.

—Ah, no sabía —se disculpa Alejandrino y da media vuelta sin siquiera haber tenido tiempo de clavarle el ojo a alguna anfitriona. Eso hubiera querido comentarle a Grétel, cómo se visten, de qué edad son más o menos, si son o no unas mamacitas.

Vuelve a la discoteca, pero la idea de entrar solo, a medida que se acerca a ese grupo de muchachos y muchachas que revolotean delante del ingreso, ya no le parece tan atractiva. Preferiría ir a un *night club* con stripteaseras, pero se da cuenta de que no conoce ninguno y tampoco sabe a quién preguntar. ¿De repente al *barman* de la disco? Se toma un trago en todo caso, curiosear un rato y se sale.

—¿Su carné, señor? —lo detienen de nuevo en la puerta.

—¿Carné? —se asombra Alejandrino.

—El ingreso es exclusivo para socios o sus invitados —le muestra el portero una lista de varias páginas.

El aire de superioridad que se da ese muerto de hambre irrita a Alejandrino.

—¿Y cualquier persona no puede entrar? Dando una propina... —muestra por lo bajo un billete de cincuenta soles.

—Solo los socios y sus invitados —no se inmuta el que controla el ingreso.

—¿Y qué se necesita para ser socio? —pregunta por fregar Alejandrino.

—Pagar una cuota de inscripción.

—¿Nada más? Entonces voy a pagar mi cuota. ¿Cuánto es? —se lleva de nuevo Alejandrino la mano al bolsillo.

—Trescientos soles, pero tiene que venir de día. Attendemos desde las once de la mañana —se pone en plan de empleado de ministerio el muy cabrón.

—¿De día? ¿Y por qué no puedo inscribirme ahora? ¿De día para qué quiero entrar a la discoteca? —empieza a ofuscarse Alejandrino.

—No, la discoteca no funciona de día. Solo nuestra oficina para recibir inscripciones —le explica el vigilante como si se tratara de un niño.

—Ya, pues, entonces mañana me inscribo y ahora entro así nomás —trata de abrirse paso Alejandrino.

—Retírese, por favor, señor. No me obligue a llamar a seguridad —se le cuadra delante el tipo mostrándole un *walkie-talkie*.

—¿Seguridad? ¡Yo también soy seguridad! —quiere armar pelea Alejandrino, pero la cara de desconcierto que pone el vigilante hace que se le enfríen los bríos.

Media hora más tarde, rumiando todavía su disgusto, está delante de una jarra de cubalibre en un bar de la Calle de las Pizzas donde las meseras parecen del Lejano Oeste: llevan sombreros de vaquero y unas blusas amarradas debajo de los senos que les dejan casi todo el torso desnudo. Al rato de estar observando ese pequeño mundo, Alejandrino se lamenta de haber ordenado una jarra de golpe. Las chicas solo se acercan a las mesas cuando les piden algo y el resto del tiempo lo pasan cuchicheando entre ellas o coqueteando con algunos tipos que deben ser clientes habituales porque las conocen por sus

nombres. De ese modo Alejandrino descubre que la chica que más le gusta, una trigueña alta y con un cuerpazo como el de Jeanette Barboza, se llama Jimena.

—Amiga, ¿me puedes traer la carta? —le pide una de las veces que pasa por su lado sin atreverse a llamarla por su nombre.

—Ahora mismo —le responde y, efectivamente, al rato le deja la carta sobre la mesa, regalándole de pasada una sonrisa.

Alejandrino escoge un plato y llama a Jimena con una seña.

—¿Sí? —le pregunta ella sonriendo de nuevo.

—Tráeme un buen lomo, por favor —le pide guiñándole un ojo.

—¿Lomo? ¿Saltado? —le pregunta Jimena.

—Puede ser saltado, pero mejor si es montado —sigue haciéndose el bromista Alejandrino.

—No servimos lomo montado —se pone seria la mesera.

—En la cocina no sirven... pero y tú, ¿no te animas? —se manda a la mala.

—¡Qué tienes, imbécil! —se pone furiosa la muchacha.

Alejandrino la mira durante unos segundos y, en su borrachera, decide que ella se está haciendo la enojada.

—De verdad te digo. Te puedo dar hasta cien dólares —le propone entonces, bajando la voz.

Una bofetada que le tuerce la cara deja a Alejandrino paralizado durante unos segundos, pero no resulta suficiente para hacerlo entrar en razón.

—¡Qué tienes, puta de mierda! —se pone de pie bruscamente, tumbando de paso la jarra de cubalibre y el vaso.

Al estrépito, todas las miradas se vuelven hacia él. Alejandrino se arrepiente de su metida de pata, pero ya es demasiado

tarde. Un forzado salido no sabe de dónde se materializa delante de él y, sin decir palabra, lo conduce a la salida.

—¡Ese cholo de mierda me ha ofrecido plata! —alcanza a escuchar Alejandrino lo que Jimena les está diciendo a las otras meseras.

—¿Cholo? ¿Cholo? —quiere contestar, pero el grandulón, que lo lleva cogido del cuello como a un amigo, aprieta los dedos y lo hace retorcerse de dolor.

—Si vuelves por aquí, te saco la mierda —le dice en voz baja, antes de ponerlo en la calle de un ligero empujón.

A Alejandrino le hierve la cara de vergüenza, pero se tranquiliza cuando comprueba que las pocas personas que están en las mesas al aire libre o paseando no se han percatado de nada.

SIETE

Despierta recriminándose por lo estúpido que fue al manejar borracho por medio Lima. Ese era su mayor problema. Cuando se picaba, siempre la quería continuar. Por eso se le metió en la cabeza buscar una botillería para comprar más ron. ¿Y cuánto tomó al llegar al hotel? Ni siquiera un par de tragos y cayó como muerto. “Tengo que partir ya a Piura. Fácil la voy a cagar”, piensa, pero mientras aplaca la resaca con una Coca-Cola helada cambia de opinión y decide que antes hará todo lo posible para encontrarse una vez más con Grétel. Se dispone a marcar el número de Bellasvip comprobando que ya son casi las once de la mañana, cuando de pronto unos golpes en la puerta hacen

que contenga la respiración. “No, seguro que quieren arreglar el cuarto”, descarta la posibilidad de que sea ella y, amarrándose una toalla a la cintura, abre.

—¡Grétel! —no puede esconder su alegría al verla.

—¿Se puede? —pregunta la muchacha y, sin esperar respuesta, entra a la habitación.

Alejandrino, tras mirarla un rato, decide que está más linda que el día anterior. Tiene más pinta de chibola, en todo caso, con el buzo holgado que lleva puesto, como si acabara de salir del gimnasio.

—¡Deja ya de mirarme! ¡No me gusta! —se queja y a su vez le echa un vistazo a la habitación—. Por lo visto has estado de juerga anoche. Seguro que con otra chica... —comenta al descubrir la botella de ron en el velador

—No, he estado tomando solo, de pena porque me dejaste plantado... —se siente halagado Alejandrino con ese reproche, por más que sea solo en broma.

—¡Te voy a creer! ¿Con quién has estado? ¿Con otra chica de la agencia?

—No, no he estado con nadie. ¿No ves que hay un solo vaso? —le divierte a Alejandrino esa situación—. Además, la señora de tu agencia me dijo que ustedes trabajan solo hasta las diez de la noche. ¿Ella te ha avisado que yo te quería ver?

—Sí, pero le he dicho que no podía. ¿No te ha llamado para ofrecerte a otra chica?

—No, no ha llamado... —trata de entender Alejandrino qué enredo hay entre Grétel y la señora de la agencia.

—Es que si le digo que he venido a verte, tengo que darle su comisión y es una buena tajada de lo que me pagas —le lee Grétel los pensamientos—. Seguro que te va a llamar. ¡No le vayas a decir que estoy aquí! Dile nomás que no quieres a ninguna chica, que estás ocupado.

—Si llama, le voy a decir que ya me estoy regresando a Piura —tranquiliza Alejandrino a la muchacha, contento de que entre ellos haya cierta complicidad.

—Bueno, tenemos que apurarnos —cambia de tema Grétel—. Más tarde tengo cosas que hacer. Eso sí, primero dúchate bien. ¡Sabe Dios con quién habrás estado anoche!

—Ya te he dicho que con nadie —se ríe Alejandrino camino al baño. Le da un poco de miedo que Grétel le meta la mano a los bolsillos o que busque debajo del colchón, pero comprende que peor sería despertar sus sospechas pidiéndole que salga de la habitación o negándose a tomar la ducha.

—Ven —lo llama Grétel cuando sale del baño. Está en la cama, cubierta con la colcha.

Alejandrino mira en dirección a la silla y descubre allí su buzo gris. En la mesa de noche, al lado de la botella, está un preservativo. Emocionado, se acerca a Grétel y quiere darle un beso.

—¿Qué haces? ¡Nada de besos, ya te he dicho! —reacciona de inmediato la muchacha—. Si intentas besarme, me visto y me voy...

—Está bien, está bien, disculpa —se retira Alejandrino, dolido de que ella sea tan cortante.

—Ven... —lo vuelve a llamar Grétel y, cuando él se para al borde de la cama, le quita la toalla con la que se cubre.

A partir de ese momento, la muchacha toma la iniciativa en todo. Alejandrino, que podía contar con los dedos de una mano las mujeres con las que se había acostado, no tenía ni idea que una chica pudiera ser tan desinhibida y tan mandona. Incómodo en un comienzo, poco a poco va encontrándole gusto al asunto, pero cuando definitivamente pierde la cordura es en el momento en que Grétel, sentándose encima de él, prácticamente empieza a cabalgarlo. Sin saber lo que hace, Alejandrino besa las manos de la muchacha, esas

manos de dedos delgados como huesitos con las que se apoya en la cama para mover mejor la pelvis.

Como si esa muestra de gratitud y entrega no fuera suficiente, Alejandrino aprovecha el desconcierto de la muchacha para echarla de espaldas en la cama y empezar a besarle milímetro a milímetro todo el cuerpo, deteniéndose sobre todo en la parte interior de sus muslos. En algún momento siente incluso deseo de besarle su sexo, pero se detiene. No por temor a contagiarse algo, sino porque nunca lo ha hecho y no imagina cuál puede ser la reacción de Gretel.

—Ven, échate encima de mí —le dice en ese momento la muchacha—. Nos vamos a venir juntos.

Alejandrino le obedece. Se echa encima de ella, la penetra y empieza a moverse sintiendo cómo ella se acompasa a sus embistes.

—Se me viene, se me viene... —le avisa a la muchacha advirtiéndole que ella necesita más tiempo, que todavía no está jadeando ni gimiendo, pero nada puede hacer ya para frenar ese torrente que arrastra todo a su paso.

Cuando recupera el aliento, quiere preguntarle si se vino o se quedó con las ganas, pero no se atreve. Prefiere pensar que también ella ha disfrutado, que no lo está haciendo solo por la plata.

—Me voy a duchar —anuncia Grétel en ese momento dejándolo solo con sus pensamientos.

“Ya la vi, ya estuve de nuevo con ella. Es hora de partir a Piura”, trata de entrar en razón, pero le cuesta renunciar a esa muchacha. Sabe que cada hora que pasa aumenta el riesgo de que la Policía le siga la pista. Laurita es la que lo puede joder. ¡Ha visto la cuatro por cuatro! ¿Qué cosa habrá pensado? Deben de haber decidido con el hijo de puta de su Rafael ese que es de algún cliente o de su trabajo y se habrán olvidado del

asunto. ¿Qué probabilidad hay de que se entere de que él es el guachimán que ha robado cuarenta mil dólares? Y si se entera, ¿será tan cojuda de avisar a la Policía? Si no es estúpida, sabe que si él sigue libre, algo de plata le puede caer. De repente hasta ha tenido tiempo de pensar y se ha arrepentido de lo que ha hecho. Puede que esté esperando que él la llame o le dé alguna señal para unírsele. ¡Qué va a querer seguir de pobre toda la vida! ¡Ella todavía que sueña con las tiendas!

—Richard, ¿te importa si me voy? —le pregunta Grétel ni bien regresa a la habitación envuelta en la toalla—. Tengo que hacer. Te dije, ¿te acuerdas?

—No, no me importa, pero me harás un descuento —dice él más en broma que preocupado por el dinero.

—Está bien. Dame ciento cincuenta —le cambia la voz a Grétel de inmediato.

—Ciento cincuenta es sin descuento. Eso me dijo anoche la señora —le saca ronchas a Alejandrino que lo trate de esa manera.

—Oye, tú eres narco, qué más te dan cincuenta dólares... —le sale Grétel con la misma historia del día anterior.

—No soy narco. Tengo mi empresa de seguridad —le aclara Alejandrino sin perder la calma. Piensa darle no ciento cincuenta sino doscientos dólares más la lámpara que le compró en Larcomar, pero antes quiere hacerse de rogar—. Además, así fuera narco, no tengo por qué ir regalando plata por ahí...

—¿Regalando? ¿Crees que me hace gracia estar con un tipo como tú? —pone Grétel una cara de asco que la desfigura.

Alejandrino, arrepentido de haber despertado al monstruo que vive dentro de esa muchacha, se para a buscar su pantalón, pero en eso suena el teléfono.

—¿Aló? —descuelga el auricular.

—¿Hablo con Richard? —pregunta una voz de mujer.

—Sí, con él.

—Hola, Richard. Te estoy llamando de Bellasvip. Quería saber si Grétel ya fue a buscarte...

Alejandrino busca los ojos de la muchacha, que también le clava una mirada interrogativa, y decide que ese es el momento de vengarse.

—Sí, sí, aquí está. ¿Quieres que te pase con ella? —le extiende el teléfono a Grétel sin esperar respuesta.

La conversación entre la muchacha y la señora de la agencia es muy breve. Alejandrino, al tiempo que busca el dinero en sus bolsillos, quiere escuchar algo, pero le resulta imposible porque Grétel le ha dado la espalda.

—¡Eres un imbécil! ¡Dame mi plata! —lo enfrenta la muchacha ni bien cuelga.

Alejandrino, aguantando las ganas de mandarle un sopapo, le extiende un billete de cien dólares.

—¡Son ciento cincuenta! ¡Tú mismo le has dicho a Roxana que estoy aquí! —estira la mano Grétel.

—Son ciento cincuenta por hora y media —responde impasible Alejandrino y se echa en la cama cogiendo de pasada el control del televisor.

Grétel lo mira un rato, mira el televisor y finalmente opta por recoger su ropa de la silla y encerrarse en el baño. Sale como a los diez minutos con esa mirada perdida que tiene a veces.

—Dame mis cincuenta dólares, por favor —le pide a Alejandrino mirándolo a los ojos.

Él sostiene un rato esa mirada al tiempo que busca en su interior la rabia que sentía hasta hace un rato, pero solo encuentra una mezcla de melancolía y pena.

—¿Sabes una cosa? —le dice a Grétel—. Sí, soy narco. Pensaba regalarte quinientos dólares y una cosa que te compré

ayer en Larcomar, pero no te lo mereces. ¡Eres una creída de mierda! ¡Toma tus cincuenta dólares y hazte humo! Ah, y deberías tener un poquito más de cuidado con esa bocota. ¡Podría pasarte algo!

—¿Sí? ¡Qué cosa me podría pasar! —quiere sonar desafiante la muchacha, pero se nota que está asustada.

—Un par de negros con sida podrían violarte, por ejemplo. Y a tu enamorado también —disfruta Alejandrino al ver que ese lindo rostro pierde todo su color.

—¡Necesito la plata! ¡Estoy en problemas! —arranca a llorar Grétel de pronto—. ¿Tú crees que hago esto por placer?

Alejandrino se siente resarcido y quiere permanecer inmovible ante esas lágrimas, pero no puede. Es más, tiene que hacer un esfuerzo para no acercarse a ella y tratar de consolarla.

—Todos tenemos problemas. Eso no es motivo para que nos aprovechemos de la gente... —quiere hacerse el severo Alejandrino, pero se muerde la lengua dándose cuenta a tiempo de que ha empezado a hablar como un cura.

—¿No puedes prestarme plata? Solo cincuenta dólares... —le ruega Grétel notando al parecer su cambio de actitud.

—¿Prestarte? ¿Y cómo hago para que me pagues? —empieza a dudar Alejandrino.

—Te doy mi número de celular —le muestra Grétel el bendito aparato como si fuera suficiente garantía.

—Mejor hacemos una cosa... —decide Alejandrino hacer un nuevo intento de ganarse a esa muchacha—. Ahora te regalo los cincuenta dólares y la próxima vez que venga a Lima te busco. Si nos entendemos bien, te regalo los quinientos dólares que pensaba darte...

—¿Y cuándo vas a volver a Lima? —le brillan los ojos a Gretel.

—No sé. No estoy seguro. Será de acá a un mes, un poco más...

—¿Un mes todavía? ¿Por qué mejor no nos encontramos antes de que te vayas? A modo de despedirnos —no se preocupa Grétel por disimular que está ansiosa de recibir ese dinero...

Alejandrino no dudaría un segundo en aceptar si no fuera por el riesgo que corre. La única solución que se le ocurre es casi no salir del hotel hasta el momento de coger la carretera.

—Tendría que ser por la tarde —propone—. Tengo que estar en Piura a más tardar mañana en la mañana. Si parto a eso de las siete de la noche, embalando puedo llegar a tiempo...

—¿Por la tarde? ¿Está muy bien! ¿A las cinco te parece? —está como una seda Grétel.

—Está bien. Aquí te espero —le entrega cincuenta dólares más Alejandrino y ya está por despedirse de ella, cuando se acuerda de la lámpara—. Toma, llévate tu regalo. Por la tarde me dices qué te pareció.

OCHO

A las ocho de la noche, Alejandrino está comiendo con Grétel en el Pizza Hut de La Marina. Eso fue lo que ella escogió cuando ambos coincidieron riendo en que el sexo les había dado hambre, pero no quiso ni oír hablar de ir al local que está al lado de Larcomar por temor a encontrarse con algún conocido. “Mi gordo me mata —argumentó—. ¡Es superceloso!”.

De mejor humor Alejandrino no puede estar. Estuvieron casi tres horas haciendo el amor con Grétel y él

sintió casi como si fueran enamorados. En un momento, incluso, cuando él estaba como embobado mirando su rostro de ángel y besando de nuevo cada uno de sus dedos, ella le cogió la cara con las dos manos y le dio un piquito. ¡Ese roce apenas de los labios de ella con los suyos fue suficiente para hacerlo sentir en el paraíso!

—¿Qué tal está tu pizza? —le pregunta a Grétel extrañado ante ese menjunje que jamás había visto—. ¿Cómo se llama?

—Hawaiana. Está buenísima. ¿No quieres probar? —hace el ademán la muchacha de cortar un pedazo.

—No, no. De verdad que parece un postre —comenta Alejandrino mirando con desagrado la piña y la leche condensada—. Bonito este sitio... —añade a continuación, echando un vistazo a su alrededor.

—¿Nunca habías venido?

—No, nunca. La verdad no soy muy amante de la pizza, pero aquí sí que está riquísima. Vamos a tener que venir de nuevo.

—¿En Piura no hay Pizza Hut? —se interesa Grétel.

—No que yo sepa. ¿Más vinito? —pregunta Alejandrino, pero procede a llenar las copas sin esperar que la muchacha responda.

Fue idea de Grétel pedir una botella de vino. En el hotel igual, ni bien llegó dijo que necesitaba una cerveza y al final bebieron más de una. Al comienzo a Alejandrino no le pareció bien que una chica tan jovencita estuviera tomando trago, pero ahora, al verla tan animada y amistosa, no le importaría que se emborrachara.

—¿Y me vas a decir o no a qué te dedicas? ¿Eres empresario o eres el Padrino de Piura? —vuelve a sacar Grétel el tema del que estuvieron hablando en la camioneta.

—Tengo mi empresa de seguridad. ¡Vas a tener que venir a visitarme a Piura para que te convenzas! —decide cortar por lo sano Alejandrino.

—¿Y es grande tu empresa? ¿Cuántos empleados tienes?

—No, no es muy grande. Entre personal de seguridad, la secretaria y el conserje, tengo un total de diez empleados...

—¿Y te has enterado de ese guachimán que se ha robado un huevo de dólares? ¿Qué harías si te pasa lo mismo? ¿Te friegas? —pregunta de pronto Grétel.

Alejandrino quiere tomar un poco de vino para disimular, pero, por los nervios, vuelca la copa y no se puede retirar a tiempo para evitar mancharse la ropa.

—Ay, ya me fregué el pantalón —se lamenta mirando esa mancha como de sangre en la tela de color crema claro de esa prenda recién estrenada.

—Échate sal en la mancha —le alcanza Grétel el salero. Ella reaccionó rápido y, tras levantar la copa, secó la mesa con las servilletas que tenía a la mano—. Échale bastante y déjalo así un buen rato. La sal va a absorber el vino y no va a quedar mancha.

—¿Tú crees? —no se hace ilusiones Alejandrino, pero sigue las indicaciones de la muchacha al pie de la letra.

—Disculpe, señor —se acerca en ese momento el mozo.

Alejandrino se queda mirando cómo recoge las servilletas mojadas y seca la mesa con un paño, pero en realidad está pensando en cómo volver con naturalidad al tema del robo.

—¿Qué decías? ¿Que un guachimán se ha robado dólares? ¿Cómo así? Yo no he sabido nada.

—Yo tampoco sé bien. Parece que trabajaba en esos carros blindados que transportan dinero y se escapó con la plata...

—¿Sí? ¡Qué raro! En ese caso los que se han fregado son los que iban en el vehículo de seguridad con él. Su obligación no

es solo cuidar el dinero que transportan. Tienen que estar ojo también con sus propios compañeros...

—Pero me imagino que la empresa también se perjudicará con el robo. Tendrán que devolver la plata, supongo...

—La empresa también se perjudica, pero más a nivel de su prestigio. El dinero robado lo devuelve la compañía de seguros. Las empresas que se dedican al transporte de caudales siempre tienen que contar con un buen seguro...

Satisfecho con su perorata, Alejandrino se tranquiliza un poco. Grétel no se ha dado cuenta de lo nervioso que se puso cuando ella mencionó el asunto del robo, de eso está casi seguro. Le preocupa, sí, que la gente esté al tanto del asunto. Eso significa que Laurita también puede haber escuchado algo y de repente ata cabos y comprende de dónde apareció él manejando una cuatro por cuatro. ¿Seguirán diciendo su nombre en los noticieros de la televisión? ¿Habrán vuelto a sacar algo en los periódicos? “¡Me puedo joder por confiado!”, se recrimina a sí mismo. “Por lo menos he debido mirar las noticias de la tele...”.

—¿En qué piensas? ¿No vas a terminar tu pizza? Puedes pedir que te la envuelvan —le hace notar Grétel que está distraído.

—No, ¡qué envuelvan! Ahorita me la acabo... Estaba pensando en lo que me has contado. De todos modos para los que trabajamos en seguridad es mala noticia. Los empleados se enteran de lo que ha pasado y pueden pensar: si otro se ha robado tanta plata, por qué yo no...

En ese momento, el celular de Grétel empieza a sonar y ella, verificando primero quién llama, le hace una seña a Alejandrino y, recién cuando él se calla, contesta.

—Hola, Gordo.

—...

—Aquí, en mi casa.

—...

—Ya no, Gordito. Estoy cansada. Mejor mañana.

—...

—¿A qué hora?

—...

—Ya. ¿Pasas a recogerme?

—...

—Un beso —se despide Grétel y guarda de nuevo el celular en el bolsillo trasero del pantalón.

Alejandrino comprende que Grétel ha despachado a su enamorado y se siente pletórico. Ella le había advertido que no podían demorar mucho, que más tarde tenía que verse con su Gordo, pero ahora estaba libre. ¿Se querrá ir a su casa o aceptará pasar unas horas más con él? Buscando la manera de preguntárselo, ataca de nuevo su pizza y deja el plato limpio en cuatro bocados.

—¿Pedimos la cuenta? —busca Grétel con los ojos al mozo.

—Terminaremos el vinito. Está buenazo. Da pena desperdiciarlo —llena las copas Alejandrino para ganar tiempo.

—Para mí ya no. Ya estoy zampada.

—¡Mejor, pues! —la anima Alejandrino a tomar—. ¡La noche es joven! ¡Podemos hacer de todo!

—¿Cómo? ¿Y tu viaje? ¿Estás cambiando de planes?

—Si tú ya no te vas a ver con tu Gordo, yo me quedo en Lima hasta mañana —pone Alejandrino todas sus cartas sobre la mesa.

—¿Sí? —se entusiasma Grétel—. Pero sabes que soy una chica muy cara. ¿Todavía no te has quedado misio?

—Para una noche de juerga todavía me alcanza... —se jacta Alejandrino—. ¿Por qué no vamos al casino del Marriott?

—¿Y si alguien me ve? —empieza a dudar Grétel—. Podemos quedarnos por aquí mismo, aquí cerca hay montón de casinos...

—¡Quién te va a ver un lunes! —insiste Alejandrino—. ¡Te regalo cincuenta dólares para que juegues!

—Está bien... pero con una condición: si me encuentro con algún amigo, hacemos como que no nos conocemos.

—¡Perfecto! ¡No te conozco ni me conoces! —no le importa a Alejandrino que la muchacha sea tan quisquillosa.

En el Majestic, como calculaba Alejandrino, hay poca gente. Eso tranquiliza bastante a Grétel, pero igual toma la precaución de dar una vuelta y echar un vistazo. Alejandrino, mientras la espera, no se cansa de admirar el lujo del local y, sobre todo, su techo, que parece un cielo lleno de estrellas. Medio intimidado, compra fichas y se sienta a jugar un rato en las tragamonedas. Ha pasado por el hotel para quitarse el pantalón manchado de vino y lleva puesto el terno gris que compró esa tarde en su única salida. “Saco”, dictaminó Grétel cuando le consultó qué se ponía y él no dudó un segundo en hacerle caso. Sabe que está elegante y la súbita aparición de una anfitriona que le pregunta qué se sirve le parece la mejor confirmación de eso. “Un pisco sour”, responde y sigue un rato con la mirada a esa llamativa muchacha, pero no babeando, no comiéndosela con los ojos, sino sacando pecho porque esa noche él está con una chica todavía más guapa.

—¿No te aburres? Vamos a la ruleta —se le acerca Grétel.

Desde que entró al casino está transformada. Le brillan los ojos y en general ha hecho a un lado esa frialdad que Alejandrino solo en contadas ocasiones consiguió derretir.

—Vamos, vamos —la sigue él entusiasmado hasta esa zona del casino donde hay unas mesas que parecen de billar, pero en las que se juega, lo descubre cuando se acercan, con dados y

cartas. Las mesas de ruleta son también por el estilo, pero con una pequeña cúpula de plástico transparente en un extremo.

A la segunda o tercera vez que la bolita empieza a brincar de un número a otro, Alejandrino está igual de hipnotizado que Grétel. Es curioso cómo juega ella, poco a poco, poniendo una o máximo dos fichas en el rojo o en el negro y siempre después de pensar concentradamente, como si estuviera resolviendo una tarea del colegio. Alejandrino, en cambio, prefiere apostar a algún número, el de su cumpleaños, el del cumpleaños de Laurita, el cuarenta por los cuarenta mil dólares, pero la suerte siempre va por otro lado. Así, al cabo de un par de horas, él prácticamente se ha quedado sin fichas y en cambio Grétel tiene varias rumas bien ordenaditas.

—¿Qué día es tu santo? —le pregunta a Grétel cuando solo le quedan cinco fichas.

—15 de febrero —responde ella y vuelve a quedarse muda, pasando de una mano a otra dos fichas que no sabe dónde colocar, si en el rojo o en el negro.

—Me vas a traer suerte —pone Alejandrino todas las fichas que le quedan en el quince y luego se frota las manos.

—¡No apuestes todo! ¡Menos a un número! —lo reconviene Grétel después de tomar una decisión.

—¿Por qué? ¡Vas a ver que voy a ganar! —se toma a broma el juego Alejandrino y pierde.

—¿Ves? ¡Por no hacerme caso! —lo riñe de nuevo Grétel mientras recoge las fichas que ha ganado.

—Voy a comprar un poco más de fichas para seguir jugando —anuncia Alejandrino, pero Grétel lo retiene.

—¡Ni se te ocurra! ¡Me puedes cambiar la suerte! —no bromea.

—Préstame tú unas cuantas fichas entonces. Te las pago con intereses —Alejandrino sigue sin entender las reglas de Grétel.

—No, no, deja. No vayas a tocar mis fichas. ¡Eres un piñoso, pero creo que a mí me estás trayendo suerte! ¡No te vayas a mover de mi lado!

La última orden le suena a Alejandrino como música celestial. Se queda donde está, contagiándose cada vez más de la emoción de esa muchacha, de sus nervios, de la embriaguez que va apoderándose de ella a medida que las rumas de fichas van aumentando.

—¡Yeee, ya tengo más de cien dólares! ¡Última jugada y nos vamos! —anuncia Grétel en algún momento.

—¿Por qué no sigues jugando? ¡Estás de suerte! —no quiere Alejandrino que el hechizo termine. ¡Podría pasar toda la noche chocando palmas con ella o repitiendo como un conjuro la misma palabra para que la suerte la siga favoreciendo!

—No, no, yo sé cuándo tengo que terminar —se sigue ateniendo Grétel a unas reglas que solo ella entiende—. ¿Ves? Perdí. Vámonos, voy a cambiar mis fichas.

Ciento siete dólares es lo que ella cobra finalmente en caja, pero está más feliz que si se hubiera sacado la Tinka. Alejandrino la mira y no la comprende: cuando él hace unas horas le dio quinientos dólares, ella le dijo que estaba muy agradecida, que por fin iba a poder salir del lío en el que se había metido, pero estaba lejos de encontrarse en ese grado de agitación y euforia. “Está como yo cuando me escapé con los cuarenta mil dólares”, recuerda Alejandrino cómo se sintió y eso hace que quiera seguir junto a Grétel.

—¿Qué hacemos? ¿Por qué no nos vamos a bailar? —propone temeroso de que ella no acepte.

—¡Bacán! Pero ¿adónde? —lo sorprende por el contrario Grétel.

—¿De casualidad no serás socia de la discoteca que hay en Larcomar?

—¿Socia?! —se asombra Grétel—. Ninguna discoteca tiene socios.

—La de Larcomar sí. Anoche quise entrar y no me dejaron. Me mostraron la lista de socios —porfía Alejandrino.

—Te has dejado coger de lorna —se ríe Grétel—. Simplemente no te querían admitir. Eso de la lista de socios es un truco para seleccionar su público.

—¿Y contigo me dejarían entrar? —se muere de ganas Alejandrino de tomarse la revancha.

—De repente ni conmigo, pero que se vayan a la mierda. Los lunes esa disco parece un cementerio. Yo te voy a llevar a otra que cualquier día es chévere. Siempre es *full* vacilón.

—¿Y la camioneta? ¿Hay donde estacionar?

—Claro. Está aquí cerca, en el pasaje Los Pinos. Por ahí estacionamos. Hay unos patitas que cuidan los carros.

El local efectivamente está lleno. Alejandrino quiere buscar un sitio libre en algún rincón, pero Grétel lo guía a la barra, donde apenas hay un banco desocupado. Cuando sus ojos se acostumbran a la oscuridad, Alejandrino echa una mirada y se da cuenta de que el público es bastante variado: hay jóvenes más o menos de la edad de Grétel, pero también hay mujeres y hombres que fácil tienen sus cuarenta años.

—¿Cómo dices que se llama este lugar? —le pregunta a Grétel casi gritando para hacerse oír.

—¡Downtown! —grita también Grétel.

—Dautau —repite Alejandrino sin animarse a preguntar si el nombre significa algo.

—Espérame un rato. Ahora vuelvo —le dice Grétel y se va al fondo del local.

“Al baño seguro”, piensa Alejandrino y, tras treparse a la banca para que alguien no se la lleve, hace señas a uno de los bármanes y pide dos pisco sours. Eso era lo que estaban

tomando en el Majestic. Mientras espera que les sirvan, mira distraídamente la pista de baile y le llama la atención un grupo de mujeres, todas vestidas de negro, que bailan entre ellas y contorsionándose exageradamente. ¿Será una nueva moda de las pitucas salir en grupo sin enamorados o maridos? Alejandrino decide que le preguntará a Grétel cuando vuelva y se voltea hacia la barra para tomar su pisco sour. ¿Atracará ir al hotel o tendrá que volver sí o sí a su casa? Y si acepta, ¿le cobrará de nuevo o lo hará gratis? Gratis sería otra cosa, significaría que ya son amigos. La única razón por la que todavía no se lo ha pedido es que no sabe qué hacer con el canguro. Ahora lo lleva en el riñón derecho, casi en la espalda, para esconderlo con el saco. Debajo del colchón, si se quedan juntos toda la noche, no es nada seguro. ¿De repente en el baño puede encontrar un buen escondite?

—Mira a esas chicas —aparece Grétel a su lado y con una mano le señala a las de negro.

Están armando un pequeño alboroto al otro extremo de la barra y la gente que está por ese sector las mira.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? —le pregunta Alejandrino a Grétel.

—No sé. Creo que se van a subir a la barra.

Alejandrino estira el cuello para ver mejor y se queda perplejo cuando de verdad una de las de negro, poniéndose antes un antifaz del mismo color, se trepa al banco con ayuda de un par de tipos que están a su lado y de allí a la barra. De inmediato las otras siguen su ejemplo y, siempre poniéndose el antifaz, suben adonde está su amiga. Hay una sola, la última, que pareciera que no quiere trepar, pero termina cediendo a la insistencia de sus amigas y finalmente sube también a la barra y, una vez allí, se pone algo en la cabeza además del antifaz.

—¡Un velo! ¡Un velo blanco! —comenta Grétel, que

también está siguiendo con atención la escena empinada en el banco que le ha cedido Alejandrino.

—¿Un velo? ¿Por qué? —no entiende nada Alejandrino.

—¡Debe de ser su despedida de soltera! —adivina Grétel y, para confirmar su suposición, le pregunta al *barman* que justo está pasando por su lado—. ¡Javier! ¡Javier! ¿Es una despedida de soltera?

—Sí —responde Javier asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

Las de negro, entre tanto, se han colocado a lo largo de toda la barra, con la chica de velo blanco al medio, y están bailando frenéticamente. Alejandrino mira a las que tiene más cerca y se da cuenta de que tan jóvenes no son, pero tienen cuerpos de gimnasio, sin nada de barriga ni de rollos.

—¡Toma! ¡He conseguido un falso! —le entrega en ese momento Grétel un pequeño envoltorio—. ¡Anda al baño!

Alejandrino recibe el paquetito y, tras beber de un trago lo que le queda de pisco sour, se dirige al baño, echando de pasada una última mirada a las de negro. “Debe de ser coca”, adivina palpando lo que hay dentro de la envoltura y al abrirla, a salvo de curiosos en uno de los baños de varones, comprueba que no se ha equivocado. Uno que otro quete sí que ha fumado, pero es la primera vez que tiene ese polvillo en las manos. Ni siquiera sabe bien qué hacer con él. Finalmente decide botar un poco al *water-closet* y decirle a Grétel que está buenaza.

Al acercarse a los lavabos con ganas de mojarse la cara, se da cuenta de que en el rincón más alejado de la puerta una parejita está en pleno agarre. Los está mirando en el espejo con simpatía, recordando que también él con Laurita chapaban al principio en los lugares menos imaginados, cuando de repente nota algo raro que le hace ponerse en guardia. Mira bien ya sin la delicadeza de hacerlo a través del espejo y casi no le quedan

dudas: ¡son dos hombres los que se están besando y metiendo mano! Su primera reacción es de náuseas, pero se contiene y sale disparado de donde está.

—¡En el baño dos maricas están chapando! —le cuenta a Grétel indignado.

Ella lo mira durante unos segundos y después se encoge de hombros.

—Toma, te he pedido otro pisco sour —termina de quitarle importancia al asunto.

Alejandrino a punto está de tomar un buen sorbo, cuando de pronto se queda paralizado por una sospecha: ¿y si Grétel ha disuelto algo en la bebida?

—¡No, pisco ya no! —deposita el trago en la barra—. ¡Ya estoy mareado!

—¡De eso se trata! ¡Toma, toma! ¡La última! —insiste Grétel confirmando sus sospechas.

—¡No, no! —se niega Alejandrino en redondo—. ¡Mejor voy a tomar una chela! ¡Si sigo con el pisco, voy a buitrear! —no se le ocurre mejor excusa.

—¡Vamos a bailar! —parece resignarse Grétel y lo jala de la mano a la pista de baile.

Durante buen rato Alejandrino sigue asustado, pensando que el peligro lo sigue acechando, pero poco a poco se contagia del entusiasmo de Grétel y entra en trance con la música, moviendo sin parar la cabeza de arriba para abajo. Se siente de verdad bastante mareado, pero está feliz, casi igual de entusiasmado que las mujeres de negro que han vuelto a la pista de baile, pero sin quitarse los antifaces.

—¿Dónde está la cabina del *disc jockey*? —le pregunta a Grétel sin dejar de moverse—. ¡Quiero pedirle que ponga una canción!

—¿Qué canción? —le pregunta Grétel.

—¡Una de La Sarita! ¡Ya vas a ver! ¿Has escuchado a La Sarita?

—Creo que sí. No estoy segura. Mejor sigue bailando.

—No, no. Quiero bailar con La Sarita —se empecina Alejandrino—. ¿Dónde está el *disc jockey*? ¿Es tu amigo?

—Hay varios —le explica Grétel—. El Juanjo es mi amigo. No sé si estará...

No tienen suerte. Grétel no conoce al que está poniendo la música. Igual Alejandrino le hace una seña y el tipo, un gordito barrigón que no debe de tener más de veinticinco años, se quita los cascos.

—¿Puedes poner “El guachimán”, de La Sarita? —le pregunta Alejandrino.

—¿La Sarita? No tenemos La Sarita —está por volver el panzón a sus equipos, pero Alejandrino lo retiene cogiéndolo de un brazo.

—¿Cómo no vas a tener La Sarita? ¡Pon “El guachimán”! ¡Quiero que mi amiga la escuche!

—Mira, así la tuviera, no la pondría. Mi trabajo es seleccionar la música, no atender pedidos de los clientes —les señala el gordo el cartel de “Prohibido el ingreso” que hay en la puerta.

—¿O sea que aquí no funciona eso de que el cliente tiene la razón? —se pone reclamón Alejandrino.

—¡Vamos ya! —interviene Grétel jalando de un brazo a Alejandrino—. ¿No has escuchado que no atienden pedidos?

—No, no, espera —libera su brazo Alejandrino y se dirige de nuevo al *disc jockey*—: ¿Por una vez no puedes hacer un favor? ¡Yo te estoy pidiendo de buena manera y tú me insultas! ¿Qué tienes, patita?

—¡Mira, yo no voy a discutir contigo! ¡Habla con el administrador! —se da la vuelta el gordo y deja a Alejandrino hablando solo.

Grétel aprovecha ese instante de desconcierto y lanza un ultimátum:

—¡Richard, vámonos de aquí! ¡Vámonos o te dejo solo! —repite alzando más la voz.

Alejandrino tiene que hacer un esfuerzo para no estallar, pero igual, antes de salir de la cabina, escupe un insulto:

—¡Gordo concha de tu madre! ¡Un día de estos te voy a agarrar en la calle y te voy a sacar la mierda!

—¡Vamos, carajo! —lo jala con fuerza Grétel del brazo y Alejandrino no se atreve a oponerle resistencia.

—¡Esa canción, “El guachimán”, es lo máximo! ¡Es como si fuera el himno de mi empresa! —le explica Alejandrino a Grétel para calmarla.

—De verdad, ¡ya estás borracho! —ella no le hace caso—. ¡Vámonos de una vez!

—¿Vas a venir al hotel conmigo? —le pregunta Alejandrino temeroso de escuchar una negativa.

—¿Qué crees? ¿Que a esta hora voy a ir a mi casa? ¡Mi mamá me mata! Mejor me presento mañana temprano. Le voy a decir que me he quedado donde una amiga.

Alejandrino quiere preguntarle si van a tener sexo, pero no se atreve. Se acuerda, eso sí, de que en el baño ha visto una máquina que vende preservativos y decide llevar unos cuantos por si acaso.

—Un ratito. Voy a achicar la bomba —le explica a Grétel.

—¿Y la coca? ¿Te ha sobrado? —le pregunta ella.

—Sí, aquí está —le alcanza Alejandrino la pequeña envoltura.

—Vamos juntos —toma Grétel la delantera.

NUEVE

Pese a haber bebido más de la cuenta, Alejandrino duerme con un ojo abierto. ¡Desconfía de Grétel! Es verdad que a ratos le parece que ha logrado demoler esa pared que ella ha levantado entre los dos, pero en seguida sospecha que la muy cabrona lo único que busca es seguir aprovechándose del pobre cholo de mierda. Y de verdad se está aprovechando, pero solo porque él la deja. ¡Se negó en seco a hacer el amor sin plata de por miedo —“eso sí que sería ponerle cuernos a mi Gordo”—, pero cuando él le dio más de lo que quería estuvo complaciente y hasta se puede decir que cariñosa! “¡Métemela rico! ¡Quiero sentirte!”, pedía todo el rato y no se hacía rogar para cambiar de pose. ¡Y varias veces empezó a gemir y no fingiendo, como hacen las putas, sino porque le estaba gustando! ¡Por esos gemidos era que le soltaba la plata, esos gemidos suavечitos, casi como una queja, que nunca se los había escuchado a ninguna mujer! ¡No porque fuera un cholo cojudo como ella seguramente creía...!

Ya es de día. ¡Debe de haberse quedado dormido porque Grétel ya no está a su lado! Algo le dice, sin embargo, que no se ha ido, que está en la habitación. ¿Se estará vistiendo? No, casi no hace ruido y además está que va de un sitio a otro. ¿Por qué? ¡Tiene que estar buscando algo! ¿Pero qué? Los bolsillos del pantalón y el saco ya debe de haberlos limpiado. ¿Qué más quiere? Alejandrino, tenso, se sigue haciendo el dormido a la espera del desenlace. Está seguro de que ella no ha encontrado el canguro porque si así fuera ya se hubiera largado. ¿Pero por qué sigue buscando? ¿Por qué se arriesga a que él despierte y la pille con las manos en la masa? ¿Sospechará que él es el guachimán que se hizo humo con cuarenta mil dólares? Alejandrino empieza a sudar frío y decide moverse en la cama como una persona que está despertando.

Tras un par de minutos de silencio, vuelven a escucharse, muy suaves, los pasos de Grétel por la habitación. ¡La muy cojuda! ¡El canguro está en el baño! ¡Nunca lo va a encontrar! ¡Está en el tanque del *water*, sujetado por el peso de la tapa! Alejandrino se mueve de nuevo en la cama, esta vez de manera más aparatosa, y en seguida siente la puerta que se abre y se cierra. Espera unos segundos más y se incorpora. Su pantalón, como sospechaba, está tirado sobre la alfombra. ¿No se habrá llevado las llaves de la camioneta la pendeja? Se levanta de un brinco y busca los cuatro bolsillos. ¡Pelados! Mete las manos en los bolsillos del saco que está colgado en el respaldo de la silla y suspira aliviado. ¡Allí están las llaves! ¿Y sus documentos? Busca de nuevo los bolsillos del saco, incluido el interior, y no encuentra nada. En el pantalón ya ha buscado, allí no están. ¿En la camisa? La recoge del suelo, busca en el bolsillo, pero tampoco hay nada. ¿Qué cosa ha hecho esa huevona con sus documentos? ¿Se los habrá llevado? Busca en el suelo, sobre las mesas de noche y finalmente entra al baño. ¡Allí están, sobre la tapa del *water*! ¡Y en el suelo está su ropa hecha un revoltijo junto a la maleta! ¡La hija de puta ha estado rebuscando todo, hasta se dio maña para sacar la maleta del clóset! Alejandrino pasa los dedos por la parte de atrás de la tapa del *water* y, más tranquilo al sentir la correa del canguro, se detiene a pensar unos segundos.

¿Sospecha o no Grétel que él es el guachimán del robo? Claro que sí, por eso cogió sus documentos. ¿Y qué hará? ¿Avisará a la Policía? ¿Qué ganaría con eso? ¿De repente piensa que puede recibir una recompensa? Sin esperar un segundo más, Alejandrino empieza a meter a la loca la ropa en la maleta, luego regresa a la habitación, se viste lo más rápido que puede y finalmente, tras mojarse la cara para no parecer recién salido de una cantina, saca con cuidado su canguro del tanque del

water. ¡Felizmente la víspera tomó la precaución de pagar el hotel! ¡Solo tiene que dejar la llave en recepción y largarse en la camioneta!

Llegando a Comandante Espinar, tras unos momentos de sentirse a salvo, se da cuenta de que si Grétel ha ido a la Policía, también dará las señas de la cuatro por cuatro. ¡Tiene que dejarla guardada hasta la noche y sacarla ya para irse a Piura! Trata de recordar una playa de estacionamiento que esté cerca y la única que le viene a la mente es la que está al comienzo de Pardo. Se dirige hacia allí y, recién cuando estaciona, respira tranquilo.

Se muere de hambre. Sabe que hay un café a unos pasos, en el óvalo, pero ya no tiene nada de ganas de meterse a sitios elegantes. Se acuerda del McDonald's que está al lado y eso sí le parece una buena alternativa. El local está casi vacío. Escoge la más succulenta de las combinaciones y sube con su bandeja al segundo piso, donde está seguro de que pasará inadvertido. Se acomoda en una mesa que está al lado de la ventana y, mientras da cuenta de su hamburguesa, contempla absorto el endiablado tráfico que hay en el óvalo. ¡Cuántas veces habrá pasado por ese lugar, camino a su casa en Chorrillos o de Chorrillos al trabajo, y nunca lo vio así, por encima o como de fuera! ¡Él era uno más del montón, como una hormiga en un enorme hormiguero, pero ahora eso se acabó! ¡Ahora puede pasar todo el tiempo que quiera en un restaurante, disfrutando una a una sus papas fritas, mientras el resto de la gente tiene que apurarse a sus trabajos o sabe Dios por qué asuntos!

Sigue acordándose de todo lo que ha hecho esos días, de las tiendas, los restaurantes, los casinos, los hoteles, y no puede creer que ahora sea parte de ese mundo que antes solo podía atisbar lleno de envidia. Se acuerda también de Grétel y le da rabia que la muy puta lo haya traicionado. Podría vengarse,

podría hospedarse en algún hotel de Miraflores, llamar a Bellasvip dando otro nombre y cambiando de voz y pedir que le envíen a Grétel diciendo que hace unos meses estuvo con ella. Y cuando la cojuda se presentase, podría darle una buena paliza y después dejarla amarrada a la cama. ¡Desnuda para que todos la vean y para que salga en las noticias de la tele!

¡De solo pensar en cogerla de sus rulos y abollarle su preciosa nariz se siente mejor! ¡Jodida la muy puta! ¡Malgeniada! ¡Sobrada! ¡Jugadoraza! ¡Interesada! ¡Encima traicionera! ¡Cómo podía ser tan malograda, tan recorrida, una chiquilla de apenas veinte años! ¡Y con la carita de buena que tenía! ¡Aunque sus ojos siempre le parecieron raros, como turbios o apagados! ¡Qué lástima que no fuese más noble, que no le quedase ni una pizca de esos buenos sentimientos que sí tenía Laurita!

¡Laurita! ¡Ella sí que era de buen corazón a pesar de todo! Alejandrino mira el reloj. Las diez y media. Hace rato que Laurita ya está en la empresa contestando el teléfono y atendiendo a los clientes que llegan. ¡Con ella sí que le gustaría escaparse a Piura! ¿Sabrá que ahora tiene un montón de plata? ¿No se estará arrepintiendo de haber terminado con él? Podría llamarle por teléfono y tantearla. O mejor sería ir de frente a su trabajo.

Alejandrino bebe un sorbo de su Coca-Cola y la hace a un lado. Ya se ha agitado mucho. Eso es lo que nunca le ha gustado del McDonald's. Mucho hielo le ponen a la gaseosa. Ni siquiera ahora que está resaqueado le gusta así. ¡Basta con que esté heladita, recién sacada de la refrigeradora! Vuelve a pensar en Laura. Ella fue la que le hizo conocer McDonald's, Kentucky, Ripley, Saga. ¡Antes de salir con ella ni se le ocurría entrar a sitios así! El máximo gusto que se daba era un anticucho en una esquina, un cebiche en algún huarique de Chorrillos y unas cervezas o unos rones en la cantina de mala muerte de la

Raquelita. "Putá, debí pagar mi arruga!", se acuerda de la deuda que tiene, pero no le duran mucho los remordimientos. Sigue pensando en Laurita y finalmente se convence de que no pierde nada con probar. ¡Irá a su oficina y le preguntará si se va o no con él lejos de Lima!

Se baja del taxi dos cuadras más allá del chalé donde funciona la empresa. Al pasar por delante no ha notado nada sospechoso: los tres carros de siempre estacionados en el jardín, en las huellas que tienen para eso, y ningún otro vehículo más en toda la cuadra. Para mayor seguridad, regresa por la vereda contraria y pasa nuevamente de largo, comprobando si no hay alguna persona apostada en las esquinas. Esa calle es tan poco transitada por peatones que en las tres cuadras que ha recorrido no ha visto a nadie rondando por allí, solo a una que otra persona que ha seguido de largo. Más confiado, vuelve sobre sus pasos y, al llegar frente a la empresa, cruza a mitad de cuadra. Mira por última vez a ambos lados y toca el timbre.

—Pase —se oye la voz de Laurita en el intercomunicador al mismo tiempo que el chirrido que indica que está apretando el botón que abre la puerta.

Entra y, al costado del *hall*, ve a Laurita detrás del mostrador que hace las veces de recepción. Está ocupada transfiriendo una llamada y no ha levantado todavía la cabeza.

—Hola, Laurita —se le planta delante.

—¡Alex! —tira ella el cuerpo para atrás sorprendida.

—¡El mismo que viste y calza! —quiere bromear Alejandrino, pero de inmediato comprende que no es el momento.

—¿Qué haces aquí, Alex? ¡La Policía te está buscando! —baja la voz Laurita y empieza a mirar a todos lados temerosa de que aparezca alguien, pero en la recepción casi nunca hay nadie, salvo el conserje cuando no ha salido a cumplir algún encargo.

—¿Me están buscando? ¿Han venido acá? —ahora es Alejandrino el que está asustado.

—Acá no, pero han ido a mi casa —sigue hablando en voz baja y a la atropellada Laurita—. ¿Qué has hecho? ¿Te volviste loco? ¡Ahora sí te has fregado! ¡Vas a ir a la cárcel!

—Sí, creo que me volví loco... ¿Pero cómo así la Policía ha dado con tu casa? ¿Cuándo han ido? —quiere hacerse una idea de cuán riesgosa es su situación.

—¿Cómo han dado con mi casa? No sé. No tengo ni idea. ¡Pero eso qué importa! ¡Cómo puedes haber robado! ¡Y tanta plata todavía! ¡Se necesita estar loco o ser... o ser... un idiota! —se anima finalmente Laurita a soltar lo que tiene en la mente, pero se nota que tiene miedo de la reacción de Alejandrino.

—¿No sabes cómo han dado con tu casa? —insiste él sin darle importancia a lo último que ella ha dicho. Le ha parecido que la pregunta la incomoda y que está tratando de disimular eso—. ¡Yo nunca le he dicho a nadie dónde vives! ¡Ni siquiera dónde trabajas!

—¿A nadie? —se desconcierta Laurita.

—A nadie. ¿Tú has avisado a la Policía, no es cierto? ¿Cuándo has avisado? —la mira Alejandrino fijamente a los ojos mientras hace sus preguntas.

—¿Y qué querías que haga? ¿Que me quede callada para que piensen que soy tu cómplice? —lo desafía Laurita al verse descubierta.

“Seguro de que me delató ni bien se enteró de lo del robo. Y les habrá dicho a los polis que me presenté en su casa en una camioneta. ¡De milagro no me han cogido!”, piensa Alejandrino, pero no es preocupación lo que siente, sino dolor, humillación.

—¡Eres una traidora de mierda! ¡Y yo que venía a proponerte que huyamos juntos! ¡Tengo cuarenta mil dólares!

¿Te imaginas todo lo que hubiéramos hecho con cuarenta mil dólares?

—¡Oye! ¿Tú me has visto cara de ladrona? ¿Crees que me voy a fugar con un delincuente? ¿De haber sabido lo que eres nunca me hubiera metido contigo! ¡Qué vergüenza! ¡Por favor ni me menciones cuando la Policía te capture! ¡Qué vergüenza! ¡Por Dios, qué vergüenza! —se le saltan las lágrimas a Laurita.

Alejandrino la mira un rato asombrado y después se lleva el dedo índice a la sien y lo mueve unas cuantas veces.

—¡Estás chiflada! ¿Qué te crees? ¿Que estás en una telenovela? ¿Te juras la muy pituca, la muy especial, pero eres igual de misia que yo! ¡Perdón! ¡Eres más misia que yo! ¡Yo ahora tengo un huevo de plata y voy a vivir a lo grande! ¡De nada va a servir que avises a la Policía! ¡No me van a coger! Si quieres, llámalos, llámalos, ¿qué esperas? —se hace el gallito Alejandrino.

—¡Claro que los voy a llamar! ¿Qué crees? ¿Que te tengo miedo? —levanta Laurita el auricular.

Alejandrino, al verla hacer eso, pasa el brazo sobre el mostrador, coge el aparato telefónico y de un jalón lo desconecta.

—¡Qué tienes, idiota! —manotea Laurita tratando de recuperar el aparato, pero el mostrador se lo impide.

—¡Soplona de mierda! ¡Me la vas a pagar! —le insulta Alejandrino a modo de despedida y en seguida se dirige a la puerta, arrojando de pasada el aparato telefónico sobre el sofá en el que suelen esperar los clientes.

En Santa Cruz aborda el primer taxi que pasa y le pide al chofer que lo lleve a Pardo. Si la policía está buscando una cuatro por cuatro color plata, una playa de estacionamiento en pleno centro de Miraflores no le parece un lugar seguro.

¿Qué puede hacer? ¿Dónde puede dejar la camioneta y pasar todo el día? La espalda le empieza a sudar como siempre que se siente amenazado. Así se le mojaba la camisa de chico cuando el esposo de su mamá empezaba a gritar y era fijo que se la iba a agarrar con él. ¿Qué puede hacer? Si logra esconderse hasta la noche, salir de Lima será más fácil. Claro que a Piura ya no. Si Grétel ha ido a la Policía, ya saben que pensaba viajar al norte. Puede salir hacia el sur o hacia el centro, Mejor hacia el centro. La Carretera Central es la más transitada y debe de ser fácil pasar los controles.

El taxi cruza Angamos y Alejandrino se acuerda del Nexus. Esa es la vida que quiere llevar en adelante. Ya no se reconoce en ese Alejandrino que estaba orgulloso de su uniforme de guachimán y que se sentía superior a sus amigos del cerro por tener un trabajo estable. Él ya no piensa trabajar. Con el capitalito que tiene se meterá a hacer negocios y cuando quiera sexo buscará a chicas como Grétel. ¡Nada de amarrarse con fulanas como Laurita! ¡Se vuelven locas por los blanquiñosos! Por uno de esos tipos son capaces de dejar hasta al marido y a los hijos. ¡Las cosas claras y el chocolate espeso! Mejor pagar ciento cincuenta dólares y estar con una Bellavip como Grétel o, aunque sea, setenta soles y una chata como la de Aviación. Tampoco estaba nada mal.

Una cuatro por cuatro de la Policía que los adelanta a la altura de Dos de Mayo hace que se sobresalte y deje de soñar. Tiene que tomar ya una decisión. Lo mejor es buscar un hotel con cochera y quedarse allí hasta eso de las ocho o nueve de la noche. ¿Pero dónde habrá uno? Se acuerda de pronto de la mole verdosa del Bruce Hotel y su enorme playa de estacionamiento. “Allí me puedo quedar”, piensa y siente que la amenaza que tenía casi encima empieza a alejarse.

DIEZ

Ni bien el botones deja la habitación, Alejandrino abre la caja fuerte que está dentro del clóset. ¡Increíble! Ni se imaginaba que los hoteles pitucos tenían cajas de seguridad en cada habitación. No son con clave, como pensó en un momento, pero la llave es especial, seguro que muy difícil de copiar, y el grosor del metal también es respetable. Después de abrir y cerrar varias veces la caja y comprobar que funciona muy bien, Alejandrino la deja finalmente abierta con la llave encima.

La habitación que le han dado es más lujosa todavía que la del Nexus, con algunos detalles en la decoración que le recuerdan un chifa, pero se contenta con echarle un vistazo desde donde está y después se acerca a la ventana que mira en dirección al mar. Tiene casi todo Miraflores a sus pies, con casitas pequeñas más cerca y edificios tan o más altos que el del Bruce en el malecón. Mira hacia abajo y ve los carros que circulan en dirección a Comandante Espinar y Ejército. Esa era la ruta que seguían en la camioneta blindada y por eso el Venenoso Ramírez siempre estaba hablando de la mafia de coreanos que era dueña del hotel.

—¿A ti te consta? —le preguntó un día Linares.

—¡Claro! Mi amigo el comandante les saca buenas coimas para no tocarlos —se mandó la parte el Venenoso.

Ese era otro cuento que les metía siempre. Supuestamente era uña y mugre con un comandante de la Policía que se las sabía todas. ¡Cobraba coimas a los narcos, a las mafias de los casinos, a las prostitutas de la Calle de las Pizzas, a los revendedores de entradas para el fútbol; prácticamente a todo el mundo! “¡Fuera de ahí!”, le decían al Venenoso cuando salía con esas, pero él ni pestañeaba. Ahora debe de estar furioso, con ganas de vengarse. ¡Los deben de haber botado del trabajo a él, a Linares y a Sotomayor!

Para no pensar más en sus amigos, Alejandrino se pone a arreglar la ropa que ha guardado como sea en la maleta. Pantalones y camisas que ni había estrenado parecen pan mascado. ¡Y ni qué decir del terno! Usando sus manos a manera de plancha, trata de estirar un poco las prendas nuevas y después las va colgando una a una con cuidado en el clóset. Lo mismo hace con el terno y no descansa hasta que lo ve menos arrugado. Satisfecho, decide darse un duchazo, pero antes mete el canguro en la caja fuerte y se cuelga la llave al cuello.

—¡Fiuuu! —silba al entrar al baño y descubrir que la grifería parece de oro.

No menos asombro le causa encontrar, además de unas toallas que parecen acolchadas, una bata de felpa de un blanco inmaculado a su disposición. ¡Nunca ha tenido una! Se la pone y empieza a hacer poses frente al espejo. El blanco le queda bien. Eso ya lo sabía por la hija de puta de Laurita, la especialista en combinar colores.

Más relajado después de disfrutar del agua caliente hasta tener arrugadas las yemas de los dedos, se tumba en la cama con solo la bata encima y se pone a ver televisión. Los canales del cable siguen siendo un misterio para él y no atina a escoger ninguno. Está por volver a la programación que le es familiar, cuando de pronto en la pantalla aparece una rubia chupando el enorme pene de un moreno con cuerpo de atleta. “Los canales para adultos de los que tanto hablaba el Venenoso”, adivina y se queda mirando una película porno tras otra.

Después de lo que ha vivido los últimos días, no es que esté embobado ni arrecho. Piensa incluso que él ha protagonizado su propia película. Así, medio sonriendo, termina por quedarse dormido. Sueña que está con Grétel, que ella le ha puesto algo en el trago y por eso él no puede despertar. Entre sueños se palpa el cuello para comprobar si todavía tiene la llave de la caja

fuerte y no encuentra nada. Desesperado, hace un esfuerzo para sobreponerse al efecto de las pastillas que le ha dado Grétel para dormirlo y lo consigue. ¡Ya! ¡Ahora sí está despierto! Se sienta en la cama, se lleva de nuevo la mano al cuello y siente el cordón del que cuelga la llave.

Poco a poco su respiración se va normalizando. Se recuesta de nuevo y, tras pasear la mirada por esa habitación que todavía no le resulta familiar, termina posándola en la pantalla del televisor. ¿Habrá cambiado sin darse cuenta de canal? Una chica jovencita con cara de asustada está respondiendo a las preguntas de un barbón. Debe de estar buscando trabajo. De la oficina donde están pasan a una especie de sala donde hay otro tipo más. Este le señala a la chica un sofá y le hace más preguntas, pero raras para una entrevista de trabajo: si tiene enamorado, qué cosas hacen con su enamorado. La chica no habla mucho. Se le nota avergonzada. Dice que con su enamorado solo se besan. En eso el de la barba le pregunta si puede mostrarles los senos y la chica, después de pensarlo un rato, se levanta la chompa y muestra dos tetitas bien formadas, pero más bien pequeñas, como las de Grétel.

El efecto que esto causa en Alejandrino es instantáneo. De inmediato se le pone tiesa y su excitación va en aumento cuando la muchachita, siempre siguiendo las indicaciones del barbudo, se desnuda del todo y abre las piernas para que él le chupe el sexo. El susto de la chica cuando el barbudo empieza a hacer eso cede poco a poco el sitio a una especie de desconcierto y luego al más puro y simple placer. Alejandrino empieza a masturbarse como está acostumbrado a hacer siempre que las ganas se apoderan de él, pero de pronto se acuerda de lo que decía el Venenoso Ramírez del Bruce: que en este hotel hay una sauna con unas chinas que hacen maravillas con su sexo. Sin pensarlo dos veces, coge el teléfono y llama a recepción.

—Quería saber si el hotel tiene servicio de sauna —le pregunta a la joven que le contesta.

—Sí, señor, sí tenemos, pero ese servicio no está incluido en la tarifa de alojamiento —le explica la joven.

—¿Y la sauna está atendiendo ahora? —no le importa a Alejandrino lo que acaba de escuchar.

—Sí, señor.

—¿Dónde queda?

—En el sótano. Usted tiene que bajar a recepción y aquí le indicamos cómo llegar.

—Gracias —cuelga Alejandrino el teléfono y empieza a vestirse a la carrera, como si hubiera empezado a sonar la alarma contra incendios.

En recepción, un enorme *hall* que luce vacío a pesar de los jarrones chinos casi del tamaño de una persona que lo adornan, le señalan una escalera que está casi al lado de la entrada y que antes no había notado. Al pie de las gradas, en un cuartito pequeño con un mostrador en lugar de puerta, una señorita le pregunta qué desea.

—Estoy alojado en el hotel. Quiero usar la sauna —le responde Alejandrino.

La joven se voltea e interroga con los ojos a una china menudita que tendrá unos sesenta años o quizá más.

—¿En hotel? —le pregunta la vieja a Alejandrino y, al ver que él asiente con la cabeza, hace lo mismo mirando a la joven.

—¿Su nombre? —pregunta la muchacha cogiendo un lapicero y disponiéndose a escribir en un cuaderno grande de registro.

—Richard Ramírez —usa de nuevo el apellido del Venenoso.

—La tarifa es de cincuenta soles sin masajes y de ochenta con masajes de quince minutos —le explica la joven después de anotarlo en el cuaderno.

—Quiero con masajes. ¿Pago ahora?

—No, el pago es al salir. Deje aquí sus cosas de valor —le alcanza una bolsa de tela que luego mete en una de las casillas de un mueble que tiene al lado—. Tome su llave. El cambiador es entrando a mano derecha.

Alejandrino abre la puerta que la joven le ha señalado y va a dar a una sala a media luz con varios sillones reclinables y al frente un televisor con pantalla grande. Uno de los sillones está ocupado por un gordo de unos cuarenta años con una toalla amarrada a la cintura. Alejandrino busca a su derecha y ve una puerta de vidrio que conduce a otro ambiente. La cruza y efectivamente llega a un cambiador desde el que se ve una pequeña piscina. El muchacho que está secando el piso al costado de la piscina lo ve y se le acerca de inmediato.

—Cámbiese nomás. Me da su ropa y yo la guardo. Aquí tiene toallas y sayonaras.

Alejandrino le recibe las cosas y se empieza a desvestir, doblando con cuidado cada prenda que se va quitando. Cuando ya solo tiene la toalla amarrada a la cintura, el muchacho se acerca de nuevo, guarda su ropa en un casillero y le entrega la llave del candado con el que lo asegura.

—La sauna seca está al fondo —le señala más allá de la piscina— y la de vapor está aquí, al lado de las duchas.

Alejandrino se dirige a la sauna a vapor, empuja la puerta y ve unas cuantas graderías de madera parecidas a las de los estadios. Está por entrar, pero finalmente desiste y se vuelve de nuevo hacia el muchacho.

—Yo quisiera que primero me hagan masajes. ¿Se puede? —le pregunta.

—Claro. Vaya por aquí. Las señoritas están al lado de la sala del televisor.

Alejandrino regresa a la salita oscura donde el gordo sigue viendo televisión y luego avanza en dirección a un largo pasillo al que dan varias puertas. A la izquierda, en un ambiente que tiene la puerta abierta, se encuentra con varias chicas.

—¿Masajes? —le pregunta la que está más cerca. Efectivamente es una chinita, con una minifalda blanca con vuelo que no le llega ni a la mitad de unos muslos delgados como palitos.

—Sí, quería que me hagan los masajes —le responde Alejandrino.

—Escoge a una señorita, amigo —le explica una peruana que está sentada al fondo.

En total hay cinco mujeres, dos peruanas y tres chinas. Alejandrino, nervioso ante la posibilidad de elegir, las mira rápidamente a todas y se queda con una china que tiene buenas piernas y que tampoco está mal de cara. Otros atractivos en todo caso no le da tiempo de calibrar.

—¿Vamos? —le pregunta Alejandrino mirándola.

La chinita, por toda respuesta, sale al pasillo y con gestos le pide que la siga. Se detiene delante de una de las puertas y lo invita a pasar. Se trata de un ambiente pequeño y angosto con una camilla, una mesita en esquina y una percha como todo mobiliario. Siempre con gestos, la china le indica que se acueste en la camilla.

—¿No hablas castellano? —le pregunta Alejandrino.

La china abre los ojos y no responde nada.

—¡Castellano! —insiste Alejandrino casi silabeando.

—No, no —responde la china y señala de nuevo la camilla.

Alejandrino se quita la toalla que lo cubre y se echa de barriga en la camilla. La china se acerca a la llave de la luz, la mueve un poco y hace bajar la iluminación. Casi al mismo

tiempo Alejandrino se da cuenta que una música bajita sale de algún lugar en el techo. Torciendo el cuello ve que la chinita ha cogido un frasco pequeño de la mesa de esquina y se está frotando las manos con un poco de lo que contiene. Un instante después, Alejandrino siente que esas manos se pasean suavemente por su cuello y espalda. Ese contacto le produce una sensación agradable, pero de hecho no es eso lo que está buscando. “¿Será todo?”, se pregunta desilusionado. “¿Me habrá paleado el Venenoso Ramírez?”.

La china, después de masajearle un rato la espalda, está ocupada ahora con sus pantorrillas. “Si por lo menos me sobara los muslos”, piensa Alejandrino y eso es efectivamente lo que ocurre. El placer, sin embargo, dura muy poco porque de pronto la china deja de masajear y hace ademán de irse. Alejandrino, que no sabe como retenerla, trata de cogerla de la mano.

—¿Más? —le pregunta la china soltándose.

—Sí, por lo menos un poco más —le pide Alejandrino.

La china vuelve a pararse al costado de la camilla, le pasa suavemente una mano primero por un muslo y después por el otro y en seguida, al parecer con las uñas, le dibuja suavemente una línea desde el tobillo hasta la ingle por el lado interior de la pierna y el muslo. Eso es suficiente para provocarle una tremenda erección.

—¿Sexo? —le pregunta la china poniéndole ahora una mano en el hombro.

—Sí, sí —le responde de inmediato Alejandrino.

—Ciento ochenta —le aclara la china.

—¿Dólares? —pone Alejandrino cara de asombro, pero resignado a aflojar el dinero.

—No dólares, no. Soles. Ciento ochenta soles —se queda mirándolo la china a la espera de su respuesta.

—Está muy bien. Ciento ochenta soles —silabea de nuevo Alejandrino para que la china lo entienda.

En un santiamén ella se quita el *top* y la mini que lleva puestos y se queda en calzoncito. Alejandrino la mira y se da cuenta de que ha acertado: tiene bonito cuerpo, con unos senos paraditos que apuntan hacia el techo. La china, entre tanto, le alcanza un preservativo y, mientras él se lo pone, se despoja de la última prenda que la cubre. Alejandrino se echa de espaldas y mira como la china se sube ágilmente a la camilla, cruza una pierna por encima de él y engulle con su sexo ese pene que parece un cohete a punto de despegar.

Unos movimientos suaves de adelante para atrás es todo lo que él siente al comienzo aunque tiene todos los sentidos puestos en lo que está ocurriendo dentro de esa vagina. La china, con las manos apoyadas en la camilla, sigue moviendo las caderas rítmicamente de adelante para atrás. Alejandrino ya se está resignando a que eso sea todo, cuando de pronto percibe una especie de estrujoncitos. “Eso debe de ser”, piensa tratando de sacar el máximo disfrute de esa nueva sensación, cuando de pronto la puerta se abre de golpe y varias personas irrumpen en la habitación.

—¡Ay! —grita la china desacoplándose y bajándose de la camilla lo más rápido que puede.

Alejandrino alcanza a verla tratando de cubrir su desnudez con la ropa que ha colgado en la percha, pero él sí que no tiene tiempo ni de incorporarse.

—¡Aquí está este pendejo de mierda! —ve delante de su nariz la pistola con la que un policía de uniforme le está apuntando. Otros tres también han entrado en el pequeño habitáculo, pero solo tienen ojos para la china desnuda.

ONCE

A Alejandrino le duele todo el cuerpo. No debe de haber lugar donde no haya recibido un puñetazo o un puntapié. Solo en la cara no le han pegado, para que no resulte tan evidente que ha sido masacrado. Felizmente lo han metido al calabozo y ahora tiene dónde echarse. En la sala donde estaba antes solo había unas sillas de madera que le hacían doler más la espalda y la cintura. Están furiosos porque no les ha dicho dónde está el resto de la plata. ¡Y no les va a soltar prenda! ¡Va a seguir insistiendo en que se la ha gastado todo lo que Grétel no le ha robado! ¿Qué más le pueden hacer? ¿Seguir pegándole? En algún momento tendrán que parar...

Los policías que lo detuvieron querían pasarse de vivos, de eso está seguro. ¡Tanta alharaca! ¡Pistolas desenfundadas! ¡Gritos! ¡Amenazas! ¡Casi las matan del susto a las chinitas de la sauna! ¡Los muy idiotas juraban que se habían ganado la lotería! No solo habían capturado al guachimán detrás del que andaban todas las patrullas sino que encima se iban a repartir una parte del botín. ¿A quién le constaba con cuánta guita había caído Alejandrino Huárac, alias Alex, alias Richard? Seguro pensaban que se iban a quedar con unos dos mil dólares por cabeza. En cambio, cuando lo llevaron al cuarto del Bruce, abrieron la caja fuerte y contaron lo que le quedaba en el canguro, habrán calculado de inmediato que era poco lo que les iba a tocar. Allí empezaron de verdad los golpes. Los que le dieron al momento de la detención y mientras se vestía en el cambiador prácticamente fueron caricias.

Eso de que se va a pudrir en la cárcel si no devuelve todo el botín es otro cuento chino. ¿A quién quieren asustar? ¡Ni que se chupara el dedo! ¿Cuánto le darán? ¡Ni cinco años tal vez! Para empezar, ni siquiera lo pueden acusar de asalto

a mano armada y pertenencia a banda, que era el riesgo que corría con su plan inicial. Y en ese caso —había tomado la precaución de averiguarlo— le hubieran dado de siete a nueve años si lo pescaban. ¡La plata, lo único que querían era la plata! ¡Por eso la insistencia en que los llevara a su casa! ¡Y cómo se pusieron cuando se dieron cuenta de que otros policías, los de Investigación Criminal, ya habían estado allí! ¡Solo les faltaba llorar! ¡Como si fueran sus casas las que habían puesto patas arriba! ¡Como si fueran sus cosas las que estaban tiradas por todo lado! De buena gana se hubiera reído si no fuera por la andanada de golpes que le llovieron encima. “Habla, hijo de puta. ¿Dónde has escondido la plata? ¿Aquí?”, lo llevaban al patio. “¿Dónde es tu escondite, cabrón de mierda?”, lo arrastraban al dormitorio. “¿No quieres cantar? Ahora te vamos a enseñar a cantar. ¡Nosotros somos los mejores maestros de canto!”, más puñetes y patadas.

—No he escondido nada. Eso es todo lo que me queda —repetía tercamente cada vez que lo dejaban hablar.

Lo mismo dijo cuando lo interrogaron donde ahora se encuentra, en la temida Dinincrí, y nuevamente le llovieron golpes, pero esta vez de los encargados de la investigación.

—¿Así que te has gastado más de treinta mil dólares en tres días? ¡Ni Onassis gasta así! ¿A quién le quieres hacer creer eso?

—Si, ¿a quién quieres engañar? ¿Crees que somos cojudos? —¡fuaj!, un sopapo en la oreja con la mano abierta.

Dos eran los tiras que lo interrogaban, uno medio rubio de ojos claros con unos bigotes gruesos como de charro mejicano que no hacían juego con su cara colorada, y el otro un flaco alto, trigüeño, medio calvo, que parecía que se iba a doblar de puro enclenque, pero que en realidad hacía doler de alma cada vez que le mandaba uno de esos sopapos en la oreja o un puñetazo en los

costados, a la altura del riñón. El flaco en general parecía el eco del colorado, que era quien hacía las preguntas más difíciles de responder.

—A ver, repasemos —iba doblando el colorado un dedo cada vez que mencionaba algo—: la camioneta. ¿Cuánto dices que te ha costado? ¿Diez mil dólares? ¿Esa camioneta no cuesta diez mil ni cagando! Pero está bien, te vamos a creer. El televisor. Quinientos dólares. Menos. Hemos encontrado la factura. Pero redondeemos a quinientos. En la putita esa, la de lujo. ¿Cuánto dices? ¿Cuatro mil? ¿Estás exagerando! Pero esa sí seguro que te ha hecho el cholito. Unos dos mil te habrá sacado. ¿Cuánto va? Diez mil de la camioneta, más quinientos del televisor, más dos mil en putas. Son doce mil quinientos. Mil más en todo el resto: hoteles, restaurantes, casinos, tiendas. Son trece mil quinientos. Y seis mil quinientos te hemos encontrado. ¿Son veinte mil! ¿Dónde está el resto?

—Sí, ¿dónde están los otros veinte mil? —le soltó tal sopapo el flaco que casi lo tumba de la silla.

—No sé. Antes de salir con Grétel, he estado con otras putas, las de Placeres del Perú... —empezó a explicar Alejandrino asombrado de lo bien que había calculado sus gastos el colorado—. Y también he perdido bastante en el casino del Marriott jugando a la ruleta. Y Grétel, esta mañana, cuando me dejó durmiendo en el hotel, me limpió un huevo de plata, todo lo que había escondido... —se le ocurrió en ese momento la idea salvadora a Alejandrino.

—¿Con cuánto se habrá ganado? —pisó el palito el colorado.

—Yo tenía varios fajos de cien dólares en el maletín viejo, envueltos con un calzoncillo sucio. ¡Fácil me habrá pelado unos diez mil dólares! Yo me quedé dormido como piedra. Creo

que me puso algo en el trago en la discoteca. Debe de haber conseguido alguna pastilla cuando se desapareció para comprar coca —se hizo el cojudo Alejandrino.

¿Pensaban que era un caído del palto? ¡Pues ahí tenían al opa que se dejaba meter el dedo por una chiquilla! Y de paso la pendeja de Grétel había recibido su merecido. La traerían a la Dinincrí para interrogarla y así jurase que era una santa, los policías le estarían pisando los pasos por una temporada. ¡Que se despidiese mejor de las Bellasvip y de su Gordo!

—¿Diez mil dólares? ¡Tanto no creo! Habrá alzado vuelo máximo con unos mil. Por eso te delató. ¡Estaba asada la flaca! Si se metió con un cholo de mierda como tú, era porque olió un pastón! Así que igual no cuadran las cuentas. Dos mil, tres mil que se te hayan ido entre el casino y la flaca —y lo del casino lo vamos a verificar fácilmente ya mismo—, siguen faltando diecisiete mil. ¿Dónde están?

—¿Dónde están? ¡No cuadran las cuentas! —repitió el flaco como de costumbre y se ensañó con sus riñones.

—¡Juro que no tengo nada escondido! —trató de librarse de los golpes Alejandrino—. Todo lo he gastado o se me habrá perdido. Estaba como atolondrado con tanta plata.

Igual lo siguieron interrogando y golpeando durante bastante tiempo más, pero él, cuando lo dejaban hablar, seguía repitiendo el mismo sonsonete: no he escondido nada, todo lo he gastado, se me habrá perdido, me ha pelado la puta. Así, al cansancio, les ganó al colorado y al flaco. Decidieron dejarlo tranquilo mientras interrogaban a Grétel y verificaban cuánto había pagado por la camioneta, cuánto había perdido en el Marriott, en general cuánto había derrochado por aquí y por allá.

Ahora lo que quiere es dormir, pero al menor sonido de pasos tiembla todo. Tiene miedo de que empiecen a golpearlo

de nuevo y de no aguantar. ¡Ahí sí que estará jodido! ¡Cinco años de cárcel por gusto! ¡Para volver al salir de cana a la vida de mierda que tenía antes!

El ruido de la puerta que se abre hace que el alma se le caiga al suelo.

—¡Vamos, Huárac! ¡Tienes visita! —le hace una seña desde el umbral el policía de guardia.

¿Visita? ¿Quién lo va a visitar? Alejandrino se da cuenta de que lo están llevando a la sala de interrogatorios y siente que la espalda se le empapa de sudor.

—Pasa —le abre el policía la puerta y luego se retira.

Alejandrino entra y se alegra al ver la cara conocida del gerente de la empresa de seguridad. Está también otro tipo, pero a ese no lo conoce.

—¿Qué hubo, Huárac? —le pregunta el gerente como si estuvieran en la oficina. Según decían, había sido piloto de la Fuerza Aérea y usaba el pelo siempre bien recortadito y como si recién se lo hubiera peinado. Decían también que era experto en artes marciales. Se notaba, en todo caso, por su manera de sacar pecho y colocar los brazos, que levantaba pesas todos los días.

—¿Cómo está, señor Corso? —no sabe Alejandrino si extenderle la mano o no. Decide eso sí quedarse de pie mientras no le indiquen lo contrario.

—El doctor Aranibar, el abogado de la empresa —le presenta el gerente al señor que lo acompaña. Ya es un poco mayor, de unos cincuenta años, y tiene cara de avinagrado.

—Buenas noches —saluda Alejandrino aunque no está seguro de que sea de noche.

—Siéntate, Huárac, siéntate —le indica la silla el gerente. Él, en cambio, sigue de pie, dando de cuando en cuando unos pasos a la izquierda, otros a la derecha.

Alejandrino le obedece y se queda mirándolo, aunque ya sabe qué es lo que le interesa.

—¿Y? ¿Caíste? —por lo visto el gerente no piensa ir al grano todavía—. Y todo por culpa de las mujeres. ¿Qué les haces, Huárac, que te quieren tanto? Nos vas a tener que contar tu secreto...

A Alejandrino la broma no le hace nada de gracia. El gerente se da cuenta y deja de reírse.

—Todos caen, Huárac, tarde o temprano. ¿No sabías? Ahora vas a pasar muchos años en la sombra. A menos que colabores con nosotros...

Alejandrino sigue mirando al gerente, pero esta vez con cara de no entender nada.

—Mira, Huárac, a lo hecho pecho —sigue haciéndose el bonachón el señor Corso—. Ya robaste, ya te diste la gran vida durante tres días, ahora lo mejor será que devuelvas el dinero. Si no lo devuelves, vas a la cárcel por muchos años. Si lo devuelves, podemos hacer que la condena sea más leve. El doctor Aranibar te puede explicar...

El abogado, que hasta ese momento no había ni pestañado, se endereza en la silla y empieza a decir algo sobre códigos, pero Alejandrino lo interrumpe.

—¿Qué dinero? ¿Qué dinero? —pregunta dirigiéndose al gerente—. Los policías tienen todo el dinero.

—Los policías te han encontrado seis mil quinientos dólares —empieza a explicarle el gerente como si fuera el alumno tonto de la clase—. Y calculamos que entre la camioneta, el televisor y tus juergas puedes haber gastado a lo mucho unos diez mil dólares más. ¡Faltan veintitrés mil quinientos! ¡Eso queremos que devuelvas!

—¿Cuánto me han encontrado los policías? ¿Seis mil quinientos? —se escandaliza Alejandrino—. Eso es lo que yo

tenía en mi poder, pero no seis mil quinientos sino más, casi ocho mil. ¿Más lo que han encontrado en mi casa?

—¿En tu casa? En tu casa no han encontrado nada, so huevonazo —se le acaban las buenas maneras al gerente.

—Claro, eso es lo que ellos dicen y eso es lo que me han dicho que yo también tengo que decir, pero no es verdad. La verdad es que en mi casa estaba el resto del dinero, pero bien escondido. Por eso los que registraron primero no encontraron nada. Pero los policías que me capturaron me convencieron para que les diga dónde lo tenía.

Alejandrino ha puesto toda su rabia por el trato recibido en ese “me convencieron” y ahora espera tranquilo la reacción del gerente.

—No te creo una palabra —dice finalmente el gerente con la seguridad de un campeón de póquer—. Si quieres los hago llamar ahora mismo.

—¡Hágalos llamar! —lo desafía Alejandrino, pero después de una pequeña pausa añade—: Hágalos llamar... y yo voy a decir lo que ellos me han enseñado que diga: que en mi casa no han encontrado nada.

—¿No te entiendo? ¿Te quieres pasar de pendejo, creo? —empieza a perder los papeles el ex aviador.

—¿No me entiende? —se pone de pie Alejandrino y, levantándose la chompa y la camisa, les muestra el pecho y la espalda completamente amoratados al gerente y al abogado—. Primero me han dado una paliza para que cante y después me han dado otra para que jure que voy a decir lo mismo que ellos: que en mi casa no han encontrado nada. Y de yapa me han amenazado: si los vendo, ellos me palomean.

El gerente se queda pensativo un rato y después vuelve a hablar con el tono amigable que tenía al comienzo:

—Oye, Huárac, esos policías no te pueden hacer nada. Podemos incluso sentar la denuncia por los malos tratos que te han infligido. Eso lo primerito. ¿Sí o no, doctor?

—Por supuesto que sí —se endereza de nuevo en su silla el abogado.

—Y segundo, podemos denunciarlos por apropiarse del dinero que han encontrado en tu casa. Si nos ayudas en eso, nosotros te ayudamos a conseguir una pena más leve. ¿Estás de acuerdo?

—No, prefiero pasar más años en la cárcel a morir de manera accidental o sabe Dios cómo —responde en seguida pero con seguridad Alejandrino, como alguien que ha pensado bastante en lo que está diciendo.

—¡Nosotros también podemos contratar en la cárcel a un matón que primero te viole y después te despache! ¿Eso prefieres, cholo cabrón? —se quita de nuevo la máscara el gerente.

—No es lo que yo prefiera —le responde Alejandrino después de esperar un rato—. Lo que pasa es que los policías han ganado por puesta de mano. Si hablo, ellos se vengan. Si no hablo, la empresa se venga. ¡No voy a hablar! ¡Por lo menos hasta que pase a la cárcel puedo seguir tranquilo! —dice Alejandrino con tanta convicción que el gerente se queda desconcertado.

—¿Es tu última palabra? —pregunta ya por gusto el ex aviador.

Alejandrino aguanta durante unos segundos su mirada, pero considera innecesario responderle. Además, no quiere delatarse. Empieza de nuevo a ver con optimismo su situación y eso podría notarse si abre la bocota.

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 114) 119 50 00
Fax (54 114) 912 74 40

Bolivia

Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 44 11 22
Fax (591 2) 44 22 08

Chile

Dr. Aníbal Ariztría, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

Calle 80, 10-23
Bogotá
Tel. (57 1) 635 12 00
Fax (57 1) 236 93 82

Costa Rica

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 m al Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 220 42 42 y 220 47 70
Fax (506) 220 13 20

Ecuador

Avda. Eloy Alfaro, 33-3470 y Avda. 6 de
Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56 y 244 21 54
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlan - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

2105 N.W. 86th Avenue
Doral, F.L. 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

7ª Avda. 11-11
Zona 9
Guatemala C.A.
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 43

Honduras

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlan
Boulevard Juan Pablo, frente al Templo
Adventista 7º Día, Casa 1626
Tegucigalpa
Tel. (504) 239 98 84

México

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle
03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

Avda. Juan Pablo II, nº15. Apartado Postal
863199, zona 7. Urbanización Industrial
La Locería - Ciudad de Panamá
Tel. (507) 260 09 45

Paraguay

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 4000
Fax. (51 1) 313 4001

Puerto Rico

Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Puerto Rico
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 782 61 49

República Dominicana

Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82 y 221 08 70
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

Constitución, 1889
11800 Montevideo
Tel. (598 2) 402 73 42 y 402 72 71
Fax (598 2) 401 51 86

Venezuela

Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º - Sector Monte Cristo
Boleíta Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Metrocolor S. A.
Av. Los Gorriones 350, Lima 9 - Perú
en junio de 2008.

Otros títulos publicados en esta colección:

Al pie del Támesis
Mario Vargas Llosa

Dos veces por semana
Giovanna Pollarolo

Huérfano de mujer
Carlos Eduardo Zavaleta

Fotografías de sala
Luis Hernán Castañeda

Radio Ciudad Perdida
Daniel Alarcón

Tu rostro mañana
3 Veneno y sombra y adiós
Javier Marías

Punto de fuga
Jeremías Gamboa

Un día de cólera
Arturo Pérez-Reverte

Mira si yo te querré
Luis Leante

Danzantes de la noche y
de la muerte y otros relatos
Edgardo Rivera Martínez

No hay que mirar tan alto para buscar el castigo por nuestras faltas. En mi caso, por ejemplo, ¿no es suficiente condena el hondo malestar que hasta ahora me acompaña por haber ido en contra de mis convicciones?

Tres son las historias que componen este libro poblado de personajes que están al borde. Un sacerdote se enreda con una joven mujer que no ha tenido una vida fácil. Como si ella estuviera permanentemente castigada por una serie de decisiones desafortunadas. Un hombre casado, en Lima, juega a tener dos amantes. Y ambas se llaman igual: Ninotchka. En la misma ciudad, un guachimán planea el asalto de su vida.

El paisaje de estos cuentos es gris. Atrapados en contextos desesperanzadores, una Lima chirriante, donde conviven casinos y asentamientos humanos, la prosperidad y una profunda fractura social, y en una provincia de la sierra, con hartos problemas de identidad y soledad jamás superados, los personajes de Luis Niëto Degregori se presentarán más allá del bien y del mal. El lector, lejos de juzgarlos, quedará conmovido y se contagiara de un profundo desasosiego.

Los tres relatos giran, de algùn modo, en torno al amor y el sexo. Un poco sucios, un poco infames, un poco pobres. Como si la insignificancia de los personajes se extendiera a todos los rincones de sus vidas, como si el amor, en lugar de ser la única salida, su redención, también los condenara.

